VERNE

LA

VUELTA

AL

MUNDO

EN

OCHENTA

DÍAS

2
3431

Biblioteca Nacional de España

2
84319

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ENCUADERNACIÓN
— DE —
ENRIQUE GARCÍA
SAN MATEO, 15 CUAD.°
MADRID

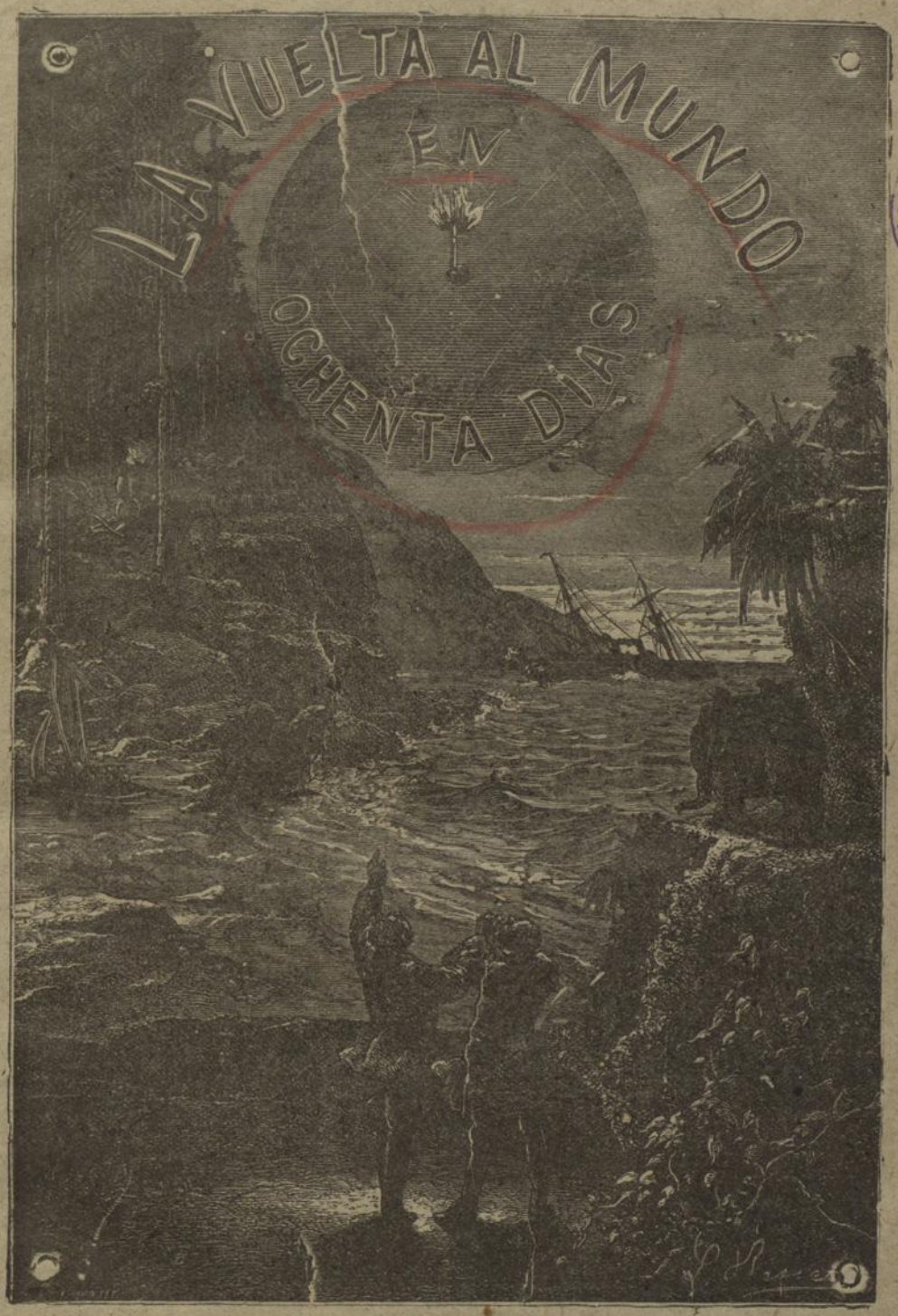
F 1952

Biblioteca Nacional de España

JULIO VERNE

PRIMERA PARTE

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS



SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
MADRID

AUMENTO PROVISIONAL
PTAS. 0,25 CUADERNO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

JULIO VERNE

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

4900

LA

VUELTA AL MUNDO

EN OCHENTA DÍAS

PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS

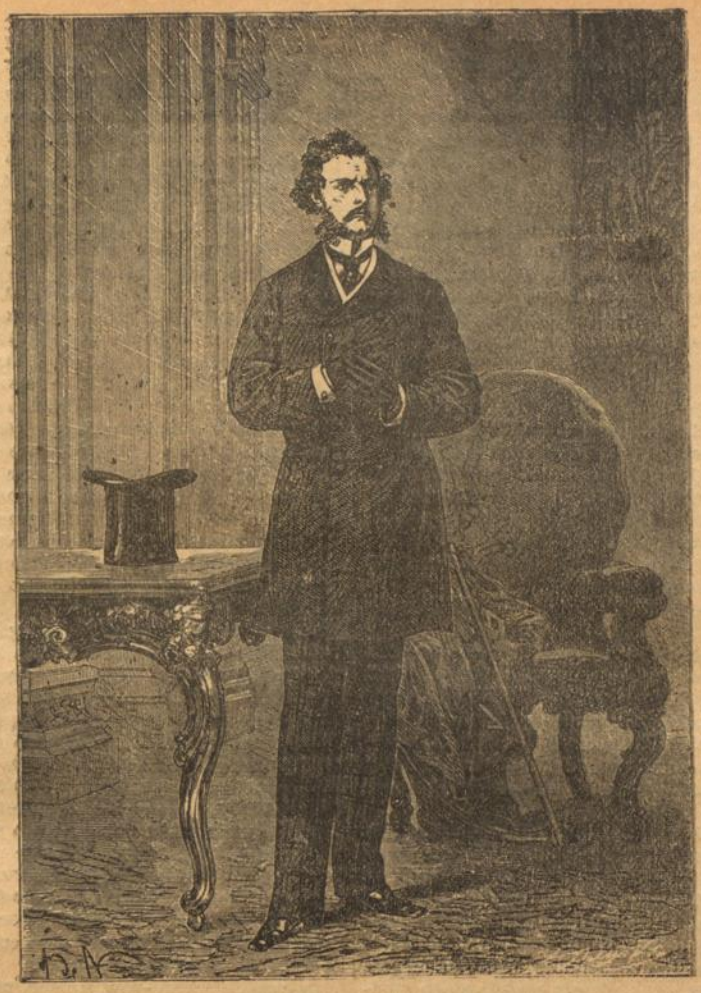
MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

MADRID.—Juan Sánchez de Ocaña, Suc. de Aleu y Compañía.—Tutor, 16, tel. 32374.

Biblioteca Nacional de España



Phileas Fogg.

LA VUELTA AL MUNDO

EN OCHENTA DIAS

PRIMERA PARTE.

I.

EN CÓMO PHILEAS FOGG Y PICAPORTE SE RECIVEN MUTUAMENNE EN CALIDAD DE AMO EL UNO, Y EN CALIDAD DE CRIADO EL OTRO.

El año 1872, la casa número 7 de Saville-row, Burlington Gardens,—en la cual murió Sheridan en 1814,—estaba habitada por Phileas Fogg, esq. (1), quien á pesar de que parecia haber tomado el partido de no hacer nada que pudiese llamar la atencion, era uno de los miembros mas notables y singulares del Reform Club de Lóndres.

Por consiguiente, Phileas Fogg, personaje enigmático, y del cual solo se sabia que era un hombre muy galante y de los mas cumplidos gentleman de la alta sociedad inglesa, sucedia á uno de los mas grandes oradores que honran á Inglaterra.

Decíase que se daba un aire á Byron,—su cabeza, se entiende, porque en cuanto á los piés no tenia defecto alguno;—pero á un Byron de bigote y patillas, á un Byron imposible, que hubiera vivido mil años sin envejecer.

(1) Abreviatura de esquire, que significa escudero.

Biblioteca Nacional de España

Phileas Fogg era inglés de seguro, pero quizás no habia nacido en Lóndres. Jamás se le habia visto en la Bolsa ni en el Banco, ni en ninguno de los despachos mercantiles de la Cité. Ni las dársenas ni los docks de Lóndres habian recibido nunca un navío cuyo armador fuese Phileas Fogg. Este gentleman no figuraba en ningun comité de administracion. Su nombre nunca se habia oido en un colegio de abogados, ni en el Temple, ni en Lincoln's-inn, ni en Gray's-inn. Nunca informó en la Audiencia del Canciller, ni en el Banco de la Reina, ni en el Echiquier, ni en los Tribunales eclesiásticos. No era ni industrial ni negociante, ni mercader ni agricultor. No formaba parte ni del *Instituto Real de la Gran Bretaña*, ni del *Instituto de Lóndres*, ni del *Instituto de los Artistas*, ni del *Instituto Russel*, ni del *Instituto literario del Oeste*, ni del *Instituto de Derecho*, ni de ese *Instituto de las Ciencias y las Artes reunidas* que está colocado bajo la proteccion de Su Graciosa Majestad. En fin, no pertenecia á ninguna de las numerosas Sociedades que populan en la capital de Inglaterra, desde la *Sociedad de la Armónica* hasta la *Sociedad entomológica*, fundada principalmente con el fin de destruir los insectos nocivos.

Phileas Fogg era miembro del Reform-Club, y nada mas.

Al que hubiese estrañado que un gentleman tan misterioso alternase con los miembros de esta digna asociacion, se le podria haber respondido que entró en ella recomendado por los señores Baring hermanos. De aquí cierta reputacion debida á la regularidad con que sus talones eran pagados á la vista por el saldo de su en... corriente, invariablemente acreedor.

¿Era rico Phileas Fogg? Indudablemente. Cómo habia realizado su fortuna, es lo que los mejor informados no podian decir, y para saberlo, el último á quien convenia dirigirse era á mister Fogg. En todo caso, aun cuando no prodigaba mucho, no era tampoco avaro, porque en cualquiera parte donde faltase auxilio para una cosa noble, útil ó generosa, solia prestarlo con sigilo y hasta con el velo del anónimo.

En suma, encontrar algo que fuese menos comunicativo que este gentleman, era cosa difícil. Hablaba lo menos posible, y parecia tanto mas misterioso cuanto silencioso era. Llevaba su vida al dia; pero lo que hacia era siempre lo mismo, de tan matemático modo, que la imaginacion descontenta buscaba algo mas allá.

¿Habia viajado? Era probable, porque poseia el mapa-mundi mejor que nadie. No habia sitio, por oculto que pudiera hallarse, del que no pareciese tener un especial conocimiento. A veces, pero siempre en pocas, breves y claras palabras, rectificaba los mil propósitos falsos que solian circular en el club acerca de viajeros perdidos ó estraviados, indicaba las probabilidades que tenian mayores visos de realidad, y á menudo sus palabras parecian haberse inspirado en una doble vista; de tal manera el suceso acababa siempre por justificarlas. Era un hombre que debia haber viajado por todas partes, á lo menos de memoria.

Lo cierto era que desde hacia largos años Phileas Fogg no habia dejado á Lóndres. Los que tenian el honor de conocerle mas á fondo que los demás, atestiguaban que,—escepcion hecha del camino diariamente recorrido por él desde su casa al club,—nadie podia pretender haberle visto en otra parte. Era su único pasatiempo leer los periódicos y jugar al whist. Solia ganar á este silencioso juego, tan apropiado á su natural, pero sus beneficios nunca entraban en su bolsillo, y figuraban por una suma respetable en su presupuesto de caridad. Por lo demas,—bueno es consignarlo,—mister Fogg, evidentemente jugaba por jugar, no por ganar. Para él, el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas, condiciones ambas que convenia mucho á su carácter.

Nadie sabia que tuviese mujer ni hijos.—cosa que puede suceder á la persona mas decente del mundo,—ni parientes ni amigos,—lo cual en verdad es algo mas estraño. Phileas Fogg vivia sólo en su casa de Saville-row, donde nadie penetraba. Se ocupaba poco de las interioridades de su casa. Un criado único le bastaba para su servicio. Almorzando y comiendo en el club á horas econométricamente determinadas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratarse nunca con sus colegas, sin convidar jamás á ningun estraño, solo volvia á su casa para acostarse á la media noche exacta, sin hacer uso en ninguna ocasion de los cómodos dormitorios que el Reform-Club pone á disposicion de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del dia, pasaba diez en su casa, que dedicaba al sueño ó al tocador. Cuando paseaba, era invariablemente y con paso igual, por el vestíbulo que tenia mosáicos de madera en el pavimento, ó por la galería circular coronada por una media naranja con vidrieras azules que sostenian veinte columnas jónicas de pórfido rosa. Cuando almorzaba ó comia, las cocinas, la repostería, la despensa, la pescadería y la lechería del club eran las que con sus suculentas reservas proveian su mesa; los camareros del club, graves personajes vestidos de negro y calzados con zapatos de suela de fieltro, eran quienes le servian en una vajilla especial y sobre admirables manteles de lienzo sajon; la cristalería ó molde perdido del club era la que contenia su sherry, su Oporto ó su clarete mezclado con canela, capilaria ó cinamomo, en fin, el hielo del club,—hielo traido de los lagos de América á costa de grandes desembolsos,—conservaba sus bebidas en un satisfactorio estado de frialdad.

Si vivir en semejantes condiciones es lo que se llama ser excéntrico, preciso es convenir que algo tiene de bueno la excentricidad.

La casa de Saville-row, sin ser suntuosa, se recomendaba por su gran comodidad. Por lo demás, con los hábitos invariables del inquilino el servicio no era penoso. Sin embargo, Phileas Fogg exigia de su único criado una regularidad y una puntualidad estraordinarias. Aquel mismo dia, 2 de octubre, Phileas Fogg habia despedido á James Forster,—por el enorme delito de haberle llevado el agua para afeitarse á 84 grados Fahrenheit en vez de 86,—y esperaba á su sucesor, que debia presentarse entre once y once y media.

Phileas Fogg, rectamente sentado en su butaca, los piés juntos como los de los soldados en formacion, las manos sobre las rodillas, el cuerpo derecho, la cabeza erguida, veia girar el minutero del reloj, complicado aparato que señalaba las horas, los minutos, los segundos, los dias y los años. Al dar las once y media, mister Fogg, segun su costumbre cotidiana, debia abandonar su casa para ir al Reform-Club.

En aquel momento llamaron á la puerta de la habitacion que ocupaba Phileas Fogg.

El despedido James Forster apareció y dijo:

—El nuevo criado.

Un mozo de unos 30 años se dejó ver y saludó.

—¿Sois francés y os llamais John?—le preguntó Phileas Fogg.

—Juan, si el señor no lo lleva á mal,—respondió el recien venido; Juan Picaporte, apodo que me ha quedado y que justificaba mi natural aptitud para salir de todo apuro. Creo ser honrado, aunque á decir verdad he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, he sido artista de un circo donde daba el salto como Leotard y bailaba en la cuerda como

Biblioteca Nacional de España

Blondin; luego, á fin de hacer mas útiles mis servicios, he llegado á profesor de gimnasia, y por último, era sargento de bomberos en París, y aun tengo en mi hoja de servicios algunos incendios notables. Pero hace cinco años que he abandonado la Francia, y queriendo experimentar la vida doméstica soy ayuda de cámara en Inglaterra. Y hallándome desacomodado y habiendo sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre mas exacto y sedentario del Reino-Unido, me he presentado en casa del señor, esperando vivir con alguna tranquilidad y olvidar hasta el apodo de Picaporte.

—Picaporte me conviene,—respondió el gentleman.—Me habeis sido recomendado. Tengo buenos informes sobre vuestra conducta. ¿Conoceis mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hora teneis?

—Las once y veinte idos,— respondió Picaporte sacando de las profundidades del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

—Vais atrasado.

—Perdóneme el señor pero es imposible.

—Vais cuatro minutos atrasado. No importa. Basta con hacer constar la diferencia. Con que desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, entrais á mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo colocó en su cabeza mediante un movimiento automático, y desapareció sin añadir una palabra mas.

Picaporte oyó por primera vez el ruido de la puerta que se cerraba: era su nuevo amo que salia; luego escuchó por segunda vez el mismo ruido; era James Forster que se marchaba tambien.

Picaporte se quedó solo en la casa de Saville-row.

II.

DE CÓMO PICAPORTE SE CONVENCE QUE AL FIN HA ENCONTRADO SU IDEAL.

—A fe mia,—decia para sí Picaporte algo aturdido al principio,—he conocido en casa de madame Tussaud personajes de tanta vida como mi nuevo amo.

Conviene admitir que los personajes de madame Tussaud son unas figuras de cera muy visitadas, y á las cuales verdaderamente no les falta mas que hablar.

Durante los cortos instantes en que pudo entrever á Phileas Fogg, Picaporte habia examinado rápida pero cuidadosamente á su amo futuro. Era un hombre que podia tener unos cuarenta años, de figura noble y arrogante, alto de estatura, sin que le afease cierta ligera obesidad, de pelo rubio, frente tersa y sin señal de arrugas en las sienes, rostro mas bien pálido que sonrosado, dentadura magnífica. Parecia poseer en el mas alto grado eso que los fisonomistas llaman «el reposo en la accion,» facultad comun á todos los que hacen mas trabajo que ruido. Sereno, flemático, pura la mirada, inmóvil el párpado, era el tipo acabado de esos ingleses de sangre fria que suelen encontrarse á menudo en el Reino-Unido, y cuya actitud algo académica ha sido tan maravillosamente reproducida por el pincel de Angélica Kauffmann. Visto en los diferentes actos de su existencia, este gentleman despertaba la idea de un sér bien equilibrado en todas sus partes, proporcionado con precision, y tan exacto como un cronómetro de Leroy ó de Earnshaw. Porque, en efecto, Phileas Fogg era la exactitud personificada, lo que se veia claramente en la espresion de sus pies y de sus manos, pues que en el hombre, así como en los animales, los miembros mismos son órganos espresivos de las pasiones.

Phileas Fogg era de aquellas personas matemáticamente exactas, que nunca precipitadas y siempre dispuestas economizan sus pasos y sus movimientos. Atajando siempre, nunca daba un paso demás. No perdia una mirada dirigiéndola al techo. No se permitia ningun gesto supérfluo. Jamás se le vió ni conmovido ni alterado. Era el hombre menos apresurado del mundo, pero siempre llegaba á tiempo. Pero desde luego se comprenderá que tenia que vivir solo y por decirlo así aislado de toda relacion social. Sabia que en la vida hay que dedicar mucho al rozamiento, y como el rozamiento entorpece no se rozaba con nadie.

En cuanto á Juan, álias Picaporte, verdadero parisiense de París, durante los cinco años que habia habitado en Inglaterra desempeñando la profesion de ayuda de cámara, en vano habia tratado de hallar un amo á quien poder tomar cariño.

Picaporte no era, por cierto, uno de esos Frontines ó Mascarillos (1) que, altos los hombros y la cabeza, descarado y seco al mirar, no son mas que unos bellacos insolentes; no. Picaporte era un guapo chico, de amable fisonomía y labios salientes, dispuestos siempre á saborear ó á acariciar; un sér apacible y servicial, con una de esas cabezas redondas y bonachonas que siempre gusta encontrar en los hombros de un amigo. Tenia azules los ojos, animado el color, la cara suficientemente gruesa para que pudiera verse sus mismos pómulos, ancho el pecho, fuertes las caderas, vigorosa la musculatura, y con una fuerza hercúlea que los ejercicios de su juventud habian desarrollado admirablemente. Sus cabellos castaños estaban algo enredados. Si los antiguos escultores conocian diez y ocho modos distintos de arreglar la cabeza de Minerva, Picaporte, para componer la suya, solo conocia uno: con tres pases de batidor estaba peinado.

Decir si el genio espansivo de este muchacho podria avenirse con el de Phileas Fogg, es cosa que prohibe la prudencia mas elemental. ¿Seria Picaporte ese criado exacto hasta la precision que convenia á su dueño? La práctica lo demostraria. Despues de haber tenido, como ya es sabido, una juventud algo vagabunda, aspiraba al reposo. Habia oido ensalzar el metodismo inglés y la proverbial frialdad de los gentleman, y se fué á buscar fortuna á Inglaterra. Pero hasta entonces la fortuna le habia sido adversa. En ninguna parte pudo echar raices. Estuvo en diez casas, y en todas ellas los amos eran caprichosos, desiguales amigos de correr aventuras ó de recorrer paises, cosas todas ellas que ya no podian convenir á Picaporte. Su último señor, el jóven lord Longsferry, miembro del Parlamento, despues de pasar las noches en los «oystersrooms» (2) de Hay-Marquet, volvia á su casa muy á menudo sobre los hombros de los policemen. Queriendo Picaporte ante todo respetar á su amo, arriesgó algunas observaciones respetuosas que fueron mal recibidas, y rompió. Supo en el ínterin que Phileas Fogg, esq., buscaba criado y tomó informes acerca de este caballero. Un personaje cuya existencia era tan regular, que no dormia fuera de casa, que no viajaba, que nunca, ni un dia siquiera, se ausentaba, no podia sino convenirle. Se presentó y fué admitido en las circunstancias ya conocidas.

Picaporte, á las once y media dadas, se hallaba solo en la casa de Saville-row. En el acto empezó á considerarla recorriendo desde la cueva al tejado; y esta casa limpia, arreglada, severa puritana, bien organizada para el servicio, le gustó. Le produjo la

(1) *Frontin.* Personaje del antiguo teatro francés. Era un criado audaz, insolente y replicon, que dirigia los pasos de su amo. Este papel ha desaparecido ya de la escena.
Mascarillo. Tipo análogo al anterior de la comedia italiana.
(2) Lugares llamados así, donde se sirven ostras principal-

Biblioteca Nacional de España

Juan Picaporte.

impresion de una cáscara de caracol alumbrada y calentada con gas, porque el hidrógeno carburado bastaba para todas las necesidades de luz y calor. Picaporte halló sin gran trabajo en el piso segundo el cuarto que le estaba destinado. Le convino. Timbres eléctricos y tubos acústicos le ponian en comunicacion con los aposentos del entresuelo y del principal. Encima de la chimenea habia un reloj eléctrico en correspondencia con el que tenia Phileas Fogg en su dormitorio, y de esta manera ambos aparatos marcaban el mismo segundo en igual momento.

—No me disgusta, no me disgusta,—decia para sí Picaporte.

Advirtió además en su cuarto una nota colocada encima del reloj. Era el programa del servicio diario. Comprendia,—desde las ocho de la mañana, hora reglamentaria en que se levantaba Phileas Fogg, hasta las once y media en que dejaba su casa para ir á almorzar al Reform-Club,—todas las minuciosidades del servicio, el té y los picatostes de las ocho y veinticinco, el agua caliente para afeitarse de las nueve y treinta y siete, el peinado de las diez menos veinte, etcétera. A continuacion, desde las once y media de la mañana hasta las doce de la noche,—instante en que se acostaba el metódico gentleman,—todo estaba anotado, previsto, regularizado. Picaporte pasó un rato feliz meditando este programa y grabando en su espíritu los diversos artículos que contenia.

En cuanto al guarda-ropa del señor, estaba perfectamente arreglado y maravillosamente comprendido. Cada pantalon, levita ó chaleco tenia su número de órden, reproducido en un libro de entrada y salida, que indicaba la fecha en que segun la estacion cada prenda debia ser llevada; reglamentacion que se hacia estensiva al calzado.

Finalmente, anunciaba un apacible desahogo en esta casa de Saville-row,—casa que debia haber sido el templo del desórden en la época del ilustre pero crapuloso Sheridan,—la delicadeza con que estaba amueblada. No habia ni biblioteca ni libros, que hubieran sido inútiles para mister Fogg, puesto que el Reform-Club ponia á su disposicion dos bibliotecas, consagradas una á la literatura, y otra al derecho y á la política. En el dormitorio habia una arca de hier-

Biblioteca Nacional de España

[illegible] Fogg, [illegible] libras.

ro de tamaño regular, cuya especial construccion la ponia fuera del alcance de los peligros de incendio y robo. No se veia en la casa ni armas ni otros utensilios de caza ni de guerra. Todo indicaba los hábitos mas pacíficos.

Despues de haber examinado esta vivienda detenidamente, Picaporte se frotó las manos, su cara redonda se ensanchó, y repitió con alegría:

—¡No me disgusta! ¡Ya dí con lo que me conviene! Nos entenderemos perfectamente mister Fogg y yo. ¡Un hombre casero y arreglado! ¡Una verdadera máquina! No me desagrada servir á una máquina.

III.

DE CÓMO SE EMPEÑÓ UNA CONVERSACION QUE PODRIA COSTAR CARA Á PHILEAS FOGG.

Phileas Fogg habia dejado su casa de Saville-row á las once y media, y despues de haber colocado quinientas setenta y cinco veces el pie derecho delante del izquierdo y quinientas setenta y seis el izquierdo delante del derecho, llegó al Reform-Club, vasto edificio levantado en Pall Mall, cuyo coste de construccion no ha bajado de tres millones.

Phileas Fogg pasó inmediatamente al comedor, con sus nueve ventanas que daban á un jardin con árboles ya dorados por el otoño. Tomó asiento en la mesa de costumbre puesta ya para él. Su almuerzo se componia de un ordinbre, un pescado cocido sazonado por una *reading sauce* de primera eleccion, de un rosbif esa data salpicado de condimentos *musheron* (1), de una torta rellena con tallos de ruibarbo y grosellas verdes, y de un pedazo de Chester, rociado todo por algunas tazas de ese escelente té, que especialmente se cosecha para el servicio del Reform-Club.

A las doce y cuarenta y siete de la mañana, este gentleman se levantó y se dirigió al gran salon, suntuoso aposento, adornado con pinturas colocadas en lujosos marcos. Allí, un criado le entregó el Times

(1) [illegible]

Biblioteca Nacional de España

sobre [illegible] sobre, y Phileas Fogg se dedicó á dar las cartas con una seguridad tal, que denotaba desde luego la práctica más extremada en esta difícil operacion. La lectura del periódico ocupó á Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco, y la del *Standart*, que sucedió á aquel, duró hasta la hora de la comida, que se llevó á efecto en iguales condiciones que el almuerzo, si bien con la añadidura de *royal brittish sauce*.

A las seis menos veinte, el gentleman apareció de nuevo en el gran salon y se absorbió con la lectura del *Morning Chronicle*.

Media hora mas tarde, varios miembros del Reform-Club iban entrando y se acercaban á la chimenea encendida con carbon de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de Mr. Phileas Fogg, decididamente aficionados a whist como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Fallentin, el fabricante de cervezas Tomás Flanagan, y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra, personajes ricos y considerados en aquel mismo club, que cuenta entre sus miembros las mayores notabilidades de la industria y de la banca.

—Decidme, Ralph,—preguntó Tomás Flanagan,—¿á qué altura se encuentra ese robo?

—Pues bien,—respondió Andrés Stuart,—el Banco perderá su dinero.

—Al contrario,—dijo Gualterio Ralph,—espero que se logrará echar la mano al autor del robo. Se han enviado inspectores de policía de los mas hábiles á todos los principales puertos de embarque y desembarque de América y Europa, y le será muy difícil á ese caballero poder escapar.

—Pero qué, ¿se conoce la filiacion del ladron?—preguntó Andrés Stuart.

—Ante todo, no es un ladron,—respondió Gualterio Ralph con la mayor formalidad.

—Cómo, ¿no es un ladron el individuo que sustrae cincuenta y cinco mil libras en billetes de Banco? (Un millon, trescientas setenta y cinco mil pesetas.)

—No,—respondió Gualterio Ralph.

—¿Es acaso un industrial?—dijo John Sullivan.

—El *Morning-Chronicle* asegura que es un gentleman.

El que daba esta respuesta no era otro que Phileas Fogg cuya cabeza descollaba entonces entre aquel mar de papel amontonado á su alrededor. Al mismo tiempo, Phileas Fogg saludó á sus compañeros, que le devolvieron la cortesía.

El suceso de que se trataba, y sobre el cual los diferentes periódicos del Reino-Unido discutian acaloradamente, se habia realizado tres dias antes, el 29 de setiembre. Un legajo de billetes de Banco que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras, habia sido sustraido de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

A los que se admiraban de que un robo tan considerable hubiera podido realizarse con esa facilidad, el subgobernador Gualterio Ralph se limitaba á responderles que en aquel mismo momento el cajero se ocupaba en el asiento de una entrada de tres chelines seis peniques, y que no se puede atender á todo.

Pero conviene hacer observar aquí,—y esto da mas fácil esplicacion al hecho,—que el Banco de Inglaterra parece que se desvive por demostrar al público la alta idea que tiene de su dignidad. No hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata, los billetes, están espuestos libremente, y por decirlo así á disposicion del primero que llegue. En efecto sería, indigno sospechar lo mas mínimo acerca de la caballerosidad de cualquier transeunte. Tanto es así, que hasta se llega á referir el siguiente hecho por uno de los mas notables observadores de las costumbres inglesas: En una de las salas del Banco en que se encontraba un dia, tuvo curiosidad por ver de cerca una barra de oro de siete á ocho libras de peso que se encontraba espuesta en la mesa del cajero, y para satisfacer aquel deseo tomó la barra, la examinó, se la dió á su vecino, éste á otro, y así, pasando de mano en mano la barra llegó hasta el final de un pasillo oscuro, tardando media hora en volver á su sitio primitivo, sin que durante este tiempo el cajero hubiera levantado siquiera la cabeza.

Sin embargo, el 29 de setiembre las cosas no sucedieron completamente del mismo modo. El legajo de billetes de Banco no volvió, y cuando el magnífico reloj colocado encima del *drawing-office* dió las cinco, la hora en que debia cerrarse el despacho, el Banco de Inglaterra no tenia mas recurso que sentar cincuenta y cinco mil libras en la cuenta, de ganancias y pérdidas.

Una vez reconocido el robo con toda formalidad, agentes, *detectives* (1), elegidos entre los mas hábiles, se enviaron á los puertos principales, á Liverpool, á Glasgow, á Suez, á Brindisi, á Nueva-York, etc., bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras (50,000 pesetas) y el cinco por ciento de la suma que se recobrase. La mision de estos inspectores se reducia á observar escrupulosamente á todos los viajeros que se iban ó que llegaban, hasta adquirir las noticias que pudieran suministrar las indagaciones inmediatamente emprendidas.

Y precisamente, segun lo decia *Morning-Chronicle*, habia motivos para suponer que el autor del robo no formaba parte de ninguna de las sociedades de ladrones de Inglaterra. Se habia observado que durante aquel dia, 29 de setiembre, se paseaba por la sala de pagos, teatro del robo, un caballero bien portado, de buenos modales y aire distinguido. Las indagaciones habian permitido reunir con bastante exactitud las señas de ese caballero, que fueron al punto trasmitidas á todos los *detectives* del Reino-Unido y el continente. Algunas buenas almas, y entre ellas Gualterio Ralph, se creian con fundamento para esperar que el ladron no se escaparia.

Como es fácil presumirlo, este suceso estaba á la órden del dia en Lóndres y en toda Inglaterra. Se discutia y se tomaba parte en pro y en contra de las probabilidades de éxito en la policía metropolitana. Nadie estrañará, pues, que los miembros del Reform-Club tratasen la misma cuestion, con tanto mas motivo cuanto que se hallaba entre ellos uno de los subgobernadores del Banco.

El honorable Gualterio Ralph no queria dudar del resultado de las investigaciones, creyendo que la prima ofrecida debia avivar estraordinariamente el celo y la inteligencia de los agentes. Pero su colega Andrés Stuart distaba mucho de abrigar igual confianza. La discusion continuó por consiguiente entre aquellos caballeros que se habian sentado en la mesa de whist, Stuart delante de Flanagan, Fallentin delante de Phileas Fogg. Durante el juego, los jugadores no hablaban, pero entre los robos, la conversacion interrumpida adquiria mas animacion.

—Sostengo,—dijo Andrés Stuart,—que la probabilidad está en favor del ladron, que no puede dejar de ser un hombre sagaz.

—¡Quita allá!—respondió Ralph;—solo hay un país en donde pueda refugiarse.

—¡Tendria que ver!

—¿Y á dónde quereis que vaya?

—No lo sé,—respondió Andrés Stuart,—pero me parece que la tierra es muy grande.

—Antes sí lo era.....—dijo á media voz Phileas

(1) Investigadores.

Biblioteca Nacional de España

Fogg, añadiendo despues y presentando las cartas á Tomás Flanagan.—A vos os toca cortar.

La discusion se suspendió delante el robo. Pero no tardó en proseguirla Andrés Stuart, diciendo:

—¡Cómo que antes! ¿Acaso la tierra ha disminuido?

—Sin duda que sí,—respondió Gualterio Ralph.—Opino como mister Fogg. La tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces mas aprisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso de que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean mas rápidas.

—Y que el ladron se escape con mas facilidad.

—Os toca jugar á vos,—dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al concluirse la partida.

Hay que reconocer que habeis encontrado un chistoso modo de decir que la tierra se ha empequeñecido. De modo que ahora se le da vuelta en tres meses.....

—En ochenta dias tan solo,—dijo Phileas Fogg.

—En efecto, señores,—añadió John Sullivan;—ochenta dias, desde que la seccion entre Rothal y Allahabad ha sido abierta en el *Great-Indian peninsular railway*, y hé aquí el cálculo establecido por el *Morning-Chronicle*.

	Dias
De Lóndres á Suez por el Monte Cenis y Brindisi, ferro-carril y vapores.	7
De Suez á Bombay, vapores.	13
De Bombay á Calcuta, ferro-carril.	3
De Calcuta á Hong-Kong (China), vapores. .	13
De Hong-Kong á Yokohama (Japon), vapor. .	6
De Yokohama á San Francisco, vapor. . . .	22
De San Francisco á Nueva-York, carril-carretera.	7
De Nueva-York á Lóndres, vapor y ferro-carril.	9
TOTAL.	80

—¡Sí, ochenta dias!—esclamó Andrés Stuart, quien por inadvertencia cortó una carta mayor;—pero eso sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

—Contando con todo,—respondió Phileas Fogg siguiendo su juego, porque ya no respetaba la discusion el whist.

—¡Pero si los indios ó los indostanes quitan los rails!—esclamó Andrés Stuart;—si detienen los trenes, saquean los furgones y hacen tajadas á los viajeros!

—Contando con todo,—respondió Phileas Fogg, que, tendiendo su juego, añadió:—Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, á quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

—Teóricamente teneis razon, señor Fogg; pero en la práctica.....

—En la práctica tambien, señor Stuart.

—Quisiera verlo.

—Solo depende de vos. Partamos juntos.

—¡Líbreme Dios! pero bien apostaria cuatro mil libras (100,000 pesetas) que semejante viaje, hecho en esas condiciones, es imposible.

—Muy posible, por el contrario,—respondió Fogg.

—Pues bien, hacedlo.

—¿La vuelta al mundo en ochenta dias?

—Sí.

—No hay inconveniente.

—¿Cuándo?

—En seguida. Os prevengo solamente que lo hare á vuestra costa.

—¡Es una locura!—esclamó Andrés Stuart, que empezaba á resentirse por la insistencia de su compañero de juego.—Mas vale que sigamos jugando.

—Entonces, volved á dar, porque lo habeis hecho mal.

Andrés Stuart recogió otra vez las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

—Pues bien, sí, mister Fogg, apuesto cuatro mil libras.....

—Mi querido Stuart,—dijo Fallentin,—calmaos. Esto no es formal.

—Cuando dije que apuesto,—respondió Stuart,—es en formalidad.

—Aceptado,—dijo Fogg; y luego, volviéndose hácia sus compañeros, añadió:—Tengo veinte mil libras (500,000 pesetas) depositadas en casa de Baring hermanos. De buena gana las arriesgaria.

—¡Veinte mil libras!—esclamó Jhon Sullivan.—¡Veinte mil libras, que cualquiera tardanza imprevista os pueden hacer perder!

—No existe lo imprevisto,—respondió sencillamente Phileas Fogg.

—¡Pero mister Fogg, ese trascurso de ochenta dias solo está calculado como minimun!

—Un minimun bien empleado basta para todo.

—¡Pero á fin de aprovecharlo, es necesario saltar matemáticamente de los ferro-carriles á los vapores, y de los vapores á los ferro-carriles!

—Saltaré matemáticamente.

—¡Es una broma!

—Un buen inglés no se chancea nunca cuando se trata de cosa tan formal como una apuesta,—respondió Phileas Fogg.—Apuesto veinte mil libras contra quien quiera que yo dé la vuelta al mundo en ochenta dias, ó menos, sean mil novecientas horas, ó ciento quince mil doscientos minutos. ¿Aceptais?

—Aceptamos,—respondieron los señores Stuart, Fallentin, Sullivan, Flanagan y Ralph despues de haberse puesto de acuerdo.

—Bien,—dijo Fogg.—El tren de Douvres sale á las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

—¿Esta misma noche? preguntó Stuart.

—Esta misma noche,—respondió Phileas Fogg.—Por consiguiente,—añadió consultando un calendario de bolsillo,—puesto que hoy es miércoles 2 de octubre, deberé estar de vuelta á Lóndres, en este mismo salon de Reform-Club, el sábado 21 de diciembre á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, sin lo cual las veinte mil libras depositadas actualmente en casa de Baring hermanos os pertenecerán de hecho y de derecho, señores. Hé aquí un talon de esa suma.

Se levantó acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg habia permanecido sereno. No habia ciertamente apostado para ganar, y no habia comprometido las veinte mil libras,—mitad de su fortuna,—sino porque preveia que tendria que gastar la otra mitad para llevar á buen fin ese difícil, por no decir inejecutable proyecto. En cuanto á sus adversarios, parecian conmovidos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenia reparo en luchar con ventaja.

Daban entonces las siete. Se ofreció á mister Fogg la suspension del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

—¡Yo siempre estoy preparado!—respondió el impasible gentleman; y dando las cartas, esclamó:—Vuelvo oros. A vos os toca salir, señor Stuart.

IV.

DONDE PHILEAS FOGG DEJA ESTUPEFACTO Á SU CRIADO PICAPORTE.

A las siete y veinticinco, Phileas Fogg, despues de haber ganado unas veinte guineas al whist, se

Biblioteca Nacional de España

Una pobre mendiga.

despidió de sus honorables colegas y abandonó el Reform-Club. A las siete y cincuenta abria la puerta de su casa y entraba.

Picaporte que habia estudiado concienzudamente su programa, quedó sorprendido al ver á mister Fogg culpable de inexactitud acudir á tan inusitada hora, pues segun la nota, el inquilino de Saville-row no debia volver sino á media noche.

Phileas Fogg habia subido primero á su cuarto, y luego llamó:

—Picaporte.

Picaporte no respondió, porque no creyó que pudieran llamarle. No era la hora.

—Picaporte,—repuso mister Fogg sin gritar mas que antes.

Picaporte apareció.

—Es la segunda vez que os llamo, dijo el señor Fogg.

—Pero no son las doce,—respondió Picaporte sacando el reloj.

—Lo sé, y no os reconvengo. Partimos dentro de diez minutos para Douvres y Calais.

—Al rostro redondo del francés asomó una especie de mueca. Era evidente que habia oido mal.

—¿El señor va á viajar?—preguntó.

—Sí,—respondió Phileas Fogg.—Vamos á dar la vuelta al mundo.

Picaporte, con los ojos escesivamente abiertos, el párpado y las cejas en alto, los brazos sueltos, el cuerpo abatido ofrecia entonces todos los síntomas del asombro llevado hasta el estupor.

—¡La vuelta al mundo!—dijo entre dientes.

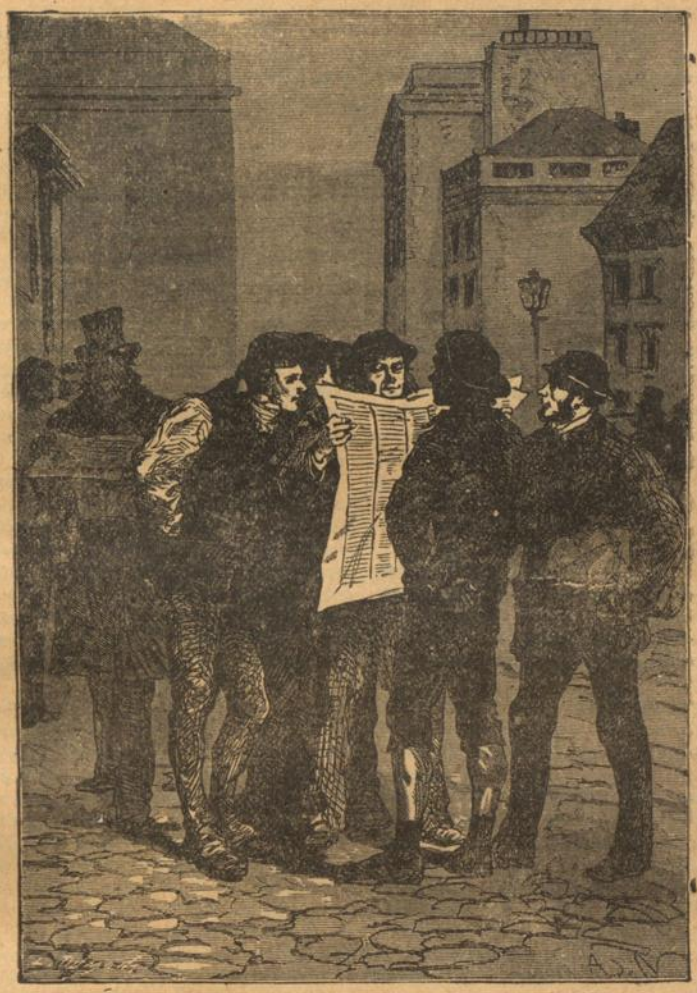
—En ochenta dias,—respondió mister Fogg.—No tenemos un momento que perder.

—¿Y el equipaje?...—dijo Picaporte, que meneaba, sin saber lo que hacia, su cabeza de derecha á izquierda y viceversa.

—No hay equipaje. Solo un saco de noche. Dentro, dos camisas de lana, tres pares de medias, y lo mismo para vos. Ya compraremos por el camino. Bajareis mi *makintosch* y mi manta de viaje. Llevad buen calzado. Por lo demás, andaremos poco ó nada. Vamos.

Picaporte hubiera querido responder, pero no pudo.

Biblioteca Nacional de España



Se leían con avidez los periódicos...

Salió del cuarto de mister Fogg, subió al suyo, cayó sobre una silla, y empleando una frase vulgar de su país dijo para sí:

—¡Esta sí que es! ¡Yo que quería estar tranquilo!

Y maquinalmente hizo su preparativo de viaje. ¡La vuelta al mundo en ochenta días! ¿Estaba su amo loco? No... ¿Era broma? Si iban á Douvres, bien. A Calais, conforme. En suma, esto no podía contrariar al buen muchacho, que no había pisado el suelo de su patria en cinco años. Quizás se llegaría hasta París, y ciertamente que volvería á ver con gusto la gran capital, porque un gentleman tan economizador de sus pasos se detendría allí... Sí, indudablemente; ¡pero no era menos cierto que partía, que se movía ese gentleman, tan casero hasta entonces!

A las ocho, Picaporte había preparado el modesto saco que contenía su ropa y la de su amo; y después, perturbado todavía de espíritu, salió del cuarto, cerró cuidadosamente la puerta, y se reunió con mister Fogg.

Mister Fogg ya estaba listo. Llevaba debajo del brazo el *Brads-haw's continental railway steam transit and general guide*, que debía suministrarle todas las indicaciones necesarias para el viaje. Tomó el saco de las manos de Picaporte, lo abrió, y deslizó en él un paquete de esos bellos billetes de Banco que corren en todos los países.

—¿No habeis olvidado nada?—preguntó.

—Nada, señor.

—¿Mi makintosch y mi manta?

—Aquí están.

—Bueno; tomad este saco.

Mister Fogg entregó el saco á Picaporte.

—Y cuidadlo, añadió.—Hay dentro veinte mil libras (500.000 pesetas.)

Por poco se escapó el saco de las manos de Picaporte, como si las veinte mil libras hubieran sido de oro y pesado considerablemente.

El amo y el criado bajaron entonces, y la puerta de la calle se cerró con doble vuelta.

A la estremidad de Saville-row había un punto de coches. Phileas Fogg y su criado montaron en un cab, que se dirigió rápidamente á la estacion de

Biblioteca Nacional de España

Charing-Cross, dobló termina uno de los ramales del *South-Eastern railway* (1).

A las ocho y veinte, el cab se detuvo ante la verja de la estacion. Picaporte se apeó. Su amo le siguió y pagó al cochero.

En aquel momento, una pobre mendiga con un niño de la mano, con los pies descalzos en el lodo, y cubierta con un sombrero desvencijado, del cual colgaba una pluma lamentable, y con un chal hecho jirones sobre sus andrajos, se acercó á mister Fogg y le pidió limosna.

Mister Fogg sacó del bolsillo las veinte guineas que acababa de ganar al juego, y dándoselas á la mendiga, le dijo:

—Tomad, buena mujer, me alegro de haberos encontrado.

Y pasó de largo.

Picaporte tuvo como una sensacion de humedad alrededor de sus pupilas. Su amo acababa de dar un paso dentro de su corazon.

Mister Fogg y él entraron en la gran sala de la estacion. Allí, Phileas Fogg dió á Picaporte la órden de tomar dos billetes de primera para París, y despues, al volverse, se encontró con sus cinco amigos del Reform-Club.

—Señores, me voy; y como he de visar mi pasaporte en diferentes puntos, eso os servirá para comprobar mi itinerario.

—¡Oh! mister Fogg, —respondió cortésmente Gualterio Ralph,—es inútil. ¡Nos bastará vuestro honor de caballero!

—Mas vale así,—dijo mister Fogg.

—No olvideis que debeis estar de vuelta...—observó Andrés Stuart.

—Dentro de ochenta dias, —respondió mister Fogg,—el sábado 21 de diciembre de 1872 á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. Hasta la vista, señores.

A las ocho y cuarenta, Phileas Fogg y su criado tomaron asiento en el mismo compartimiento. A las ocho y cuarenta y cinco resonó un silbido, y el tren se puso en marcha.

La noche estaba oscura. Caia una lluvia menuda. Phileas Fogg, arrellanado en su rincon, no hablaba. Picaporte, atolondrado todavía, oprimia maquinalmente sobre sí el saco de los billetes de Banco.

Pero el tren no habia pasado aun de Sydenham cuando Picaporte dió un verdadero grito de desesperacion.

—¿Qué es eso?—preguntó mister Fogg.

—Que... en mi precipitacion... en mi turbacion... he olvidado...

—¿Qué?

—¡Apagar el gas de mi cuarto!

—Pues bien, muchacho,—respondió friamente mister Fogg,—seguirá ardiendo por cuenta vuestra.

V.

DONDE APARECE UN VALOR NUEVO EN LA PLAZA DE LÓNDRES.

Phileas Fogg, al dejar á Lóndres, no sospechaba, sin duda, el ruido grande que su partida iba á provocar. La noticia de la apuesta se estendió primero en el Reform-Club y produjo una verdadera emocion entre los miembros de aquel respetable círculo. Luego, del club la emocion pasó á los periódicos por la vía de los *reporters* (2), y de los periódicos al público de Lóndres y de todo el Reino-Unido.

Esta cuestion de la vuelta al mundo se comentó, se discutió, se examinó con la misma pasion y el mismo ardor que si se hubiese tratado de otro negocio del *Alabama*. Unos se hicieron partidarios de Phileas Fogg; otros,—que pronto formaron una considerable mayoría,—se pronunciaron en contra de él. Realizar esta vuelta al mundo de otra suerte que en teoría ó sobre el papel, en este mínimum de tiempo, con los actuales medios de comunicacion, era no solamente imposible, era insensato.

El *Times*, el *Standard*, el *Evening-Stard*, el *Morning-Chronicle* y veinte periódicos mas de los de mayor circulacion se declararon contra el señor Fogg. Unicamente el *Daily Telegraph* lo defendió hasta cierto punto. Phileas Fogg fue tratado como maniático y loco, y á sus colegas del Reform Club se les criticó por haber aceptado esta apuesta, que acusaba debilidad en las facultades mentales de su autor.

Se publicaron acerca del asunto varios artículos estremadamente apasionados, pero lógicos. Todo el mundo sabe el interés que se dispensa en Inglaterra á todo lo que hace relacion con la geografía. Así es que no habia lector, cualquiera que fuese la clase á que perteneciese, que no devorase las columnas consagradas al caso de Phileas Fogg.

Durante los primeros dias algunos ánimos atrevidos,—las mujeres principalmente,—se decidieron por él, sobre todo cuando el *Illustrated-London-News* publicó su retrato, tomado de una fotografía depositada en los archivos del Reform-Club. Ciertos gentleman se atrevian á decir: «¿Y por qué no habia de suceder? Cosas mas estraordinarias se han visto.» Estos solian ser los lectores del *Daily-Telegraph*. Pero pronto se advirtió que hasta este mismo periódico empezaba á enfriarse.

En efecto, un largo artículo publicado el 7 de octubre en el *Boletin de la gran Sociedad de geografía*, trató la cuestion bajo todos los aspectos y demostró claramente la locura de la empresa. Segun este artículo, el viajero lo tenia todo en contra suya, obstáculos humanos, obstáculos naturales. Para que pudiese obtener éxito el proyecto era necesario admitir una concordancia maravillosa en las horas de llegada y de salida, concordancia que no existia ni podia existir. En Europa, donde las distancias son relativamente cortas, se puede en rigor contar con que los trenes llegaran á hora fija; pero cuando tardan tres dias en atravesar la India y siete en cruzar los Estados-Unidos, ¿podian fundarse sobre su exactitud los elementos de semejante problema? ¿Y los contratiempos de máquinas, los descarrilamientos, los choques, los temporales, la acumulacion de nieves? ¿No parecia presentarse todo contra Phileas Fogg? ¿Acaso en los vapores no podria encontrarse durante el invierno espuesto á los vientos ó á las brumas? ¿Es quiza cosa estraña que los mas rápidos andadores de las líneas trasoceánicas esperimenten retrasos de dos y tres dias? Y bastaba con un solo retraso, con uno solo, para que la cadena de las comunicaciones sufriese una ruptura irreparable. Si Phileas Fogg faltaba, aunque tan solo fuese por algunas horas á la salida de algun vapor, se veria obligado á esperar el siguiente, y por este solo motivo su viaje se veria irrevocablemente comprometido.

Este artículo tuvo mucha boga. Casi todos los periódicos le reprodujeron, y las acciones de Phileas Fogg bajaron considerablemente.

Durante los primeros dias que siguieron á la partida del gentleman, se habian empeñado importantes sumas sobre lo aleatorio de su empresa. Sabido es que el mundo de los apostadores de Inglaterra es mundo mas inteligente y mas elevado que el de los jugadores. Apostar es el temperamento inglés. Por eso, no tan solo fueron los individuos del Reform-Club quienes establecieron apuestas considerables en pró ó en contra de Phileas Fogg, sino que tambien

(1) Ferro-carril del Sureste.
(2) Redactores encargados de recoger noticias.

Biblioteca Nacional de España

entre en ella la masa del público. Phileas Fogg fue inscrito, como los caballos de carrera, en una especie de *stud-book* (1). Quedó convertido en valor de Bolsa, y se cotizó en la plaza de Lóndres. Se pedia y se ofrecia el Phileas Fogg en firme ó á plazo, y se hacian enormes negocios. Pero cinco dias despues de su salida, el artículo del *Boletin de la Sociedad de Geografía* hizo crecer las ofertas. El Phileas Fogg bajó y llegó á ser ofrecido por paquetes. Tomado primero á cinco, luego á diez, ya no se tomó luego sino á uno por veinte, por cincuenta y aun por ciento.

Solo conservó un partidario, el viejo paralítico lord Albermale. El honorable gentleman, clavado en su butaca, hubiera dado su fortuna por poder hacer el mismo viaje aunque fuera en diez años, y apostó cuatro mil libras (100.000 pesetas) en favor de Phileas Fogg. Y cuando al propio tiempo le demostraban lo nécio y lo inútil del proyecto, se limitaba á responder: «Si la cosa es factible, bueno será que sea inglés quien primero la haga.»

Entre tanto, los partidarios de Phileas Fogg se iban reduciendo en número; todo el mundo, y no sin razon se volvia contra él; ya no lo tomaban sino á uno por ciento cincuenta, y aun por doscientos, cuando siete dias despues de su marcha un incidente completamente inesperado hizo que ya no se quisiera á ningun precio.

En efecto, durante aquel dia, á las nueve de la noche, el director de la policía metropolitana habia recibido un despacho telegráfico así concebido:

»Suez á Lóndres.

Rowan, director policía, administracion central, Scotland plaza.

Sigo al ladron del Banco, Phileas Fogg. Enviad sin tardanza mandato de prision á Bombay (India inglesa).

Fix *detective*.»

El efecto de este despacho fue inmediato. El honorable gentleman desapareció para dejar sitio al ladron de billetes de Banco. Su fotografía, depositada en el Reform-Club con las de sus colegas, fue examinada. Reproducia rasgo por rasgo al hombre cuyas señas habian sido determinadas en el espediente de investigacion. Todos recordaron lo que tenia de misteriosa la existencia de Phileas Fogg, su aislamiento, su partida repentina, y pareció evidente que este personaje, pretestando un viaje alrededor del mundo y apoyándolo en una apuesta insensata, no tenia otro objeto que hacer perder la pista á los agentes de la policía inglesa.

VI.

DONDE EL AGENTE FIX DEMUESTRA UNA IMPACIENCIA BIEN LEGITIMA.

Hé aquí las circunstancias que ocasionaron el envío del despacho concerniente al señor Phileas Fogg.

El miércoles 9 de octubre se aguardaba, para las once de la mañana, en Suez el paquete *Mongolia*, de la Compañía peninsular y oriental, vapor de hierro, de hélice y *spardeck* (2), que media dos mil ochocientas toneladas y poseia una fuerza nominal de quinientos caballos.

El *Mongolia* hacia sus viajes con regularidad desde Brindisi á Bombay por el canal de Suez. Era uno de los de mayor velocidad de la Compañía, habiendo sobrepujado siempre la marcha reglamentaria de diez millas por hora entre Brindisi y Suez, y de nueve millas cincuenta y tres centésimas entre Suez y Bombay.

(1) Cartel ó registro.
(2) Entrepuente.

Aguardando la llegada del *Mongolia*, dos hombres se paseaban en el muelle en medio de la multitud de indígenas y de extranjeros que afluyen á aquella ciudad, antes villorrio, y cuyo porvenir ha quedado asegurado por la grande obra del señor Lesseps.

Uno de aquellos hombres era el agente consular del Reino-Unido, establecido en Suez, quien á despecho de los desgraciados pronósticos del gobierno británico y de las siniestras predicciones del ingenioso Stephenson, veia llegar todos los dias navíos ingleses que atraviesan el canal, abreviando así en la mitad, el antiguo camino de Inglaterra á las Indias por el cabo de Buena-Esperanza.

El otro era un hombrecillo flaco, de aspecto bastante inteligente, nervioso, que contraia con notable persistencia los músculos de sus párpados. A través de estos brillaba una mirada viva, pero cuyo ardor sabia amortiguar á voluntad. En aquel momento descubria cierta impaciencia, yendo, viniendo y no pudiendo estarse quieto.

Aquel hombre se llamaba Fix, y era uno de esos *detectives* ó agentes de policía inglesa que habian sido enviados á diferentes puertos despues del robo perpetrado en el Banco de Inglaterra. Debia este Fix vigilar con el mayor cuidado á todos los viajeros que tomasen el camino de Suez, y si uno de ellos parecia sospechoso, seguirle, aguardando un mandato de prision.

Precisamente hacia dos dias que Fix habia recibido del director de la policía metropolina las señas del presunto autor del robo, ó sea de aquel personaje bien portado que habia sido observado en la sala de pagos del Banco.

El *detective*, engolosinado sin duda por la fuerte prima prometida en el caso de éxito, aguardaba con una impaciencia fácil de comprender la llegada del *Mongolia*.

—¿Y decís, señor cónsul,—preguntó por décima vez,—que ese buque no puede tardar?

—No, señor Fix,—respondió el cónsul.—Ha sido visto ayer á la altura de Porto-Said, y los ciento sesenta kilómetros del canal, no son nada para un andador como ese. Os repito que el *Mongolia* ha ganado siempre la prima de veinticinco libras, que el gobierno concede por cada adelanto de veinticuatro horas sobre el tiempo reglamentario.

—¿Viene directamente de Brindisi?—preguntó Fix.

—Del mismo Brindisi, donde toma la mala de Indias, y de donde ha salido el sábado á las cinco de la tarde. Tened paciencia, pues, porque no puede tardar en llegar. Pero no sé cómo por las señas que habeis recibido podreis reconocer á vuestro hombre si está á bordo del *Mongolia*.

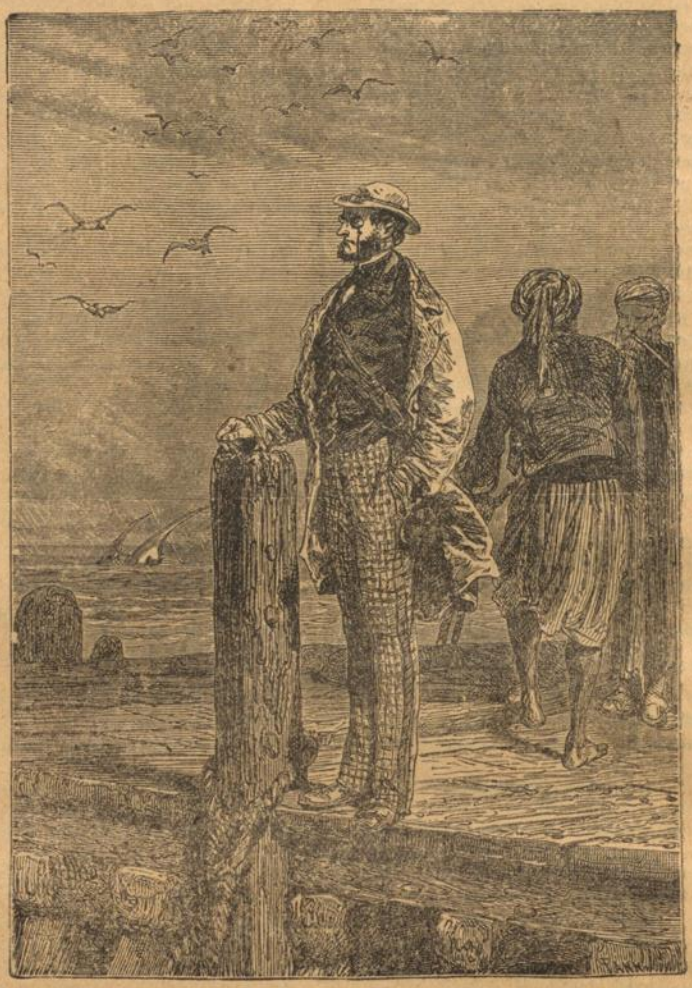
—Señor cónsul,—respondió Fix,—esas gentes las sentimos mas bien que las reconocemos. Hay que tener olfato, y ese olfato es un sentido especial nuestro, al cual concurren el oido, la vista y el olor. He cogido durante mi vida á mas de uno de esos caballeros, y con tal que mi ladron esté á bordo, os respondo que no se me irá de las manos.

—Lo deseo, señor Fix, porque se trata de un robo importante.

—Un robo soberbio, respondió el agente entusiasmado.—¡Cincuenta y cinco mil libras! ¡No siempre tenemos semejantes ocasiones! ¡Los ladrones se van haciendo muy mezquinos! ¡La raza de los Sheppard se va estinguiendo! ¡Ahora se hacen ahorcar tan solo por algunos chelines!

—Señor Fix,—respondió el cónsul,—hablais de tal manera que os deseo ardientemente buen éxito; pero os lo repito, lo creo difícil en las condiciones en que os encontrais. ¿Sabeis que con las señas que habeis recibido, ese ladron se parece absolutamente á un hombre de bien?

Biblioteca Nacional de España



Inspector de policía.

—Señor cónsul, respondió dogmáticamente el inspector de policía,—los grandes ladrones se parecen siempre á los hombres de bien. Ya comprendereis que los que tienen traza de bribones no tienen mas que un recurso, que es el de ser probos, sin lo cual serian presos con facilidad. Las fisonomías honradas son las que con mas frecuencia hay que desenmascarar. Convengo en que este trabajo es dificultoso, siendo mas bien hijo del arte que del oficio.

Ya vemos que el referido Fix no carecia de cierta dósis de amor propio.

Entre tanto, el muelle se iba animando poco á poco. Marineros de diversas nacionalidades, comerciantes, corredores, mozos de cordel y fellahs afluian allí para esperar la llegada del vapor, que no debia estar muy lejos.

El tiempo era bastante bello, pero el aire frio, á consecuencia del viento que soplaba del Este. Algunos minaretes se destacaban sobre la poblacion bajo los pálidos rayos del sol. Hácia el Sur se prolongaba una escollera de dos mil metros, cual un brazo, sobre la rada de Suez. Por la superficie del Mar Rojo circulaban varias lanchas pescadoras ó de cabotaje, algunas de las cuales han conservado el elegante gálibo (1) de la galera antigua.

Mientras andaba por entre toda aquella gente, Fix, por hábito de su profesion, estudiaba con rápida mirada el semblante de los transeuntes.

Eran entonces las diez y media.

—¡Pero no acabará de llegar ese vapor!—esclamó al oir dar la hora en el reloj del puerto.

—Ya no puede estar lejos,—respondió el cónsul.

—¿Cuánto tiempo ha de estacionarse en Suez?—preguntó Fix.

—Cuatro horas, el tiempo de embarcar su carbon. De Suez á Adem, á la salida del Mar Rojo, mil trescientas diez millas, y necesita proveerse de combustible.

—¿Y de Suez se marcha directamente á Bombay?

—Directamente y sin descarga.

—Pues bien, —dijo Fix,—si el ladron ha tomado pasaje en ese buque, tendrá el plan de desembarcar

(1) En lenguaje de marina, es la configuracion, córte, plantilla de construccion de un buque.

Biblioteca Nacional de España

Los viajeros desembarcaron en el puerto de Suez.

en Suez, á fin de llegar por otra vía á las posesiones holandesas ó francesas del Asia. Bien debe saber que no estaría seguro en la India, que es tierra inglesa.

—A no ser que sea muy entendido,—respondió el cónsul porque ya sabeis que un criminal inglés siempre está mejor escondido en Lóndres que en el extranjero.

Despues de esta reflexión, que dió mucho que pensar al agente, el cónsul regresó á su despacho, situado allí cerca. El inspector de policía se quedó sólo, entregado á una impaciencia nerviosa y con el estraño presentimiento de que el ladron debía estar á bordo del *Mongolia*; y en verdad, si el tunante había salido de Inglaterra con intención de irse al Nuevo-Mundo, debía haber obtenido la preferencia el camino de las Indias, menos vigilado ó más difícil de vigilar que el del Atlántico.

Fix no estuvo mucho tiempo entregado a sus reflexiones, porque la llegada del vapor fué anunciado por agudos silbidos. Todo el tropel de ganapanes y de fellahs se precipitó sobre el muelle en tumulto algo inquietante para los miembros y trages de los pasajeros. Se destacaron de la orilla unas diez lanchas para ir al encuentro del *Mongolia*.

Pronto se apercibió el gigantesco casco de este buque que pasaba entre las márgenes del canal, y daban las once cuando vino á atracar en redda, mientras que el vapor se desprendia con estrepitoso ruido por los tubos de escape de la máquina.

Eran los pasajeros bastante numerosos á bordo. Algunos se quedaron en el entrepuente contemplando el pintoresco panorama de la ciudad, pero la mayor parte desembarcaron en las lanchas que se habian arrimado al *Mongolia*.

Fix examinaba escrupulosamente á todos los que desembarcaban.

En aquel momento se le acercó uno de ellos,—despues de haber repelido vigorosamente á los fellahs que le asediaban con sus ofertas de servicio,—le preguntó con mucha cortesía si podia indicarle el despacho del agente consular inglés. Y al mismo tiempo, este pasajero presentaba un pasaporte, sobre el cual deseaba que constase el visado británico.

Fix tomó instintivamente el pasaporte, y con ra-

Biblioteca Nacional de España

pida mirada lo leyó, escapándose por poco cierto movimiento involuntario. El papel templó en sus manos. Las señas que constaban en el pasaporte eran idénticas á las que habia recibido del director de la policía británica.

—Este pasaporte no es vuestro, —dijo Fix al pasajero.

—No,—respondió éste,—es el pasaporte de mi amo.

—¿Y vuestro amo?

—Se ha quedado á bordo.

—Pero,—repuso el agente,—es necesario que se presente en persona en el despacho del consulado á fin de identificarlo.

—¿Y eso es necesario?

—Indispensable.

—¿Y dónde está la oficina?

—Allí en la esquina de la plaza,—respondió el inspector indicando una casa que distaba unos doscientos pasos.

—Entónces, voy á buscar á mi amo, que no tendrá mucho gusto en molestarse.

Despues de esto, el pasajero saludó á Fix y se volvió á bordo del vapor.

VII

DONDE SE DEMUESTRA UNA VEZ MAS LA INUTILIDAD DE LOS PASAPORTES EN MATERIA DE POLICIA.

El inspector volvió al muelle y se dirigió con celeridad al despacho del cónsul; en seguida, por peticion suya urgente, fue introducido á la presencia de dicho funcionario.

—Señor cónsul,—le dijo sin mas preámbulo,—tengo poderosas presunciones para creer que nuestro hombre ha tomado pasaje á bordo del *Mongolia*.

Y Fix refirió lo que habia pasado entre el criado y él con motivo del pasaporte.

—Bien, señor Fix,—respondió el cónsul,—no sentiria ver el rostro de ese bribon. Pero tal vez no se presentará si es lo que suponeis. Un ladron no procura dejar detrás de sí rastro de su paso, sobre todo no siendo obligatoria la formalidad del pasaporte.

—Señor cónsul,—respondió el agente,—si como debemos suponerlo es hombre entendido, vendrá.

—¿A hacer visar su pasaporte?

—Sí. Los pasaportes nunca sirven mas que para molestar á los hombres de bien y facilitar la fuga de los tunantes. Os aseguro que ese estará en regla, pero espero que no lo visareis.....

—¿Y por que no? si el pasaporte es regular,—respondió el cónsul,—no tengo derecho de negarme á visarlo.

—Sin embargo, señor cónsul, será necesario que yo detenga aquí á ese hombre hasta haber recibido de Lóndres un mandato de prision.

—¡Ah! Eso es cuenta vuestra, señor Fix,—respondió el cónsul; pero yo no puedo.....

El cónsul no terminó su frase. En aquel momento llamaban á la puerta de su gabinete, y el ordenanza de la oficina introducia á dos extranjeros, uno de los cuales era precisamente el criado que habia conversado con el agente de policía.

Eran efectivamente amo y criado. El primero sacó el pasaporte, rogando lacónicamente al cónsul que se sirviera visarlo. Tomó éste el documento y lo leyó atentamente, mientras que Fix, en un rincon del gabinete, observaba ó mas bien devoraba al extranjero con sus ojos.

Cuando el cónsul terminó su lectura, dijo:

—¿Sois Phileas Fogg, esquire?

—Sí señor,—respondió el gentleman.

—¿Y ese hombre es vuestro criado?

—Sí. Un francés llamado Picaporte.

—¿Venis de Lóndres?

—Sí.

—¿Y vais á dónde?

—A Bombay.

—Bien. Ya sabeis que la formalidad del visado no es necesaria, y que ya no exigimos la presentacion del pasaporte.

—Ya lo sé, señor,—respondió Phileas Fogg,—pero deseo que conste mi paso por Suez.

—Como gusteis.

Y el cónsul, despues de haber firmado y fechado el pasaporte, lo selló. Mister Fogg pagó los derechos; y despues de haber saludado con frialdad, salió seguido de su criado.

—¿Y bien?—preguntó el inspector.

—Y bien,—respondió el cónsul,—tiene trazas de un perfecto hombre de bien.

—Posible,—respondió Fix,—pero no se trata de esto. ¿No os parece, señor cónsul que ese flemático caballero se parece rasgo por rasgo al ladron cuyas señas tengo?

—Convengo en ello; pero lo sabeis, todas las señas.....

—Ya estoy harto de saberlo,—respondió Fix.—El criado me parece menos impenetrable que el amo. Además, es francés y no podrá contenerse sin hablar. Hasta luego, señor cónsul.

Dicho esto, el agente salió y se fué en busca de Picaporte.

Entre tanto, mister Fogg, despues de salir de la casa consular, se habia dirigido al muelle. Allí dió algunas órdenes al criado, y despues se embarcó en una lancha y volvió á bordo del *Mongolia*, metiéndose en su camarote. Tomó allí su libro de apuntaciones, que llevaba las notas siguientes:

«Salido de Lóndres, el miércoles 2 de octubre á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

«Llegado á París, el jueves 3 de octubre á las siete y veinte de la mañana.

»Llegado por el Monte Cenis á Turin, el viérnes 4 de octubre á las seis y treinta y cinco minutos de la mañana.

»Salido de Turin, el viernes á las siete y veinte minutos de la mañana.

»Llegado á Brindisi, el sábado 5 de octubre á las cuatro de la tarde.

»Embarcado en el *Mongolia*, el sábado á las cinco de la tarde.

»Llegado á Suez, el miércoles 9 de octubre á las once de la mañana.

»Total de horas transcurridas, ciento cincuenta y ocho y media, sean dias seis y medio.»

Mister Fogg escribió estas fechas en un itinerario dispuesto por columnas, que indicaba, desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre, el dia de la semana, el del mes, las llegadas reglamentarias y las efectivas en cada punto principal, París, Brindisi, Suez, Bombay, Calcutta, Singapore, Hon-Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva-York, Liverpool, Lóndres, y que permitia calcular el adelanto obtenido ó el atraso esperimentado en cada punto del trayecto.

Este metódico itinerario lo tenia de esta suerte en cuenta todo, y mister Fogg sabia siempre si adelantaba ó atrasaba.

Por consiguiente, inscribió tambien aquel dia, miércoles 9 de octubre, su llegada á Suez, que cuadrando con la llegada reglamentaria no le daba ventaja ni desventaja.

Despues se hizo servir de almorzar en su camarote. En cuanto á ver la poblacion, ni siquiera pensaba en ello, porque pertenecia á aquella raza de ingleses que hacen visitar por sus criados los paises por donde viajan.

Biblioteca Nacional de España

VIII.

DONDE PICAPORTE HABLA TAL VEZ ALGO MAS DE LO QUE CONVENDRIA.

Fix habia tropezado en pocos instantes con Picaporte, que todo lo examinaba y miraba, no creyéndose él obligado á no hacerlo.

—Pues bien, amigo mio,—le dijo Fix saliéndole al encuentro.—¿habeis visado el pasaporte?

—¡Ah! Sois vos,—respondió el francés.—Muchas gracias. Estamos perfectamente en regla.

—¿Y os estais enterando del país?

—Sí: pero andamos tan aprisa que me parece viajar en sueños. ¿Es cierto que estamos en Suez?

—En Suez.

—¿En Egipto?

—En Egipto, perfectamente.

—¿Y en Africa?

—En Africa.

—¡En Africa!—repitió Picaporte.—No puedo creerlo. ¡Figuraos, caballero, que yo me imaginaba no ir mas lejos que París, y me he tenido que contentar con ver á esa famosa capital, desde las siete y veinte de la mañana hasta las ocho y cuarenta, entre la estacion del Norte y la de Lyon, al través de los cristales de un coche y lloviendo á chaparrones! ¡Lo siento! ¡Me hubiera gustado volver á ver el campo-santo del Padre Lachaise y el circo de los Campos Elíseos!

—¿Conque tanta prisa teneis?—preguntó el inspector de policía.

—Yo no, pero sí mi amo. A propósito; ¡tengo que comprar calcetines y camisas! Nos hemos marchado sin equipaje; tan solo con un saco de noche.

—Voy á llevaros á un bazar donde encontrareis todo lo que os hace falta.

—Sois bien complaciente,—respondió Picaporte.

Y ambos echaron á andar. Picaporte no cesaba de charlar.

—Sobre todo, es menester no faltar para la hora de salida del buque.

—Aun teneis tiempo,—respondió Fix,—no son mas que las doce.

Picaporte sacó su gran reloj.

—¿Las doce? ¡Vaya! ¡Si no son mas que las nueve y cincuenta y dos minutos!

—Vuestro reloj atrasa,—respondió Fix.

—¡Mi reloj! ¡Un reloj de familia que procede de mi bisabuelo! No discrepa ni cinco minutos al año. ¡Es un verdadero cronómetro!

—Ya veo lo que es,—respondió Fix.—Habeis conservado la hora de Lóndres, que va atrasada unas dos horas con la de Suez. Es preciso cuidar de poner vuestro reloj con el mediodia de cada país.

—¡Yo tocar á mi reloj!—esclamó Picaporte,—¡jamás!

—Entonces no marchará con el sol.

—¡Peor para el sol, caballero! No será él quien tenga razon.

Y el buen muchacho se metió el reloj en la faltriquera con soberbio ademan.

Algunos instantes despues, Fix le decia:

—¿Con que habeis salido de Lóndres con precipitacion?

—¡Ya lo creo! El miércoles último á las ocho de la noche, mister Fogg, contra su costumbre, volvió de su círculo, y tres cuartos de hora despues nos habiamos marchado.

—¿Pero á dónde va vuestro amo?

—Siempre adelante. ¡Está dando la vuelta al mundo!

—¡La vuelta al mundo?—esclamó Fix.

—Sí señor. ¡En ochenta dias! Dice que es una apuesta; pero, sea dicho entre nosotros, no lo creo. Debe tener algun otro motivo.

—¡Ah! es bien original ese mister Fogg.

—Ya lo creo.

—¿Luego es rico?

—¡Ciertamente, y lleva consigo una buena suma en billetes del Banco nuevecitos! ¡Y no ahorra por cierto el dinero! ¡Como que ha prometido una prima magnífica al maquinista del *Mongolia* si llegamos á Bombay con buen adelanto!

—¿Y hace mucho tiempo que conoceis á vuestro amo?

—¡Yo!—respondió Picaporte.—He entrado á servirle precisamente el dia de nuestra marcha.

Imaginese el efecto que estas respuestas debian producir en el ánimo ya sobrescitado del inspector de policía.

Aquella salida precipitada de Lóndres poco despues del robo; aquella fuerte suma con que se hacia el viaje, aquella prisa de llegar á paises remotos; aquel pretesto de una apuesta escéntrica, todo confirmaba y debia confirmar á Fix en sus ideas. Hizo hablar todavía mas al francés, y adquirió la conviccion de que ese mozo no conocia á su amo; que éste vivia aislado en Lóndres; que se le suponia rico sin saber el orígen de su fortuna; que era un hombre impenetrable, etc. Pero al propio tiempo, Fix pudo cerciorarse de que Fogg no desembarcaba en Suez y se iba directamente á Bombay.

—¿Está lejos Bombay?—preguntó Picaporte.

—Bastante lejos,—respondió el agente.—Todavía necesitais unos doce dias por mar.

—¿Y dónde está Bombay?

—En la India.

—¿En Asia?

—Naturalmente.

—¡Diantre! Es que voy á deciros.....Hay una cosa que me trastorna....Mi mechero.

—¿Qué mechero?

—Mi mechero de gas que se me ha olvidado apagar y que está ardiendo por mi cuenta. He calculado que sale á dos chelines cada veinticuatro horas, justo seis peniques mas de lo que gano, y ya comprendeis que á poco que el viaje se prolongue.....

¿Comprendió Fix el negocio del gas? Es poco probable. Ya no escuchaba nada y estaba tomando una resolucion. El francés y él habian llegado al bazar. Fix dejó á su compañero que hiciera sus compras, le recomendó que no faltase á la salida del *Mongolia*, y volvió con premura al despacho del agente consular.

Fix, ahora firme en su conviccion, habia recobrado toda su serenidad.

—Señor,—dijo al cónsul.—Ya no abrigo duda ninguna. Tengo á mi hombre. Se hace pasar por un escéntrico que quiere dar la vuelta al mundo en ochenta dias.

—¿Entonces es un ladino que cuenta con volver á Lóndres despues de haber hecho perder su pista á todas las policías de ambos continentes?

—Eso lo veremos,—respondió Fix.

—¿Pero no os equivocais?—preguntó de nuevo el cónsul.

—No me equivoco.

—Entonces, ¿por qué ha tenido ese ladron el empeño de hacer visar su pasaporte en Suez?

—¿Por qué?..... no lo sé, señor cónsul.—respondió el agente;—pero oidme.

Y en pocas palabras refirió lo mas importante de su conversacion con el criado del susodicho Fogg.

—En efecto,—dijo el cónsul,—todas las presunciones están contra él. ¿Y qué vais á hacer?

—Espedir un despacho á Lóndres con peticion urgente de un mandamiento de prision, embarcarme en el *Mongolia*, seguir al ladron hasta las Indias,

Biblioteca Nacional de España

Mi reloj no discrepa ni cinco minutos al año, dijo Picaporte.

aquella tierra inglesa salirle al encuentro corriente con mi órden en una mano y la otra sobre hombro.

Despues de pronunciar estas palabras con frialdad, el agente se despidió del cónsul y se dirigió al telégrafo, donde envió al director de la policía metropolitana el despacho ya mencionado.

Un cuarto de hora mas tarde, Fix, con su ligero equipaje en la mano y bien provisto de dinero, se embarcaba en el *Mongolia*, y muy luego el rápido buque surcaba á todo vapor las aguas del Mar Rojo.

IX.

DONDE EL MAR ROJO Y EL MAR DE LAS INDIAS SE MUESTRAN PROPICIOS Á LOS DESEOS DE PHILEAS FOGG.

La distancia entre Suez y Aden es exactamente de mil trescientas diez millas, y el pliego de condiciones de la Compañía concede á sus vapores un trascurso de ciento treinta y ocho horas para andarlo. El *Mongolia*, cuyos fuegos se activaban considerablemente, marchaba de modo que pudiese adelantar la llegada reglamentaria.

La mayor parte de los viajeros embarcados en Brindisi iban á la India. Unos se encaminaban á Bombay y otros á Calcutta, pero por la vía de Bombay, porque desde que un ferro-carril atraviesa en toda su anchura la península indiana, ya no es necesario doblar la punta de Ceylan.

Entre los pasajeros del *Mongolia* habia algunos funcionarios civiles y oficiales de toda graduacion. De estos pertenecian unos al ejército británico propiamente dicho, otros mandaban tropas indígenas de cipayos, todos con muy buenos sueldos, aun ahora despues que el gobierno se ha sustituido á los derechos y cargas de la antigua Compañía de las Indias. Los subtenientes tenian siete mil pesetas de paga, los brigadieres sesenta mil y los generales cien mil (1).

(1) La paga de los funcionarios civiles es aun mas subida. Los simples adjuntos, en el primer grado de la gerarquía, tienen doce mil pesetas; los jueces sesenta mil; los presidentes de tribunal doscientas cincuenta mil; los gobernadores trescientas mil, y el gobernador general mas de seiscientas mil.

Biblioteca Nacional de España

El *Mongolia* hizo escala en Steamer Punto.

Se vivia, por lo tanto, bien á bordo del *Mongolia* entre aquella sociedad de funcionarios, con los cuales alternaban algunos jóvenes ingleses, que con un millon en el bolsillo iban á fundar á lo lejos establecimientos de comercio. El *purser*, hombre de confianza de la Compañía, igual al capitan á bordo, lo hacia todo con suntuosidad. En el almuerzo de la mañana, en el *lunch* de las dos, en la comida de las cinco y media, en la cena de las ocho, las mesas crujian bajo el peso de la carne fresca y de los entremeses que suministraban la carniceria y la repostería del vapor. Las pasajeras, de las cuales habia algunas, mudaban de trage dos veces al dia. Habia música y hasta baile cuando el mar lo permitia.

Pero el Mar Rojo es muy caprichoso y con frecuencia proceloso, como todos los golfos largos y estrechos. Cuando el viento soplaba de la costa de Asia ó de la de Africa, el *Mongolia*, de casco fusiforme tomado de través, sufria espantosos vaivenes. Las damas desaparecian entonces; los pianos callaban; los cantos y las danzas cesaban á un tiempo. Y entre tanto, á pesar de la ráfaga y á pesar de las olas, el vapor, impelido por su poderosa máquina, corria sin tardanza hácia el estrecho de Bab-el-Mandeb.

¿Qué hacia Phileas Fogg durante aquel tiempo? ¿Pudiera creerse que siempre inquieto y ansioso se preocupaba de los cambios de viento perjudiciales á la marcha del buque, de los movimientos desordenados del oleaje que podian ocasionar un accidente á la maquina, en fin, de todas las averías posibles que obligando al *Mongolia* á arribar á algun puerto hubiesen comprometido el viaje?

De ningun modo; ó si pensaba en estas eventualidades, no lo dejaba cuando menos traslucir. Era siempre el hombre impasible, el miembro imperturbable del Reform Club, á quien ningun incidente ó accidente podia sorprender. No parecia mucho mas conmovido que el cronómetro de bordo. Raras veces se le veia sobre el puente. Poco cuidado le daba el observar aquel Mar Rojo, tan fecundo en recuerdos y teatro de las primeras escenas históricas de la humanidad. No acudia á reconocer las curiosas poblaciones diseminadas por sus orillas y cuyos pintorescos perfiles se destacaban de vez en cuando en el

Biblioteca Nacional de España

...manera pensaba en los peligros de aquel golfo, de que siempre han hablado con espanto los antiguos historiadores de Estrabon, Arriano, Artemidoro, Edrisi, en el cual no se aventuraban los navegantes antiguamente sin haber consagrado su viaje con sacrificios propiciatorios.

¿Qué hacia entonces aquel hombre original encarcelado en el *Mongolia*? Hacia primeramente sus cuatro comidas diarias, sin que nunca el cabeceo ni los vaivenes pudieran desconcertar máquina tan maravillosamente organizada. Y despues jugaba al whist.

Habia encontrado compañeros para el juego tan rabiosamente aficionados como él: un recaudador de impuestos que iba á Goa, un ministro, el reverendo Décimo Smith, que regresaba á Bombay, y un brigadier general del ejército inglés, que se iba á reunir con su cuerpo á Benares. Estos tres pasajeros tenian por el whist igual pasion que mister Fogg, y jugaban durante horas enteras con no menos silencio que él.

En cuanto á Picaporte, no le atacaba el mareo. Ocupaba un camarote de proa y comia concienzudamente. Debemos decir que este viaje, hecho con tales condiciones, no le disgustaba, y procuraba sacar partido de él. Bien mantenido, bien alojado, veia tierras, y por otra parte tenia la esperanza de que esta broma acabaria en Bombay.

Al dia siguiente de la salida de Suez, 29 de octubre, no dejó de darle gusto el encuentro que hizo en el puente del obsequioso personaje á quien se habia dirigido al desembarcar en Egipto.

—No me engaño,—le dijo al acercarse con amable sonrisa,—vos sois el caballero que fue tan complaciente en servirme de guia por las calles de Suez.

—En efecto,—respondió el agente.—¡Os reconozco! Sois el criado de ese inglés tan original...

—Precisamente, señor...

—Fix.

—Señor Fix,—respondió Picaporte.—Me alegro de veros á bordo. ¿Y á dónde vais?

—Lo mismo que vos, á Bombay.

—Mucho mejor. ¿Habeis hecho ya este viaje?

—Muchas veces,—respondió Fix.—Soy agente de la Compañía peninsular.

—¿Entonces conoceis la India?

—Pero... si...—respondió Fix, que no queria aventurarse mucho.

—¿Y es curioso ese país?

—Muy curioso. Mezquitas, minaretes, templos, faquires, pagodas, tigres, serpientes, bayaderas. Pero debemos esperar que tendreis tiempo de visitarlo.

—Así lo espero, señor Fix. ¡Ya comprendereis que no es permitido á un hombre de entendimiento sano pasar la vida saltando de un vapor á un ferro-carril, y de un ferro-carril á un vapor, con el pretesto de dar la vuelta al mundo en ochenta dias! No. Toda esta gimnástica terminará en Bombay, no lo dudeis.

—¿Y está bueno mister Fogg?—Preguntó Fix con el acento mas natural.

—Muy bueno, señor Fix. Y yo tambien, por cierto. Cómo lo mismo que un ogro en ayunas. Es el aire del mar.

—Pero nunca veo á vuestro amo sobre el puente.

—Nunca. No es curioso.

—¿Sabeis, señor Picaporte, que este pretendido viaje en ochenta dias pudiera muy bien ocultar alguna mision secreta.... una mision diplomática por ejemplo?

—A fe mia, señor Fix, que yo nada sé, os lo declaro, ni daria media corona por saberlo.

Desde este encuentro, Picaporte y Fix hablaron juntos con frecuencia. El inspector de policía tenia empeño en trabar intimidad con el criado de mister Fogg. Esto podia serle útil en caso necesario. Le ofrecia á menudo en el bar-room (1) del *Mongolia* algunos vasos de whisky ó de pale-ale, que el buen muchacho aceptaba sin ceremonia, y hacia repetir para no ser menos, pareciéndole ese señor Fix un caballero muy honrado.

Entre tanto, el vapor marchaba con rapidez. El dia 13 se divisó la ciudad de Moka, que apareció dentro de su cintura de murallas ruinosas, sobre las cuales se destacaban algunas verdes palmeras. A lo lejos, en las montañas, se desarrollaban vastas campiñas de cafetales. Fue para Picaporte un encanto la vista de esa ciudad célebre, y aun le pareció que con sus murallas circulares y un fuerte desmantelado, que tenia la configuracion de una asa, se asemejaba á una enorme taza de café.

Durante la siguiente noche, el *Mongolia* cruzó el estrecho de Bab-el-Mandeb, cuyo nombre árabe significa la *Puerta de las lágrimas*; y al otro dia, 14, hacia escala en *Steamer-Punto* al Nordeste de la rada de Aden. Allí era donde debia reponerse de combustible.

Grave é importante asunto es esa alimentacion de la hornilla de los vapores á semejantes distancias de los centros de produccion. Solo para la Compañía peninsular es un gasto anual de ochocientas mil libras (20.000.000 de pesetas). Ha sido necesario establecer depósitos en varios puertos, saliendo el coste del carbon en tan remotos parajes á ochenta pesetas la tonelada.

El *Mongolia* tenia que recorrer todavía mil seiscientas cincuenta millas para llegar á Bombay, y debia estar tres horas en Steamer-Punto á fin de llenar sus bodegas.

—Pero esta tardanza no podia perjudicar de ningun modo el programa de Phileas Fogg. Estaba prevista. Además, el *Mongolia*, en lugar de llegar á Aden el 15 de octubre por la mañana, entraba el 14 por la tarde. Era un adelanto de quince horas.

Mister Fogg y su criado bajaron á tierra, porque aquel deseaba visar el pasaporte. Fix los siguió procurando no ser observado. Cumplidas las formalidades, Phileas Fogg volvió á bordo á proseguir su interrumpida partida de whist.

Pero Picaporte se estuvo, segun costumbre, callejeando en medio de aquella poblacion de somanlis, banianos, parsis, judíos, árabes, europeos, que componen los veinticinco mil habitantes de Aden. Admiró las fortificaciones que hacen de esa ciudad el Gibraltar del mar de las Indias, y unos magníficos aljibes en que trabajaban aun los ingenieros del rey Salomon.

—¡Qué curioso es eso, qué curioso!—decia Picaporte volviendo á bordo.—Me convenzo de que no es inútil viajar si se quiere ver cosas nuevas.

A las seis de la tarde, el *Mongolia* batia con las alas de su hélice las aguas de la rada de Aden y surcaba poco despues el mar de las Indias. Se concedian ciento sesenta y ocho horas para hacer la travesía entre Aden y Bombay. Por lo demás, el mar fue favorable. El viento era Noroeste y las velas pudieron ayudar al vapor.

El buque, mejor sostenido, cabeceó menos, y las pasajeras volvieron á aparecer sobre el puente recien compuestas, comenzando de nuevo los cantos y los bailes.

El viaje se hizo con las mejores condiciones, y Picaporte estaba muy gozoso de la amable compañía que la suerte le habia deparado con la persona del señor Fix.

El domingo 20 de octubre, á medio dia, se avistó la costa indiana. Dos horas mas tarde, el piloto montaba á bordo del *Mongolia*. En el horizonte, un fondo

(1) Cámara baja, especie de café-cantina.

Biblioteca Nacional de España

de colinas se perfilaba armoniosamente sobre la bóveda celeste, y muy luego se destacaron vivamente las filas de palmeras que adornan la ciudad. El vapor penetró en la rada formada por las islas Salcette, Colaba, Elefanta, Butcher, y á las cuatro y media atracaba á los muelles de Bombay.

Phileas Fogg terminaba entonces la trigésima tercera partida del dia, y su compañero y él, gracias á un manejo audaz, terminaron aquella bella travesía haciendo las trece bazas.

El *Mongolia* no debia llegar á Bombay hasta el 22 de octubre y arribaba el 20. Era, por consiguiente, una ventaja de dos dias desde la salida de Lóndres. La cual fue inscrita metódicamente en la columna de beneficios del itinerario de Phileas Fogg.

X.

DONDE PICAPORTE TIENE LA FORTUNA DE SALIR BIEN, PERDIENDO SU CALZADO.

Nadie ignora que la India,—ese gran triángulo inverso cuya base está al Norte y la punta al Sur,—comprende una superficie de un millon cuatrocientas mil millas cuadradas, sobre la cual se halla desigualmente esparcida una poblacion de ciento ochenta millones de habitantes. El gobierno británico ejerce un dominio real sobre cierta parte de este inmenso pais. Tiene un gobernador general en Calcutta, gobernadores en Madras, en Bombay, en el Bengala, y un teniente gobernador en Agra.

Pero la India inglesa, propiamente dicha, solo cuenta una superficie de setecientas mil millas cuadradas y una poblacion de ciento á ciento diez millones de habitantes. Mucho decir es que una notable parte del territorio se haya librado hasta hoy de la autoridad de la reina; y en efecto, entre algunos rajahs del interior, fieros y terribles, la independencia india es todavía absoluta.

Desde 1756.—época en que se fundó el primer establecimiento inglés en el sitio ocupado hoy por la ciudad de Madras, hasta el año en que estalló la gran insurreccion de los cipayos, la célebre Compañía de las Indias fue omnipotente. Iba agregando á sus dominios poco á poco las diversas provincias adictas á los rajahs por medio de rentas que no pagaba ó pagaba mal; nombraba un gobernador general y todos los empleados civiles y militares; pero ahora ya no existe, y las posesiones inglesas de la India dependen directamente de la Corona.

Por eso el aspecto, las costumbres, las divisiones etnográficas de la península tienden á modificarse diariamente. Antes se viajaba por todos los antiguos medios de trasporte, á pie, á caballo, en carro, en carretilla, en litera, á cuestas de otro, en coatch, etc. Ahora unos barcos de vapor recorren á gran velocidad el Indus y el Ganges, y un ferro-carril que atraviesa la India en toda su anchura ramificándose en su trayecto, pone Bombay á tres dias tan solo de Calcutta.

El trazado de este ferro-carril no sigue la línea recta al través de la India. La distancia á vuelo de pájaro no es mas que de mil á mil cien millas, y los trenes, aun con la velocidad media, no emplearian tres dias en el trayecto; pero esta distancia está aumentada en una tercera parte al menos por la curva que describe el camino elevándose hasta Allahabad al Norte de la península.

Hé aquí, en suma, el trazado del *Great Indian peninsular railway*. Partiendo de Bombay, atraviesa Salcette, salta al continente en frente de Tannah, cruza la sierra de los Ghatos Occidentales, corre al Nordeste hasta Burhampur, surca el territorio casi independiente de Buldelkund, se eleva hasta Allahabad, se inclina al Este, encuentra al Ganges en Benares, se desvia ligeramente, y volviendo al Sureste por Burdivan y la ciudad francesa de Chandernagor, va á formar cabeza de línea en Calcutta.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando los pasajeros del *Mongolia* habian desembarcado en Bombay, y el tren de Calcutta salia á las ocho en punto.

Mister Fogg se desentendió de sus compañeros, salió del vapor, dió á su criado la órden de hacer algunas compras, le recomendó espresamente que estuviera antes de las ocho en la estacion, y con su paso regular, que batia segundos como el péndulo de un reloj astronómico, se dirigió á la oficina de pasaportes.

Por consiguiente, nada pensaba ver de las maravillas de Bombay, ni la casa municipal, ni la magnífica biblioteca, ni los fuertes, ni los docks, ni el mercado de algodones, ni los bazares, ni las mezquitas, ni las sinagogas, ni las iglesias armenias, ni la espléndida pagoda de Malebar-Hill, adornada con dos torres piramidales. No contemplaria ni las obras maestras de Elefanta, ni sus misteriosas hipogeas, ocultas al Sureste de la rada, ni las grutas kankerias de la isla de Salcette, esos admirables vestigios de la arquitectura budista.

¡No, nada! Al salir de la oficina de pasaportes, Phileas Fogg se fué sosegadamente á la estacion, y allí se hizo servir la comida. Entre otros manjares, el fondista creyó deberle recomendar cierto guisado de conejo del pais, que le ponderó mucho.

Phileas Fogg aceptó el guisado y le probó concienzudamente, pero á pesar de la salsa lo halló detestable.

Llamó al fondista.

—Señor,—le dijo mirándole cara á cara,—¿es este conejo?

—Sí, milord,—respondió descaradamente el perillan,—conejo de esta tierra.

—¿Y no ha mayado cuando le han muerto?

—¡Mayado! ¡Oh, milord! ¡Un conejo! Os juro...

—Señor fondista,—replicó con frialdad mister Fogg,—no jureis, y acordaos de esto: antiguamente en la India los gatos eran animales sagrados. Era el buen tiempo.

—¿Para los gatos, milord?

—Y tal vez tambien para los viajeros.

Despues de esta observacion, mister Fogg siguió comiendo con calma.

Algunos instantes despues de mister Fogg, el agente Fix habia desembarcado tambien del *Mongolia* y se habia ido corriendo á ver al director de la policía de Bombay. Le dió á conocer la mision de que estaba encargado y su situacion respecto del presunto autor del robo. ¿Se habia recibido de Lóndres una órden de prision?... No se habia recibido nada. Y en efecto, la órden no podia haber llegado todavía.

Fix quedó desconcertado. Quiso conseguir del director la órden, pero le fue negada. Era asunto que competia á la administracion metropolitana, siendo ella quien solo podia dar legalmente un mandato de prision. Esa severidad de principios, esta observancia rigurosa de la ley se esplica perfectamente por las costumbres inglesas, que en materia de libertad individual no admiten ninguna arbitrariedad.

Fix no insistió, y comprendió que debia resignarse á aguardar la órden; pero resolvió no perder de vista á su impenetrable bribon durante todo el tiempo que estuviera en Bombay. No tenia duda que allí permaneceria algun tiempo Phileas Fogg, conviccion de que participaba Picaporte, lo cual daria lugar á la llegada del mandato.

Pero desde las últimas órdenes que le habia dado su amo, Picaporte habia comprendido que sucederia en Bombay lo que en Suez y Paris, y que el viaje no terminaria allí y se proseguiria por lo menos hasta Calcutta y quizás mas lejos. Y empezó á pensar si

Biblioteca Nacional de España

Picaporte estuvo callejeando en medio de aquella poblacion de sonámbulos.....

apuesta seria cosa formal, y si la fatalidad no le llevaba á él, que queria vivir descansado, á dar la vuelta al mundo en ochenta dias.

Entre tanto, y despues de haber comprado algunas camisas y calcetines, se paseaba por las calles de Bombay. Habia gran concurrencia, y en medio de europeos de todas procedencias se veian persas con gorro puntiagudo, bunhyas con turbantes redondos, sindos con bonetes cuadrados, armenios con trage largo y parsis con mitra negra. Era precisamente una fiesta que celebraban los parsis ó gnebros, descendientes directos de los sectarios de Zoroastres, que son los mas industriosos, los mas civilizados, los mas inteligentes, los mas austeros de los indios, raza á que pertenecen hoy los comerciantes indígenas mas ricos de Bombay. Aquel dia celebraban una especie de carnaval religioso, con procesiones y festejos, en los cuales figuraban bayaderas vestidas de gasas recamadas de oro y plata, y que al son de gaitas y tam-tams danzaban maravillosamente, y por otra parte con perfecta decencia.

Supérfluo es insistir aquí en que Picaporte contemplaba tan curiosas ceremonias, siendo todo ojos y oidos para ver y escuchar, y dando á su fisonomía la facha de *booby* (1) mas perfecto que imaginarse puede.

Desgraciadamente para el y para su amo, cuyo viaje por poco comprometió, su curiosidad le llevó mas lejos de lo que convenia.

Despues de haber visto ese carnaval parsi, Picaporte se dirigia á la estacion, cuando al pasar por delante de la admirable pagoda de Malebar-Hill tuvo la desventurada idea de visitarla por dentro.

Ignoraba dos cosas; primero, que la entrada de ciertas pagodas indias está formalmente prohibida á los cristianos, y segundo, que aun los mismos creyentes no pueden entrar sino dejando el calzado á la puerta. Hay que notar aqui, que por razones de sana política, el gobierno inglés, respetando y haciendo respetar hasta en sus mas insignificantes pormenores la religion del país, castiga con severidad á quien quier que infrinja sus prácticas.

(1) Babieca, papanatas.

Biblioteca Nacional de España

Picaporte derribó de un puñetazo á dos de sus adversarios

Picaporte entró dentro sin pensar en lo que hacia, como un simple viajero, y admiraba ese deslumbrador oropel de la ornamentacion bramánica, cuando de repente fue derribado sobre las sagradas losas del pavimento. Tres sacerdotes con la mirada furiosa se arrojaron sobre él, arrancaron sus zapatos y calcetines y comenzaron á molerle á golpes, prorumpiendo en salvaje grita.

El francés, vigoroso y ágil, se levantó con viveza. De un puñetazo y de un puntapié derribó á dos adversarios muy entorpecidos por su traje talar, y lanzándose fuera de la pagoda con toda la velocidad de sus piernas, dejó muy presto atras al tercer indio, que habia salido en su seguimiento amotinando á la multitud.

A las ocho menos cinco, algunos minutos antes de marchar el tren, sin sombrero, descalzo y habiendo perdido su paquete de compras, Picaporte llegaba al ferro-carril.

Allí en el anden estaba Fix, que habia seguido á Fogg hasta la estacion, comprendiendo que este tunante se iba de Bombay. Tomó la inmediata resolucion de acompañarle hasta Calcutta, y mas lejos si preciso fuese. Picaporte no vió á Fix que estaba en la sombra, pero Fix oyó la relacion de las aventuras que Picaporte estaba brevemente haciendo á su amo.

—Espero que no os volverá á suceder, respondió simplemente Phileas Fogg tomando asiento en uno de los vagones del tren.

El pobre mozo, desconcertado y descalzo siguió á su amo sin hablar palabra.

Fix iba á subir en otro vagon, cuando le detuvo una idea que modificó súbitamente su proyecto de partida.

—No; me quedo,—dijo.—Un delito cometido en territorio indio... Ya tengo asegurado á mi hombre.

En aquel momento la locomotiva dió un vigoroso silbido, y el tren desapareció en la oscuridad.

XI.

DONDE PHILEAS FOGG COMPRA UNA CABALGADURA POR UN PRECIO FABULOSO.

El tren habia salido á la hora reglamentaria. Llevaba cierto número de viajeros, algunos oficiales, funcionarios civiles y comerciantes de opio y de añil á quienes llamaba su tráfico á la parte oriental de la península.

Biblioteca Nacional de España

Picaporte ocupaba el mismo compartimiento que su amo. Un tercer viajero estaba en el rincon opuesto.

Era el brigadier general sir Francis Cromarty, uno de los compañeros de juego de mister Fogg durante la travesía de Suez á Bombay, que iba á reunirse con sus tropas acantonadas cerca de Nerbudah.

Sir Francis Cromarty, alto, rubio, de cincuenta años de edad, que se habia distinguido mucho en la guerra de los cipayos, hubiera verdaderamente merecido la calificacion de indígena. Desde su jóven edad habitaba la India y no habia ido sino muy raras veces á su país natal. Era hombre instruido, que de buena gana hubiera dado informes sobre los usos, historia y organizacion del país indio si Phileas Fogg hubiese sido hombre capaz de pedirlos. Pero este caballero no pedia nada. No viajaba, sino que estaba describiendo una circunferencia. Era un cuerpo grave recorriendo una órbita alrededor del globo terrestre segun las leyes de la mecánica racional. En aquel momento rectificaba para sus adentros el cálculo de las horas empleadas desde su salida de Lóndres, y se hubiera dado un restregon de manos á no ser enemigo de movimientos inútiles.

No habia dejado sir Francis Cromarty de reconocer la originalidad de su compañero de viaje, bien que no le hubiera estudiado sino con los naipes en la mano. Tenia, pues, fundamento para indagar si el corazon humano que latia bajo aquella corteza, si Phileas Fogg poseia una alma sensible á las bellezas de la naturaleza y á las aspiraciones morales. Era esto para él cuestion á ventilar. De todos los séres originales que el brigadier general habia encontrado, ninguno era comparable con ese producto de las ciencias exactas.

Phileas Fogg no habia ocultado á sir Francis Cromarty su proyecto de viaje alrededor del mundo ni las condiciones con que le verificaba. El brigadier general no vió en esta apuesta mas que una excentricidad sin objeto útil, y á la cual faltaba necesariamente el *transire benefaciendo* que debe guiar á todo hombre razonable. En el modo de proceder del extravagante gentleman, lo pasaria evidentemente sin hacer nada ni por sí mismo ni por sus semejantes.

Una hora despues de haber salido de Bombay, el tren, salvando los viaductos, habia atravesado la isla Salcette y corria sobre el continente. En la estacion de Callyan dejó á la derecha el ramal que por Kandallah y Punah desciende al Suroeste de la India, y llegó á la estacion de Pauwell. Aquí entró en las montañas muy ramificadas de los Ghatos Occidentales, sierra con base de trapp y basalto, cuyas altas cumbres están cubiertas de espeso monte.

De vez en cuando, sir Francis Cromarty y Phileas Fogg cruzaban algunas palabras, y en este momento el brigadier general, procurando animar una conversacion que con frecuencia languidecia, dijo:

—Hace algunos años, mister Fogg, que hubiérais tenido aquí un atraso que probablemente hubiera comprometido vuestro itinerario.

—¿Por qué, sir Francis?

—Porque el ferro carril terminaba al pie de estas montañas, que era necesario atravesar en palanquin ó á caballo hasta la estacion de Kandallah, situada á la vertiente opuesta.

—Esa tardanza no hubiera de modo alguno descompuesto el plan de mi programa,—respondió mister Fogg.—No he dejado de prever la eventualidad de ciertos obstáculos.

—Sin embargo, mister Fogg,—repuso el brigadier general,—habeis estado á punto de cargar con muy mal negocio por la aventura de ese mozo.

Picaporte, con los pies envueltos en la manta de viaje, dormia profundamente sin soñar que se hablaba de él.

—El gobierno inglés es muy severo, y con razon por ese género de delitos,—repuso sir Francis Cromarty.—Atiende mas que todo á que se respeten los usos religiosos de los indios, y si hubiesen cogido á vuestro criado.....

—Y bien, cogiéndole, sir Francis,—respondió mister Fogg,—le habrian condenado, y despues de sufrir su pena hubiera vuelto tranquilamente á Europa. ¿No veo por qué ese asunto tendria que perjudicar á su amo!

Y con esto la conversacion se enfrió de nuevo. Durante la noche, el tren atravesó los Ghatos, pasó por Nassik, y al dia siguiente, 21 de octubre, corria por un territorio casi llano formado por la comarca del Khandeish. La campiña, bien cultivada, estaba llena de villorrios, sobre los cuales el minarete de la pagoda reemplazaba al campanario de la iglesia europea. Esta region fértil estaba regada por numerosos arroyuelos, afluentes la mayor parte ó subafluentes del Godavery.

Picaporte, despierto ya, miraba y no podia creer que atravesaba el país de los indios en un tren de *Great-peninsular rail-way*. Esto le parecia inverosímil, y sin embargo nada mas positivo. La locomotiva, dirigida por el brazo de un maquinista inglés y caldeada con hulla inglesa, despedia el humo sobre las plantaciones de algodon, café, moscada, clavillo y pimienta. El vapor se contorneaba en espirales alrededor de los grupos de palmeras, entre las cuales aparecian pintorescos bungalows y algunos viharis, especie de monasterios abandonados, y templos maravillosos enriquecidos por la inagotable ornamentacion de la arquitectura indiana. Despues habia inmensas estensiones de tierra que se embujaban hasta perderse de vista, juncales donde no faltaban ni las serpientes ni los tigres espantados por los relinchos del tren; y por último, selvas perdidas por el trazado del camino, frecuentadas todavía por elefantes que miraban con ojo pensativo pasar el disparado convoy.

Durante aquella mañana, mas allá de la estacion de Malligaum, los viajeros atravesaron este territorio funesto tantas veces ensangrentado por los sectarios de la diosa Kali. No lejos se elevaba Elora con sus pagodas admirables, no lejos la célebre Aurungabad, la capital del indómito Aureng-Yeb, ahora simple capital de una de las provincias segregadas del reino de Nizam. En esta region era donde Feringhea, el jefe de los thugs, el rey de los estranguladores, ejercia su dominio. Estos asesinos, unidos por un lazo impalpable, estrangulaban en honor de la diosa de la Muerte, víctimas de toda edad, sin derramar sangre nunca, y hubo un tiempo en que no se podia recorrer paraje alguno de aquel terreno sin hallar algun cadáver. El gobierno inglés ha podido impedir en gran porcion esos asesinatos; pero la espantosa asociacion sigue existiendo y funciona todavía.

A las doce y media, el tren se detuvo en la estacion de Burhampur, y Picaporte pudo procurarse á precio de oro un par de babuchas, adornadas con abalorios, que se puso con un sentimiento de evidente vanidad.

Los viajeros almorzaron con rapidez y salieron para la estacion de Assurghur, despues de haber costeado el rio Tapty, que desagua en el golfo de Cambaya, cerca de Surate.

Es oportuno dar á conocer los pensamientos que ocupaban entonces el ánimo de Picaporte. Hasta su llegada á Bombay, habia creido y podido creer que las cosas no pasarian de aquí. Pero ahora, desde que corria á todo vapor al través de la India, se habia verificado un cambio en su ánimo. Sus inclinaciones naturales reaparecian con celeridad. Volvia á sus caprichosas ideas de la juventud, tomaba por lo sério los proyectos de su amo, creia en la realidad de la

Biblioteca Nacional de España

apuesta, y por consiguiente en la vuelta al mundo y en el máximum de tiempo que no debia escederle. Se inquietaba ya por las tardanzas posibles y por los accidentes que podian sobrevenir en el camino. Se sentia como interesado en esta apuesta, y temblaba á la idea que tenia de haberla podido comprometer la víspera con su imperdonable estupidez. Por eso, siendo mucho menos flemático que mister Fogg, estaba mucho mas inquieto. Contaba y volvia á contar los dias trascurridos, maldecia las paradas del tren, lo acusaba de lentitud y vituperaba *in pectore* á mister Fogg por no haber propuesto una prima al maquinista. No sabia el buen muchacho que lo que era posible en un vapor no tenia aplicacion en un ferro-carril, cuya velocidad era reglamentaria.

Por la tarde se cruzaron los desfiladeros de las montañas de Suptur, que separan el territorio de Khandeish del de Bundelkund.

Al siguiente dia, 22 de octubre, respondiendo á una pregunta de sir Francis Cromarty, Picaporte, despues de consultar su reloj, dijo que eran las tres de la mañana. Y en efecto, ese famoso reloj, siempre arreglado por el meridiano de Greenwich, que estaba á cerca de setenta grados al Oeste, debia atrasar, y atrasaba en efecto cuatro horas.

Sir Francis rectificó por consiguiente la hora dada por Picaporte, á quien hizo la misma observacion que ya le tenia hecha Fix. Trató de hacerle comprender que debia arreglar su reloj por cada nuevo meridiano, y que caminando constantemente hácia el Este, es decir, al encuentro del sol, los dias eran mas cortos tantas veces cuatro minutos como grados se recorrian. Todo fue inútil. Hubiese ó no comprendido la observacion del brigadier general, el obstinado Picaporte no quiso adelantar su reloj, conservando invariablemente la hora de Lóndres. Manía inocente, por otra parte, y que no hacia daño á nadie.

A las ocho de la mañana, y á quince millas antes de la estacion de Rothal, el tren se detuvo en medio de un estenso claro del bosque, rodeado de *bungalows* y de cabañas de obreros. El conductor del tren pasó delante de la línea de los wagones diciendo:

—Los viajeros se apean aquí.

Phileas Foggs miró á sir Francis Cromarty, que pareció no comprender nada de esta atencion en medio de un bosque de tamarindos y de khajoures.

Picaporte, no menos sorprendido, se lanzó á la via y volvió casi al punto, esclamando:

—¡Señor, ya no hay ferro-carril!

—¿Qué quereis decir?—preguntó sir Francis Cromarty.

—Quiero decir que el tren no sigue.

El brigadier general descendió al instante del wagon. Phileas Fogg le siguió sin darse prisa. Ambos se dirigieron al conductor.

—¿Dónde estamos?—preguntó sir Francis Cromarty.

—En la aldea de Kholby,—respondió el conductor.

—¿Nos paramos aquí?

—Sin duda. El ferro-carril no esta concluido...

—¡Cómo! ¿No está concluido?

—No. Falta un trozo de cincuenta millas entre este punto y Allahabad, donde se vuelve á tomar la vía.

—¡Sin embargo, los periódicos han anunciado la apertura completa del rail-way!

—¡Qué quereis! Los periódicos se han equivocado.

—¡Y dais billetes desde Bombay á Calcutta!—replicó sir Francis Cromarty que empezaba á acalorarse.

—Sin duda,—replicó el conductor;—pero los viajeros saben muy bien que deben hacerse trasladar de Kholby á Allahabad.

Sir Francis Cromarty estaba furioso. Picaporte hubiera de buena gana acogotado al conductor que ya no podia mas. No se atrevia á mirar á su amo.

—Sir Francis,—dijo sencillamente mister Fogg,—vamos á discurrir, si lo quereis, el medio de llegar á Allahabad.

—Mister Fogg, se trata aquí de una tardanza absolutamente perjudicial á vuestros intereses.

—No, sir Francis, ya estaba prevista.

—¡Cómo! ¿Sabiais que la via?...

—De ningun modo; pero sabia que un obstáculo cualquiera surgiria tarde ó temprano en el camino. Ahora bien, no hay nada comprometido. Tengo dos dias de adelanto que sacrificar. Hay un vapor que sale de Calcutta para Hong Kong el 25 al mediodia. Estamos á 22 y llegaremos á tiempo á Calcuta.

No habia nada que decir ante una respuesta dada con tan completa seguridad.

Demasiado era cierto que los trabajos del ferro-carril terminaban allí. Los periódicos son como algunos reloges que tienen la manía de adelantar, y habian anunciado prematuramente la conclusion de la línea. La mayor parte de los viajeros conocian esa interrupcion de la via, y al apearse del tren se habian apoderado de los vehículos de todo género que habia en el villorrio, palkighars de cuatro ruedas, carretas arrastradas por unos zebus, especie de bueyes de jiba, carros de viaje semejantes á pagodas ambulantes, palanquines, caballos, etc. Así es que mister Fogg y sir Francis, despues de haber registrado toda la aldea, se volvieron sin haber encontrado nada.

—Iré á pie.—dijo Phileas Fogg.

Picaporte, que entonces se reunia con su amo, hizo un ademan significativo al considerar sus magníficas babuchas. Por fortuna habia ido tambien de descubierta por su parte, y titubeando un poco, dijo:

—Señor, me parece que he hallado un medio de trasporte.

—¿Cuál?

—¡Un elefante! ¡Un elefante que pertenece á un indio que vive á cien pasos de aquí.

—Vamos á ver el elefante,—respondió mister Fogg.

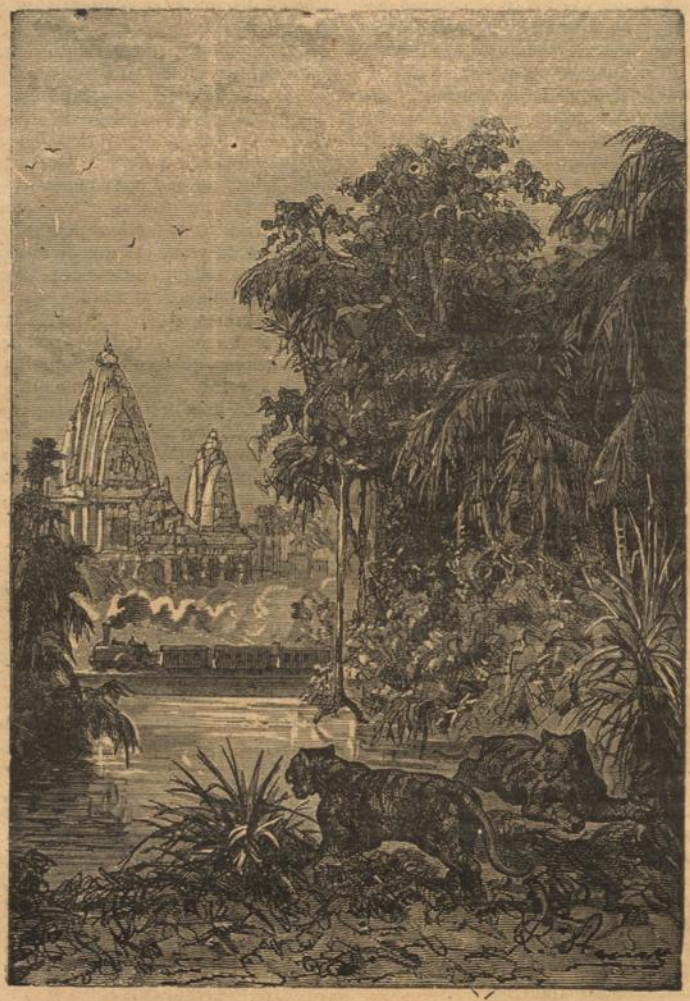
Cinco minutos despues, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Picaporte llegaban cerca de una choza adherida á una cerca formada por altas empalizadas. En la choza habia un indio, y en la cerca un elefante. El indio introdujo á mister Fogg y á sus dos compañeros en la cerca.

Allí se encontraron en presencia de un animal medio domesticado, que su propietario domaba, no para hacerlo animal de carga, sino de combate. Con este fin habia comenzado por modificar el carácter naturalmente apacible del elefante, procurando conducirlo gradualmente á ese paroxismo de furor llamado *mutsh* en lengua india, y esto manteniéndole durante tres meses con azucar y manteca. Este tratamiento puede parecer poco á propósito para obtener semejante resultado, pero no deja de ser empleado con éxito por los criadores. Afortunadamente para Fogg, el elefante en cuestion llevaba poco tiempo de ese régimen, y el *mutsh* no se habia declarado todavía.

Kiouni,—así se llamaba el animal,—podia, como todos sus congéneres, hacer durante mucho tiempo una marcha rapida, y á falta de otra cabalgadura, Phileas Fogg resolvió utilizarlo.

Pero los elefantes son caros en la India, donde comienzan á escasear. Los machos que convienen para las luchas de los circos, son muy solicitados. Estos animales no se reproducen sino raras veces cuando están domesticados, de tal suerte, que solamente pueden obtenerlos cazándolos. Por eso están muy cuidados; y cuando mister Fogg preguntó al indio si queria alquilarle su elefante, el indio se negó á ello resueltamente.

Biblioteca Nacional de España



El ferro-carril se contorneaba en sinuosos circuitos de un grupo de peñascos.

Fogg insistió y ofreció un precio escesivo por el animal, diez libras (250 pesetas) por hora. Denegacion. ¿Veinte libras? Denegacion tambien. ¿Cuarenta libras? Siempre la misma denegacion. Picaporte brincaba á cada puja. Pero el indio no se dejaba tentar.

Era buena suma, sin embargo. Suponiendo que el elefante echase quince horas hasta Allahabad, eran seiscientas libras (15.000 pesetas) lo que producia para su dueño.

Phileas Fogg, sin acalorarse, propuso entonces la compra del animal y le ofreció mil libras (25.000 pesetas).

El indio no queria vender. Tal vez el perillan olfateaba un buen negocio.

Sir Francis Cromarty llevó á mister Fogg aparte y le recomendó que reflexionase antes de escederse. Phileas Fogg respondió á su compañero que no tenia costumbre de obrar sin reflexion, que se trataba, en fin, de cuenta, de una apuesta de veinte mil libras, que ese elefante le era necesario, y que aun pagándolo veinte veces mas de lo que valia lo poseeria.

Mister Fogg se acercó de nuevo al indio, cuyos ojuelos encendidos por la codicia dejaban ver que no se trataba para él sino de una cuestion de precio. Phileas Fogg ofreció sucesivamente mil doscientas libras, despues mil quinientas, en seguida mil ochocientas, y por último dos mil (50.000 pesetas) Picaporte, tan coloradote de ordinario, estaba pálido de emocion.

A las dos mil libras el indio se entregó.

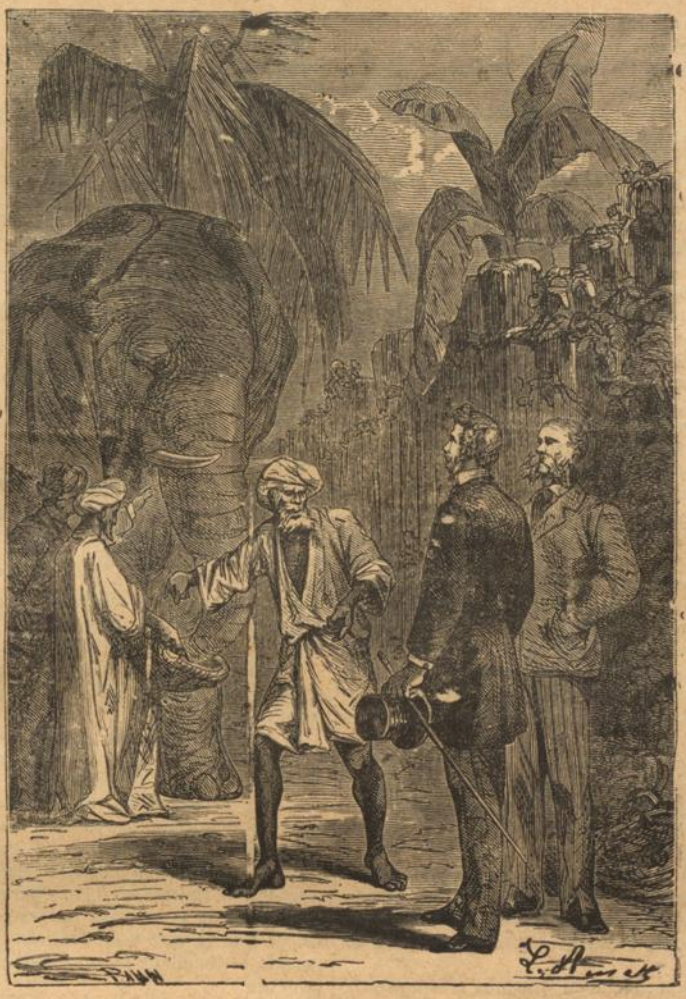
—¡Por mis babuchas,—esclamó Picaporte,—á buen precio hay quien pone la carne de elefante!

Arreglado el negocio, ya no faltaba mas que guia, lo cual fue mas fácil. Un jóven parsi, de rostro inteligente ofreció sus servicios. Mister Fogg aceptó y le prometió una gruesa remuneracion, lo cual no podia menos de contribuir á redoblar su inteligencia.

Sacaron y equiparon al elefante sin tardanza. El parsi conocia perfectamente el oficio de mahut ó cornac. Cubrió con una especie de hopalanda los lomos del elefante, y dispuso por cada lado dos especies de cuévanos bastante poco confortables.

Phileas Fogg pagó al indio en billetes de Banco,

Biblioteca Nacional de España



A las dos mil libras el indio se entregó.

que estrajo del famoso saco. Parecia ciertamente que se sacaban de las entrañas de Picaporte. Despues, mister Fogg ofreció á sir Francis Cromarty trasladarlo á la estacion de Allahabad. El brigadier general aceptó. Un viajero mas no podia fatigar al gigantesco elefante.

Se compraron víveres en Kholby. Sir Francis Cromarty tomó asiento en uno de los cuévanos, y Phileas en otro. Picaporte montó á horcajadas sobre la hopalanda entre su amo y el brigadier general. El parsi se colocó sobre el cuello del elefante, y á las nueve salian del villorrio y penetraban por el camino mas corto en la frondosa selva de esas palmeras asiáticas llamadas lataneros.

II.

EN QUE PHILEAS FOGG Y SUS COMPAÑEROS SE AVENTURAN POR LAS SELVAS DE LA INDIA, Y LO QUE DE ESTO SE SIGUE.

A fin de abreviar la distancia, el guia dejó á la derecha el trazado de la via cuyos trabajos se estaban ejecutando. El ferro-carril, á causa de los obstáculos que ofrecian las caprichosas ramificaciones de los montes Vindhias, no seguia el camino mas corto, que era el que importaba tomar. El parsi, muy familiarizado con las veredas de su país, pretendia ganar unas veinte millas atajando por la selva, y descansaron en esto.

Phileas Fogg y Francis Cromarty, metidos hasta el cuello en sus cuévanos, iban muy traqueteados por el rudo trote del elefante, á quien imprimia su conductor una marcha rapida. Pero soportaban la situacion con la flema mas británica, hablando por otra parte poco y viéndose apenas el uno al otro.

En cuanto á Picaporte, apostado sobre el lomo del animal y directamente sometido á los vaivenes, cuidaba muy bien, segun se lo habia recomendado su amo, de no tener la lengua entre los dientes, porque se le podria cortar rasa. El buen muchacho, ora despedido hacia el cuello del elefante, ora hácia las ancas, daba volteretas como un clown sobre el trampolin; pero en medio de sus saltos de carpa se reia y bromeaba, sacando de vez en cuando un terro-

Biblioteca Nacional de España

de azucar, que el inteligente Kiouni tomaba con la trompa, sin interrumpir un solo instante su trote regular.

Despues de dos horas de marcha, el guia detuvo al elefante y le dió una hora de descanso. El animal devoró ramas y arbustos despues de haber bebido en una charca inmediata. Sir Francis Cromarty no se quejó de esta parada, pues estaba molido. Mister Fogg parecia estar tan listo como si acabara de salir de su cama.

—¡Pero es de hierro!—dijo el brigadier general mirándole con admiracion.

—De hierro forjado,—respondió Picaporte, que se ocupó en preparar un almuerzo breve.

A las doce dió el guia señal de marcha. El pais tomó muy luego un aspecto muy agreste. A las grandes selvas sucedieron los bosques de tamarindos y de palmeras enanas, y luego estensas llanuras áridas, erizadas de árboles raquíticos y sembradas de grandes pedruscos de sienita. Toda esta parte del alto Bundelbund, poco frecuentada por los viajeros, está habitada por una poblacion fanática, endurecida en las prácticas mas terribles de la religion india. La dominacion de los ingleses no ha podido establecerse regularmente sobre un territorio sometido á la influencia de los rajahs, á quienes hubiera sido difícil alcanzar en sus inaccesibles retiros de los Vindhias.

Varias veces se vieron bandadas de indianos feroces que hacian un ademan de cólera al observar el rápido paso del elefante. Por otra parte, el parsi los evitaba en lo posible, considerándolos como gente de mal encuentro. Se vieron pocos animales durante esta jornada, y apenas algunos monos que huian haciendo mil contorsiones y muecas que divertian mucho á Picaporte.

Entre otras ideas habia una que inquietaba mucho á ese pobre muchacho. ¿Qué haria mister Fogg del elefante cuando hubiese llegado á la estacion de Allahabad? ¿Se lo llevaria? ¡Imposible! El precio de trasporte añadido al de compra, seria una ruina. ¿Lo venderia, ó lo daria libertad? Ese apreciable animal bien merecia que se le tuviese consideracion. Si por casualidad mister Fogg se lo regalase, muy apurado se veria él, Picaporte, y esto no dejaba de preocuparle.

A las ocho de la noche ya quedaba traspuesta la principal cadena de los Vindhias, y los viajeros hicieron alto al pie de la falda septentrional en un *bungalow* ruinoso.

La distancia recorrida durante la jornada era de veinticinco millas, y restaba otro tanto camino para llegar á la estacion de Allahabad.

La noche estaba fria. El parsi encendió dentro del bungalow una hoguera de ramas secas cuyo calor fue muy apreciado. La cena se compuso con las provisiones compradas en Kholby. Los viajeros comieron cual gente rendida y cansada. La conversacion que empezó con algunas frases entrecortadas se terminó con sonoros ronquidos. El guia estuvo vigilante junto á Kiouni, que se durmió de pie, apoyado en el tronco de un árbol grande.

Ningun incidente ocurrió aquella noche. Algunos rugidos de lobos-tigres y de panteras perturbaron alguna vez el silencio, mezclados con los agudos chillidos de los monos. Pero los carnívoros se contentaron con gritar y no hicieron ninguna demostracion hostil contra los huéspedes del bungalow.

Sir Francis Cromarty dormia pesadamente como un bravo militar curtido en las fatigas. Picaporte, durante un sueño agitado, repitió las volteretas de la víspera. En cuanto á mister Fogg, descansó tan apaciblemente como si se hubiera hallado en su tranquila casa de Saville row.

A las seis de la mañana se emprendió la marcha. El guia esperaba llegar á la estacion de Allahabad aquella misma tarde. De este modo, mister Fogg no perderia mas que una parte de las cuarenta y ocho horas economizadas desde el principio del viaje.

Se bajaron las últimas cuestas de los Vindhias. Kiouni seguia su marcha rápida, y hácia medio dia el guia dió vuelta al villorrio de Kallenge, situado sobre el Cani, uno de los subafluyentes del Ganges. Evitaba siempre los parajes habitados, creyéndose mas seguro en el campo desierto donde se encuentran las primeras depresiones de la cuenca del gran rio. La estacion de Allahabad no estaba á doce millas al Nordeste. Se hizo alto bajo un bosquecillo de bananos, cuya fruta, tan sana como el pan y tan suculenta como la crema, dicen los viajeros, fue muy apreciada.

A las dos, el guia entró bajo la cubierta de una selva espesa, que debia atravesar por un espacio de muchas millas. Preferia bajar así á cubierto de los bosques. En todo caso, no habia temido hasta entonces ningun encuentro sensible, y el viaje debia cumplirse al parecer sin accidentes, cuando el elefante, dando algunas señales de inquietud, se paró de repente.

Eran entonces las cuatro.

—¿Qué hay?—preguntó sir Francis Cromarty, quien sacó la cabeza fuera de su cuévano.

—No lo sé, respondió el parsi prestando oido á un murmullo confuso que pasaba por la espesa enramada.

Algunos instantes despues el murmullo fue mas perceptible. Parecia un concierto, distante aun, de voces humanas y de instrumentos de cobre.

Picaporte se volvia todo ojos y orejas. Mister Fogg aguardaba pacientemente sin pronunciar una sola palabra.

El parsi saltó á tierra, ató el elefante á un árbol y penetró en lo mas espeso del bosque. Algunos minutos despues volvió diciendo:

—Una procesion de brahmanes que vienen hácia aquí. Si es posible procuremos no ser vistos.

El guia desató el elefante y lo condujo á una espesura, recomendando á los viajeros que no se apeasen, mientras él mismo estaba preparado para montar rápidamente en el caso de hacerse necesaria la fuga. Creyó que la comitiva de fieles pasaria sin verle, porque lo tupido de la enramada lo ocultaba completamente.

El ruido discordante de las voces é instrumentos se acercaba. Unos cantos monótonos se mezclaban con el toque de tambores y timbales. Pronto apareció bajo los árboles la cabeza de la procesion, á unos cincuenta pasos del puesto ocupado por mister Fogg y sus compañeros. Distinguian con facilidad al través de las ramas el curioso personal de aquella ceremonia religiosa.

En primera línea avanzaban unos sacerdotes cubiertos de mitras y vestidos con largo y abigarrado trage. Estaban rodeados de hombres, mujeres, niños, que cantaban una especie de salmodia fúnebre, interrumpida en intervalos iguales por golpes de tamtam y de timbales. Detrás de ellos, sobre un carro de ruedas anchas, cuyos rayos figuraban con las llantas un ensortijamiento de serpientes, apareció una estátua horrorosa, tirada por dos pares de zebus ricamente enjaezados. Esta estátua tenia cuatro brazos, el cuerpo teñido de rojo sombrío, los ojos extraviados, el pelo enredado, la lengua colgante y los labios teñidos con henne y betel (1). En su cuello se arrollaba un collar de cabezas de muerto, y sobre su cadera habia una cintura de manos cortadas. Estaba de pie sobre un gigante derribado que carecia de cabeza.

(1) El *henne* es un polvo cosmético que se saca de una planta de Arabia secando y triturando sus hojas. El *betel* es una planta que se masca para fortificar las encias.

Biblioteca Nacional de España

Sir Francis Cromarty reconoció aquella estátua.

—La diosa Kali,—dijo en voz baja;—la diosa del amor y de la muerte.

—De la muerte, consiento,—dijo Picaporte;—pero del amor, nunca. ¡Vaya una mujer fea!

El parsi le hizo seña para que callara.

Alrededor de la estátua se movia y agitaba en convulsiones un grupo de viejos fakires, listados con bandas de ocre, cubiertos de incisiones cruciales que goteaban sangre, energúmenos estúpidos que en las ceremonias indias se precipitan aun bajo las ruedas del carro de Jaggernaut.

Detrás de ellos, algunos brahmanes, en toda la suntuosidad de su trage oriental, arrastraban una mujer que apenas se sostenia.

Esta mujer era jóven y blanca como una europea. Su cabeza, su cuello, sus hombros, sus orejas, sus brazos, sus manos, sus pulgares estaban sobrecargados de joyas, collares, brazaletes, pendientes y sortijas. Una túnica recamada de oro y recubierta de una muselina ligera dibujaba los contornos de su talle.

Detrás de esa jóven,—contraste violento á la vista,—unos guardias, armados de sables desnudos que llevaban en el cinto y largas pistolas adamasquinadas, conducian un cadáver sobre un palanquin.

Era el cuerpo de un anciano cubierto de sus opulentas vestiduras de rajahs, llevando como en vida el turbante bordado de perlas, el vestido tejido de seda y oro, la cintura de casimir adiamantado y sus magníficas armas de príncipe indiano.

Despues, unos músicos y una retaguardia de fanáticos, cuyos gritos cubrian á veces el estrépito atronador de los instrumentos, cerraban el cortejo.

Sir Francis miraba toda esta pompa con aire singularmente triste, y volviéndose hácia el guía le dijo:

—¡Un suttv!

El parsi hizo una seña afirmativa y puso un dedo en sus labios. La larga procesion se desplegó lentamente bajo los árboles, y bien pronto desaparecieron en la profundidad de la selva.

Poco á poco los cantos se amortiguaron. Hubo todavia algunas ráfagas de lejanos gritos, y por último, á todo este tumulto sucedió un profundo silencio.

Phileas Fogg habia oido la palabra pronunciada por sir Francis Cromarty, y tan luego como la procesion desapareció, preguntó:

—¿Qué es un suttv?

—Un suttv, mister Fogg,—respondió el brigadier general,—es un sacrificio humano, pero voluntario. Esa mujer que acabais de ver será quemada mañana en las primeras horas del dia.

—¡Ah, pillos!—esclamo Picaporte, que no pudo contener este grito de indignacion.

—¿Y el cadáver? preguntó el señor Fogg.

—Es el del príncipe su marido,—respondió el guía,—un rajah independiente de Bundelkund.

—¿Cómo?—replicó Phileas Fogg, sin que su voz revelase la menor emocion,—¿esas bárbaras costumbres subsisten todavia en la India, y los ingleses no han podido destruirlas?

—En la mayor parte de la India,—respondió sir Francis Cromarty,—esos sacrificios no se cumplen ya; pero no tenemos ninguna influencia sobre esas comarcas salvajes, y especialmente sobre ese territorio del Bundelkund. Toda la falda septentrional de los Vindhias es el teatro de muertes y saqueos incesantes.

—¡Desgraciada!—decia Picaporte,—¡quemada viva!

—Sí,—repuso el brigadier general,—quemada; y si no lo fuera, no podeis figuraros á qué miserable condicion se veria reducida por sus mismos deudos. La afeitarian la cabeza, le darian por alimento algunos puñados de arroz, la rechazarian, seria considerada como una criatura inmunda, y moriria en algun rincon como un perro sarnoso. Por eso la perspectiva de esta horrible existencia impele con frecuencia á esas desgraciadas al suplicio mucho mas que el amor ó el fanatismo religioso. Algunas veces, sin embargo, el sacrificio es rea mente voluntario, y se necesita la intervencion enérgica del gobierno para impedirlo. Así es que, hace algunos años, yo residia en Bombay, cuando una jóven viuda pidió al gobierno autorizacion para quemarse con el cuerpo del marido. Como podeis pensarlo, el gobierno la negó. Entonces la viuda fué á refugiarse a territorio de un rajah independiente, donde consumó su sacrificio.

Durante la relacion del brigadier general, el guía movia la cabeza, y cuando aquel concluyó de hablar, este último dijo:

—El sacrificio que ha de verificarse mañana al amanecer no es voluntario.

—¿Cómo lo sabeis?

—Es una historia que todo el mundo conoce en el Bundelkun,—respondio el guía.

—Sin embargo, esa desventurada no parecia oponer resistencia,—observó sir Francis Cromarty.

—Es porque la han embriagado con zumo de cáñamo y de opio.

—¿Pero á dónde la llevan?

—A la pagoda de Pillaji, á dos millas de aquí. Allí pasará la noche aguardando la hora del sacrificio.

—¿Y este sacrificio se verificará?

—Mañana, con los primeros albores del dia.

Despues de esta respuesta, el guía hizo salir el elefante de la espesura y montó sobre su cuello. Pero en el momento en que iba á escitarle con un silbido particular, mister Fogg lo detuvo, y dirigiéndose á sir Francis Cromarty, le dijo

—¿Y si salvásemos á esa mujer?

—¡Salvar á esa mujer, señor Fogg!—esclamó el brigadier general.

—Tengo todavía doce horas de adelanto y puedo dedicarlas á esto.

—¡Sois entonces hombre de corazon!—dijo sir Francis Cromarty.

—Algunas veces,—respondió sencillamente Phileas Fogg,—cuando me sobra tiempo.

XIII.

EN EL CUAL PICAPORTE DEMUESTRA UNA VEZ MAS QUE LA FORTUNA AYUDA Á LOS AUDACES.

El intento era atrevido, lleno de dificultades, impracticable quizás. Mister Fogg iba á arriesgar su vida ó al menos su libertad, y por consiguiente el éxito de sus proyectos, pero no vaciló. Tenia además en sir Francis Cromarty un auxiliar decidido.

En cuanto á Picaporte, estaba preparado y se podia disponer de él. La idea de su amo le exaltaba. Le sentia con alma y corazon bajo aquella corteza de hielo, y le iba concibiendo cariño.

Quedaba el guía. ¿Qué partido tomaria en el asunto? ¿No estaria inclinado á favor de los indios?

A falta de concurso, era menester cuando menos asegurar la neutralidad.

Sir Francis Cromarty le planteó la cuestion con franqueza.

—Mi oficial,—respondió el guía,—soy parsi, y esa mujer es parsi; disponed de mí.

—Bien, guía,—respondió mister Fogg.

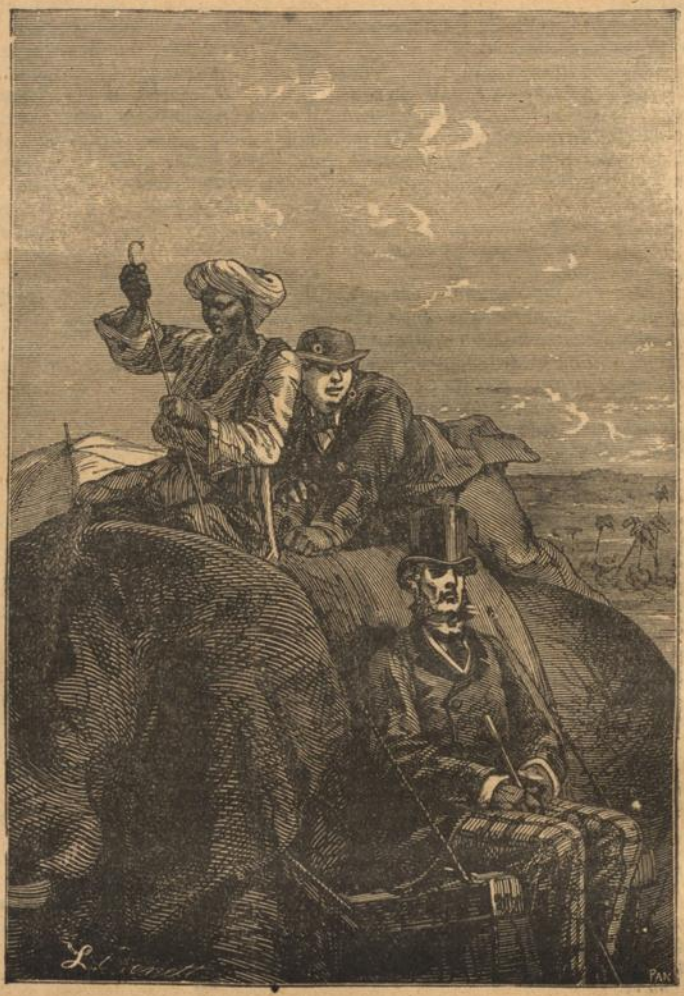
—Sin embargo, sabedlo bien,—repuso el parsi;—no tan solo arriesgamos nuestra vida, sino suplicios horribles si nos cogen. Miradlo, pues.

—Mirado está,—respondió mister Fogg.—Creo que debemos aguardar la noche para obrar.

—Así lo creo tambien,—respondió el guía.

Este valiente indio espuso entonces algunos pos-

Biblioteca Nacional de España



Picaporte daba volteretas como un clown sobre el trampolín.

menores sobre la víctima. Era una india na de célebre belleza y de raza parsi, hija de ricos comerciantes de Bombay. Habia recibido en esta ciudad una educacion absolutamente inglesa, y por sus modales y su instruccion hubiera pasado por europea. Se llamaba Aouda.

Huérfana, fue casada á pesar suyo con ese viejo rajah de Bundelkund. Tres meses despues enviudó, y sabiendo la suerte que le esperaba se escapó, fue cogida en su fuga, y los parientes del rajah, que tenian interés en su muerte, la condenaron á este suplicio, del cual es difícil que escape.

Esta relacion tenia que arraigar en mister Fogg y sus compañeros su generosa resolucion. Se decidió que el guía conduciria el elefante hácia la pagoda de Pillaji, á la cual debia acercarse todo lo posible.

Media hora despues se hizo alto en un bosque á quinientos pasos de la pagoda, que no podia percibirse, pero los alaridos de los fanáticos se oian con toda claridad.

Los medios de llegar hasta la víctima fueron entonces discutidos. El guía conocia apenas esa pagoda de Pillaji, en la cual afirmaba que la jóven estaba encarcelada. ¿Podia penetrarse por una de las puertas cuando toda la banda estuviese sumida en el sueño de la embriaguez, ó seria necesario practicar un boquete en la pared? Esto no podia decidirse sino en el momento y en el lugar mismo; pero lo indudable era que el rapto debia verificarse aquella misma noche, y no cuando la víctima fuese conducida al suplicio, porque entonces ninguna intervencion humana la salvaria.

Mister Fogg y sus compañeros aguardaron la noche, y tan luego como llegó la oscuridad, hácia las seis de la tarde, resolvieron verificar un reconocimiento alrededor de la pagoda. Los últimos gritos de los fakires se estinguian entonces. Segun su costumbre, aquellos indios debian hallarse entregados á la pesada embriaguez del *hang*, opio líquido, mezclado con infusion de cáñamo, y tal vez seria posible deslizarse entre ellos hasta el templo.

El parsi, guiando á mister Fogg, á sir Francis Cromarty y á Picaporte, se adelantó sin hacer ruido á través del bosque. Despues de arrastrarse durante

Biblioteca Nacional de España

Esta mujer era jóven y blanca como una europea.

diez minutos por las matas llegaron al borde de un riachuelo, y allí, á la luz de las antorchas de hierro impregnadas de resina, apercibieron un monton de leña apiñada. Era la hoguera formada con sándalo precioso y bañada ya con aceite perfumado. En su parte posterior descansaba el cuerpo embalsamado del rajah, que debia arder al mismo tiempo que la viuda. A cien pasos de esta hoguera se elevaba la pagoda, cuyos minaretes penetraban en la sombra por encima de los árboles.

Biblioteca Nacional de España

-Venid,—dijo el guia en voz baja.

Y redoblando las precauciones, seguido de sus compañeros, se deslizó silenciosamente á través de las yerbas a tas.

El silencio solo estaba interrumpido por el murmullo del viento en las ramas.

Muy luego el guía se detuvo en la estremidad de un claro alumbrado por algunas antorchas. El suelo estaba cubierto de grupos de durmientes entorpecidos por la embriaguez. Parecia un campo de batalla sembrado de muertos. Hombres, mujeres, niños, todo allí estaba confundido. Algunos habia aquí y acullá que dejaban oir el ronquido de la embriaguez.

En el fondo, entre la masa de árboles, se alzaba confusamente el templo de Pillaji; pero con gran despecho de parte del guía, los guardias del rajah, alumbrados por antorchas fuliginosas, vigilaban la puerta paseándose sable en mano. Podia suponerse que en el interior los sacerdotes estarian velando tambien.

El parsi no se adelantó mas porque habia reconocido la imposibilidad de forzar la entrada del templo, é hizo retroceder á sus compañeros.

Phileas Fogg y sir Francis Cromarty habian comprendido como él que no podian intentar nada por aquella parte.

Se detuvieron y hablaron en voz baja.

—Aguardemos, dijo el brigadier general,—no son mas que las ocho todavía, y es posible que esos guardias sucumban tambien al sueño.

—Posible es en efecto, respondió el parsi.

Phileas Fogg y sus compañeros se recostaron, pues, al pie de un árbol y esperaron.

El tiempo les pareció largo. De vez en cuando el guía los dejaba é iba á observar. Los guardias del rajah seguian siempre vigilando á la luz de las antorchas, y una luz vaga se filtraba por las ventanas de la pagoda.

Esperaron hasta media noche. La situacion no cambió. Habia fuera la misma vigilancia, y era evidente que no podia contarse con el sueño de los guardias. La embriaguez del *hang* les habia sido probablemente ahorrada. Era menester, pues, obrar de otro modo y penetrar por una abertura practicada en las murallas de la pagoda. Restaba la cuestion de saber si los sacerdotes vigilaban cerca de su víctima con tanto cuidado como los soldados en la puerta del templo.

Despues de otra conversacion, el guía estuvo dispuesto á marchar. Mister Fogg, sir Francis y Picaporte le siguieron. Dieron una vuelta bastante larga á fin de alcanzar la pagoda por atrás.

A las doce y media de la noche llegaron al pie de los muros sin haber hallado á nadie. Ninguna vigilancia existia por este lado, pero ni habia puertas ni ventanas.

La noche estaba sombría. La luna, entonces en su último cuarto, desaparecia apenas del horizonte, encapotado con algunos nubarrones. La altura de los árboles aumentaba aun la oscuridad.

Pero no bastaba haber llegado al pie de las murallas, sino que era preciso practicar un boquete, y para esta operacion Phileas Fogg y sus compañeros no tenian otra cosa mas que navajas. Por fortuna las paredes del templo se componian de una mezcla de ladrillos y de madera que no era difícil de perforar. Una vez quitado el primer ladrillo, los otros seguirian con facilidad.

Se pusieron á trabajar haciendo el menor ruido posible. El parsi por un lado y Picaporte por otro trabajaban en arrancar los ladrillos, de modo que pudiera obtenerse un boquete de dos pies de anchura.

El trabajo adelantaba, cuando se oyó un grito dentro del templo, y casi al punto le respondieron desde fuera otros gritos.

Picaporte y el guía interrumpieron su trabajo. ¿Les habian sorprendido? ¿Se habian dado el alerta? La prudencia mas vulgar les recomendaba que se fueran, lo cual hicieron al propio tiempo que Phileas Fogg y sir Francis Cromarty. Se ocultaron de nuevo bajo la espesura del bosque, aguardando que la alarma, si la habia, se desvaneciese, y dispuestos á proseguir la operacion.

Pero, ¡contratiempo funesto! aparecieron unos guardias al otro lado de la pagoda, instalándose allí para impedir la aproximacion.

Difícil seria describir el despecho de aquellos cuatro hombres interrumpidos en su tarea. Ahora que no podian llegar hasta la víctima, ¿cómo la salvarian? Sir Francis Cromarty se roia los puños. Picaporte estaba fuera de sí y apenas podia el guía contenerle. El impasible Fogg aguardaba sin espresar sus sentimientos.

—¿Ya no nos resta mas que echar á andar?—preguntó el brigadier general en voz baja.

—No tenemos otro remedio,—respondió el guía.

—Aguardad,—dijo Fogg.—Me basta llegar á Allahabad antes de medio dia.

—¿Pero qué esperais?—respondió sir Francis Cromarty.—Dentro de algunas horas será de dia, y.....

—La probabilidad que se nos va puede aparecer en el supremo momento.

El brigadier general hubiera querido leer en los ojos de Phileas Fogg.

¿Con qué pensaba contar aquel inglés frio y calmoso? ¿Queria precipitarse sobre la jóven en el momento del suplicio y arrebatarla á sus verdugos abiertamente?

Locura hubiera sido, y no podia admitirse que aquel hombre estuviera loco hasta ese punto. Sin embargo, sir Francis consintió en aguardar hasta el desenlace de tan terrible escena; pero el guía no dejó á sus compañeros en el paraje donde se habian refugiado, sino que los llevó al sitio que precedia á la plazoleta donde dormian los indios. Abrigados nuestros viajeros por un grupo de árboles, podian observar lo que habia de pasar sin ser vistos.

Entre tanto, Picaporte, sentado sobre las primeras ramas de un árbol, estaba rumiando una idea que primeramente habia cruzado por su mente como un relámpago, y acabó por incrustarse en su cerebro.

Habia comenzado por decir para sí: ¡Qué locura! Y ahora repetia: ¿Y por qué no? ¡Es una probabilidad, tal vez la única, y con semejantes brutos!.....

En todo caso, Picaporte no formuló de otro modo su pensamiento; pero no tardó en deslizarse con una flexibilidad de serpiente bajo las ramas inferiores del árbol cuya extremidad se inclinaba hácia el suelo.

Pasaban las horas, y bien pronto algunos matices menos sombríos anunciaron la proximidad del dia. La oscuridad era profunda sin embargo.

Aquel era el momento preciso. Hubo como una resurreccion en la multitud adormecida. Los grupos se animaron. Resonaron los golpes de tam-tam, y estallaron de nuevo los gritos y los cánticos. Habia llegado para la desdichada víctima la hora de la muerte.

En efecto, las puertas de la pagoda se abrieron. Una luz mas viva se escapó del interior. Mister Fogg y sir Francis Cromarty pudieron percibir la víctima vivamente alumbrada, que dos sacerdotes sacaban fuera. Hasta les pareció que sacudiendo el entorpecimiento de la embriaguez por un supremo instinto de conservacion, la desgraciada intentaba escaparse de entre sus verdugos. El corazon de sir Francis Cromarty palpitó, y por un movimiento convulsivo, asiendo la mano de Phileas Fogg, sintió que esta mano llevaba una navaja abierta.

Biblioteca Nacional de España

En este momento la multitud se puso en movimiento. La jóven habia caido en aquel entorpecimiento provocado por el humo del cáñamo. Pasó por entre los fakires que le escoltaban con sus vociferaciones religiosas.

Phileas Fogg y sus compañeros le siguieron, mezclándose entre las últimas filas de la multitud.

Dos minutos despues llegaban al borde del rio y se detenian á menos de cincuenta pasos de la hoguera, sobre la cual estaba el cuerpo del rajah. Entre la semioscuridad vieron á la víctima absolutamente inerte, tendida junto al cadáver de su esposo.

Despues acercaron una tea, y la leña impregnada de aceite se inflamó inmediatamente.

Entonces sir Francis y el guia retuvieron á Phileas Fogg, que en un momento de generosa demencia quiso arrojarse sobre la hoguera.....

Pero Phileas Fogg los habia ya repelido, cuando la escena cambió de repente. Hubo un grito de terror, y toda aquella muchedumbre se arrojó á tierra amedrentada.

Creyeron que el viejo rajah no habia muerto, puesto que le vieron de repente levantarse, tomar á la jóven mujer en sus brazos y bajar de la hoguera en medio de torbellinos de humo que le daban una apariencia de espectro.

Los fakires, los guardias, los sacerdotes, acometidos de súbito terror, estaban tendidos boca abajo sin atreverse á levantar la vista ni mirar semejante prodigio.

La víctima inanimada pasó á los vigorosos brazos que la llevaban sin que les pareciese pesada. Fogg y Francis habian permanecido de pie; el parsi habia inclinado la cabeza, y es probable que Picaporte no estuviese menos estupefacto.

El resucitado llegó adonde estaban mister Fogg y sir Francis Cromarty, y con voz breve dijo:

—¡Huyamos!

¡Era Picaporte mismo, quien se habia deslizado hasta la hoguera en medio del denso humo! ¡Era Picaporte, quien, aprovechando la oscuridad que reinaba todavía, habia libertado á la jóven de la muerte! ¡Era Picaporte, quien, haciendo su papel con atrevida audacia, pasaba por en medio del espanto general!

Un instante despues, los cuatro desaparecieron por la selva llevándolos el elefante con trote rápido. Pero entonces, los gritos, los clamores y una bala que atravesó el sombrero de Phileas Fogg les anunció que el ardid estaba descubierto.

En efecto, sobre la inflamada hoguera se destacaba entonces el cuerpo del viejo rajah. Los sacerdotes, repuestos de su espanto, habian comprendido que acababa de efectuarse un rapto.

Al punto se precipitaron al bosque, siguiéndoles los guardias, que hicieron una descarga general; pero los raptores huian rápidamente, y en pocos momentos se hallaban fuera del alcance de las balas y de las flechas.

XIV.

DONDE PHILEAS FOGG DESCIENDE TODO EL ADMIRABLE VALLE DEL GANGES SIN SIQUIERA PENSAR EN VERLE.

Habia tenido buen éxito el atrevido rapto de Aouda, y una hora despues Picaporte se estaba riendo todavía de su triunfo. Sir Francis Cromarty habia estrechado la mano del intrépido muchacho. Su amo le habia dicho: «Bien,» lo cual en boca de este gentleman equivalia á una honrosa aprobacion. A esto habia respondido Picaporte que todo el honor de la hazaña correspondia á su amo. Para él no habia habido mas que una chistosa ocurrencia, y se reia al pensar que durante algunos instantes, él, Picaporte, antiguo gimnasta, ex-sargento de bomberos, habia sido el viudo de una linda dama, un viudo balsamado.

En cuanto á la jóven india, no habia tenido conciencia de lo sucedido. Envuelta en mantas de viaje, se hallaba descansando en uno de los cuevanos.

Entre tanto, el elefante, guiado con mucha seguridad por el parsi, corria con rapidez por la selva todavía oscura. Una hora despues de haber dejado la pagoda de Pillaji, se lanzaba al través de una inmensa llanura. A las siete se hizo alto. La jóven seguia en una postracion completa. El guia le hizo beber algunos tragos de agua y de brandy, pero la influencia embriagante que pesaba sobre ella debia prolongarse todavía por algun tiempo.

Sir Francis Cromarty, que conocia los efectos de la embriaguez, producida por la inhalacion de los vapores de cáñamo, no abrigaba inquietud alguna.

Pero si el restablecimiento de la jóven india no inquietaba el ánimo del brigadier general, no tenia igual tranquilidad al pensar en el porvenir. No vaciló, pues, en decir á Phileas Fogg que si Aouda se quedaba en la India, volveria á caer inevitablemente en manos de sus verdugos. Estos energúmenos se estendian por toda la peninsula, y ciertamente que, á pesar de la policía inglesa, recobrarian su víctima, fuese en Madras, Bombay ó Calcutta. Y sir Francis Cromarty citaba en apoyo de su dicho un hecho de igual naturaleza que habia ocurrido recientemente. A su modo de pensar, la jóven no estaria segura sino marchándose del Indostan.

Phileas Fogg respondió que tendria presentes estas observaciones y resolveria.

Hácia las diez, el guia anunciaba la estacion de Allahabad. Allí arrancaba de nuevo la interrumpida via, cuyos trenes recorren en menos de un dia y una noche la distancia que separa Allahabad de Calcutta.

Phileas Fogg debia, pues, llegar á tiempo para tomar el vapor que partia al dia siguiente, 25 de octubre á medio dia, en direccion de Hong Kong.

La jóven fue depositada en un cuarto de la estacion. Se encargó á Picaporte que fuese á comprar para ella algunos objetos de tocador, vestido, chal, abrigos, etc., lo que encontrase. Su amo le abria ilimitado crédito.

Picaporte partió al punto y corrió las calles de la poblacion. Allahabad es la ciudad de Dios, una de las mas veneradas de la India, en razon de estar construida sobre la confluencia de los dos rios sagrados, el Ganges y el Jumna, cuyas aguas atraen á los peregrinos de todo el Indostan. Sabido es, por otra parte, que segun la leyenda del Ramayana, el Ganges nace en el cielo, desde donde, gracias á Brahma, baja hasta la tierra.

Mientras hacia sus compras, Picaporte vió la ciudad, antes defendida por un fuerte magnífico, que se ha convertido en prision de Estado. Ya no hay comercio ni industria en esta poblacion, antes industrial y mercantil. Picaporte, que buscaba en vano una tienda de novedades, como si hubiera estado en Regent-street, á algunos pasos de Farmer y Co., no halló mas que á un revendedor, viejo judío dificultoso, que le diese los objetos que necesitaba, un vestido de tela escocesa, un ancho manton y un magnífico abrigo de pieles de nutria, por todo lo cual no vaciló en dar setenta y cinco libras (1.875 pesetas). Y luego se volvió triunfante á la estacion.

Aouda empezaba á volver en sí. La influencia á que la habian sometido los sacerdotes de Pillaji se iba disipando poco á poco, y sus hermosos ojos recobraban toda su dulzura indiana.

Cuando el rey poeta, Uzaf Uddaul, celebra los encantos de la reina de Almehnagra, se espresa así:

«Su brillante cabellera, regularmente dividida en

Biblioteca Nacional de España

Los guardias del rajah, sable en mano, vigilaban la puerta de.

dos partes, sirve de cerco á los contornos armoniosos de sus mejillas delicadas y blancas, brillantes de lustre y de frescura. Sus cejas de ébano tienen la forma y la fuerza del arco de Kama, Dios del amor, y bajo sus pestañas sedosas, en la pupila negra de sus grandes ojos límpidos, nadan como en los lagos sagrados del Himalaya los mas puros reflejos de la celeste luz. Finos, iguales y blancos, sus dientes resplandecen entre la sonrisa de sus lábios, como gotas de rocío en el seno medio cerrado de una flor de granado. Sus lindas orejas de curvas simétricas, sus manos sonrosadas, sus piececitos arqueados y tiernos como las yemas del lotus, brillan con el resplandor de las mas bellas perlas de Ceylan, de los mas bellos diamantes de Golconda. Su delgada y flexible cintura que puede abarcarse con una sola mano, realza la elegante configuracion de sus redondeadas caderas y la riqueza de su busto, en que la juventud en flor ostenta sus mas perfectos tesoros; y bajo los pliegues sedosos de su túnica, parece haber sido modelada en plata por la mano divina de Vicvacarma, el escultor eterno.»

Pero sin toda esa amplificacion poética basta decir que Aouda, la viuda del rajah del Bundelkund, era una hermosa mujer en toda la acepcion europea de la palabra. Hablaba inglés con suma pureza, y el guia no habia exagerado al afirmar que esa jóven parsi habia sido transformada por la educacion.

Entre tanto, el tren iba á dejar la estacion de Allahabad. El parsi estaba esperando. Mister Fogg le pagó lo convenido, sin darle un farthing mas. Esto asombró algo á Picaporte, que sabia todo lo que debia su amo á la adhesion del guia. El parsi habia en efecto arriesgado voluntariamente la vida en el lance de Pillaji, y si mas tarde los indios llegasen á saberlo, con dificultad se libraria de su venganza.

Quedaba tambien por ventilar la cuestion de Kiouni. ¿Qué harian de un elefante que tan caro habia costado?

Pero Phileas Fogg habia adoptado ya una resolucion.

—Parsi,—dijo al guia,—has sido servicial y adicto. He pagado tu servicio, pero no tu adhesion. ¿Quieres ese elefante? Es tuyo.

Biblioteca Nacional de España

Era Picaporte quien había librado a la joven de la muerte.

Los ojos del guía brillaron.

—¡Es una fortuna lo que Vuestro Honor me dá!—esclamó.

—Acéptala,—respondió mister Fogg;—y aun ser deudor tuyo

—Enrohabuena,—esclamó Picaporte.—Toma amigo mio, Kiouni es animal animoso y valiente

Y yendo hácia el elefante le ofreció algunos terrones de azúcar, diciendo:

—¡Toma, Kiouni, toma, toma!

El elefante exhaló algunos gruñidos de satisfaccion, y luego cogió á Picaporte por la cintura y lo levantó hasta la altura de su cabeza. Picaporte, sin asustarse, hizo una caricia al animal que lo volvió á dejar suavemente en tierra, y al apreton de trompa del honrado Kiouni respondió un apreton de manos del honrado mozo.

Algunos instantes despues, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Picaporte, instalados en un confortable wagon, cuyo mejor asiento iba ocupado por Aouda, corrian á todo vapor hácia Benares.

Ochenta millas lo mas separan á esta ciudad de Allahabad, las cuales se recorrieron en dos horas.

Durante el trayecto, la jóven recobró por entero los sentidos, quedando disipados los vapores embriagadores del hang.

¡Cuál fue su asombro al encontrarse en el ferro-carril en aquel comportamiento, vestida á la europea y en medio de viajeros que le eran completamente desconocidos!

Principiaron sus compañeros prodigándole cuidados y reanimándola con algunas gotas de licor; y despues el brigadier general le refirió lo ocurrido. Insistió sobre la decision de Phileas Fogg que no habia vacilado en comprometer su vida para salvarla, y sobre el desenlace de la aventura debido á la audaz imaginacion de Picaporte.

Mister Fogg dejó hablar sin decir una palabra. Picaporte, avergonzado, repetia que la cosa no merecia tanto.

Aouda dió gracias á sus libertadores con una efusion espresada con las lágrimas mas que por sus palabras. Sus hermosos ojos, mejor que sus lábios, fueron los intérpretes de su reconocimiento. Y des-

Biblioteca Nacional de España

...llevando su pensamiento á las escenas del suttY, y viendo sus miradas esa tierra indiana donde tantos peligros la amenazaban, fue acometida de un estremecimiento de terror.

Phileas Fogg comprendió lo que pasaba en el ánimo de Aouda, y para tranquilizarla le ofreció con mucha frialdad conducirla á Hong-Kong, donde viviria hasta que este asunto se olvidase.

Aouda aceptó la oferta con reconocimiento. Precisamente residia en Hong-Kong uno de sus parientes, parsi como ella, y uno de los principales comerciantes de la ciudad, que es completamente inglesa, aun cuando se halla en las costas de China.

A las doce y media el tren se detenia en la estacion de Benares. Las leyendas brahmánicas afirman que esta ciudad ocupa el sitio de la vetusta Casi, que estaba antiguamente suspendida en el espacio entre el zénit y el nadir, como la tumba de Mahoma Pero en la época actual, mas positiva, Benares, la Atenas de la India, segun los orientalistas, descansaba prosáicamente sobre el suelo, y Picaporte pudo por un momento entrever sus casas de ladrillo y sus chozas de cañizos que le dan un aspecto absolutamente desairado sin color local ninguno.

Allí debia detenerse sir Francis Cromarty. Las tropas con las cuales tenia que reunirse estaban acampadas á algunas millas al Norte. El brigadier general se despidió de Phileas Fogg, deseándole todo el éxito posible y espresando el voto de que repitiese el viaje de un modo menos original y mas provechoso. Mister Fogg estrechó ligeramente los dedos de su compañero Los cumplidos de Aouda fueron mas afectuosos. Nunca olvidaria ella lo que debia á sir Francis Cromarty. En cuanto á Picaporte, fue honrado con un buen apreton de manos de parte del brigadier general. Conmovido, le preguntó cuándo podria prestarle algun servicio. Despues se separaron.

Desde Benares, la via férrea seguia en parte el valle del Ganges. Al través de los cristales del wagon, y con un tiempo sereno, aparecian el paisaje variado de Behar, montañas cubiertas de verdor, campos de cebada, maiz y trigo, rios y estanques poblados de aligatores verdosos, aldeas bien acondicionadas y selvas que aun conservaban la hoja. Algunos elefantes y cebus de protuberancia iban á bañarse á las aguas del rio Sagrado; y tambien á pesar de la estacion adelantada y de la temperatura, ya fria, se veian cuadrillas de indios de ambos sexos que cumplian piadosamente sus santas abluciones. Esos fieles, enemigos encarnizados del budismo, son sectarios fervientes de la religion brahmánica que se encarna en tres personas: Whisnou, la divinidad solar; Shiva, la personificacion divina de las fuerzas naturales; y Brahma, el jefe supremo de los sacerdotes y legisladores. ¡Pero con qué ojo Brahma, Shiva y Whisnou debian considerar á esa India, ahora britanizada, cuando algun barco de vapor pasaba silbando y turbaba las aguas consagradas del Ganges, espantando á las gaviotas que revoloteaban en la superficie, á las tortugas que pululaban en sus orillas y á los devotos tendidos á lo largo de sus márgenes!

Todo este panorama desfiló como un relámpago, y con frecuencia una nube de vapor blanco ocultó sus pormenores. Apenas pudieron los viajeros entrever el fuerte de Chunar, á veinte millas al Sur de Benarepur y sus importantes fábricas de agua de rosa; el sepulcro de lord Cornwallis, que se eleva sobre la orilla izquierda del Ganges; la ciudad fortificada de Buxar, Patna, gran poblacion industrial y mercantil, donde existe el principal mercado del opio de la India; Monghyr, ciudad, mas que europea, inglesa como Manchester ó Birmingham, nombrada por sus fundiciones de hierro, sus fábricas de armas blancas, y cuyas altas chimeneas parecian tiznar con su negro humo el cielo de Brahma,—¡verdadera mancha en el país de los ensueños!

Despues llegó la noche, y en medio de los alaridos de los tigres, osos y lobos que huian ante la locomotiva, el tren pasó á toda velocidad y no se vió nada ya de las maravillas del Bengala, ni Golconda, ni las ruinas de Gour, ni Moursheda-bad, que antes fue capital, ni Burdwan, ni Hougly, ni Chandernagor, ese punto francés del territorio indio, donde se hubiera engreido Picaporte al ver ondear la bandera de su patria.

Por último, á las siete de la mañana llegaron á Calcutta. El vapor que salia para Hong-Kong no levaba el áncora hasta medio dia; Phileas Fogg tenia, pues, á su disposicion cinco horas.

Segun su itinerario, debia llegar á la capital de las Indias el 25 de octubre, veintitres dias despues de haber salido de Lóndres, y llegaba el dia fijado. No tenia, pues, ni adelantado ni atrasado. Desgraciadamente, los dias ganados entre Londres y Bombay quedaban perdidos, del modo que se sabe, en la travesia de la península indostánica,—pero es de suponer que Phileas Fogg no lo sentia.

XV.

DONDE EL SACO DE BILLETES DE BANCO SE ALIGERA DE ALGUNOS MILLARES DE LIBRAS MAS.

El tren se detuvo en la estacion. Picaporte se apeó el primero, y fue, seguido de mister Fogg, quien ayudó á su jóven compañero á descender del anden. Phileas Fogg pensaba ir directamente al vapor de Hong Kong, á fin de instalar allí convenientemente á mistress Aouda, de quien no queria separarse mientras estuviese en aquel país tan peligroso para ella.

Cuando mister Fogg iba á salir de la estacion, se acercó á él un agente de policía diciéndole:

—¿El señor Phileas Fogg?

—Yo soy.

—¿Es ese hombre vuestro criado?—añadió el agente designando á Picaporte.

—Sí.

—Tened ambos la bondad de seguirme.

Mister Fogg no hizo movimiento alguno que demostrase la menor sospecha. El agente era un representante de la ley, y para todo inglés, la ley es sagrada. Picaporte, con sus hábitos franceses, quiso hacer observaciones, pero el agente le tocó con su varilla, y Phileas Fogg le hizo seña de obedecer.

—¿Puede acompañarnos esta jóven dama?—preguntó mister Fogg.

—Puede hacerlo,—respondió el agente.

Mister Fogg, Aouda y Picaporte fueron conducidos á un palki-ghari, especie de carruaje de cuatro ruedas y cuatro asientos, tirado por dos caballos. Partieron sin que nadie hablase durante el trayecto, que duró unos veinte minutos.

El carruaje atravesó primeramente la *ciudad negra*, de calles estrechas formadas por unos casuchos donde pululaba una poblacion cosmopolita, súcia y andrajosa, y luego pasó por la ciudad europea, embellecida con casas de ladrillo, adornada de palmeras, erizada de arboladuras, y que á pesar de hora tan temprana estaba ya recorrida por elegantes ginetes y magníficos trenes.

El palki-gari se paró delante de una habitacion de apariencia sencilla, pero que no parecia apropiada para usos domésticos. El agente hizo bajar á sus presos,—pues bien podia dárseles ese nombre,—y los llevó á un aposento con rejas diciéndoles:

—A las ocho y media compareceréis ante el juez Obadiah.

Y luego se retiró cerrando la puerta.

Biblioteca Nacional de España

—¡Vamos, nos han cogido!—esclamó Picaporte dejándose caer sobre una silla.

Aouda, procurando en vano disfrazar su emocion, dijo á mister Fogg:

—¡Es necesario que me abandoneis! ¡Os veis perseguido por mi! ¡Es por haberme salvado!

Phileas Fogg se contentó con responder que eso no era posible. ¡Perseguido por ese asunto del sutty! ¡Inadmisible! ¿Cómo se habian de atrever á presentarse los que se querellasen? Habia sin duda alguna equivocacion. Mister Fogg añadió que en todo caso no abandonaria á la jóven y la conduciria á Hong-Kong

—¡Pero el buque se marcha á las tres!—dijo Picaporte.

—Antes de las tres estaremos á bordo,—respondió sencillamente el imperturbable gentleman.

Quedó esto afirmado tan terminantemente que Picaporte no pudo menos de decir para sí:

—¡Diantre, cierto será! Antes de las dos estaremos á bordo.—Pero esto no le tranquilizaba del todo.

A las ocho y media la puerta del cuarto se abrió. El agente de policía volvió á presentarse é introdujo á los presos en la pieza vecina. Era una sala de audiencia, y habia un público bastante numeroso compuesto de europeos y de indígenas, que ocupaba el pretorio.

Mister Fogg, mistress Aouda y Picaporte se sentaron en un banco en frente de los asientos reservados para el juez y el escribano.

Ese juez, el juez Obadiah, no tardó en llegar seguido del escribano. Era un señor un regordete. Descolgó una peluca colgada de un clavo y se la puso con presteza.

—La primera causa,—dijo; pero llevando la mano á su cabeza esclamó:

—¡Eu! ¡Si no es mi peluca!

—En efecto, señor Obadiah, es la mia,—repuso el escribano.

—Querido señor Oysterpuf, ¿cómo quereis que un juez pueda dictar una buena sentencia con la peluca de un escribano?

Se verificó el cambio de pelucas. Durante estos preliminares, Picaporte hervia de impaciencia porque la aguja le parecia andar terriblemente aprisa en la muestra grande del pretorio.

—La primera causa,—repuso entonces el juez Obadiah.

—¿Phileas Fogg?—dijo el escribano Oysterpuf.

—Héme aquí,—respondió mister Fogg.

—¿Picaporte?

—¡Presente!—respondió Picaporte.

—¡Bien!—dijo el juez Obadiah.—Hace dos dias, acusados, que os están espiando en todos los trenes de Bombay.

—¿Pero de qué nos acusan?—exclamó Picaporte impaciente.

—Vais á saberlo,—respondió el juez.

—Caballero,—dijo entonces mister Fogg,—soy ciudadano inglés y tengo derecho...

—¿Os han faltado á los miramientos?—preguntó mister Obadiah.

—De ningun modo.

—¡Bien! haced entrar á los querellantes.

Por órden del juez se abrió una puerta, y tres sacerdotes indios fueron introducidos por un alguacil.

—¿No lo decia yo?—dijo Picaporte,—¡esos bribones son los que querian quemar á esa jóven señora!

Los sacerdotes se mantuvieron de pie delante del juez, y el escribano leyó en alta voz una querella de sacrilegio formulada contra el señor Phileas Fogg y su criado, acusados de haber profanado un lugar consagrado por la religion brahmánica.

—¿Habeis oido?—preguntó el juez á Phileas Fogg.

—Sí señor,—respondió mister Fogg mirando el reloj,—y lo confieso.

—¡Ah! ¿conque lo confesais?

—Lo confieso, y estoy aguardando que esos tres sacerdotes declaren á su vez lo que querian hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron. No comprendian al parecer nada en las palabras del acusado.

—¡Sin duda!—esclamó impetuosamente Picaporte,—¡en esa pagoda de Pallaji, ante la cual iban á quemar á su víctima!

Los sacerdotes volvieron á quedar estupefactos, asombrándose profundamente el juez Obadiah.

—¿Qué víctima?—preguntó,—¿Quemar á quién? ¿En medio de la ciudad de Bombay?

—¡Bombay?—esclamó Picaporte.

—Sin duda. No se trata de la pagoda de Pillaji, sino de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay.

—Y como pieza de conviccion, hé aquí los zapatos del profanador,—añadió el escribano colocando un par de ellos encima de la mesa.

—¡Mis zapatos!—exclamó Picaporte,—quien altamente sorprendido no pudo contener esa involuntaria exclamacion.

Fácil es comprender lo confundidos que quedarian amo y criado. Se habian olvidado del incidente de Bombay, y éste era precisamente el que los traia ante el magistrado de Calcutta.

En efecto, el agente Fix habia comprendido todo el partido que podia sacar de ese desgraciado asunto. Atrasando su marcha doce horas habia ido á aconsejar lo que debian hacer los sacerdotes de Malebar-Hill. Les habia prometido resarcimiento de perjuicios, sabiendo muy bien que el gobierno inglés se mostraba muy severo con esos delitos, y despues por el tren siguiente los habia hecho ir en seguimiento de los culpables. Pero á causa del tiempo empleado en dar libertad á la jóven viuda, Fix y los indios llegaron á Calcutta antes que Phileas Fogg y su criado, á quienes los magistrados, prevenidos por despacho telegráfico, debian prender al apearse del tren.

Júzguese del despecho de Fix, cuando supo que Phileas Fogg no habia llegado á la capital de Indostan Debió creer que el ladron, deteniéndose en una de las estaciones, se habia refugiado en una de las provincias septentrionales. Durante las veinticuatro horas, Fix estuvo de acecho en la estacion entregado á mortales inquietudes. ¡Cuál fue despues su alegría al verle aquella misma mañana bajar del wagon en compañia, es cierto, de una jóven cuya presencia no podia esplicar! Al punto envió contra él un agente de policía, y de esa manera Fogg, Picaporte y la viuda del rajah de Bundelkund fueron conducidos ante el juez Obadiah.

Y no estando Picaporte tan preocupado, hubiera visto en un rincon del pretorio al *detective*, que asistia al jucio con interés fácil de comprender, porque en Calcutta como en Bombay y como en Suez, no tenia aun el mandamiento de prision.

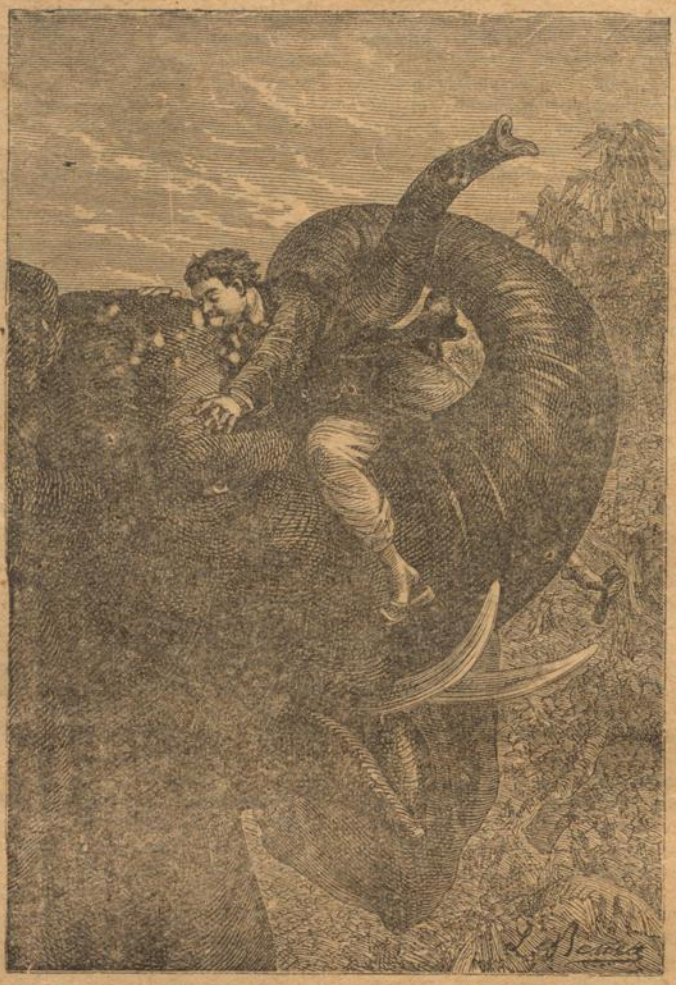
Entre tanto, el juez Obadiah habia tomado acta de la confesion que se le habia escapado á Picaporte, quien hubiera dado todo lo que poseia por poder retirar sus imprudentes palabras.

—¿Los hechos se confiesan?—dijo el juez.

—Confesados,—respondió mister Fogg.

—Visto,—repuso el juez,—que la ley inglesa entiende proteger igual y rigurosamente todas las religiones de las poblaciones indias; estando el delito confesado por el señor Picaporte; convencido de haber profanado con sacrilego pie el pavimento de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay, el dia 20 de octubre, condena al susodicho Picaporte á quince dias de prision y una multa de trescientas libras (7,500 pesetas).

Biblioteca Nacional de España



El elefante cogió a Picaporte por la cintura y lo levantó.

—¿Trescientas libras?—esclamó Picaporte, que solo se manifestó impresionado por la multa.

—¡Silencio!—dijo el alguacil con áspera voz.

—Y,—añadió el juez Obadiah:—Considerando que no está materialmente probado que haya dejado de haber connivencia entre el criado y el amo, y que en todo caso éste es responsable de los hechos y gestiones de los que tiene á su servicio, condena al señor Phileas Fogg á ocho dias de prision y ciento cincuenta libras de multa. Escribano, llamad á otros.

Fix, en su rincon, esperimentaba una satisfaccion indecible. Phileas Fogg, detenido ocho dias en Calcutta, era mas de lo que se necesitaba para dar tiempo á que el mandamiento llegase.

Picaporte estaba atolondrado. Esta sentencia arruinaba á su amo. Una apuesta de veinte mil libras perdida, y todo por haber tenido la curiosidad de entrar en aquella maldita pagoda.

Phileas Fogg, tan dueño de sí, como si la sentencia no le hubiese alcanzado, no habia movido tan siquiera las cejas. Pero en el momento en que el escribano llamaba otro juicio, se levantó y dijo:

—Ofrezco caucion.

—Teneis el derecho de hacerlo,—respondió el juez.

Fix sintió frio en sus fibras, pero recobró su tranquilidad cuando oyó que el juez, atendida la cualidad de extranjeros de Phileas Fogg y su criado, fijaba la caucion para cada uno de ellos en la enorme suma de mil libras (25.000 pesetas).

Eran dos mil libras mas de gasto para mister Fogg si no cumplia la condena.

—¡Pago!—esclamó el gentleman.

Y retiró del saco que llevaba Picaporte un paquete de billetes de banco que dejó sobre la mesa del escribano.

—Esta suma os será devuelta al salir de la cárcel,—dijo el juez.—Entre tanto estais libres.

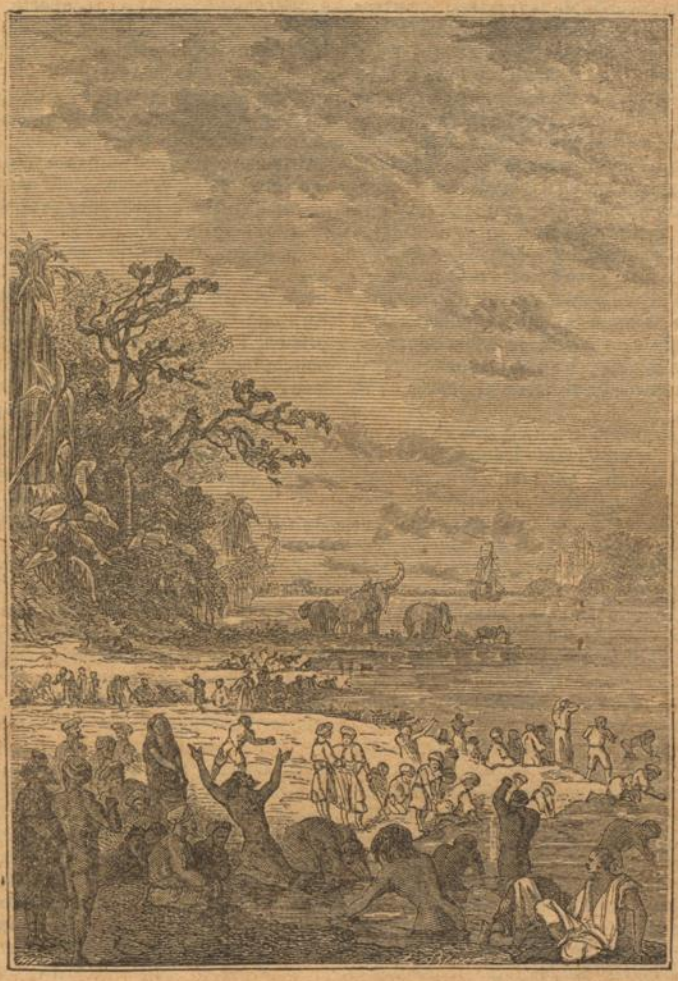
—Venid,—dijo Phileas Fogg á su criado.

—¡Pero al menos que me devuelvan mis zapatos!—esclamó Picaporte con un movimiento de rabia.

Le devolvieron sus zapatos.

—¡Bien caros cuestan!—dijo entre dientes.—

Biblioteca Nacional de España



Los indios de ambos sexos cumplian piadosamente sus santas obligaciones.

¡Mas de mil libras cada uno! ¡Sin contar que me hacen daño!

Picaporte siguió con actitud compungida á mister Fogg, que habia ofrecido su brazo á la jóven. Fix esperaba todavía que el ladron no se decidiera á perder la suma de dos mil libras y que cumpliria sus ocho dias de cárcel. Echó, pues, á andar tras de mister Fogg. Tomó éste un coche, en el cual Aouda, Picaporte y él subieron en seguida. Fix corrió detrás del coche, que se detuvo en uno de los muelles.

A media milla en rada, el *Rangoon* estaba aparejando con su pabellon de marcha izado sobre el mástil. Daban las once. Mister Fogg llegaba, pues, con una hora de adelanto. Fix le vió apearse y entrar en un bote con Aouda y su criado. El agente dió con el pie en el suelo.

—¡Bribon!—esclamó,—¡se marcha! ¡Dos mil libras sacrificadas! ¡Pródigo como un ladron! ¡Ah! ¡Le seguiré hasta el fin del mundo si es menester; pero al paso que va, todo el dinero del robo se habrá ido!

El inspector de policía tenia sus fundamentos para hacer esta reflexion. En efecto; desde que se habia marchado de Lóndres, entre gastos de viaje, primas, compra de elefante, cauciones y multas, Phileas Fogg habia sembrado ya mas de cinco mil libras (ciento veinticinco mil pesetas) por el camino, y el tanto por ciento que se concede á los individuos de policía sobre lo recobrado iban siempre bajando.

XVI.

DONDE FIX APARENTA NO COMPRENDER NADA ABSOLUTAMENTE DE LAS COSAS DE QUE HABLAN.

El *Rangoon*, uno de los buques que la Compañía Peninsular y Oriental emplea para el servicio del mar de China y del Japon, era un vapor de hierro, de hélice, con el aforo en bruto de mil setecientas setenta toneladas, y la fuerza nominal de cuatrocientos caballos. Igualaba al *Mongolia* en velocidad, pero no en comodidades. Por eso mistress Aouda no estuvo tan bien instalada como lo hubiera deseado Phileas Fogg. Por lo demas, tratándose solo de una tra-

Biblioteca Nacional de España

vesía de tres mil quinientas millas, sea de once á doce dias, la jóven no fue viajera de difícil acomodamiento.

Durante los primeros dias de la travesía, mistress Aouda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg. En todas ocasiones le manifestaba el mas vivo reconocimiento. El flemático gentleman la escuchaba, en apariencia al menos, con la mayor frialdad, sin que una entonacion ni un ademán revelasen la mas ligera emocion. Cuidaba que nada faltase á la jóven. A ciertas horas acudia regularmente, si no á hablar, al menos á escucharla. Cumplia con ella los deberes de la urbanidad mas estricta, pero con la gracia y la imprevision de un autómata cuyos movimientos se hubiesen dispuesto para ese fin. Mistress Aouda no sabia qué pensar de ello, pero Picaporte le habia esplicado algo la escéntrica personalidad de su amo. Le habia instruido de la apuesta que le hacia dar la vuelta al mundo. Mistress Aouda se habia sonreido; pero al fin le debia la vida, y su salvador no podia salir perdiendo en que ella le viese al través de su reconocimiento.

Mistress Aouda confirmó la noticia que el guia indio habia hecho de su interesante historia. Pertenecia ella en efecto á esa raza que ocupa el primer lugar entre los indígenas. Varios negociantes parsis han hecho grandes fortunas en las Indias en el comercio de algodones. Uno de ellos, sir James Jejeebloy, ha sido ennoblecido por el gobierno inglés, y mistress Aouda era parienta de este rico personaje que habitaba en Bombay. Contaba ella con encontrar en Hong-Kong al honorable Jejeeh, primo de sir Jejeebloy. ¿Hallaria allí refugio y proteccion? No podia asegurarlo, y á esto respondia mister Fogg que no se inquietase, porque todo se arreglaria matemáticamente. Esta fue su palabra.

¿Comprendia la jóven viuda la significacion de tan horrible adverbio? No se sabe; pero sus hermosos ojos,—límpidos como los sagrados lagos del Himalaya,—se fijaban sobre los de Fogg, quien tan intratable y tan abotonado como siempre, no parecia dispuesto á arrojarse en el referido lago.

Esta primera parte de la travesía del *Rangoon* se efectuó con escelentes condiciones. El tiempo era bonancible, y toda la porcion de la inmensa bahía que los marineros llaman los *brazos del Bengala* se mostró favorable á la marcha del vapor. El *Rangoon* no tardó en cruzar por delante del Gran Andaman, que era la principal isla de un grupo que los navegantes divisan desde lejos, por su pintoresca montaña de Saddle-Peack, de dos mil cuatrocientos pies de altura.

Se fue siguiendo la costa de bastante cerca. Los salvajes papúas de la isla no se mostraron. Son unos séres colocados en el último grado de la escala humana, pero que han sido infundadamente considerados como antropófagos.

El desarrollo panorámico de las islas era soberbio. Inmensos bosques de palmeras asiáticas, arecas, bambúes, mosquitas, tecks, mimosas gigantescas, helechos arborescentes cubrian el primer plano del país perfilándose atrás los elegantes contornos de las montañas. Sobre la costa pululaban á millares esas preciosas golanganas, cuyos nidos comestibles son un manjar muy apetecido en el celeste imperio. Pero todo este espectáculo variado, ofrecido á las miradas por el grupo de Andaman, pasó pronto, y el *Rangoon* se dirigió con rapidez hácia el estrecho de Malacca, que debia darle acceso á los mares de la China.

¿Qué hacia durante la travesía el inspector Fix, tan desgraciadamente arrastrado en aquel viaje de circunnavegacion? Al salir de Calcutta, despues de haber dejado instrucciones para que si le llegase el mandamiento le fuese remitido á Hong-Kong, habia podido embarcarse á bordo del *Rangoon* sin haber sido visto de Picaporte, y confiaba en disimular su presencia hasta la llegada del vapor. En efecto, difícil le hubiera sido esplicar por qué se hallaba á bordo sin escitar las sospechas de Picaporte, que debia creerle en Bombay. Pero la lógica misma de las circunstancias reanudó sus relaciones con el honrado mozo. ¿De qué modo? Vamos á verlo.

Todas las esperanzas, todos los deseos del inspector de policía se concentraban ahora en un solo punto del mundo, Hong-Kong porque el vapor se detenia muy poco tiempo en Singapore para poder obrar en esta ciudad. La prision debia verificarse por consiguiente en Hong Kon, porque si no, se le escaparia el ladron sin remedio.

En efecto, Hong Kong era todavia tierra inglesa, pero la última. Mas allá, la China, el Japon, la América ofrecian un refugio casi seguro á mister Fogg. En Hong-Kon, si llegaba por fin el mandamiento de prision, Fix prenderia á Fogg y lo entregaria á la policía local. No habia dificultad; pero mas allá de Hong Kong no bastaria ya un simple mandamiento de prision, sino que seria necesaria una acta de estradicion. De aquí resultarian tardanzas, lentitudes y obstáculos de toda naturaleza, que el ladron aprovecharia para escaparse definitivamente. Si la operacion no se podia verificar en Hong-Kong, seria, si no imposible, mucho mas difícil poder efectuar con alguna probabilidad de éxito.

Por consiguiente,—decia Fix para sí durante las dilatadas horas que pasaba en el camarote,—ó el mandamiento estará en Hong-Kong y prendo á mi hombre, ó no estará y será necesario retrasar su viaje á toda costa. ¡Salido mal en Bombay y en Calcutta, si no doy el golpe en Hong Kong perdo mi reputacion! Cueste lo que cueste, es necesario triunfar. ¿Pero qué medio emplearé para retardar, si fuese necesario, la partida de ese maldito Fogg?

En último resultado, Fix estaba decidido á revelárselo todo á Picaporte, dándole á conocer el amo á quien servia y del cual no era ciertamente cómplice. Picaporte con esta revelacion deberia creerse comprometido, y entonces se pondria de parte de Fix. Pero este era un medio aventurado que solo podia emplearse á falta de otro. Una sola palabra dicha por Picaporte á su amo hubiera bastado para comprometer irrevocablemente el negocio.

El inspector de policía se hallaba, pues, muy apurado, cuando la presencia de Aouda á bordo del *Rangoon*, en compañía de Phileas Fogg, le abrió nuevas perspectivas.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué concurso de circunstancias la habian traido á ser compañera de Fogg? El encuentro habia tenido lugar evidentemente entre Bombay y Calcutta. ¿Pero en qué punto de la península? ¿Era él acaso quien habia reunido á Phileas Fogg con la jóven viajera? Ese viaje al través de la India, por el contrario, ¿habia sido emprendido con el fin de reunirse con tan linda persona? ¡porque era lindísima! Bien lo habia reparado Fix en la sala de audiencia del tribunal de Calcutta.

Fácil es comprender cuán caviloso debia estar el agente. Ocurrióle la idea de algun rapto criminal. ¡Sí! ¡Eso debia ser! Este pensamiento se incrustó en el cerebro de Fix, reconociendo todo el partido que de esta circunstancia podia sacar. Fuese ó no casada la jóven, habia rapto, y era posible suscitar en Hong-Kong tales dificultades al raptor, que no pudiera salir de ellas ni aun á fuerza de dinero.

Pero no habia que aguardar la llegada del *Rangoon* á Hong-Kong. Ese Fogg tenia la detestable costumbre de saltar de un buque á otro, y antes que la denuncia se entablase podia estar lejos.

Lo que importaba era prevenir á las autoridades inglesas y señalar el paso del *Rangoon* antes del desembarque. Nada era mas fácil puesto que el vapor

Biblioteca Nacional de España

hacia escala en Singapore, y esta ciudad se hallaba enlazada con la costa de China por un alambre telegráfico.

Sin embargo, antes de obrar, y con el fin de proceder con mas seguridad, Fix resolvió interrogar á Picaporte. Sabia que no era muy difícil hacerle hablar, y se decidió á romper el disimulo que hasta entonces habia guardado. Pero no habia tiempo que perder, porque era el 31 de octubre, y al dia siguiente debia el *Rangoon* hacer escala en Singapore.

Saliendo, pues, aquel dia de su camarote, Fix salió al puente con intento de salir al encuentro de Picaporte con señales de la mayor sorpresa. Picaporte se estaba paseando á proa cuando el inspector corrió hácia él exclamando:

—¡Vos aquí en el *Rangoon!*

—¡El señor Fix á bordo!—respondió Picaporte, absolutamente sorprendido al reconocer á su compañero de travesía del *Mongolia*.—¡Cómo! ¡Os dejo en Bombay y os encuentro en camino de Hong-Kong! ¡Entonces tambien estais dando la vuelta al mundo?

—No,—respondió Fix.—y pienso detenerme en Hong Kong, al menos durante algunos dias.

—¡Ah!—dijo Picaporte, que tuvo un momento de asombro.—¿Y cómo no os he visto desde la salida de Calcutta?

—Cierto malestar, ... un poco de mareo..... He guardado cama en mi camarote..... El golfo de Bengala no me prueba tan bien como el Océano de las Indias. ¿Y vuestro amo mister Phileas Fogg?

—Con cabal salud y tan puntual como su itinerario. ¡Ni un dia de atraso! ¡Ah! señor Fix, no lo sabeis; pero tambien está con nosotros una señora jóven

—¡Una señora jóven?—respondió el agente, que aparentaba perfectamente no comprender lo que su interlocutor queria decir.

Pero Picaporte se puso pronto al corriente de la historia. Refirió el incidente de la pagoda de Bombay, la adquisicion del elefante al precio de dos mil libras, el suceso del suttv, el rapto de Aouda, la sentencia del tribunal de Calcuta, la libertad bajo caucion. Fix, que conocia la última parte de estos incidentes, fingia ignorarlos todos, y Picaporte se dejaba llevar por el encanto de contar sus aventuras á un oyente que tanto interés demostraba en escucharlas.

—Pero en suma,—preguntó Fix,—¿es que vuestro amo intenta lleva se á esa jóven á Europa?

—No, señor Fix, no. Vamos á entregarla á uno de sus parientes; rico comerciante de Hong-Kong.

—¡Nada por hacer!—dijo entre sí el detective disimulando su despecho.—¿Quereis una copa de gin, señor Picaporte?

—Con mucho gusto, señor Fix. ¡Nuestro encuentro á bordo del *Rangoon* bien merece que bebamos!

XVII.

SE TRATA DE UNAS Y OTRAS COSAS DURANTE LA TRAVESÍA DE SINGAPORE Á HONG-KONG.

Desde aquel dia, Picaporte y el agente se encontraron con frecuencia: pero Fix estuvo muy reservado con su compañero y no trató de hacerle hablar. Solo vió una ó dos veces á mister Fogg que permanecia en el salon del *Rangoon*, ora haciendo compañía á Aouda, ora jugando al whist, segun su invariable costumbre.

En cuanto á Picaporte, se puso á pensar formalmente sobre la estraña casualidad que traia otra vez á Fix al mismo camino que su amo. Y en efecto, con menos habia para asombrarse. Ese caballero, muy amable y á la verdad muy complaciente, que aparece primero en Suez, que se embarca en el *Mongolia*, que desembarca en Bombay, donde dice que debe quedarse; que se encuentra luego en el *Rangoon* en direccion de Hong-Kong; en una palabra, siguiendo paso á paso el itinerario de mister Fogg, todo esto merecia un poco de meditacion. Habia aquí estrañas coincidencias. ¿Tras de quién iba Fix? Picaporte estaba dispuesto á apostar sus babuchas.—las habia preciosamente conservado,—que Fix saldria de Hong-Kong al mismo tiempo que ellos. y probablemente sobre el mismo vapor.

Aun cuando hubiera estado Picaporte discurriendo durante un siglo, nunca hubiera acertado con la mision de que estaba encargado el agente. Jamás se hubiera imaginado que Phileas Fogg fuera seguido á la manera de un ladron alrededor del globo terrestre. Pero como la condicion humana quiere esplicarlo todo, hé aquí cómo Picaporte, por una repentina inspiracion, interpretó la presencia permanente de Fix, y ciertamente que no dejaba de ser plausible su ocurrencia. En efecto, segun el Fix no era ni podia ser mas que un agente enviado en seguimiento de Phileas Fogg por sus compañeros de Reform-Club, á fin de reconocer si el viaje se hacia efectivamente alrededor del mundo segun el itinerario convenido.

—¡Es evidente, es evidente!—decia entre sí el honrado mozo, ufano de su perspicacia.—¡Es un espía que esos caballeros han enviado tras de nosotros! ¡Eso no es digno! ¡Mister Fogg, tan probo, tan hombre de bien! ¡Hacerle espiar por un agente! ¡Ah! ¡Señores del Reform-Club, caro os costará!

Encantado Picaporte de su descubrimiento, resolvió, sin embargo, no decir nada á su amo por temor de que éste no se resintiese con razon ante la desconfianza que manifestaban sus adversarios. Pero se propuso bromear á Fix con este motivo, por medio de palabras embozadas y sin comprometerse.

El miércoles, 30 de octubre por la tarde, el *Rangoon* entraba en el estrecho de Malaca, que separa la península de ese nombre de las tierras de Sumatra. Unos islotes montuosos muy escarpados y pintorescos ocultaban á los pasajeros la vista de la gran isla.

Al siguiente dia, á las cuatro de la mañana, habiendo el *Rangoon* ganado media jornada sobre la travesía reglamentaria, anclaba en Singapore á fin de renovar su provision de carbones.

Phileas Fogg inscribió este adelanto en la columna de beneficios, y esta vez bajó á tierra, acompañando á Aouda, que habia manifestado deseos de pasearse durante algunas horas.

Fix, á quien parecia sospechosa toda accion de Fogg, lo siguió con disimulo. En cuanto á Picaporte, que se reia *in petto* al ver la maniobra de Fix, fué á hacer sus ordinarias compras.

La isla de Singapore no es grande ni de imponente aspecto. Carece de montañas y por consiguiente de perfiles, pero en su pequeñez es encantadora. Es un parque cortado por hermosas carreteras. Un bonito tren, tirado por esos elegantes caballos importados de Nueva-Holanda, trasportó á mistress Aouda y á Phileas Fogg al centro de unos grupos de palmeras de brillante Hoja y de esos árboles que producen el clavo de especia formado con el capullo mismo de la flor entreabierta. Allí, los setos de arbustos de pimienta reemplazaban las cambroneras de las campiñas europeas; los saguteros, los grandes helechos con su soberbio follaje, variaban el aspecto de aquella region tropical; los árboles de moscada con sus barnizadas hojas saturaban el aire con penetrantes perfumes. Los monos en tropeles, que ostentaban su viveza y sus muecas, no faltaban en los bosques, ni los tigres en los juncales. A quien se asombre de que en tan pequeña isla no hayan sido destruidos tan terribles carnívoros, los responderé

Biblioteca Nacional de España

—Y como pieza de convicción, he aquí los zapatos del profanador.

mos que vienen de Malacca atravesando el estrecho á nado.

Despues de haber recorrido la campiña durante dos horas, mistress Aouda y su compañero,—que miraban un poco sin ver,—volvieron á la ciudad, estensa aglomeracion de casas pesadas y bajas, rodeadas de lindos jardines donde se encuentran mangustos, piñas y las mejores frutas del mundo.

A las diez volvian a vapor, despues de haber sido seguidos sin sospecharlo por el inspector, que tambien habia tenido que hacer gasto de coche.

Picaporte los aguardaba en el puente del *Rangoon*. El buen muchacho habia comprado algunas docenas de mangustos, gruesos como manzanas medianas, de color pardo oscuro por fuera, rojo subido por dentro, y cuya fruta blanca, al fundirse entre los labios, procura á los verdaderamente golosos un goce sin igual. Picaporte tuvo una gran satisfaccion en ofrecerlos á mistress Aouda que se lo agradeció con suma gracia.

A las once, el *Rangoon*, despues de haberse abastecido de carbon, largaba sus amarras; y algunas horas mas tarde los pasajeros perdian de vista las altas montañas de Malacca, cuyas selvas abrigan los mas hermosos tigres de la tierra.

Singapore dista mil trescientas millas de la isla de Hong Kong, pequeño territorio inglés desprendido de la costa de China. Phileas Fogg tenia interés en recorrerlas lo mas en seis dias, á fin de tomar en Hong-Kong el vapor que partia el 6 de noviembre para Yokohama, uno de los principales puertos del Japon.

El *Rangoon* iba muy cargado. Se habian embarcado en Singapore numerosos pasajeros, indios, ceilaneses, chinos, maleses, portugueses, la mayor parte de los cuales iban en las clases inferiores.

El tiempo, bastante bello hasta entonces, cambió con el último cuarto de luna. La mar se puso gruesa. El viento arreció, pero felizmente por el Sureste, lo cual favorecia la marcha del vapor. Cuando era manejable, el capitan hacia desplegar velas. El *Rangoon*, aparejado en bergantin, navegó á menudo con sus dos gavias y trinquete aumentando su velocidad bajo la doble accion del vapor y del viento.

Biblioteca Nacional de España

Mistress Aouda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg.

te. Así se recorrieron sobre una zona estrecha y á veces muy penosa las costas de Anam y Cochinchina.

Pero la culpa la tenia mas bien el *Rangoon* que el mar; y los pasajeros, que se sintieron la mayor parte malos, debieron achacar su malestar al buque.

En efecto, los vapores de la Compañía peninsular que hacen el servicio de los mares de China tienen un defecto de construccion muy grave. La relacion del calado en carga con la cabida ha sido mal calculado, y por consiguiente ofrecen al mar muy débil resistencia. Su volúmen cerrado, impenetrable al agua, es insuficiente. Están anegados, y á consecuencia de esta disposicion bastaban algunos bultos echados á bordo para modificar su marcha. Son, por consiguiente, esos buques muy inferiores,—si no por el motor y el aparato evaporatorio,—á los tipos de las mensajerías francesas, tales como la *Emperatriz* y el *Cambodge*. Mientras que, segun los cálculos de los ingenieros, estos buques pueden embarcar una cantidad de agua igual á su propio peso antes de sumergirse, los de la Compañía peninsular, el *Golconda*, el *Corea* y el *Rangoon* no podrian recibir el sesto de su peso sin irse á pique.

Convenia, pues, tomar grandes precauciones durante el mal tiempo. Era menester algunas veces estar á la capa con poco vapor, lo cual era una pérdida de tiempo que no parecia afectar á Phileas Fogg de modo alguno, pero que irritaba mucho á Picaporte. Acusaba entonces al capitan, al maquinista, á la Compañía, y enviaba al diantre á todos los que se ocupan de trasportar viajeros. Tal vez tambien la idea de aquel mechero de gas que seguia ardiendo por su cuenta en la casa de Saville-row entraba por mucho en su impaciencia.

—¿Parece que teneis mucha prisa en llegar á Hong-Kong?—le dijo un dia el detective.

—¡Mucha prisa! respondió Picaporte.

—¿Pensais que mister Fogg tenia tambien mucha prisa en tomar el vapor de Yokohama?

—¡Una prisa espantosa!

—¿Luego ahora creeis en ese estraño viaje alrededor del mundo?

—Absolutamente. ¿Y vos, señor Fix?

Biblioteca Nacional de España

—¿Yo? No creo en él.

—¡Truhan!—respondió Picaporte guiñando el ojo.

Esa palabra dejó pensativo al agente. El calificativo le inquietó mucho sin saber por qué. ¿Le habia adivinado el francés? No sabia qué pensar. ¿Cómo podia Picaporte haber descubierto su condicion de *detective*, cuyo secreto de nadie podia ser sabido? Y sin embargo, al hablar así, Picaporte lo habia hecho con segunda intencion.

Aconteció tambien que el buen muchacho se propasó aun mas otro dia, sin poder contener su lengua.

—¿Vamos, señor Fix,—preguntó á su compañero con malicia,—acaso una vez llegados á Hong-Kong tendremos el sentimiento de dejaros allí?

—¡Pero,—respondió Fix bastante desconcertado,—no lo sé!.. ¡Tal vez!...

—¡Ah!—dijo Picaporte,—si nos acompañáseis seria una dicha para mí! ¡Vamos! ¡Un agente de la Compañía peninsular no debe quedarse en el camino! ¡No ibais mas que á Bombay y ya pronto estareis en China! ¡La América no está lejos, y de América á Europa solo hay un paso!

Fix miraba con atencion á su interlocutor, que le mostraba el semblante mas amable del mundo, y adoptó el partido de reirse con él. Pero éste, que estaba de gracia, le preguntó si su oficio le producia mucho.

—Sí y no,—respondió Fix sin pestañear.—Hay negocios buenos y malos. ¡Pero bien comprendereis que no viajo á mis espensas!

—¡Oh! ¡en cuanto á eso, estoy seguro de ello!—esclamó Picaporte riéndose mas y mejor.

Terminada la conversacion, Fix entró en su camarote y se entregó á la meditacion. Estaba á todas luces descubierto. De un modo ó de otro, el francés habia reconocido su cualidad de agente de policía. ¿Pero se lo habria dicho al amo! ¿Qué papel hacia en todo esto? ¿Era cómplice ó no? ¿El negocio estaba descubierto y por consiguiente fallido? El agente pasó algunas horas angustiosas, creyéndolo unas veces todo perdido, esperando otras que Fogg ignoraba la situacion, y por último, no sabiendo qué partido tomar.

Entre tanto, se estableció la calma en su cerebro y resolvió obrar francamente con Picaporte. Si no se encontraba en las condiciones apetecidas para prender á Fogg en Hong Kong, y si Fogg se preparaba para salir definitivamente del territorio inglés, él, Fix, se lo diria todo á Picaporte. O el criado era cómplice del amo y éste lo sabia todo, en cuyo caso el negocio estaba definitivamente comprometido, ó el criado no tenia parte alguna en el robo, y entonces su interés estaba en separarse del ladron.

Tal era, pues, la situacion respectiva de aquellos dos hombres, mientras que Phileas Fogg se distinguia por su magnificaindiferencia. Cumplia racionalmente su órbita alrededor del mundo, sin inquietarse de los asteróides que giraban en su derredor.

Y sin embargo, habia en las cercanías,—segun espresion de los astrónomos,—un astro perturbador que hubiera debido producir algunas alteraciones en el corazon de ese caballero. ¡Pero no! El encanto de mistress Aouda no tenia accion alguna, con gran sorpresa de Picaporte, y las perturbaciones, si existian, hubieran sido mas difíciles de calcular que las de Urano, que han ocasionado el descubrimiento de Neptuno.

¡Sí! ¡era un asombro diario para Picaporte, que leia tanto agradecimiento hácia su amo en los ojos de la hermosa jóven! ¡Decididamente Phileas Fogg solo tenia corazon bastante para conducirse con heroismo, pero no con amor, no! En cuanto á las preocupaciones que los azares del viaje podian causarle, no daba indicio ninguno de ellas. Pero Picaporte vivia en continua angustia. Apoyado un dia en el pasamanos de la máquina, estaba mirando cómo de vez en cuando precipitaba ésta su movimiento, cuando la hélice salió de punto fuera de las olas por un violento cabeceo, escapándose el vapor por las válvulas, lo cual provocó las iras de tan digno mozo.

—¡No estan bastante cargadas esas válvulas,—esclamó!—¡Eso no es andar! ¡Al fin ingleses! ¡Ah! si fuese un buque americano, quizá saltaríamos, pero iríamos mas de prisa.

XVIII.

DONDE PHILEAS FOGG, PICAPORTE Y FIX, CADA CUAL POR SU LADO VA Á SU NEGOCIO.

Durante los primeros dias de la travesía, el tiempo fue bastante malo. El viento arreció mucho. Fijándose en el Noroeste, contrarió la marcha del vapor, y el *Rangoon*, demasiado instable, cabeceó considerablemente, adquiriendo los pasajeros el derecho de guardar rencor á esas anchurosas oleadas que el viento levantaba sobre la superficie del mar.

Durante los dias 3 y 4 de noviembre fue aquello una especie de tempestad. La borrasca batió el mar con vehemencia. El *Rangoon* debió estarse á la capa durante media jornada, manteniéndose con diez vueltas de hélice nada mas, y tomando el sesgo á las olas. Todas las velas estaban arriadas, y aun sobraban todos los aparejos que silbaban en medio de las ráfagas.

La velocidad del vapor, como es fácil concebirlo, quedó notablemente rebajada, y se pudo calcular que la llegada á Hong-Kong llevaria veinte horas de atraso y quizá mas si la tempestad no cesaba.

Phileas Foog asistia á ese espectáculo de un mar furioso que parecia luchar directamente contra él, sin perder su habitual impasibilidad. Su frente no se anubló ni un instante, y sin embargo, una tardanza de veinte horas podia comprometer su viaje haciéndole perder la salida del vapor de Yokohama. Pero ese hombre sin nervios no esperimentaba ni impaciencia ni aburrimiento. Hasta parecia que la tempestad estaba en su programa y estaba prevista. Mistress Aouda, que habló de este contratiempo con su compañero, lo encontró tan sereno como antes.

Fix no veia las cosas del mismo modo. Antes al contrario. La tempestad le agradaba. Su satisfaccion no hubiera tenido límites si el *Rangoon* se llegase á ver obligado á huir ante la tormenta. Todas estas tardanzas le cuadraban bien, porque pondrian á mister Fogg en la precision de permanecer algunos dias en Hong-Kong. Por último, el cielo, con sus ráfagas y borrascas estaba á su favor. Se encontraba algo indispuesto; ¡pero qué importa! No hacia caso de sus náuseas, y cuando su cuerpo se retorcia por el mareo, su ánimo se ensanchaba con satisfaccion inmensa.

En cuanto á Picaporte, bien se puede presumir á qué cólera se entregaria durante ese tiempo de prueba. ¡Hasta entonces todo habia marchado bien! La tierra y el agua parecian haber estado á disposicion de su amo. Vapores y ferro-carriles, todo le obedecia. El viento y el vapor se habian concertado para favorecer su viaje. ¿Habia llegado la hora de los desengaños? Picaporte, como si las veinte mil libras de la apuesta debieran salir de su bolsillo, no vivia ya. Aquella tempestad le exasperaba, la ráfaga le enfurecia, y de buen grado hubiera azotado á aquel mar tan desobediente. ¡Pobre mozo! Fix le ocultó cuidadosamente su satisfaccion personal, é hizo bien, porque si Picaporte hubiera adivinado la alegría secreta de Fix, éste lo hubiera pasado mal.

Picaporte, durante toda la duracion de la borrasca, permaneció sobre el puente del *Rangoon*. No hubiera podido estarse abajo. Se encaramaba á la arbo-

Biblioteca Nacional de España

Fix espiaba los movimientos de Fogg en el salón del "Rangoon".

ladura y ayudaba las maniobras con la ligereza de un mono, asombrando á todos. Dirigia preguntas al capitan, á los oficiales, á los marineros, que no podian menos de reirse al verle tan desconcertado. Picaporte queria á toda costa saber cuánto duraria la tempestad, y le designaban el barómetro que no se decidia á subir. Picaporte sacudia el barómetro, pero nada obtenia, ni aun con las injurias que prodigaba al irresponsable instrumento.

Por fin la tempestad se apaciguó; el estado del mar se modificó en la jornada del 4 de noviembre. El viento volvió dos cuartos al Sur y se tornó favorable.

Picaporte se serenó juntamente con el tiempo. Las gavias y foques pudieron desplegarse, y el *Rangoon* prosiguió su rumbo con maravillosa velocidad.

Pero no era posible recobrar todo el tiempo perdido. Era necesario resignarse, y la tierra no se divisó hasta el dia 6 á las cinco de la mañana. El itinerario de Phileas Fogg señalaba la llegada para el 5. Habia, pues, una pérdida de veinticuatro horas, y necesariamente se perdia la salida para Yokohama.

A las seis, el Piloto montó á bordo del *Rangoon* y se colocó en el puente que cubre la escotilla de la máquina para dirigir el buque por los pasos hasta el puerto de Hong-Kong.

Picaporte ardia en deseos de preguntar á ese hombre si el vapor de Yocohama habia partido; pero no se atrevia por no perder la esperanza hasta el último momento. Habia confiado sus inquietudes á Fix, quien trataba, el zorro, de consolarlo, diciéndole que mister Fogg lo arreglaria tomando el vapor próximo, lo cual daba inmensa rabia á Picaporte.

Pero si Picaporte no se aventuraba á hacer preguntas al piloto, mister Fogg, despues de haber consultado su *Bradshaw*, le preguntó con calma si sabia cuándo saldria un buque de Hong-Kong para Yokohama.

—Mañana á mediodia, la primera marea,—respondió el piloto.

—¡Ah!—esclamó mister Fogg sin manifestar ningun asombro.

Picaporte, que estaba presente, hubiera abrazado de buen grado al piloto, á quien Fix retorceria con gusto el cuello.

Biblioteca Nacional de España

Un bonito tren condujo a mistress Aouda y a Phileas Foog al centro de unos grupos de palmeras.

—¿Cuál es el nombre de ese vapor?—preguntó mister Fogg.

—El *Carnatic*,—respondió el piloto.

—¿No debia marchar ayer?

—Sí señor, pero tenia que hacer reparaciones en su caldera y se aplazó la salida para mañana.

—Os doy gracias,—respondió mister Fogg, que con paso automático bajó al salon del *Rangoon*.

En cuanto á Picaporte, tomó la mano del piloto y la estrechó vigorosamente diciendo:

—¡Vos, piloto, sois un hombre digno!

El piloto nunca habrá llegado á saber probablemente por qué sus respuestas le valieron tan amistosa espansion. Despues de un silbido de la máquina, dirigió el vapor entre aquella flotilla de juncos, tankas, barcos de pesca y buques de todo género que obstruian los pasos de Hong-Kong.

A la una, el *Rangoon* estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaban.

En esta circunstancia debemos convenir en que el azar habia singularmente favorecido á Phileas Fogg. Sin la necesidad de reparar sus calderas, el *Carnatic* se hubiera marchado el 5 de noviembre, y los viajeros para el Japon hubieran tenido que aguardar durante ocho dias la salida del vapor siguiente. Es cierto que mister Fogg estaba veinticuatro horas atrasado, pero este atraso no podia tener para él consecuencias sensibles.

En efecto, el vapor que hace la travesía del Pacífico desde Yokohama á San Francisco estaba en correspondencia directa con el de Hong-Kong y no podia salir antes de la llegada de éste. Abria evidentemente veinticuatro horas de atraso en Yokohama, pero durante los veintidos dias que dura la travesía del Pacífico seria fácil recobrarlas. Phileas Fogg se hallaba, pues, con veinticuatro horas de diferencia en las condiciones de su programa, treinta y cinco dias despues de su salida de Lóndres.

El *Carnatic* no debia salir hasta el dia siguiente á las cinco, y por consiguiente podia mister Fogg disponer de diez y seis horas para sus asuntos, es decir, para los de mistress Aouda. Al desembarcar ofreció su brazo á la jóven y la condujo á una litera pidiendo á los porteadores que le indicasen una

Biblioteca Nacional de España

Picaporte se subía a la arboladura y ayudaba en todas las maniobras.

fonda. Le designaron el *Hotel del Club*, á donde llegó el palanquin veinte minutos despues seguido de Picaporte.

Se tomó un cuarto para la jóven, y Phileas Fogg cuidó que nada le faltase. Despues le dijo que iba inmediatamente á ponerse en busca de los parientes, en poder de quienes debia dejarla. Al mismo tiempo dió á Picaporte la órden de permanecer en la fonda hasta su regreso para que la jóven no estuviese sola.

El gentleman se hizo conducir á la Bolsa. Allí conocerian probablemente á un personaje tal como el honorable Jejeeh, que era uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad.

El corredor á quien se dirigió mister Fogg conocia en efecto al negociante parsi: pero hacia dos años que éste, despues de haber hecho fortuna, habia ido á establecerse á Europa,—en Holanda, segun se creia,—lo cual se esplica por las numerosas relaciones que habia tenido con este pais durante su existencia comercial.

Phileas Fogg volvió al *Hotel del Club*, y al punto se presentó ante mistress Aouda, á quien sin mas preámbulo manifestó que el honorable Jejeeh no residia ya en Hong-Kong, habitando probablemente en Holanda.

Mistress Aouda no respondió nada de pronto. Se pasó la mano por la frente y estuvo meditando durante algunos instantes. Despues dijo con suave voz:

—¿Qué debo hacer, mister Fogg?

—Muy sencillo,—respondió el gentleman.—Venir á Europa.

—Pero yo no puedo abusar...

—No abusais, y vuestra presencia no entorpece mi programa. ¿Picaporte?

—Señor—respondió Picaporte.

Id al *Carnatic* y tomad tres camoretes.

Picaporte, gozoso de seguir el viaje en compañía de la jóven que le trataba con mucho agrado, dejó al punto el *Hotel del Club*.

Biblioteca Nacional de España

PICAPORTE SE TOMA DEMASIADO INTERÉS POR EL AMO, Y LO QUE SE SIGUE.

Hong-Kong no es mas que un islote cuya posesion quedó asegurada para la Inglaterra por el tratado de Nankin despues de la guerra de 1842. En algunos años, el genio colonizador de la Gran Bretaña habia fundado allí una ciudad importante y creado un puerto, el puerto Victoria. La isla se halla situada en la embocadura del rio de Canton, habiendo solamente sesenta millas hasta la ciudad portuguesa de Macao construida en la ribera opuesta Hong-Kong debia por necesidad vencer á Macao en la lucha mercantil, y ahora la mayor parte del tránsito ch no se efectua por la ciudad inglesa. Los docks, los hospitales, los *wharfs* (1), los depósitos, una catedral gótica, la casa del gobernador, calles macadamizadas, todo haria creer que una de las ciudades de los condados de Kent ó de Surrey, atravesando el esferóide terrestre, se ha trasladado á ese punto de la China, casi en las antípodas.

Picaporte se dirigió con las manos metidas en los bolsillos hácia el puerto Victoria, mirando los palanquines, las carrerillas de vela, todavía usadas en el celeste imperio, y toda aquella muchedumbre de chinos, japoneses y europeos que se apiñaban en las calles. Con poca diferencia, aquello era todavía muy parecido á Bombay, Calcuta ó Singapore. Hay como un rastro de ciudades inglesas así alrededor del mundo.

Picaporte llegó al puerto Victoria. Allí, en la embocadura del rio de Canton, habia un hormiguero de buques de todas las naciones; ingleses, franceses, americanos, holandeses, navíos de guerra y mercantes, embarcaciones japonesas y chinas, juncos, sampas, tankas y aun barcos-flores que formaban jardines flotantes sobre las aguas. Paseándose, Picaporte observó cierto número de indígenas vestidos de amarillo, muy avanzados en edad. Habiendo entrado en una barbería china para hacerse afeitar á lo chino, supo por el barbero, que hablaba bastante bien el inglés, que aquellos ancianos pasaban todos de ochenta años, porque al llegar á esta edad tenian el privilegio de vestir de amarillo, que es el color imperial. A Picaporte le pareció esto muy chistoso sin saber por qué.

Despues de afeitarse se fué al muelle de embarque del *Carnatic*, y allí vió á Fix que se paseaba de arriba abajo y viceversa, de lo cual no se extrañó. Pero el inspector de policía dejaba ver en su semblante muestras de un despecho vivísimo.

—¡Bueno!—dijo entre sí Picaporte,—¡esto va mal para los gentleman del Reform-Club!

Y salió al encuentro de Fix con su alegre sonrisa, sin aparentar que notaba la inquietud de su compañero.

Ahora bien, el agente tenia buenas razones para echar pestes contra el infernal azar que le perseguia. ¡No habia mandamiento! Era evidente que éste corria tras de él y no podia alcanzarle sino permaneciendo algunos dias en la ciudad. Y como Hong-Kong era la última tierra inglesa del trayecto, mister Fogg se le iba á escapar definitivamente si no lograba detenerle.

—¿Y bien, señor Fix, estais decidido á venir con nosotros á América?—preguntó Picaporte.

—Sí,—respondió Fix apretando los dientes.

—¡Enhorabuena!—esclamó Picaporte soltando una ruidosa carcajada.—Bien sabia yo que no podriais separaros de nosotros. ¡Venid á tomar vuestro pasaje. venid!

(1) Muelles.

Y ambos entraron en el despacho de los transportes marítimos, tomando camarotes para cuatro personas; pero el empleado les advirtió que estando concluidas las reparaciones del *Carnatic* se marcharia este aquella misma noche á las ocho, y no al siguiente dia como se habia anunciado.

—Muy bien,—esclamó Picaporte,—ésto no vendrá mal á mi amo. Voy á avisarle.

En aquel momento, Fix tomó una resolucion estrema. Resolvió decírselo todo á Picaporte. Era este el único medio de retener á Phileas Fogg durante algunos dias en Hong Kong.

Al salir del despacho, Fix ofreció á su compañero convidarle en una tarberna. Picaporte tenia tiempo, y aceptó el convite.

Habia en el muelle una taberna de atractivo aspecto, donde ambos entraron. Era una estensa sala bien adornada, en el fondo de la cual habia una tarima de campaña, guarnecida de almohadas, y sobre la cual se hallaba cierto número de durmientes.

Unos treinta consumidores ocupaban en la gran sala unas mesetas de junco tejido. Los unos vaciaban pintas de cerveza inglesa, ale ó porter; los otros copas de licores alcohólicos, gin ó brandy. Además, la mayor parte de ellos fumaban en largas pipas de barro colorado, llenas de bolitas de opio mezclado con esencia de rosa. Despues, de vez en cuando, algun fumador enervado caia bajo la mesa; y los mozos, cogiéndolo por los pies y la cabeza, lo llevaban al tinglado para que allí durmiera tranquilamente. Estaban allí colocados como treinta de éstos, embriagados, unos junto á otros, en el último grado de embrutecimiento.

Fix y Picaporte comprendieron que habian entrado en un fumadero frecuentado por esos miserables, alelados, enflaquecidos, idiotas, á quienes la mercantil Inglaterra vende anualmente doscientos sesenta millones de pesetas de esa funesta droga llamada opio. ¡Tristes millones cobrados sobre uno de los vicios mas funestos de la naturaleza humana!

Bien ha procurado el gobierno chino remediar este abuso por medio de leyes severas, pero en vano. De la clase rica, á la cual estaba al principio formalmente reservado el uso del opio, descendió el vicio hasta las clases inferiores, y ya no fue posible contener sus estragos. Se fuma el opio en todas partes, entregándose á esta pasion deplorable hombres y mujeres, que despues de acostumbrarse á esa inhalacion no pueden pasar sin ella porque esperimentan horribles contracciones en el estómago. Un buen fumador puede aspirar ocho pipas al dia, pero se muere en cinco años.

Fix y Picaporte habian entrado, por consiguiente, en uno de esos fumaderos que pululan hasta en Hong-Kong. Picaporte no tenia dinero, pero aceptó gustoso la fineza de su compañero, reservándose pagársela en su tiempo y lugar.

Se pidieron dos botellas de Oporto, á las cuales hizo el francés mucho honor; mientras que Fix, mas reservado, observaba á su compañero con suma atencion. Se habló de diferentes cosas, y sobre todo de la escelente idea que habia tenido Fix al tomar pasaje en el *Carnatic*. Y á propósito de este vapor cuya salida se anticipaba, Picaporte, despues de vaciadas las botellas, se levantó para advertir á su amo.

Fix lo detuvo.

—Un momento,—le dijo.

—¿Qué quereis, señor Fix?

—Tengo que hablaros de cosas sérias.

—¡De cosas sérias!—esclamó Picaporte vaciando algunas gotas de vino que se habian quedado en el fondo de su vaso.—Pues bien, mañana hablaremos. No tengo tiempo hoy.

—Quedaos.—dijo Fix.—¡Se trata de vuestro amo!

Biblioteca Nacional de España

Picaporte observó cierto número de indígenas vestidos de amarillo.

Picaporte, al oir esto, miró con fijeza á su interlocutor.

La expresion del semblante de Fix le pareció singular, y se sentó.

—¿Qué teneis, pues, que decirme?—preguntó.

Fix apoyó la mano en el brazo de su compañero, y bajando la voz, dijo:

—¿Habeis adivinado quién soy?

—¡Pardiez!—dijo Picaporte sonriendo.

—Entonces voy á confesarlo todo...

—¡Ahora que lo sé todo, compadre! ¡Ah! ¡Eso no tiene chiste! ¡Pero, en fin, seguid; mas antes dejadme deciros que esos caballeros hacen gastos bien inútiles!

—¡Inutiles!—dijo Fix —¡Hablais como quereis! ¡Ya se ve que no conoceis la importancia de la suma!

—Pero sí que la conozco perfectamente,—respondió Picaporte.—¡Se trata de veinte mil libras!

—¡Cincuenta y cinco mil!—repuso Fix estrechando la mano del frances.

—¡Cómo!—esclamó Picaporte,—mister Fogg se habrá atrevido... ¡Cincuenta y cinco mil libras!... Pues bien, razon de mas para no perder momento —añadió l vantándose otra vez.

—¡Cincuenta y cinco mil libras!—repuso Fix, que hizo sentar de nuevo á Picaporte, despues de haber hecho traer un frasco de brandy,—y si salgo bien, gano una prima de dos mil libras. ¿Quereis quinientas con la condicion de ayudarme?

—¡Ayudaros?—esclamó Picaporte, cuyos ojos se abrian desmesuradamente.

—¡Sí, ayudarme á detener á mister Fogg durante algunos dias en Hong-Kong!

—¡Eh?—dijo Picaporte,—¿qué estais ahí diciendo? ¡Cómo! ¡No contentos con hacer seguir á mi amo y sospechar su lealtad, esos caballeros quieren ademas promover obstáculos! ¡Me avergüenzo por ellos!

—¿Qué es eso? ¿qué quereis decir?—preguntó Fix.

—Quiero decir que eso es puramente muy poco delicado. Eso equivale á despojar á mister Fogg y cogerle el dinero del bolsillo.

—¡De eso precisamente se trata!

—¡Pero es una asechanza,—esclamó Picaporte animándose por la influencia del brandy que le ser-

Biblioteca Nacional de España

¡Bah! dijo Picaporte mirándole con aire burlón.

via Fix y que bebia sin advertirlo,—una verdadera asechanza! ¡Unos caballeros! ¡Unos colegas!

Fix empezaba á no comprender.

—¡Unos colegas!—esclamó Picaporte,—¡miembros del Reform-Club! Sabed, señor Fix, que mi amo es hombre honrado, y que cuando hace una apuesta trata de ganarla lealmente.

—¿Pero quién creeis que soy?—preguntó Fix clavando su mirada en Picaporte.

—¡Pardiez! Un agente de los individuos del Reform-Club, con la mision de vigilar el itinerario de mi amo, lo cual es altamente humillante! Asi es que si bien hace algun tiempo que he adivinado vuestro oficio, me he guardado muy bien de revelárselo á mister Fogg.

—¿No sabe nada?—preguntó con viveza Fix.

—Nada, respondió Picaporte vaciando otra vez su vaso.

El inspector de policía se puso la mano por la frente y vacilaba antes de tomar la palabra. ¿Qué debia hacer? El error de Picaporte parecia sincero, pero dificultaba todavía mas su proyecto. Era evidente que el muchacho hablaba con absoluta buena fe y que no era el cómplice de su amo,—lo cual hubiera podido recelar Fix.»

—Pues bien;—dijo,—puesto que no es cómplice suyo, me ayudará.

El agente se habia afirmado en su resolucion, y por otra parte no habia tiempo que perder? A toda costa era necesario prender á Fogg en Hong-Kong.

—Escuchad,—dijo Fix con presteza,—escuchadme bien. Yo no soy lo que pensais, es decir, un agente de los miembros del Reform-Club.....

—¡Bah!—dijo Picaporte mirándole con aire burlon.

—Soy un inspector de policía encargado de una mision metropolitana.....

—¡Vos. ... inspector de policía!....

—Sí, y lo pruebo,—repuso Fix.—Hé aquí mi título.

Y el agente, sacando un papel de la cartera, enseñó á su compañero un nombramiento firmado por el director de la policía central. Picaporte miraba atónito á Fix, sin poder articular una sola palabra.

—La apuesta de mister Fogg,—prosiguió Fix.—

Biblioteca Nacional de España

no es mas que un pretexto de que sois juguete vos y sus compañeros del Reform-Club, porque tenia interés en asegurarse vuestra inconsciente complicidad.

—¿Y por qué?—esclamó Picaporte.

—Escuchad. El dia 28 de setiembre último se hizo en el Banco de Inglaterra un robo de ciencuenta y cinco mil libras por un individuo cuyas señas pudieron recogerse. Hé aquí esas señas, que son una por una las de mister Fogg.

—¡Quita allá!—esclamó Picaporte hiriendo la mesa con su robusto puño.—Mi amo es el hombre mas honrado del mundo.

—¿Qué sabeis, puesto que ni siquiera le conoceis? ¡Habeis entrado á servirle el dia de su partida, y se marchó precipitadamente con ese pretesto insensato, sin equipaje y llevándose una gruesa suma de billetes de banco! ¿Y os atreveis á sostener que es hombre de bien?

—¡Sí! ¡sí!—repetia maquinalmente el pobre mozo.

—¿Quereis, pues, que os prendan cómo cómplice suyo?

Picaporte se habia asido la cabeza con ambas manos. No parecia el mismo. No se atrevia á mirar al inspector de policía. ¡Phileas Fogg ladron, el salvador de Aouda, el hombre generoso y valiente! ¡Y sin embargo, cuantas presunciones contra él! Picaporte trataba de rechazar las sospechas que invadian su entendimiento. No queria creer en la culpabilidad de su amo.

—En fin, ¿qué quereis de mí?—preguntó al agente de policía, conteniéndose por un supremo esfuerzo.

—Esto,—respondió Fix.—He seguido ó mister Fogg hasta aquí, pero no he recibido todavía el mandamiento de prision que he pedido á Londres y es necesario que me ayudeis á detenerle en Hong-Kong.....

—¡Yo! que ayude á.....

—¡Y partiremos la prima de dos mil libras prometida por el Banco de Inglaterra!

—¡Jamás!—respondió Picaporte, que se quiso levantar y volvió á caer sintiendo que su razon y sus fuerzas le faltaban á un tiempo.

—Señor Fix—dijo tartamudeando,—aun cuando fuese verdad todo lo que me habeis dicho..... aun cuando mi amo fuese el ladron que buscais..... lo cual niego..... he estado..... estoy á su servicio..... le conozco como bueno y generoso..... Venderlo..... jamás..... no, por todo el oro del mundo..... ¡Soy de un lugar donde no se come pan de esa especie!...

—¿Os negais?

—Me niego.

—Supongamos que nada he dicho,—respondió Fix,—y bebamos.

—Sí, bebamos.

Picaporte se sentia cada vez mas invadido por la embriaguez. Comprendiendo Fix que era necesario á toda costa separarlo de su amo, quiso rematarle. Habia sobre la mesa algunas pipas cargadas de opio. Fix puso una en manos de Picaporte, quien la tomó, la llevó á los labios, la encendió, respiró algunas bocanadas, y cayó con la cabeza aturdida bajo la influencia del narcótico.

—En fin,—dijo Fix al ver á Picaporte anonadado.—mister Fogg no recibirá á tiempo el aviso de la salida del *Carnatic*, y si parte, al menos se irá sin ese maldito francés.

Y luego salió despues de haber pagado el gasto.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

INDICE

BIBLIOTECA NACIONAL

Págs.

CAPITULO I. — De cómo Phileas Fogg y Picaporte se reciben mútuamente, en calidad de amo el uno, y en calidad de criado el otro. . . . . Pág. 5

II. — De cómo Picaporte se convence que al fin ha encontrado su ideal. 7

III. — De cómo se empeñó una conversacion que podria costar cara á Phileas Fogg. 9

IV. — Donde Phileas Fogg deja estupefacto á su criado Picaporte. 11

V. — Donde aparece un valor nuevo en la plaza de Lóndres. 14

VI. — Donde el agente Fix demuestra una impaciencia bien legítima. 15

VII. — Donde se demuestra una vez mas la inutilidad de los pasaportes en materia de policía. 18

VIII. — Donde Picaporte habla tal vez algo mas de lo que convendria. 19

IX. — Donde el mar Rojo y el mar de las Indias se muestran propicios á los deseos de Phileas Fogg. 20

X. — Donde Picaporte tiene la fortuna de salir bien, perdiendo su calzado. . . 23

XI. — Donde Phileas Fogg compra una cabalgadura por un precio fabuloso. . . 25

XII. — Donde Phileas Fogg y sus compañeros se aventuran por las selvas de la India, y lo que de esto se sigue. 29

XIII. — En el cual Picaporte demuestra una vez mas que la fortuna ayuda á los audaces. 31

XIV. — Donde Phileas Fogg desciende todo el admirable valle del Ganges sin siquiera pensar en verle. 35

XV. — Donde el saco de billetes de Banco se aligera de algunos millares de libras mas. 38

XVI. — Donde Fix aparenta no comprender nada absolutamente de las cosas de que hablan. 41

XVII. — Donde se trata de unas y otras cosas durante la travesía de Singapore á Hong-Kong. 43

XVIII. — Donde Phileas Fogg, Picaporte y Fix, cada cual por su lado va á su negocio. 46

XIX. — Donde Picaporte se toma demasiado interés por su amo, y lo que se sigue. 50

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

JULIO VERNE

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA

VUELTA AL MUNDO

EN OCHENTA DÍAS

SEGUNDA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS

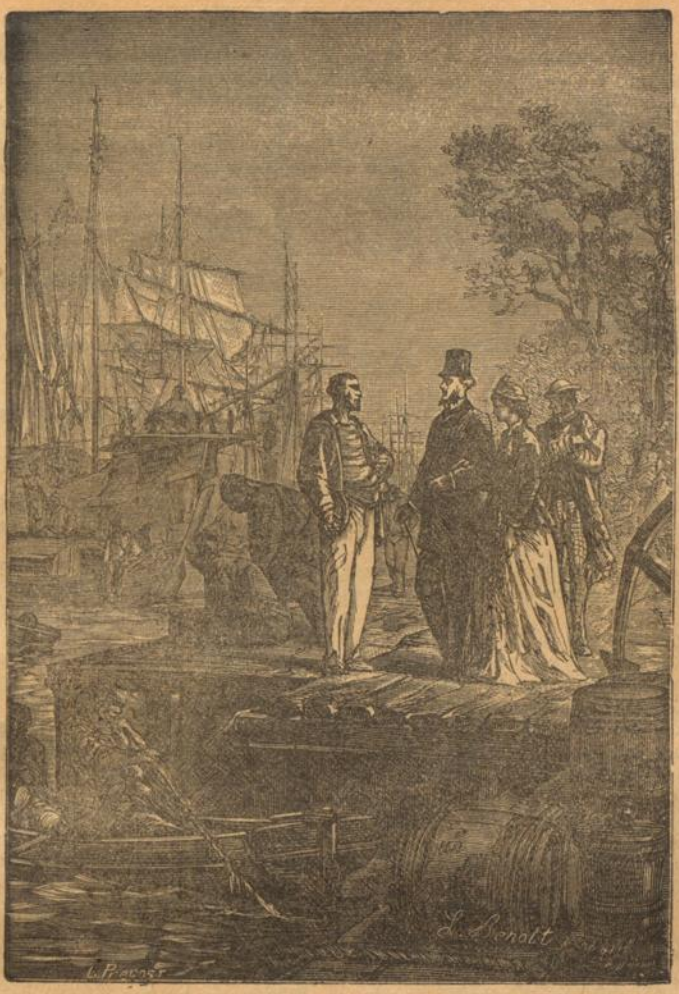
MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

MADRID.—José Sánchez de Ocaña, Suc. de Nieto y Compañía.—Tutor, 16, tel. 32374.

Biblioteca Nacional de España



¿Busca Vuestro Honor un barco?

LA VUELTA AL MUNDO

EN OCHENTA DIAS.

SEGUNDA PARTE.

I.

ENTRA DIRECTAMENTE EN RELACION CON PHILEAS FOGG.

Durante esta escena que iba quizás á comprometer gravemente el porvenir de mister Fogg, éste se paseaba con Aouda por las calles de la ciudad inglesa. Desde que la jóven habia aceptado la oferta de conducirla á Europa, mister Fogg habia tenido que pensar en todos los pormenores que requiere tan largo viaje. Que un inglés como él diese la vuelta al mundo con un saco de noche, pase; pero una mujer no podia emprender semejante travesía en tales condiciones. De aquí resultaba la necesidad de comprar vestidos y objetos necesarios para el viaje. Mister Fogg hizo este servicio con la calma que le caracterizaba, y á todas las escusas ú observaciones de la jóven viuda, confundida con tanto obsequio, respondia invariablemente:

—Eso es en interés de mi viaje; está en mi programa.

Verificadas las compras, mister Fogg y la jóven entraron en el hotel, y comieron en la mesa redonda.

Biblioteca Nacional de España

que estaba servida suntuosamente. Despues, mistress Aouda, algo cansada, salió á su cuarto estrechando antes la mano de su imperturbable salvador.

El honorable gentleman pasó toda la velada leyendo el *Times* y el *Illustrated London News*.

Si algo debiera haberle asombrado, era no haber visto á su criado á la hora de acostarse; pero sabiendo que el vapor no salia de Hong-Kong hasta el siguiente dia, no se preocupó de ello. Picaporte no acudió sin embargo por la mañana al llamamiento de la campanilla.

Nadie hubiera podido decir lo que pensó el honorable gentleman al saber que su criado no habia vuelto á la fonda. Mister Fogg no hizo mas que tomar su saco, avisar á mistress Aouda y enviar á buscar un palanquin.

Eran entonces las ocho, y la marea, que debia aprovechar el *Carnatic* para su salida, estaba indicada para las nueve y media.

Cuando el palanquin llegó á la puerta de la fonda, mister Fogg y mistress Aouda subieron al confortable vehículo, y el equipaje siguió detrás en una carretilla.

Media hora mas tarde, los viajeros bajaban al muelle de embarque, y allí supieron que el *Carnatic* se habia marchado la víspera.

Mister Fogg, que esperaba encontrar á la vez el buque y á su criado, tuvo que pasar sin el uno y sin el otro; pero en su rostro no apareció ninguna señal de inquietud, y se contentó con responder:

—Es un incidente, señora, y nada mas.

En aquel momento, un personaje, que lo observaba con atencion se acercó á él. Era el inspector Fix que le saludó y le dijo:

—¿No sois como yo, caballero, uno de los pasajeros del *Rangoon* llegado ayer?

—Si señor,—respondió con frialdad mister Fogg.—pero no tengo la honra.....

—Dispensadme, pero creí encontrar aquí á vuestro criado.

—¿Sabeis dónde está, caballero,—preguntó con viveza la jóven viuda.

—¡Cómo! ¿No está con vosotros?—dijo Fix fingiéndose sorprendido.

—No,—respondió mistress Aouda.—Desde ayer no ha vuelto á verse. ¿Se habrá embarcado sin nosotros á bordo del *Carnatic*?

—¿Sin vos, señora.....—respondió el agente.—Pero permitidme una pregunta: ¿Pensábais por lo visto marchar en el vapor?

—Sí señor.

—Yo tambien, señora, y me encuentro muy contrariado. ¡Habiendo terminado el *Carnatic* sus reparaciones, ha salido de Hong-Kong doce horas antes sin avisar á nadie, y ahora será menester aguardar ocho dias la próxima salida!

Al pronunciar estas palabras «ocho dias» Fix sentia latir su corazon de gozo. ¡Ocho dias! ¡Fogg detenido ocho dias en Hong-Kong! Habia tiempo de recibir el mandamiento. En fin, la suerte se declaraba en favor del representante de la ley.

Júzguese del golpe que recibió cuando oyó decir á Phileas Fogg con sosegada voz:

—Pero me parece que en el puerto de Hong-Kong hay otros buques.

Y mister Fogg, ofreciendo su brazo á mistress Aouda, se dirigió á los docks en busca de un buque dispuesto á marchar.

Fix le seguia desconcertado. Parecia que un hilo le tenia atado á aquel hombre.

Sin embargo, el azar parecia abandonar á quien con tanta constancia habia servido hasta entonces. Phileas Fogg, durante tres horas, recorrió el puerto en todos sentidos, decidido, si era menester, á fletar una embarcacion para ir á Yokohama; pero no vió mas que buques en carga ó descarga, y que por consiguiente no podian aparejar. Fix comenzó á recobrar esperanzas.

Pero mister Fogg no se desanimaba é iba á continuar sus investigaciones aun cuando para ello tuviera que ir hasta Macao, cuando le salió al encuentro un marino que, descubriéndose, le dijo:

—¿Busca Vuestro Honor un barco?

—¿Le teneis dispuesto á marchar?—preguntó mister Fogg.

—Sí señor, un barco-piloto, núm. 43, el mejor de la flotilla.

—¿Marcha bien?

—Entre ocho y nueve millas lo menos. ¿Quereis verlo?

—Sí.

—Vuestro Honor quedará satisfecho. ¿Se trata de un paseo por mar?

—No. De un viaje.

—¡Un viaje!

—¿Os encargais de conducirme á Yokohama?

El marino, al oir esto, se quedó con los brazos colgando y los ojos desencajados.

—¿Vuestro Honor se quiere reir?—dijo.

—¡No! He perdido la salida del *Carnatic*, y tengo que estar el 14, lo mas tarde, en Yokohama para tomar el vapor de San Francisco.

—Lo siento,—respondió el piloto,—pero es imposible.

—Os ofrezco cien libras (2,500 pesetas) por dia, y una prima de doscientas libras si llego á tiempo.

—¿Formalmente?—preguntó el piloto.

—Muy formal, respondió mister Fogg.

El piloto se habia retirado aparte. Miraba el mar, evidentemente luchando entre el deseo de ganar una suma enorme y el temor de aventurarse tan lejos. Fix estaba sufriendo mortales angustias.

Entre tanto, mister Fogg se habia vuelto hácia Aouda, diciéndole:

—¿No tendreis miedo?

—Con vos, no, mister Fogg,—respondió la jóven viuda.

El piloto se habia adelantado de nuevo hácia el gentleman, dando vueltas al sombrero entre las manos.

—¿Y bien, piloto?—dijo mister Foog.

—Pues bien, Vuestro Honor,—respondió el piloto,—no puedo arriesgar ni á mis hombres, ni á mí, ni á vos mismo en tan larga travesía, sobre una embarcacion de veinte toneladas y en esta época del año. Ademas, no llegaríamos á tiempo, porque hay mil seiscientas cincuenta millas de Hong-Kong á Yokohama.

—Mil seiscientas tan solo,—dijo mister Fogg.

—Lo mismo da.

Fix respiró una bocanada de aire.

—Pero,—añadió el piloto,—habria quizás medio de arreglar la cosa de otro modo.

Fix ya no respiró.

—¿Cómo?—preguntó Phileas Fogg.

—Yendo á Nagasaki, en la punta meridional del Japon, mil y cien millas, ó á Shangai, ochocientas millas de Hong-Kong. En esta última travesía nos separaríamos poco de la costa china, lo cual seria una gran ventaja, tanto mas cuanto que las corrientes van hácia el Norte.

—Piloto,—respondió Phileas Fogg,—en Yokohama es donde debo tomar la mala americana, y no en Shangai ni en Nagasaki.

—¿Por qué no?—repuso el piloto.—El vapor de San Francisco no sale de Yokohama, sino que hace allí escala asi como en Nagasaki, siendo Shangai su punto de partida.

—¿Estais cierto de lo que decís?

—Cierto.

Biblioteca Nacional de España

—¿Y cuándo sale el vapor de Shangai?

—El 11 á las siete de la tarde. Tenemos cuatro dias para llegar, esto es, noventa y seis horas; y con un promedio de ocho millas por hora, si tenemos fortuna, si el viento es del Sureste, si la mar está bonancible, podemos salvar las ochocientas millas que nos separan de Shangai.

—¿Y cuándo podeis marchar?

—Dentro de una hora. El tiempo de comprar víveres y aparejar.

—Asunto convenído.... ¿Sois el patron del buque?

—Sí señor, John Bunsby, patron de la *Tankadera*.

—¿Quereis señal?

—Si no sirve de molestia á Vuestro Honor.

—Ahí teneis doscientas libras á cuenta... Caballero,—añadió Phileas Fogg volviéndose hácia Fix,—si quereis aprovechar....

—Iba á pediros ese favor,—respondió resueltamente Fix.

—Pues bien. Dentro de media hora estaremos á bordo.

—Pero ese pobre muchacho....—dijo mistress Aouda, á quien la desaparicion de Picaporte preocupaba mucho.

—Voy á hacer por él todo cuanto pueda,—respondió Phileas Fogg.

Y mientras que Fix, nervioso, calenturiento, rabioso, se dirigia al barco-piloto, ambos se fueron á las oficinas de policía de Hong-Kong. Allí Phileas Fogg dió señas de Picaporte, y dejó una cantidad suficiente para que lo mandasen á Europa. La misma formalidad se cumplió en el consulado de Francia, y despues de haber tocado en el hotel donde se recogió el equipaje, volvieron los viajeros al puerto.

Daban las tres. El barco-piloto núm. 43, con su tripulacion á bordo y sus víveres embarcados, estaba á punto de darse á la vela.

En la *Tankadera* una bonita goleta de veinte toneladas, delgada de proa, franca de corte, muy prolongada en su línea de agua. Parecia un yate de carrera. Sus cobres brillantes, sus herrajes galvanizados, su puente blanco como el marfil indicaban que el patron John Bunsby entendia muy bien en eso de limpieza y curiosidad. Sus dos mástiles se inclinaban algo hácia atrás. Llevaba cangreja, mesana, trinquete, foques, cuchillos y botalones, y podia aparejar bandola para viento en popa. Debia marchar maravillosamente, y de hecho habia ganado ya muchos premios en las carreras de barcos-pilotos.

La tripulacion de la *Tankadera* se componia del patron John Bunsby y de cuatro hombres. Eran marinos de esos atrevidos que en todos tiempos se aventuran en empresas difíciles y conocen admirablemente aquellos mares. John Bunsby, hombre de 45 años, vigoroso, de tez morena, mirada viva y figura enérgica, actitud bien plantada y muy sobre sí hubiera inspirado confianza á los mas recelosos.

Phileas Fogg y mistress Aouda pasaron á bordo, donde ya se encontraba Fix. Por la carroza de popa de la goleta se bajaba á una cámara cuadrada cuyas paredes se arqueaban por encima de un divan circular. En medio habia una mesa alumbrada por una lámpara á prueba de vaiven. Era aquello muy pequeño, pero muy limpio.

—Siento no poderos ofrecer otra cosa mejor,—dijo mister Fogg á Fix, que se inclinó sin responder.

El inspector de policía sentia cierta humillacion en aprovechar así los obsequios de mister Fogg.

—¡Seguramente, decia para sí,—que es un bribon muy cortés, pero es un bribon!

A las tres y diez minutos se izaron la velas. El pabellon de Inglaterra ondulaba en el cangrejo de la goleta. Los pasajeros estaban sentados en el puente. Mister Fogg y mistress Aouda dirigieron una postrer mirada al muelle á fin de ver si Picaporte aparecia. Fix no dejaba de tener su miedo, porque la casualidad hubiera podido guiar hasta aquel parage al desgraciado muchacho á quien habia tratado tan indignamente, y entonces hubiera habido una explicacion desventajosa para el agente. Pero el francés no se vió, y sin duda estaba todavía bajo la influencia del embrutecimiento narcótico.

Por fin, el patron John Bunsby pasó mar afuera, y tomando el viento con cangreja, mesana y foques, se lanzó ondulando sobre las aguas.

DONDE EL PATRON DE LA «TANKADERA» CORRE GRAVE PELIGRO DE PERDER UNA PRIMA DE DOSCIENTAS LIBRAS.

Era espedicion aventurera la de aquella navegacion de ochocientas millas sobre una embarcacion de veinte toneladas y especialmente en aquella época del año. Los mares de la China son generalmente malos; están espuestos á borrascas terribles, principalmente durante los equinoccios, y todavía no habian transcurrido los primeros dias de noviembre.

Muy ventajoso hubiera sido evidentemente para el piloto el conducir los pasajeros á Yokohama, puesto que le pagaban á tanto por dia, pero arrastraria la grave imprudencia de intentar semejante travesía en esas condiciones, y era ya bastante audacia, si no temeridad, el subir hasta Shangai. Tenia, sin embargo, John Bunsby confianza en su *Tankadera*, que se elevaba sobre el oleaje como una malva, y quizá no iba descaminado.

Durante las últimas horas de esta jornada la *Tankadera* navegó por los caprichosos pasos de Hong-Kong, y en todas sus maniobras, y cerrada al viento su popa, se condujo admirablemente.

—No necesito, piloto,—dijo Phileas Fogg en el momento en que la goleta sal a mar afuera,—recomendaros toda la posible diligencia.

—Fiese Vuestro Honor en mí,—respondió John Bunsby.—En materia de velas, llevamos todo lo que el viento permite llevar. Nuestros cuchillos (1) no añadirian nada y no servirian mas que para estorbo y perjuicio de la marcha.

—Es vuestro oficio y no el mio, piloto, y me fio de vos.

Phlias Fogg, con el cuerpo erguido, las piernas separadas, á plomo como un marino, miraba sin alterarse el ampollado mar. La jóven viuda, sentada á popa, se sentia conmovida al contemplar el Océano, oscurecido ya por el crepúsculo, y sobre el cual se arriesgaba en una débil embarcacion. Por encima de su cabeza se desplegaban las blancas velas, que la arrastraban por el espacio cual alas gigantescas. La goleta, levantada por el viento, parecia volar por el aire.

Llegó la noche. La luna entraba en su primer cuarto, y su insuficiente luz debia estinguirse pronto entre las brumas del horizonte. Las nubes que venian del Este iban invadiendo ya una parte del cielo.

El piloto habia dispuesto sus luces de posicion, precaucion indispensable en aquellos mares muy frecuentados en las cercanías de la costa. Los encuentros de buques no eran raros, y con la velocidad que andaba, la goleta se hubiera estrellado al menor choque.

Fix estaba meditabundo en la proa. Se mantenia apartado sabiendo que Fogg era poco hablador; por otra parte, le repugnaba hablar con el hombre de quien aceptaba los servicios. Tambien pensaba en el porvenir. Le parecia cierto que mister Fogg no se detendria en Yokohama y que tomaria inmediatamente el vapor de San Francisco á fin de llegar á

(1) Pequeñas velas triangulares que se añaden en caso necesario á las demás.

Biblioteca Nacional de España

Siento no poderos ofrecer otra cosa mejor, dijo Phileas Fogg.

América, cuya basta estension le aseguraria la impunidad y la seguridad. El plan de Phileas Fogg no se detendria en Yokohama y que tomaria inmediatamente el vapor de San Francisco á fin de llegar á América, cuya basta extension le aseguraria la impunidad y la seguridad. El plan de Phileas Fogg le parecia sumanente sencillo.

En vez de embarcarse en Inglaterra para los Estados-Unidos como un bribon vulgar, Fogg habia dado la vuelta atravesando las tres cuartas partes del globo, á fin de alcanzar con mas seguridad el continente americano, donde se comeria tranquilamente sus millones del Banco, despues de haber desorientado á la policía. ¿Pero una vez en los Estados-Unidos, qué haria Fix? ¿Abandonaria á aquel hombre? No, cien veces no. Mientras no hubiese conseguido su estradicion, no lo soltaria. Era su deber y lo cumpliria hasta el fin. En todo caso, se habia presentado una circunstancia feliz. Picaporte no estaba ya con su amo, y sobre todo, despues de las confidencias de Fix, importaba que amo y criado no volvieran á verse jamás.

Phileas Fogg, por su parte, no dejaba de pensar en su criado, que tan singularmente habia desaparecido. Despues de meditar mucho, no le pareció imposible que por mala inteligencia el pobre mozo se hubiese embarcado en el *Carnatic* en el último momento. Tambien era esta la opinion de mistress Aouda, que echaba de menos á aquel fiel servidor á quien tanto debia. Podia, pues, acontecer que le encontrasen en Yokohama, y seria fácil saber si el *Carnatic* lo habia llevado.

A cosa de las diez, la brisa refrescó. Tal vez hubiera sido prudente tomar un rizo; pero el piloto, despues de observar con atencion el estado del cielo, dejó el velámen tal como estaba. Por otra parte, la *Tankadera* llevaba admirablemente el trapo, con gran calado de agua, y todo estaba preparado para aferrar inmediatamente en caso de chubasco.

A media noche, Phileas Fogg y Aouda bajaron á la cámara. Fix les habia precedido y se habia tendido en el divan. En cuanto el piloto y sus hombres, permanecieron toda la noche sobre cubierta.

El siguiente dia, 8 de noviembre, al salir el sol,

Biblioteca Nacional de España

La joven, sentada a popa, se sentía conmovida al contemplar el Océano.

la goleta había andado más de cien millas. El loch indicaba que el promedio de velocidad estaba entre ocho y nueve millas. La *Tankadera*, durante esta jornada, no se alejó sensiblemente de la costa, cuyas corrientes le eran favorables. La tenían á incomillas lo mas por babor, y aquella costa irregularmente perfilada aparecia de vez en cuando entre algunos claros. Viniendo el viento de tierra, la mar era menos fuerte, circunstancia feliz para la goleta, porque las embarcaciones de poca cabida sufren por el oleaje que corta su velocidad y las mata, empleando la espresion de aquellos marinos.

A medio dia la brisa amainó algo y fue llamada al Sureste. El piloto mandó desplegar los cuchillos, pero al cabo de dos horas los aferró, porque el viento volvia á arreciar.

Mister Fogg y la jóven, afortunadamente refractarios para el mal de mar, comieron con apetito las conservas y la galleta de bordo. Convidaron á Fix, quien tuvo que aceptar sabiendo que es tan necesario dar lastre al estómago como á los buques, pero esto le contrariaba. ¡Viajar á espensas de aquel hombre, nutrirse con sus propios víveres le parecia esto algo desleal! Sin embargo, comió con alguna melindre, es verdad pero al fin comió.

Con todo, despues de terminada la comida, creyó que debia llamar á mister Fogg aparte, y le dijo:

—Caballero.....

Esta palabra *caballero* le escocia algo, y aun se contenia para no echar la mano al pescuezo de ese *caballero*.

—Caballero, habeis estado muy obsequioso ofreciéndome pasaje; pero aunque mis recursos no me permiten obrar con tanta holgura como vos, entiendo pagar mi escote.....

—No hablemos de eso, caballero,—respondió mister Fogg.

—Pero si me empeño.....

—No señor,—repitió Fogg con voz que no admitia réplica.—Eso entra en los gastos generales.

Fix se inclinó; se ahogaba, y yendo á recostarse á proa, no volvió á hablar palabra en todo el dia.

Entre tanto, se andaba rápidamente. John Bunsby tenia buena esperanza. Varias veces dijo á mister

Biblioteca Nacional de España

Fogg que se llegaria á tiempo á Shangai. Mister Fogg respondia simplemente que contaba con ello. Por lo demás, toda la tripulacion desplegaba su celo ante la recompensa que engolosinaba á la gente. No habia, por consiguiente, escota que no se hallase bien tendida, ni vela que no estuviese bien reclamada, ni podia imputarse al timonel ningun falso borneo. No se hubiera maniobrado con mas maestría en una regata del *Royal-Yacht-Club*.

Por la tarde, el piloto reconocia como recorridas doscientas veinte millas desde Hong-Kong, y Phileas Fogg podia esperar que al llegar á Yokohama no tendria tardanza ninguna que apuntar en su programa. Por consiguiente, el primer contratiempo sério que esperimentaba desde su salida de Lóndres no le causaria probablememente perjuicio alguno.

Durante la noche, hácia las primeras horas de la mañana, la *Tankadera* entraba francamente en el estrecho de Fo-Kieu, que separa la costa china de la grande isla Formosa, y cortaba el trópico de Cáncer. El mar estaba muy duro en dicho estrecho, lleno de remolinos formados por las contracorrientes. La goleta iba muy trabajada. La marejada quebrantaba su marcha, y era muy difícil tenerse de pié sobre cubierta.

Con el alba, el viento arreció mas. Habia en el cielo apariencias de un cercano chubasco. Además, el barómetro anunciaba un próximo cambio en la atmósfera; su marcha diurna era irregular y el mercurio oscilaba caprichosamente. La marejada hácia el Sureste se presentaba ampollada como indicio precursor de la tempestad. La víspera se habia puesto el sol entre una bruma roja, en medio de los destellos fosforescentes del Océano.

El piloto examinó durante mucho tiempo aquel mal aspecto del cielo, y murmuró entre dientes algunas palabras poco inteligibles. En cierto momento dijo en voz baja á su pasajero:

—¿Puede decirse todo á Vuestro Honor?

—Todo,—respondió Phileas Fogg.

—Pues bien, vamos á tener chubasco.

—¿Del Norte ó del Sur?—preguntó sencillamente mister Fogg.

—Del Sur. Vedlo. Se está preparando un tifon.

—Vaya por el tifon del Sur, puesto que nos empujará hácia el buen lado,—respondió Fogg.

—Si así lo tomais,—replicó el piloto,—nada tengo que decir.

Los presentimientos de John Bunsby no le engañaban. En una época menos avanzada del año, el tifon, segun espresiones de un célebre meteorólogo, se hubiera desvanecido en cascada luminosa de llamarada eléctrica; pero en el equinoccio de invierno era de temer que se desencadenase con violencia.

El piloto tomó sus precauciones de antemano. Arrió todas las velas de la goleta y retiró las vergas sobre cubierta. Los botadores fueron despasados. Las escotillas se condenaron cuidadosamente. Ni una gota de agua podia penetrar en el casco de la embarcacion. Solo se izó en trinquetilla una sola vela triangular para conservar á la goleta con viento en popa, y así las cosas, se esperó.

John Bunsby habia recomendado á sus pasajeros que bajasen á la cámara; pero en tan estrecho espacio, casi privado de aire, y con los sacudimientos de la marejada, no podia tener nada de agradable aquel encierro. Ni mister Fogg, ni mistress Aouda, ni el mismo Fix consintieron en abandonar la cubierta.

A las ocho, la borrasca de agua y de ráfagas cayó á bordo. Solo con su trinquetilla, la *Tankadera* fue despedida como una pluma por aquel viento, del cual no se pueda formar exacta idea sino cuando sopla en tempestad. Comparar su velocidad á la cuádruple marcha de una locomotiva lanzada á todo vapor seria quedar por debajo de la verdad.

Durante toda la jornada, la embarcacion corrió así hácia el Norte arrastrada por olas monstruosas, y conservando felizmente una velocidad igual á la de ellas. Veinte veces estuvo á pique de quedar anegada por una de esas montañas de agua que se levantaban por popa, pero la catástrofe se evitaba con un diestro golpe de timon dado por el piloto. Los pasajeros quedaban algunas veces mojados en grande por los rocíos que recibian con toda filosofía. Fix gruñia indudablemente; pero la intrépida Aouda, con la vista fija en su compañero, cuya sangre fria admiraba, se manifestaba digna de él y arrostraha á su lado la tormenta. En cuanto á Phileas Fogg, parecia que el tifon formaba parte de su programa.

Hasta entonces la *Tankadera* habia hecho siempre rumbo hácia el Norte: mas por la tarde, como era de temer, el viento se llamó tres cuartos al Noroeste. La goleta, dando entonces el costado á la marejada, fue espantosamente sacudida. El mar la heria con violencia suficiente para espantar cuando no se sabe con qué solidez están enlazadas entre sí todas las partes de un buque.

Con la noche la tempestad se acentuó mas, y viendo llegar la oscuridad y con la oscuridad crecer la tormenta, John Bunsby tuvo sérios temores. Preguntó si seria tiempo de escalar la costa y consultó á la tripulacion, despues de lo cual se acercó á Fogg y le dijo:

—Creo, Vuestro Honor, que haríamos bien en arribar á un puerto de la costa.

—Yo tambien lo creo.—respondió Phileas Fogg.

—¡Ah!—dijo el piloto;—¿pero en cuál?

—Solo conozco uno,—respondió tranquilamente mister Fogg.

—¿Y es?....

—Shangai.

El piloto estuvo algunos momentos sin comprender lo que significaba esta respuesta y lo que encerraba de obstinacion y de tenacidad. Despues esclamó:

—¡Pues bien, sí! Vuestro Honor tiene razon. ¡A Shangai!

Y la direccion de la *Tankadera* se mantuvo denodadamente hácia el Norte.

¡Noche ciertamente terrible! Fue un milagro que la goleta no volcase. Dos veces se vió comprometida, y todo hubiera desaparecido de cubierta á no mantenerse firmes las trincas. Aouda estaba destrozada, pero no exhaló queja alguna. Mas de una vez tuvo mister Fogg que acudir á ella para protegerla contra la violencia de las olas.

Al asomar el dia, la tempestad se desencadenaba todavía con estraordinario furor. Sin embargo, al viento volvió á Sureste. Era una modificacion favorable, y la *Tankadera* hizo rumbo de nuevo en aquel mar bravío cuyas olas se estrellaban entonces con las producidas por la nueva direccion del viento. De aquí el choque de marejadas encontradas que hubiera desmantelado una embarcacion construida con menos solidez.

De vez en cuando se divisaba la costa por entre las rasgadas brumas, pero ni un solo buque á la vista. La *Tankadera* era la única que se aguantaba á la mar.

A medio dia hubo algunos síntomas de calma, que con el descenso del sol en el horizonte se pronunciaron con mas decision.

La corta duracion de la tempestad se debió á su misma violencia. Los pasajeros, completamente quebrantados, pudieron comer algo y tomar algun alimento.

La noche fue relativamente apacible. El piloto hizo restablecer sus velas en bajos rizos. La velocidad de la embarcacion era considerable. Al amanecer del 11, reconocida la costa aseguró John Bunsby que Shangai no distaba cien millas.

Biblioteca Nacional de España

No quedaba mas que aquella jornada para andar esas cien millas. Aquella misma tarde debia llegar mister Fogg á Shangai si no queria faltar á la salida del vapor de Yokohama. A no estallar la tempestad, durante la cual perdió muchas horas, no hubiera estado en aquel momento á treinta millas del puerto.

La brisa amainaba sensiblemente y la mar se calmaba al propio tiempo. La goleta se cubrió de trapo. Cuchillos, velas de estay, contrafoque, en todo hacia presa el viento, levantando la roda espuma en el mar.

A medio dia la *Tankadera* no estaba á mas de cuarenta y cinco millas de Shangai. Le faltaban seis horas para llegar al puerto antes de la salida del vapor de Yokohama.

Los temores se despertaron con viveza. Se queria llegar á toda costa. Todos, escepto Phileas Fogg, sentian latir su corazon de impaciencia. ¡Era necesario que la goleta se mantuviese en un promedio de nueve millas p r hora, y el viento seguia calmándose! Era una brisa irregular que soplaba de la costa á rachas, despues de cuyo paso desaparecia el oleaje.

Sin embargo, la embarcacion era tan ligera, sus velas de tejido fino recogian tan bien los movimientos sueltos de la brisa, que con ayuda de la corriente, á las seis, John Bunsby no contaba ya mas que diez millas hasta la ria de Shanghai, porque esta ciudad está situada á doce millas de la embocadura.

A las siete todavía faltaban tres millas hasta Shangai. De los labios del piloto se escapó una formidable imprecacion. La prima de doscientas libras iba á escapársele. Miró á mister Fogg, quien estaba imposible á pesar de que se jugaba en aquel momento la fortuna entera.

Entonces apareció sobre el agua un largo huso negro, coronado por un penacho de humo. Era el vapor americano que salia á la hora reglamentaria.

—¡Maldicion!—esclamó John Bunsby, que rechazó la barca con desesperado brazo.

—¡Señales!—dijo simplemente Phileas Fogg.

En la proa de la *Tankadera* habia un cañoncito de bronce que servia para señales en tiempo de bruma.

El cañon se cargó hasta la boca; pero en el momento en que el piloto iba á aplicar la mecha, dijo mister Fogg:

—¡Bandera morron!

La bandera se arrió á medio mástil en demanda de auxilio, esperando que al verla el vapor americano modificaria su rumbo para acudir á la embarcacion.

—¡Fuego!—dijo mister Fogg.

Y la detonacion del cañoncito estalló por los aires.

III.

DONDE PICAPORTE VE MUY BIEN QUE AUN EN LOS ANTÍPODAS ES PRUDENTE LLEVAR ALGUN DINERO EN EL BOLSILLO.

El *Carnatic*, salido de Hong-Kong el 7 de noviembre á las seis y media de la tarde, se dirigia á todo vapor hácia las tierras del Japon. Llevaba cargamento completo de mercancías y pasajeros. Dos cámaras de popa estaban desocupadas; eran las que se habia tomado para Phileas Fogg.

Al dia siguiente por la mañana, los hombres de proa pudieron ver, no sin sorpresa, á un pasajero que con la vista medio embobada, el andar vacilante, la cabeza espantada salia de la carroza de segundas y venia á sentarse vacilante sobre una pieza de respeto.

Ese pasajero era Picaporte en persona. Hé aquí lo acontecido:

Algunos instantes despues que Fix salió del fumadero, dos mozos habian recogido á Picaporte profundamente dormido y lo habian acostado en... tarima reservada á los fumadores. Pero tres horas mas tarde, Picaporte, perseguido hasta en sus pesadillas por una idea fija, se despertaba y luchaba contra la accion enervante del narcótico. El pensamiento de su deber no cumplido sacudia su entorpecimiento. Bajaba de aquella tarima de ébrios, y apoyándose vacilante en las paredes, cayendo y levantándose, pero siempre impelido por una especie de instinto, salia del fumadero gritando como en ensueños: ¡el *Carnatic*, el *Carnatic*!

El vapor estaba ya humeando y dispuesto á marchar. Picaporte no tenia mas que dar algunos pasos. Se lanzó sobre el puente volante, salvó el espacio y cayó sin aliento á proa, en el momento en que el *Carnatic* largaba sus amarras.

Algunos marineros, como gente acostumbrada á esta clase de escenas, descendieron al pobre mozo á una cámara de segunda, y Picaporte no se despertó hasta la mañana siguiente, á ciento cincuenta millas de las tierras de China.

Por eso, pues, se hallaba Picaporte aquel dia sobre la cubierta del *Carnatic*, viniendo á aspirar á todo pulmon las frescas brisas del mar. Este aire puro lo serenó. Comenzó á reunir sus ideas y no lo consiguió sin esfuerzos. Pero al fin recordó las escenas de la víspera, las confidencias de Fix, el fumadero, etc.

—¡Es evidente,—decia para sí,—que he estado abominablemente ébrio! ¿Qué dirá mister Fogg? En todo caso, no he faltado á la salida del buque, que es lo principal.

Y despues, acordándose de Fix, añadia:

—En cuanto á ese, espero que ya nos habremos desembarazado de él, y que despues de lo que me ha propuesto no se atreverá á seguirnos sobre el *Carnatic*. ¡Un inspector de policía, un *detective* en seguimiento de mi amo, acusado del robo cometido en el Banco de Inglaterra! ¡Quita allá! ¡Mister Fogg es ladron como yo asesino!

¿Debia Picaporte referir todo eso á su amo? ¿Convenia enterarle del papel que desempeñaba Fix en este asunto? ¿No seria mejor aguardar su llegada á Lóndres para decirle que un agente de la policía metropolitana le habia seguido alrededor del mundo y para reirse juntos? Indudablemente que sí, y en todo caso habia tiempo de resolver esta cuestion. Lo mas urgente era presentarse á mister Fogg y darle excusas por lo sucedido.

Sobre cubierta no vió á nadie que se pareciese á mister Fogg ni á mistress Aouda.

—Bueno,—dijo entre sí, mistress Aouda estará todavía acostada, y en cuanto á mister Fogg, habrá tropezado con algun jugador de whist, y segun su costumbre....

Diciendo esto, Picaporte bajó al salon. Allí no estaba su amo. Picaporte preguntó al purser cuál era el camarote que ocupaba mister Fogg. El purser le contestó que no conocia á nadie que se llamara así.

—Dispensad,—dijo Picaporte insistiendo.—Se trata de un caballero alto, frio, poco comunicativo, acompañado de una jóven señora....

—No tenemos señoras jóvenes á bordo,—respondió el purser.—Por lo demás, hé aquí la lista de los pasajeros y podeis consultarla.

Picaporte la leyó, y allí no figuraba el nombre de su amo.

Tuvo una especie de desvanecimiento. Ni una sola idea cruzó por su cerebro.

—¿Pero estoy en el *Carnatic*?—preguntó.

—Sí,—respondió el purser.

—¿En rumbo para Yokohama?

—Perfectamente.

¡Picaporte habia tenido de pronto el temor de haberse equivocado de buque! Pero si él estaba en el *Carnatic*, era bien seguro que su amo no

Biblioteca Nacional de España

La Faukadera fué despedida como una pluma por aquel viento...

Picaporte se dejó caer sobre un sillon como herido del rayo. Acababa de ocurrirle súbitamente una idea clara. Recordó que la hora de salida del *Carnatic* se habia adelantado y que no se lo habia avisado á su amo. ¡Era culpa suya, por consiguiente, que mistor Fogg y mistress Aouda hubiesen perdido el viaje!

¡Culpa suya, sí, pero mas todavía del traidor que para separarlo de su amo y detener á éste en Hong-Kong lo habia embriagado! Porque al fin comprendió el ardid del inspector de policía. ¡Y ahora mister Fogg, seguramente arruinado, perdida la apuesta, detenido, preso tal vez!.. Picaporte se arrancaba los pelos. ¡Ah! ¡si Fix cayese alguna vez entre sus manos, qué ajuste de cuentas!

En fin, despues de los primeros momentos de postracion, Picaporte recobró su sangre fria y estudió la situacion, que era poco envidiable. El francés estaba en rumbo para el Japon. Cierto de llegada allí, ¿cómo se marcharia? Tenia los bolsillos vacíos. ¡Ni un chelin, ni un penique! Sin embargo, su pasaje y manutencion estaban pagados de antemano. Contaba, pues, con cinco ó seis dias para pensar la resolucion que habia de tomar. Comió y bebió durante la travesía cual no puede describirse. Comió por su amo, por mistress Aouda y por sí mismo. Comió como si el Japon, á donde iba á desembarcar, hubiera sido país desierto, desprovisto de toda sustancia comestible.

El 13, á la primera marea, el *Carnatic* entraba en el puerto de Yokohama.

Este punto es una importante escala del Pacífico, donde paran todos los vapores empleados en el servicio de correos y viajeros entre la América del Norte, la China, y el Japon y las islas de la Malasia. Yokohama está situado en la misma bahía de Yeddo, á corta distancia de esta inmensa ciudad, segunda capital del Imperio japonés, antigua residencia del taikun cuando existia este emperador civil, y rival de Meako, la gran ciudad habitada por el mikado, emperador eclesiástico descendiente de los dioses.

El *Carnatic* se arrimó al muelle de Yokohama, cerca de las escolleras y de la aduana, en medio de numerosos buques de todas las naciones.

Picaporte puso el pie sin entusiasmo ninguno en

Biblioteca Nacional de España

Picaporte regresó á la ciudad indígena.

aquella tierra tan curiosa de los Hijos del Sol. No tuvo mejor cosa que hacer que tomar el azar por guía, andar errante á la aventura por las calles de la poblacion.

Picaporte se vió al pronto en una ciudad absolutamente europea, con casas de fachadas bajas, adornadas de cancelas, bajo las cuales se desarrollaban elegantes peristilos, y que cubria con sus calles, sus plazas, sus docks, sus depósitos todo el espacio comprendido desde el promontorio del Tratado hasta el rio. Allí, como en Hong-Kong, como en Calcutta, hormigueaba una mezcla de gentes de toda casta, americanos, ingleses, chinos, holandeses, mercaderes dispuestos á comprarlo y á venderlo todo, y entre los cuales el francés era tan extranjero como si hubiese nacido en el pais de los hotentotes.

Picaporte tenia un recurso, que era el de recomendarse cerca de los agentes consulares franceses ó ingleses establecidos en Yokohama; pero le repugnaba referir su historia, tan íntimamente relacionada con la de su amo, y antes de esto queria apurar todos los demás medios.

Despues de haber recorrido la parte europea de la ciudad sin que el azar le hubiese servido, entró en la parte japonesa, decidido en caso necesario á llegar hasta Yeddo.

Esa porcion indígena de Yokohama se llama Benten, nombre de una diosa del mar adorada en las islas vecinas. Allí se veian admirables alamedas de pinos y cedros; puertas sagradas de estraña arquitectura; puentes envueltos entre cañas y bambues; templos abrigados por una muralla inmensa y melancólica de cedros seculares; conventos de bonzos, donde vegetaban los sacerdotes del budismo y los sectarios de la religion de Confucio; calles interminables, donde habia abundante cosecha de chiquillos con tez sonrosada y mejillas coloradas, figuritas que parecian recortadas de algun biombo indígena, y que jugaban en medio de unos perrillos de piernas cortas y de unos gatos amarillentos, sin rabo, muy perezosos y muy cariñosos.

En las calles todo era movimiento y agitacion incesante; bonzos que pasaban en procesion tocando sus monótonos tamboriles; yakuninos, oficiales de la

Biblioteca Nacional de España

aduana ó de policía con sombreros puntiagudos incrustados de laca y dos sables en el cinto; soldados vestidos de percalina azul con rayas blancas y armados con fusiles de percusion, hombres de armas del mikado, metidos en su justillo de seda, con loriga y cota de malla, y otros muchos militares de diversas condiciones, porque en el Japon, la profesion de soldado es tan distinguida como despreciada en China. Y despues, hermanos postulantes, peregrinos de larga vestidura, simples paisanos de cabellera suelta, negra como el ébano, cabeza abultada, busto largo, piernas delgadas, estatura baja, tez teñida desde los sombríos matices cobrizos hasta el blanco mate, pero nunca amarillo como los chinos, de quienes se diferencian los japoneses esencialmente. Y por último, entre carruajes palanquines, mozos de cuerda, carretillas de velámen, *norimones* con caja maqueada, *cangos* (1) suaves, verdaderas literas de bambú, se veia circular, á cortos pasos y con pie chiquito calzado con zapatos de lienzo, sandalias de paja ó zuecos de madera labrada, algunas mujeres poco bonitas, de ojos encogidos, pecho deprimido, dientes ennegrecidos á usanza del dia, pero que llevaban con elegancia el trage nacional llamado *kirimon*, especie de bata cruzada con una banda de seda, cuya ancha cintura formaba atras un estravagante lazo, que las modernas parisienses han copiado, al parecer, de las japonesas.

Picaporte se detuvo paseando durante algunas horas entre aquella muchedumbre abigarrada, mirando tambien las curiosas y opulentas tiendas, los bazares en que se agolomera todo el oropel de la platería japonesa, los restaurants adornados con banderolas y banderas, en los cuales le estaba prohibido entrar; y esas casas de té dónde se bebe á tazas llenas el agua odorífera con el saki, licor sacado del arroz fermentado; y esos confortables fumadores donde se aspira un tabaco muy fino, y no el ópio, cuyo uso es casi desconocido en el Japon.

Despues, Picaporte se encontró en la campiña en medio de inmensos arrozales. Allí ostentaban sus últimos colores y sus últimos perfumes las brillantes camelias, nacidas, no ya en arbustos, sino en árboles; y dentro de las cercas de bambúes, se veian cerezos, ciruelos, manzanos que los indígenas cultivan mas bien por sus flores que por sus frutos, y que están defendidos contra los pájaros, palomas, cuervos y otras aves voraces por medio de maniquíes haciendo muecas ó con torniquetes chillones. No habia cedro magestuoso que no abrigase alguna águila ni sauce bajo el cual no se encontrase alguna garza melancólicamente posada sobre un pie; en fin, por todas partes habia cornejas, patos, gavilanes, gansos silvestres y muchas de esas grullas, á las cuales tratan los japoneses de señorías, porque simbolizan para ellos la longevidad y la dicha.

Al andar así vagando, Picaporte descubrió algunas violetas entre las yerbas.

—¡Bueno!—dijo, ya tengo cena.

Pero las olió y no tenian perfume alguno.

—¡No tengo suerte!—pensó para sus adentros,

Cierto es que el buen muchacho habia almorzado por prevision todo lo copiosamente que pudo antes de salir del *Carnatic*, pero despues de un dia de paseo se sintió muy hueco el estómago. Bien habia observado que en la muestra de los carniceros faltaba el carnero, la cabra ó el cerdo, y como sabia que es un sacrilegio matar bueyes, únicamente reservados á las necesidades de la agricultura, habia deducido que la carne andaba escasa en el Japon. No se engañaba; pero á falta de todo eso, su estómago se hubiera arreglado con jabalí, gamo, perdices ó codornices, ave ó pescado con que se alimentan esclusivamente los japoneses, juntamente con el producto de sus arrozales. Pero debió hacer de tripas corazon y dejar para el dia siguiente el cuidado de proveer á su manutencion.

Llegó la noche, y Picaporte regresó á la ciudad indígena, vagando por las calles en medio de faroles multicolores, viendo á los farsantes ejecutar sus maravillosos ejercicios y á los astrólogos que al aire libre reunian la gente alrededor de su telescopio. Despues volvió al puerto, esmaltado con las luces de los pescadores, que atraian los peces por medio de antorchas encendidas

Por último, las calles se despoblaron. A la multitud sucedieron las rondas de yakuninos, oficiales que con sus magníficos trages y en medio de su séquito parecian embajadores, y Picaporte repetia alegremente cada vez que encontraba alguna vistosa patrulla:

—¡Bueno va! ¡Otra embajada japonesa que sale para Europa!

(1) Los *norimones* y *cangos* son unas sillas de manos que se distinguen especialmente por el mayor lujo en aquellos.

IV.

DONDE LA NARIZ DE PICAPORTE SE PROLONGA DESMEDIDAMENTE.

Al dia siguiente, Picaporte, derrengado y hambriento, dijo para sí que era necesario comer á toda costa, y que lo mas pronto sería lo mejor. Bien tenia el recurso de vender el reloj, pero antes hubiera muerto de hambre. Entonces ó nunca era ocasion para aquel buen muchacho de utilizar la voz fuerte, si no melodiosa, de que le habia dotado la naturaleza.

Sabia algunas coplas de Francia y de Inglaterra, y resolvió ensayarlas. Los japoneses debian seguramente ser aficionados á la música, puesto que todo se hace entre ellos á son de timbales, tam-tams y tambores, no pudiendo menos de apreciar, por consiguiente, el talento de un cantor europeo.

Pero era quizá temprano para organizar un concierto, y los dilettanti, súbitamente despertados, no hubieran quizá pagado al cantante en moneda con la efigie del mikado.

Picaporte se decidió en su consecuencia á esperar algunas horas; pero mientras iba caminando, le ocurrió que parecia demasiado bien vestido para un artista ambulante, y concibió entonces la idea de trocar su trage por unos guiñapos que estuviesen mas en armonía con su posicion Este cambio debia producirle además un salido que podia aplicar inmediatamente á satisfacer su apetito.

Una vez tomada esta resolucion faltaba ejecutarla, y solo despues de muchas investigaciones descubrió Picaporte á un vendedor indígena á quien espuso su peticion. El trage europeo gustó al ropavejero, y no tardó Picaporte en salir ataviado con un viejo ropaje japónes y cubierto con una especie de turbante de estrías, desteñido por la accion del tiempo. Pero en compensacion sonaron en sus bolsillos algunas piezas de plata.

—¡Bueno!—pensó,—me figuraré que estamos en Carnaval.

El primer cuidado de Picaporte así japonizado fue el de entrar en un *tea-house* (1) de modesta apariencia, y allí almorzó un resto de ave y algunos puñados de arroz, cual hombre para quien la comida era todavía problemática.

—Ahora,—dijo entre sí despues de restaurarse copiosamente,—se trata de no perder la cabeza. Ya no tengo el recurso de vender esta vestidura por otra que sea todavía mas japonesa. ¡Es necesario, pues, discurrir el medio de dejar lo mas pronto po-

(1) Traducido literalmente es *casa de té*, establecimiento donde sirven sin embargo otras cosas.

Biblioteca Nacional de España

sible este país del Sol, del cual no guardaré mas que un lamentable recuerdo!

Ocurrióle entonces visitar los vapores que estaban dispuestos á salir para América. Contaba con ofrecerse en calidad de cocinero ó de criado, no pidiendo por toda retribucion mas que el pasaje y el sustento. Una vez en San Francisco trataria de salir de apuros. Lo importante era salvar las cuatro mil setecientas millas de Pacífico que se estienden entre el Japon y el Nuevo-Mundo.

No siendo Picaporte hombre que dejase dormir una idea, se dirigió al puerto de Yokohama; pero á medida que se acercaba á los docks, su proyecto, que tan sencillo le habia parecido al concebirlo, lo iba considerando impracticable. ¿Por qué habian de necesitar cocinero á bordo de un vapor americano y qué confianza debia inspirar del modo que iba ataviado? ¿Qué recomendaciones podia ofrecer? ¿Qué personas podrian abonarle?

Estando así reflexionando, cayó su vista sobre un inmenso cartel que una especie de clown paseaba por las calles de Yokohama. Ese cartel decia en inglés lo siguiente:

COMPAÑIA JAPONESA ACROBATICA

HONORABLE WILIAM BATULCAR.

ÚLTIMAS REPRESENTACIONES
antes de su salida para los Estados-Unidos
DE LOS

NARIGUDOS-NARIGUDOS,

bajo la invocacion directa del dios Tingú,

¡GRAN ATRACCION!

—¡Los Estados-Unidos!—esclamó Picaporte,—¡ya dí con mi negocio!...

Siguió al del cartel y entró en la ciudad japonesa. Un cuarto de hora mas tarde se detenia delante de una gran barraca coronada con varios haces de banderolas, y cuyas paredes esteriores representaban sin perspectiva, pero con exagerados colores, toda una banda de juglares.

Era el establecimiento del honorable Batulcar, especie de Barnum americano, director de una compañía de saltimbanquis, juglares, clowns, acróbatas, equilibristas, gimnastas que, segun el cartel, daban sus últimas representaciones antes de dejar el imperio del Sol para irse á los Estados Unidos.

Picaporte entró bajo un peristilo que precedia al barracon, y preguntó por el señor Batulcar, quien se presentó en persona.

—¿Qué quereis?—dijo á Picaporte, á quien creyó indígena.

—¿Teneis necesidad de criado?—preguntó Picaporte.

—¡Criado! esclamó el Barnum acariciando su poblada perilla gris que adornaba su barba;—tengo dos, obedientes, fieles, que nunca me han dejado y que me sirven de balde, y solo por la comida..... Y son éstos,—añadió enseñando sus robustos brazos surcados de venas gruesas como las cuerdas de un contrabajo.

—¿Es decir que no puedo servir para algo?

—Para nada.

—¡Diantre! Es que me hubiera convenido mucho marcharme con vos.

—¡Hola!—dijo el honorable Batulcar,—lo mismo sois japonés que yo mico! ¿Por qué vais así vestido?

—Cada uno se viste como puede.

—Cierto. ¿Sois francés?

—Sí, parisiense.

—¿Entonces sabreis hacer muecas?

—¡A fe mia,—respondió Picaporte incomodado por la pregunta,—nosotros los franceses sabemos hacer muecas, es verdad, pero no mejor que los americanos!

—Es verdad. Pues bien, si no os tomo como criado, puedo tomaros como clown. Ya comprendeis, bravo mozo. ¡En Francia se exhiben farsantes estranjeros, y en el estranjero farsantes franceses!

—¡Ah!

—Por lo demás, ¿sois vigoroso?

—Sobre todo cuando acabo de comer.

—¿Y sabeis cantar?

—Sí,—respondió Picaporte,—que en otros tiempos habia tomado parte en algunos conciertos de calle.

—¿Pero sabeis cantar cabeza abajo, con una peonza girando sobre la planta del pie izquierdo y un sable en equilibrio sobre la planta del pie derecho?

—¡Pardiez!—respondió Picaporte, que recordaba los primeros ejercicios de su edad juvenil.

—¡Es que todo consiste en eso!—dijo el honorable Batulcar.

La contrata quedó terminada *hic et nunc*.

En fin, Picaporte habia encontrado una posicion Estaba contratado para hacerlo todo en la célebre compañía japonesa, lo cual si era poco halagüeño le permitia estar en San Francisco antes de ocho dias.

La representacion, con tanto aparato anunciada por el honorable Batulcar, debia comenzar á las tres de la tarde, y bien pronto resonaban en la puerta los formidables instrumentos de una orquesta japonesa. Bien se comprende que Picaporte no habia podido estudiar su papel, pero debia prestar el apoyo de sus robustos hombros en el gran ejercicio del racimo humano ejecutado por los narigudos del dios Tingú. Este *gran atractivo* de la representacion debia cerrar la série de ejercicios.

Antes de las tres, los espectadores habian invadido el vasto barracon. Europeos é indígenas, chinos y japoneses, hombres, mujeres y niños, se apiñaban sobre las estrechas banquetas y en los palcos que daban frente al escenario. Los músicos habian entrado, y la orquesta completa, gongos, tam-tams, castañuelas, flautas, tamboriles y bombos estaban operando con todo furor.

Fue aquella funcion lo que son todas las representaciones de acróbatas, pero es preciso confesar que los japoneses son los primeros equilibristas del mundo. Armado el uno con un abanico y con trocitos de papel, ejecutaba el ejercicio tan gracioso de las mariposas y las flores. Otro trazaba con el perfumado humo de su pipa una série de palabras azuladas que formaban en el aire un letrero de cumplido para la concurrencia. Este jugaba con bujías encendidas que apagaba sucesibamente al pasar delante de sus labios y encendia una con otra sin interrumpir el juego. Aquel, reproducia por medio de peones giratorios, las combinaciones mas inverosímiles bajo su mano, aquellas zumbantes maquinillas parecian animarle con vida propia en sus interminables giros; corrian sobre tubos de pipa, sobre los filos de los sables, sobre alambres, verdaderos cabellos tendidos de uno á otro lado del escenario; daban vuelta sobre el borde de vasos de cristal, trepaban por escalera de bambú, se dispersaban por todos los rincones produciendo efectos armónicos de estraño carácter y combinando las diversas tonalidades. Los juglares jugueteaban con ellos y les hacian girar hasta en el aire; los despedian como volantes, con paletillas de madera, y seguian girando siempre; se los metian en el bolsillo, y cuando los sacaban todavía daban vueltas, hasta el momento en que la distension de un muelle

Biblioteca Nacional de España

No tardó Picaporte en salir ataviado con un viejo ropaje japonés.

los hacia desplegar en haces de fuegos artificiales.

Inútil es describir los prodigiosos ejercicios de los acróbatas y gimnastas de la compañía. Los juegos de la escalera, de la percha, de la bola; de los toneles, etc., fueron ejecutados con admirable precision; pero el principal atractivo de la funcion era la exhibicion de los narigudos, asombrosos equilibristas que la Europa no conoce todavía.

Esos narigudos forman una corporacion particular, colocada bajo la advocacion directa del dios Tingú. Vestidos cual héroes de la Edad Media, llevaban un espléndido par de alas en sus espaldas. Pero lo que especialmente los distinguia era una nariz larga con que llevaban adornado el rostro, y sobre todo el uso que de ella hacian. Esas narices no eran otra cosa mas que unos bambús, de cinco, seis y aun diez pies de longitud, rectos unos, encorvados otros, lisos éstos, verrugosos aquellos. Sobre estos apéndices, fijados con solidez, se verificaban los ejercicios de equilibrio. Una docena de los sectarios del dios Tingú se echaron de espaldas, y sus compañeros se pusieron á jugar sobre sus narices, enhiestas cual pararayos, saltando, volteando de una en otra y ejecutando suertes mas inverosímiles.

Para terminar, se habia anunciado especialmente al público la pirámide humana, en la cual unos cincuenta narigudos debian figurar la Carroza de Jaggernaut. Pero en vez de formar esta pirámide tomando los hombros como punto de apoyo, los artistas del honorable Batulcar debian sustentarse narices sobre narices. Se habia marchado de la compañía uno de los que formaban la base de la carroza, y como bastaba para ello ser vigoroso y hábil, Picaporte habia sido elegido para reemplazarle.

¡Ciertamente que el pobre mozo se sintió muy compungido,—triste recuerdo de la juventud,—cuando endosó su trage de la Edad Media, adornado de alas multicolores, y se vió aplicar sobre la cara una nariz de seis pies! Pero al fin esa nariz era su pan, y tuvo que resignarse á dejársela poner.

Picaporte entró en escena y fué á colocarse con aquellos de sus compañero que debian figurar la base de la carroza de Jaggernaut. Todos se tendieron por tierra con la nariz elevada hácia el cielo.

Biblioteca Nacional de España

Representacion de los NARIGUDOS-NARIGUDOS.

Una segunda seccion de equilibristas se colocó sobre los largos apéndices, una tercera despues y luego una cuarta, y sobre aquellas narices que solo se tocaban por la punta se levantó un monumento humano hasta la cornisa del teatro.

Los aplausos redoblaban, y los instrumentos de la orquesta resonaban como otros tantos truenos cuando conmoviéndose la pirámide el equilibrio se rompió, y saliéndose de quicio una de las narices de la base, el monumento se desmoronó cual castillo de naipes.....

Tuvo de esto la culpa Picaporte, quien abando-

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

nando su puesto, saltando del escenario sin el auxilio de las alas, y trepando por la galería de la derecha, caia á los pies de un espectador esclamando:

—¡Amo mio! ¡amo mio!

—¿Vos?

—¡Yo!

—¡Pues bien! ¡Entonces al vapor, muchacho!

Mister Fogg, mistress Aouda, que le acompañaba, y Picapaporte, salieron precipitados por los pasillos, pero tropezaron fuera del barracon con el honorable Batulcar, furioso, que reclamaba indemnizacion por la *rotura*. Phileas Fogg apaciguó su furor echándole un puñado de billetes de Banco, y á las seis y media, en el momento en que iba á partir, mister Fogg y mistress Aouda ponian el pie en el vapor americano, seguidos de Picaporte, con las alas á la espalda y llevando en el rostro la nariz de seis pies que todavía no habia podido quitarse.

V.

DURANTE EL CUAL SE EFECTUA LA TRAVESÍA DEL OCÉANO PACIFICO.

Fácil es comprender lo acontecido á la vista de Shangai. Las señales hechas por la *Tankadera* habian sido observadas por el vapor de Yokohama. Viendo el capitan la bandera morron, se dirigió á la goleta, y algunos instantes despues Phileas Fogg, pagando su pasaje segun lo convenido, metia en el bolsillo del patron John Bunsby ciento cincuenta libras (14.750 pesetas). Despues, el honorable gentleman, mistress Aouda y Fix subian á bordo del vapor, que siguió su rumbo á Nagasaki y Yokohama.

Llegado el 14 de noviembre á la hora reglamentaria, Phileas Fogg, dejando que Fix fuera á sus negocios, se dirigió á bordo del *Carnatic*, y allí supo, con satisfaccion de mistress Aouda,—y tal vez con la suya, pero al menos lo disimuló,— que el francés Picaporte habia llegado efectivamente la víspera á Yokohama.

Phileas Fogg, que debia marcharse aquella misma noche para San Francisco, se dedicó inmediatamente á buscar á su criado. Se dirigió en vano á los agentes consulares inglés y francés, y despues de haber recorrido inútilmente las calles de Yokohama, desesperaba ya de encontrar á Picaporte, cuando la casualidad ó tal vez una especie de presentimiento le hizo entrar en el barracon del honorable Batulcar. Seguramente que no hubiera reconocido á su criado bajo aquel escéntrico atavío de heraldo; pero éste, en su posicion invertida, vió á su amo en la galería. No pudo contener un movimiento de su nariz, y de aquí el rompimiento del equilibrio y lo que se siguió.

Esto es lo que supo Picaporte de boca de la misma mistress Aouda, que le refirió entonces cómo se habia efectuado la travesía de Hong-Kong á Yokohama, en compañía de un tal Fix, sobre la goleta la *Tankadera*.

Al oir nombrar á Fix, Picaporte no pestañeó. Creia que no habia llegado el momento de decir á su amo lo ocurrido; así es que en la relacion que hizo de sus aventuras se culpó á sí propio, escusándose con haber sido sorprendido por la embriaguez del ópio en un fumadero de Hong-Kong.

Mister Fogg escuchó esta relacion con frialdad y sin responder, y despues abrió á su criado un crédito suficiente para procurarse á bordo un trage mas conveniente. Menos de una hora despues, el honrado mozo, despues de quitarse las alas y la nariz, y de mudar de ropa, no conservaba ya nada que recordase al sectario del dios Tingú.

El vapor que hacia la travesía de Yokohama á San Francisco pertenecia á la Compañía del *Pacifico Mail Steam* y se llamaba *General Grant*. Era un gran buque de ruedas, de dos mil quinientas toneladas, bien acondicionado y dotado de mucha velocidad. Sobre cubierta se elevaba y bajaba alternativamente un enorme balancin, en una de cuyas estremidades se articulaba la barra de un piston y en la otra la de una biela que transformando el movimiento rectilíneo en circular, se aplicaba directamente al árbol de las ruedas. El *General Grant* estaba aparejado en corbeta de tres palos y poseia gran superficie de velámen, que ayudaba poderosamente al vapor. Largando doce millas por hora, el vapor no debia emplear menos de veintiun dias en atravesar el Pacífico. Phileas Fogg estaba, por consiguiente, autorizado para creer que llegando el 2 de diciembre á San Francisco, estaria el 11 en Nueva-York y el 20 en Lóndres, ganando algunas horas sobre la fecha fatal del 21 de diciembre.

Los pasajeros eran bastante numerosos á bordo del vapor. Habia ingleses, americanos, una verdadera emigracion de coolis para América, y cierto número de oficiales del ejercito de Indias, que utilizaban su licencia dando la vuelta al mundo.

Durante la travesía, no hubo ningun incidente náutico. El vapor, sostenido sobre sus anchas ruedas y apoyado por su fuerte velámen, cabeceaba poco, y el Océano Pacífico justificaba bastante bien su nombre. Mister Fogg estaba tan tranquilo y tan poco comunicativo como siempre. Su jóven compañera se sentia cada vez mas inclinada á ese hombre por otra atraccion diferente de la del reconocimiento. Aquel silencioso carácter, tan generoso en suma, le impresionaba mas de lo que creia, y casi sin apercibirse de ello se dejaba llevar por sentimientos cuya influencia no parecia hacer mella sobre el enigmático Fogg.

Además, mistress Aouda se interesaba muchísimo en los proyectos del gentleman. Le inquietaban las contrariedades que pudieran comprometer el éxito del viaje, y á veces hablaba con Picaporte, que no dejaba de leer entre renglones en el corazon de mistress Aouda. Ese buen muchacho tenia ahora en su amo una fe ciega; no agotaba los elogios sobre la honradez, la generosidad, la abnegacion de Phileas Fogg, y despues tranquilizaba á mistress Aouda sobre el éxito del viaje, repitiendo que lo mas difícil estaba hecho, que ya quedaban atrás los fantásticos paises de la China y del Japon, que ya marchaban hácia las naciones civilizadas, y por último, que un tren de San Francisco á Nueva-York y un trasatlántico de Nueva-York á Lóndres bastarian indudablemente para terminar esa dificultosa vuelta al mundo en los plazos convenidos.

Nueve dias despues de haber salido de Yokohama, Phileas Fogg habia recorrido exactamente la mitad del globo terrestre.

En efecto; el *General Grant* pasaba el 23 de noviembre por el meridiano 180, bajo el cual se encuentran en el hemisferio austral los antípodas de Lóndres. De ochenta dias disponibles, mister Fogg habia empleado ya ciertamente cincuenta y dos, y no le quedaban ya mas que veintiocho; pero si el gentleman se encontraba á medio camino en cuanto á los meridianos, habia recorrido en realidad mas de los dos tercios del trayecto total, á consecuencia de los rodeos de Lóndres á Aden, de Aden á Bombay, de Calcuta á Singapore, de Singapore á Yokohama. Siguiendo circularmente el paralelo 50, que es el de Lóndres, la distancia no hubiera sido mas que de unas doce mil millas, mientras que por los caprichosos medios de locomocion habia que recorrer veintiseis mil, de las cuales se habian andado ya diez y siete mil quinientas en 23 de noviembre. En lo sucesivo, el camino era directo, y Fix ya no estaba allí para acumular obstáculos.

Aconteció tambien que en esa misma fecha, 23 de

Biblioteca Nacional de España

noviembre, Picaporte esperimentó suma alegría. Recuérdese que se habia obstinado en conservar la hora de Lóndres en su famoso reloj de familia, teniendo por equivocadas todas las horas de los paises que atravesaba. Pues bien; aquel dia, sin haber tocado á su reloj, se encontró conforme con los cronómetros de bordo. Fácil es comprender el triunfo de Picaporte, que hubiera querido tener delante á Fix para saber lo que diria.

—¡Ese tunante que me referia un monton de historias sobre los meridianos, el sol y la luna!—repetia Picaporte.—¡Vaya una gente! ¡Si la escuchasen, buena relojería habria! Ya estaba yo seguro que algun dia se decidiria el sol á arreglarse por mi reloj.

Picaporte ignoraba que si la muestra de su reloj hubiese estado dividida en veinticuatro horas, en vez de doce, como los relojes italianos, no hubiera tenido motivo ninguno de triunfo, porque las manecillas de su instrumento cuando fuesen las nueve de la mañana señalarian las de la noche, es decir, la hora vigésima primera despues de media noche, diferencia precisamente igual á la que existe entre Lóndres y el meridiano, que está 180 grados.

Pero si Fix hubiera sido capaz de esplicar ese efecto puramente físico, Picaporte no lo habria comprendido ni admitido; ademas de que si en aquel momento el inspector de policía se hubiese dejado ver á bordo, es probable que Picaporte le ajustaria otras cuentas y de un modo muy diferente.

¿Y dónde estaria Fix entonces?

Precisamente á bordo del *General Grant*.

En efecto, al llegar á Yokohama, el agente, separándose de mister Fogg, á quien esperaba encontrar en el resto del dia, se habia dirigido inmediatamente al despacho del cónsul inglés. Allí encontró el mandamiento que corriendo detrás de él desde Bombay tenia ya cuarenta dias de fecha, mandamiento que le habia sido enviado de Hong-Kong por el mismo *Carnatic*, á cuyo bordo se le creia.—Júzguese del despacho que esperimentó el *detective*. El mandamiento ya era inútil. ¡Mister Fogg no estaba en las posesiones inglesas, y era necesaria una acta de estradicion para prenderle!

—¡Corriente!—dijo para sí despues de pasado el primer momento de ira,—el mandamiento no sirve para aquí, pero me servirá en Inglaterra. Ese bribon tiene trazas de volver á su patria creyendo haber desorientado á la policía. Bien. Le seguiré hasta allí. En cuanto al dinero, Dios quiera que le quede algo, porque en viajes, primas, procesos, multas, elefantes y gastos de toda clase, mi hombre ha dejado ya mas de cinco mil libras por el camino. En fin de cuentas, el Banco es rico.

Tomada su resolucion, Fix se embarcó en el *General Grant*. Estaba á bordo cuando mister Fogg y mistress Aouda llegaron. Con sorpresa suya reconoció á Picaporte bajo su trage de heraldo. Se ocultó al instante en su camarote á fin de ahorrar una esplicacion que podia comprometerlo todo, y gracias al número de pasajeros, contaba con no ser visto de su enemigo, cuando aquel dia se encontró precisamente con él á proa.

Picaporte se arrojó al cuello de Fix sin otra esplicacion, y con gran satisfaccion de ciertos americanos, que apostaron inmediatamente en su favor, administró al desventurado inspector una soberbia tunda que demostró la alta superioridad del pugilato francés sobre el inglés.

Cuando Picaporte acabó se encontró mas tranquilo y como aliviado. Fix se levantó en bastante mal estado, y mirando á su adversario, le dijo con frialdad.

—¿Habeis concluido?

—Sí, por ahora.

—Entonces vamos á hablar.

—Que yo...

—En interes de vuestro amo.

Picaporte, como subyugado por esa sangre fria, siguio al inspector de policía, y ambos se sentaron aparte.

—Me habeis zurrado—dijo Fix.—Bien. Lo esperaba. Ahora escuchadme. Hasta hora he sido adversario de mister Fogg; pero en adelante voy á ayudarle.

¡Al fin!—esclamó Picaporte.—¿Le creeis hombre honrado?

—No,—respondió con frialdad Fix,—lo creo un bribon..... ¡Chist! No os movais y dejadme acabar. Mientras mister Fogg ha estado en las posesiones inglesas, he tenido interés en detenerle, aguardando un mandamiento de prision. Todo lo he intentado con ese objeto. He echado detrás de él á los sacerdotes de Bombay, os he embriagado en Hong-Kong, os he separado de vuestro amo, le he hecho perder el vapor de Yokohama.....

Picaporte seguia escuchando con los puños preparados.

—Ahora,—prosiguió Fix,—mister Fogg regresa, segun parece, á Inglaterra. Le seguiré hasta allí, pero aplicando para apartar obstáculos tanto celo como he empleado hasta ahora para acumularlos. ¡Ya lo veis, mi juego ha cambiado porque asi lo quiere mi interés. Añado que vuestro interés es igual al mio, porque solo en Inglaterra es donde sabreis si estais al servicio de un criminal ó de un hombre de bien.

Picaporte habia escuchado á Fix con mucha atencion y se convenció de su buena fe.

—¿Somos amigos?—preguntó Fix.

—Amigos, no,—respondió Picaporte.—Seremos aliados y á beneficio de inventario, porque á la menor apariencia de traicion os retuerzo el pescuezo.

—Convenido,—dijo tranquilamente el inspector de policía.

Once dias despues, el 3 de diciembre, el *General Grant* entraba en la bahía de la Puerta de Oro y llegaba á San Francisco.

Mister Fogg no habia ganado todavía ni perdido un solo dia.

VI.

DONDE SE DA UNA BREVE RESEÑA DE SAN FRANCISCO EN DIA DE MEETING.

Eran las siete de la mañana cuando Phileas Fogg, mistress Aouda y Picaporte pusieron el pie en continente americano,—si es que puede darse ese nombre al muelle flotante en que desembarcaron.—Esos muelles, que suben y bajan con la marea, facilitan la carga y descarga de los buques. Allí se arriman los clippres de todas dimensiones, los vapores de todas las nacionalidades, y esos barcos de varios pisos que hacen el servicio del Sacramento y de sus afluyentes. Allí se amontonan tambien los productos de un comercio que estiende á Méjico, al Perú, á Chile, al Brasil, Europa, al Asia y á todas las islas del Océano Pacífico.

Picaporte, en su alegria de tocar por fin en tierra americana, creyó que debia desembarcar dando un salto mortal del mejor estilo; pero al dar en el suelo, que era de tablas carcomidas, por poco lo atravesó. Desconcertado del modo con que se habia apeado, dió un grito formidable, que hizo volar una bandada de cuervos marinos y pelícanos, huéspedes habituales de los muelles movedizos.

Tan luego como mister Fogg desembarcó, preguntó á qué hora salía el primer tren para Nueva-York. Le dijeron que á las seis de la tarde, y por consiguiente podia emplear un dia entero en la ca-

Biblioteca Nacional de España

Picaporte, con las alas a la espalda...

pital de la California. Hizo traer un coche para mistress Aouda y para él. Picaporte montó en el pescante, y el vehículo, á tres pesos la hora, se dirigió al hotel Internacional.

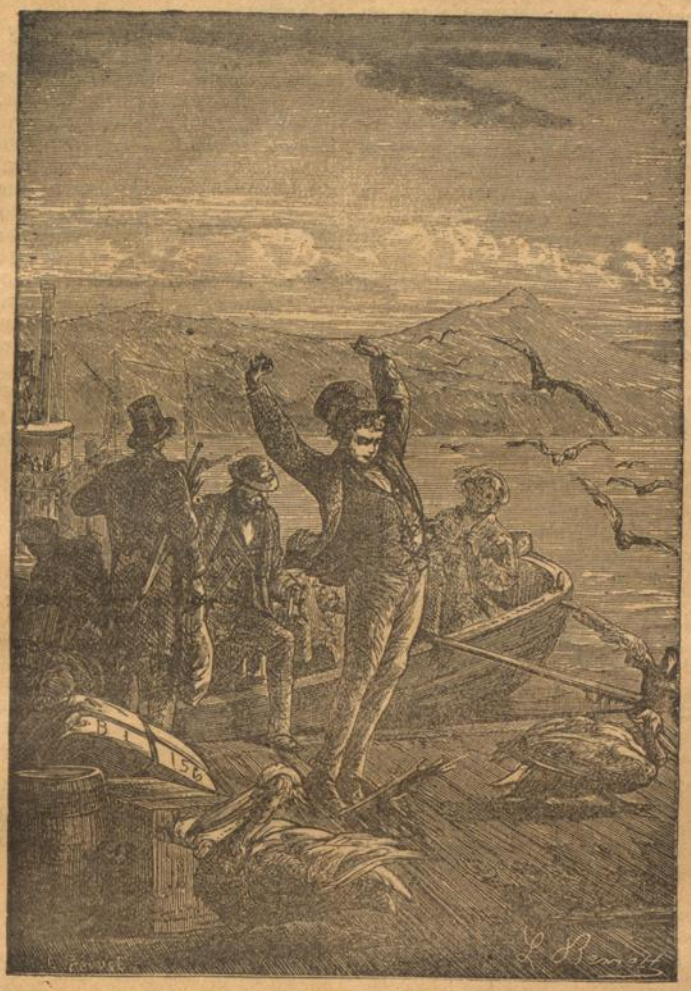
Desde el sitio elevado que ocupaba, Picaporte observaba con curiosidad la gran ciudad americana: anchas calles; casas bajas bien alineadas; iglesias y templos de estilo gótico anglo-sajon; docks inmensos; depósitos como palacios, unos de madera, otros de ladrillo; en las calles muchos coches, ómnibus, wagones de tramvía, y las aceras atestadas, no solo de americanos y europeos, sino de chinos é indianos con que componer una poblacion de doscientos mil habitantes.

Picaporte quedó bastante sorprendido de lo que veia, porque no tenia idea mas que de la antigua ciudad de 1849, poblacion de bandidos, incendiarios y asesinos que acudian á la rebusca de pepitas, inmenso tropel de todos los miserables, donde se jugaba el polvo de oro con rewólver en una mano y navaja en otra. Pero aquellos tiempos habian pasado y San Francisco ofrecia el aspecto de una gran ciudad comercial. La elevada torre del ayuntamiento, donde vigilan los guardias, dominaba todo aquel conjunto de calles y avenidas cortadas á escuadra, y entre las cuales habia plazas con jardines verdosos, y despues una ciudad china que parecia haber sido importada del Celeste Imperio en un joyero. Ya no habia bongos, ni camisas coloradas á usanza de los corredores de placeres, ni indios con plumas, sino sombreros de seda y levitas negras llevadas por una multitud de caballeros dotados de actividad devoradora. Ciertas calles, entre otras Montgommery-Strees, el Regent-Street de Lóndres, el boulevard de los Italianos de París, el Broodway de Nueva-York estaban llenas de espléndidas tiendas que ofrecian en sus escaparates los productos del mundo entero.

Cuando Picaporte llegó al hotel Internacional, no le parecia haber salido de Inglaterra.

El piso bajo del hotel estaba ocupado por un inmenso *bar*, especie de *buffet* abierto *gratis* para todo transeunte. Cecina, sopa de ostras, galleta y Chester, todo esto se despachaba allí sin que el consumidor tuviese que aflojar el bolsillo. Solo pagaba la bebida,

Biblioteca Nacional de España



Picaporte creyó que debia desembarcar dando un salto mortal.

ale, Oporto ó Jerez, si tenia el capricho de beber esto pareció muy americano á Picaporte.

El restaurant del hotel era confortable. Mister Fogg y mistress Aouda se instalaron en una mesa y fueron abundantemente servidos en platos liliputienses por unos negros del mas puro color de azabache.

Despues de almorzar, Phileas Fogg, acompañado de mistress Aouda, salió del hotel para ir á visar su pasaporte en el consulado inglés. Encontró en la acera á su criado, que le preguntó si seria prudente, antes de tomar el ferro-carril del Pacífico, comprar algunas carabinas Enfield ó rewólvers Colt. Picaporte habia oido hablar de los sioux y de los pawnios, que paran los ferro-carriles como simples ladrones españoles. Mister Fogg respondió que era precaucion inútil; pero le dejó en libertad de obrar como le pluguiese, y despues se dirigió á la oficina del agente consular.

Phileas Fogg no habia andado doscientos pasos, do *por una de las mas raras casualidades* en- á Fix. El inspector se manifestó estraordinamente sorprendido. ¡Cómo! ¡Habian hecho la travesía juntos sin verse á bordo! En todo caso, Fix no podia menos de considerarse honrado con la vista del caballero á quien tanto debia, y llamándole sus negocios á Europa, se alegraba mucho de proseguir su viaje en tan amable compañía.

Mister Fogg respondió que la honra era suya; y Fix, que no le queria perder de vista, le pidió permiso de visitar con él esa curiosa ciudad de San Francisco, lo cual le fue concedido.

Mistress Aouda, Phileas Fogg y Fix echaron, pues, á pasear por las calles, y no tardaron en hallarse en Montgommery-Street, donde la afluencia de la muchedumbre era enorme. En las aceras, en medio de la calle, en los rails del tramvía, á pesar del paso incesante de coches y ómnibus, en el umbral de las tiendas, en las ventanas de todas las casas y aun en los tejados habia una multitud innumerable. En medio de los grupos circulaban hombres-carteles, y por el aire ondeaban banderas y banderolas, oyéndose una gritería inmensa por todos lados.

—¡Hurra por Kamerfield!

Biblioteca Nacional de España

—¡Hurra por Madiboy!

Era un meeting, al menos así lo pensó Fix, que trasmitió su creencia á mister Fogg añadiendo:

—Quizá haremos bien en no meternos entre esa batahola, porque solo se reparten golpes.

—En efecto,—respondió Phileas Foog;—y los puñetázos, porque tengan el carácter de políticos, no dejan de ser puñetazos.

Fix creyó conveniente sonreirse al oir esta observacion, y á fin de ver sin ser atropellados, mistress Aouda, Phileas Fogg y él tomaron sitio en el descanso superior de unas gradas que dominaban la calle. Delante de ellos, y en la acera de enfrente, entre la tienda de un carbonero y un almacen de petróleo, se estendia un ancho mostrador al aire libre, hácia el cual convergian las diversas corrientes de la multitud.

¿Y por qué aquel meeting? ¿Con qué motivo se celebraba? Phileas Fogg lo ignoraba absolutamente. ¿Se trataba del nombramiento de un alto funcionario militar ó civil, de un gobernador de Estado ó de un miembro del Congreso? Permitido era congeturarlo al ver la animacion estraordinaria que tenia agitada á la poblacion entera.

En aquel momento hubo entre la multitud un movimiento considerable. Todas las manos estaban al aire. Algunas de ellas, sólidamente cerradas, se elevaban y bajaban al parecer entre vociferaciones, manera enérgica sin duda, de formular un voto. Aquella masa de gente estaba agitada por remolinos que asemejaban las oleadas del mar. Las banderas oscilaban, desaparecian un momento y reaparecian hechas girones. Las ondulaciones de la marejada se propagaban hasta la escalera, mientras que todas las cabezas cabrilleaban en la superficie como la mar movida súbitamente por un chubasco. El número de sombreros bajaba á la vista, y casi todos parecian haber perdido su altura normal.

—Esto es evidentemente un meeting,—dijo Fix,—y la cuestion que lo ha provocado debe ser palpitante. No me estrañaria que se tratase nuevamente la cuestion del *Ahabama*, y esa ya está resuelta.

—Tal vez,—respondió sencillamente mister Fogg.

—En todo caso,—repuso Fix,—hay dos campeones en la liza, el honorable Kamerfield y el honorable Mandiboy.

Mistress Aouda, asida del brazo de Phileas Fogg, miraba con sorpresa aquella escena tumultuosa, y Fix iba á preguntar á uno de sus vecinos la razon de aquella efervescencia popular cuando se pronunció un movimiento mas decidido. Redoblaron los vítores sazonados con injurias. Los astiles de las banderas se trasformaron en armas ofensivas. Ya no habia manos, sino puños en todas partes. Desde lo alto de los coches detenidos y de los ómnibus interceptados en su marcha se repartian sendos porrazos. Todo servia de proyectil. Botas y zapatos describian por el aire largas trayectorias, y hasta pareció que algunos rewólvers mezclaban con las vociferaciones sus detonaciones nacionales.

Aquella baraunda se acercó á la escalera y refluyó sobre las primeras gradas. Uno de los partidarios era evidentemente rechazado, sin que los simples espectadores pudieran reconocer si la ventaja estaba de parte de Mandiboy ó de Kamerfield.

—Creo prudente retirarnos,—dijo Fix, que no tenia empeño en que su hombre recibiese un mal golpe ó se mezclase en un mal negocio.—Si se trata de Inglaterra en todo esto, y nos llegan á conocer, nos veremos muy comprometidos en el tumulto.

—Un ciudadano inglés.....—respondió Phileas Fogg.

Pero el gentleman no terminó su frase. Detrás de él, desde aquella terraza precedida de las gradas, sa-

neron espantosos alaridos. Se gritaba: ¡Hurra! ¡Hip! ¡Hip! por Mandiboy. Era un tropel de electores que llegaba á la pelea tomando en flanco á los partidarios de Kamerfiel.

Mister Fogg, mistress Aouda y Fix se hallaron entre dos fuegos. Era demasiado tarde para huir. Aquel torrente de hombres armados de bastones con puño de plomo y de rompe-cabezas, era irresistible. Phileas Fogg y Fix se vieron horriblemente atropellados al preservar á la jóven Aouda. Mister Fogg, no menos flemático que de costumbre, quiso defenderse con esas armas naturales que la naturaleza ha puesto en el estremo de los brazos de todo inglés, pero inútilmente. Un enorme moceton de perilla roja, tez encendida, ancho de espalda, que parecia ser el jefe de la cuadrilla, levantó su formidable puño sobre mister Fogg, y hubiera lastimado mucho al gentleman si Fix por salvarle no hubiese recibido el golpe en su lugar. Un enorme chichon se desarrolló instantáneamente bajo el sombrero del *detective*, trasformado en simple cachucha.

—¡Yankee!—dijo mister Fogg echando sobre su adversario una mirada de profundo desprecio.

—¡English!—respondió el otro.

—¡Nos volveremos á ver!

—Cuando gusteis.

—¿Vuestro nombre?

—Phileas Fogg. ¿Y el vuestro?

—El coronel Stamp Proctor.

Y dicho esto, la marejada pasó. Fix habia quedado por el suelo y se levantó con la ropa destrozada, pero sin daño de cuidado. Su paletot de viaje se habia rasgado en dos trozos desiguales, y su pantalon se parecia á esos calzones que ciertos indios,—cosas de la moda,—no se ponen sino despues de haberles quitado el fondo. Pero en suma, mistress Aouda se habia librado y Fix era el único que habia salido con su puñetazo.

—Gracias, dijo mister Fogg al inspector tan luego como estuvieron fuera de las turbas.

—No hay de qué,—respondió Fix,—pero venid.

—¿A dónde?

—A una sastrería.

En efecto, esta visita era oportuna. Los trages de Phileas Fogg y de Fix estaban hechos girones, como si esos dos caballeros se hubiesen batido por cuenta de los honorables Kamerfield y Mandiboy.

Una hora despues estaban convenientemente vestidos y cubiertos. Y luego regresaron al hotel Internacional.

Allí Picaporte esperaba á su amo, armado con media docena de rewólvers-puñales de seis tiros y de inflamacion central. Cuando vió á Fix en compañía de mister Fogg, su frente se oscureció. Pero mistress Aouda le hizo una relacion de lo acaecido, y Picaporte se tranquilizó. A todas luces, Fix no era ya enemigo, sino aliado, y cumplia con su palabra.

Terminada la comida trajeron un coche para conducir los viajeros y el equipaje á la estacion. Al montar mister Fogg dijo á Fix:

—¿No habeis vuelto á ver á ese coronel Proctor?

—No.—respondio Fix.

—Volveré á América para buscarle,—dijo con frialdad Phileas Fogg.—No seria conveniente que un ciudadano inglés se dejase tratar de esta suerte.

El inspector sonrió y no respondió. Pero como se ve, mister Fogg pertenecia á esa raza de ingleses, que si no toleran el duelo en su pais se baten en el estranjero cuando se trata de defender su honra.

A las seis menos cuarto los viajeros llegaban á la estacion, donde estaba el tren dispuesto á marchar.

En el momento en que mister Fogg iba á entrar en el wagon, se dirigió á un empleado, diciéndole:

—Amigo mio, ¿no ha habido algunos disturbios hoy en San Francisco?

Biblioteca Nacional de España

—Era un meeting, caballero.—respondió el empleado.

—Sin embargo, he creido observar alguna animacion en las calles.

—Se trataba solamente de un meeting organizado para una eleccion.

—¿La eleccion de algun general en jefe sin duda?—preguntó mister Fogg.

—No señor, de un juez de paz.

Despues de oir esta respuesta, Phileas Fogg montó en el wagon, y el tren partió á todo vapor.

VII.

DONDE SE TOMA EL TREN ESPRESS DEL FERRO-CARRIL DEL PACIFICO.

Ocean to Ocean (1),—así dicen los americanos,—y esas tres palabras debian ser la denominacion general de la gran línea que atraviesa los Estados-Unidos de América en su mayor anchura. Pero en realidad, el *Pacific rail-road* se divide en dos partes distintas: *Central Pacific*, entre San Francisco y Ogden, y *Union Pacific*, entre Ogden y Omaha. Allí enlazan cinco líneas diferentes que ponen á Omaha en comunicacion frecuente con Nueva-York.

Nueva-York y San Francisco están, por consiguiente, unidas por una cinta no interrumpida de metal que no mide menos de tres mil setecientas ochenta y seis millas. Entre Omaha y el Pacífico, el ferro-carril cruza una region frecuentada todavía por los indios y las fieras,—vasta estension de territorio que los mormones comenzaron á colonizar en 1845, despues de haber sido espulsados del Illinois.

Anteriormente se empleaban en las circunstancias mas favorables seis meses para ir de Nueva-York á San Francisco. Ahora se hace el viaje en siete dias.

En 1862 fue cuando á pesar de la oposicion de los diputados del Sur que querian una línea mas meridional, se fijó el trazado del ferro-carril entre los 41 y 42 grados de latitud. El presidente Lincoln, de tan sentida memoria, fijó por sí mismo en el Estado de Nebraska la ciudad de Omaha como cabeza de línea del nuevo camino. Los trabajos comenzaron en seguida y se prosiguieron con esa actividad americana que no es papeletera ni oficinesca. La rapidez de la mano de obra no debia de modo alguno perjudicar la buena ejecucion del camino. En el llano se avanzaba á razon de milla y media por dia. Una locomotiva, rodando sobre los rails de la víspera, traia los del dia siguiente y corria sobre ellos á medida que se iban colocando.

El *Pacific rail-road* tiene muchas ramificaciones en su trayecto por los Estados de Iowa, Kansas, Colorado y Oregon. Al salir de Omaha, marcha por la orilla izquierda de *Platte-river* hasta la embocadura de la derivacion del Norte, y luego sigue la derivacion del Sur; atraviesa los terrenos de Laramia y las montañas Wahsatch, da vuelta al lago Salado, llega á *Lake-Salt-City*, capital de los mormones, penetra en el valle de la Tuilla, recorre el desierto americano, los montes de Cedar y Humboldt, Humboldt-river, la Sierra-Nevada, y baja por Sacramento hasta el Pacífico, sin que este trazado tenga pendientes mayores de doce pies por mil aun en el trayecto de las montañas Rocosas.

Tal era esa larga arteria que los trenes recorren en siete dias y que iba á permitir al honorable Phileas Fogg,—así al menos lo esperaba,—tomar el 11 en Nueva-York al vapor de Liverpol.

El wagon ocupado por Phileas Fogg era una especie de ómnibus largo que descansaba sobre dos juegos de cuatro cuerdas cada uno, cuya movilidad permite salvar las curvas de pequeño radio. En el interior no habia compartimientos, sino dos filas de asientos dispuestos á cada lado, perpendicularmente al eje, y entre las cuales estaba reservado un paso que conducia á los gabinetes de tocador y otros con que cada wagon va provisto. En toda la longitud del tren, los coches comunicaban entre sí por unos puentecillos, y los viajeros podian circular de uno á otro estremo del convoy, que ponia á su disposicion wagones-salones, wagones-terrazas, wagones-restaurants y wagones-cafés. No faltaba mas que wagones-teatros, pero algun dia los habrá.

Por los puentecillos circulaban sin cesar vendedores de libros y periódicos ofreciendo su mercancía, y vendedores de licores, comestibles y cigarros, que no carecian de compradores.

Los viajeros habian salido de la estacion de Oakland á las seis de la tarde. Ya era de noche,—noche fria, sombría, con el cielo encapotado, cuyas nubes amenazaban resolverse en nieve. El tren no andaba con mucha rapidez. Teniendo en cuenta las paradas, no recorria mas de veinte millas por hora, velocidad que sin embargo le permitia atravesar los Estados-Unidos en el tiempo reglamentario.

Se hablaba poco en el wagon, y por otra parte el sueño iba á apoderarse pronto de los viajeros. Picaporte se encontraba colocado cerca del inspector de policía, pero no le hablaba. Desde los últimos acontecimientos, sus relaciones se habian enfriado notablemente. Ya no habia simpatía ni intimidad. Fix no habia cambiado nada de su modo de ser; pero Picaporte, por el contrario, estaba muy reservado y dispuesto á estrangular á su antiguo amigo á la menor sospecha.

Una hora despues de la salida del tren comenzó á caer una nieve fria que no podia afortunadamente entorpecer la marcha del tren. Por las ventanillas ya no se veia mas que una inmensa alfombra blanca, sobre la cual, desarrollando sus espirales, se destacaba ceniciento el vapor de la locomotiva.

A las ocho, un *steward* entró en el wagon y anunció á los viajeros que habia llegado la hora de acostarse. Ese wagon era un *sleeping-car*, que en algunos minutos quedó trasformado en dormitorio. Los respaldos de los bancos se doblaron; unos colchoncitos curiosamente empaquetados se desarrollaron por un sistema ingenioso; quedaron improvisados en pocos instantes unos camarotes, y cada viajero pudo tener á su disposicion una cama confortable defendida por recias cortinas contra toda indiscreta mirada. Las sábanas eran blancas, las almohadas blandas, y no habia mas que acostarse y dormir, lo que cada cual hizo como si se hubiese encontrado en el cómodo camarote de un vapor, mientras que el tren corria á todo vapor por el Estado de California.

En esa porcion del territorio que se estiende entre San Francisco y Sacramento, el suelo es poco accidentado. Esa parte del ferro-carril, llamada *Central Pacific road*, tomaba á Sacramento como punto de partida y avanzaba al Este al encuentro del que partia de Omaha. De San Francisco á la capital de la California, la línea corria directamente al Nordeste, siguiendo el *American-river*, que desagua en la bahía de San Pablo. Las ciento veinte millas comprendidas entre estas dos importantes ciudades se recorrieron en seis horas, y á cosa de media noche, mientras que los viajeros se hallaban entregados á su primer sueño, pasaron por Sacramento, no pudiendo por consiguiente ver nada de esta considerable ciudad, residencia de la legislatura del Estado de California, ni sus bellos muelles, ni sus anchas calles, ni sus espléndidos palacios, ni sus plazas ni sus templos.

Mas allá de Sacramento, el tren, despues de pasar

(1) De Océano á Océano.

Biblioteca Nacional de España

El sombrero de Fix fué transformado en cachucha de un tremendo puñetazo.

las estaciones de Junction, Roclin, Auburn y Colfax penetró en el macizo de Sierra-Nevada. Eran las siete de la mañana cuando se pasó por la estacion de Cisco. Una hora despues, el dormitorio era de nuevo un wagon ordinario, y los viajeros podian ver por los cristales los pintorescos puntos de vista de aquel montuoso país. El trazado del ferro-carril obedecia los caprichos de la sierra, yendo unas veces adherido á las faldas de la montaña, otras suspendido sobre los precipicios, evitando los ángulos bruscos por medio de curvas atrevidas, penetrando en gargantas estrechas que parecian sin salida. La locomotiva brillante como unas andas, con su gran fanal que despedia rojizos fulgores, su campana plateada, mezclaba sus silbidos y bramidos con los de los torrentes y cascadas, retorciendo su humo por las ennegrecidas ramas de los pinos.

Habia pocos túneles ó ninguno, y no existian puentes. El ferro-carril seguia los contornos de las montañas, no buscando en la línea recta el camino mas corto de uno á otro punto y no violentando á la Naturaleza.

Hácia las nueve, por el valle de Corson, el tren penetraba en el Estado de Nevada, siguiendo siempre la direccion del Nordeste. A las doce pasaba por Reno, donde los viajeros tuvieron veinte minutos para almorzar.

Desde este punto, la vía férrea, costeando el *Humboldt-river*, se elevó durante algunas millas hácia el Norte, siguiendo su curso; despues torció al Este, no debiendo ya separarse de ese rio antes de llegar á los *Humbolt-Ranges*, donde nace, casi á la estremidad oriental del Estado de Nevada.

Despues de haber almorzado, mister Fogg, mistres Aouda y sus compañeros volvieron á sus asientos. Phileas Fogg, la jóven Aouda y sus compañeros, confortablemente colocados, miraban el paisaje variado que se presentaba á su vista; vastas praderas, montañas que se perfilaban en el horizonte, *treeks* que rodaban sus aguas espumosas. De vez en cuando aparecia en masa dilatada un gran rebaño de bisontes cual dique movedizo. Esos innumerables ejércitos de rumiantes oponen á veces un obstáculo insuperable al paso de los trenes. Se han visto millares

Biblioteca Nacional de España

Los viajeros estaban mirando tan curioso

de ellos desfilar durante muchas horas en apiñadas hileras al través de los rails. La locomotiva tiene entonces que detenerse y aguardar que la vía esté libre.

Y eso fue lo que en aquella ocasion aconteció. A las tres de la tarde, la vía quedó interrumpida por un rebaño de diez á doce mil cabezas. La máquina, despues de haber amortiguado su velocidad, intentó introducir su espolon en tan inmensa columna, pero tuvo que detenerse ante la impenetrable masa.

Aquellos rumiantes, búfalos, como impropiamente los llaman los americanos, marchaban con tranquilo paso, dando á veces formidables mugidos. Tenian una estatura superior á los de Europa, piernas y cola cortas; con una joroba muscular; las astas separadas en la base; la cabeza, cuello y espaldas cubiertos con una melena de largo pelo. No podia pensarse en detener esa emigracion. Cuando los bisontes adoptan una marcha, nada hay que pueda modificarla; es un torrente de carne viva que no puede ser contenido por dique alguno.

Los viajeros, dispersados sobre los pasadizos, estaban mirando tan curioso espectaculo; pero el que debia tener mas prisa que todos, Phileas Fogg, habia permanecido en su puesto, aguardando filosóficamente que á los búfalos les pluguiese dejarle paso. Picaporte estaba enfurecido por la tardanza que ocasionaba esa aglomeracion de animales. De buena gana hubiera descargado sobre ellos su arsenal de rewolvers.

—¡Qué país!—esclamó.—¡Unos simples bueyes que detienen los trenes y que van así en procesion sin prisa ninguna como si no estorbasen la circulacion! ¡Pardiez! ¡Quisiera yo saber si mister Fogg habia previsto este contratiempo en su programa! ¡Y ese maquinista no se atreve á lanzar su máquina al través de ese obstruidor ganado!

El maquinista no habia intentado forzar el obstáculo, obrando con sana prudencia, porque hubiera aplastado indudablemente á los primeros búfalos atacados por el espolon de la locomotiva; pero por poderosa que fuera la máquina se habria parado en seguida, dando lugar á un descarrilamiento y á una indefinida detencion del tren.

Biblioteca Nacional de España

lo mejor era, pues, esperar con paciencia y ganar despues el tiempo perdido acelerando la marcha del tren. El desfile de los bisontes duró tres horas largas, y la vía no estuvo espedita sino al caer la noche. En este momento, las últimas filas del rebaño atravesaban el ferro-carril, mientras que las primeras desaparecian por el horizonte meridional.

Eran, pues las ocho cuando el tren cruzó los desfiladeros de los *Humbolt Ranges*, y las nueve y media cuando penetró en el territorio del Utah, la region del gran lago Salado, el curioso país de los mormones.

VII.

DONDE PICAPORTE SIGUE, CON UNA VELOCIDAD DE VEINTE MILLAS POR HORA, UN CURSO DE HISTORIA MORMÓNICA.

Durante la noche del 5 al 6 de diciembre, el tren corrió al Sureste sobre un espacio de unas cincuenta millas, y luego subió otro tanto hácia el Nordeste, acercándose al gran lago Salado.

Picaporte, hácia las nueve de la mañana, salió á tomar el aire á los pasadizos. El tiempo estaba frio y el cielo cubierto, pero no nevaba. El disco del sol, abultado por las brumas, parecia como una enorme pieza de oro, y Picaporte se ocupaba en calcular su valor en piezas esterlinas, cuando le distrajo de tan útil trabajo la aparicion de un personaje bastante estraño.

Ese personaje, que habia tomado el tren en la estacion de Elko, era hombre de elevada estatura, muy moreno, de bigote negro, pantalon negro, corbata blanca, guantes de piel de perro. Parecia un reverendo. Iba de un estremo al otro del tren, y en la portezuela de cada wagon pegaba con obleas una noticia manuscrita.

Picaporte se acercó y leyó en una de esas notas que el honorable *elder* Willian Hitch, misionero mormon, aprovechando su presencia en el tren número 48, daria de once á doce, en el coche número 117, una conferencia sobre el mormonismo, invitando á oirla á todos los caballeros deseosos de instruirse en los misterios de la religion de los *santos de los últimos dias*.

Picaporte, que solo sabia del mormonismo sus costumbres polígamas, base de la sociedad mormónica, se propuso concurrir.

La noticia se esparció rápidamente por el tren, que llevaba un centehar de viajeros. Entre ellos, treinta lo mas, atraidos por el cebo de la conferencia, ocupaban á las once las banquetas del coche número 117, figurando Picaporte en la primera fila de los fieles. Ni su amo ni Fix habian creido conveniente molestarse.

A la hora fijada, el elder William Hitch se levantó, y con voz bastante irritada, como si de antemano le hubieran contradicho; esclamó:

—¡Os digo yo que Joe Smith es un mártir, que su hermano Hyram es un mártir, y que las persecuciones del gobierno de la Union contra los profetas van á hacer tambien un mártir de Brigham Youn! ¿Quién se atreveria á sostener lo contrario?

Nadie se aventuró á contradecir al misionero, cuya exaltacion era un contraste con su fisonomia naturalmente serena. Pero su cólera se esplicaba sin duda por estar actualmente sometido el mormonismo á trances muy duros. El gobierno de los Estados-Unidos acababa de reducir, no sin trabajo, á esos fanáticos independientes. Se habia hecho dueño del Utah sometiéndolo á las leyes de la Union, despues de haber encarcelado á Brigham Younh, acusado de rebelion y de poligamia. Desde aquella época, los discípulos del profeta redoblaban sus esfuerzos, y aguardando los actos, resistian con la palabra las pretensiones del Congreso.

Cómo se vé el elder Willian Hitch hacia proselitismo hasta en ferro-carril.

Y entonces refirió, apasionando su relacion con los raudales de su voz y la violencia de sus ademanes, la historia del mormonismo desde los tiempos bíblicos: «Cómo en Israel, un profeta mormon de la tribu de José publicó los anales de la nueva religion y los legó á su hijo Morom; cómo muchos siglos mas tarde una traduccion de ese precioso libro, escrito en caractéres egipcios, fue hecho por José Smith junior, colono del Estado de Vermont, que se rebeló como profeta místico en 1825; cómo por último, le apareció un mensajero celeste en una selva luminosa y le entregó los anales del Señor.»

En aquel momento, algunos oyentes, poco interesados por la relacion retrospectiva del misionero, abandonaron el wagon; pero Willian Hitch, prosiguiendo, refirió «cómo Smith junior, reuniendo á su padre, á sus dos hermanos y algunos discípulos, fundó la religion de los santos de los últimos dias, religion que, adoptada, no tan solo en América, sino en Inglaterra, Escandinavia y Alemania, cuenta entre sus fieles, no solo artesanos, sino muchas personas que ejercen profesiones liberales; cómo una colonia fue fundada en el Ohio; cómo se edificó un templo gastando doscientos mil pesos, y cómo se construyó una ciudad en Kirkand; cómo Smitch llegó á ser un audaz banquero y recibió de un simple exhibidor de momias un papyrus que contenia la narracion escrita de mano de Abraham y otros célebres egipcios.»

Como esta historia se iba haciendo un poco larga, las filas de oyentes se fueron aclarando, y el público ya no quedaba reducido mas que á unas veinte personas.

Pero el elder, sin dársele cuidado por esta desercion, refirió con detalles «cómo Joe Smith quebró en 1837; cómo los arruinados accionistas le embrearon y emplumaron; cómo se le volvió á ver mas honorable y mas honrado que nunca, algunos años despues en Independencia en el Missuri, y jefe de una comunidad floreciente, y que no contaba menos de tres mil discípulos y entonces, perseguido por el odio de los gentiles, tuvo que huir al Farwer americano.»

Todavía quedaban diez oyentes, y entre ellos el buen Picaporte, que era todos oidos. Así supo «cómo despues de muchas persecuciones Smith apareció en el Illinois y fundó en 1839, á las orillas del Mississipi, Nauvoo-la-Bella, cuya poblacion se elevó hasta veinticinco mil almas; cómo Smith fue su alcande, juez supremo y general en jefe; cómo en 1843 se presentó candidato á la presidencia de los Estados-Unidos, y cómo por último, atraido á una asechanza en Cartago, fue encarcelado y asesinado por una banda de hombres enmascarados.»

Entonces ya no habia quedado mas que Picaporte en el wagon, y el elder, mirándole de hito en hito, fascinándole con sus palabras, le recordó que dos años despues del asesinato de Smith, su sucesor el profeta inspirado, Brigham Young, abandonando á Nauvoo, fué á establecerse á las orillas del lago Salado, y allí, en aquel admirable territorio, en medio de una region fértil, en el camino que los emigrantes atraviesan para ir á California, la nueva colonia, gracias á los principios de poligamia del mormonismo, tomó enorme estension.

—¡Y por eso,—añadió William Hith,—por eso la envidia del Congreso se ha ejercitado contra nosotros! ¡Por eso los soldados de la Union han pisoteado el suelo del Utah! ¡Por eso nuestro jefe, el profeta Brigham Young, ha sido profeso, con menosprecio de toda justicia! ¿Cederemos á la fuerza? ¡Jamás! Arrojados del Vermont, arrojados del Illinois, arrojados del Ohio, arrojados del Missuri, arrojados del Uthat, ya

Biblioteca Nacional de España

encontraremos algun territorio independiente donde plantar nuestra tienda... Y vos, adicto mio,—añadió el elder fijando sobre su único oyente su enojada mirada,—¿plantareis la vuestra á la sombra de nuestra bandera?

—No,—respondió con valentía Picaporte, que huyó á su vez, dejando al energúmeno predicar en el desierto.

Pero durante esta conferencia, el tren habia marchado con rapidez, y á cosa de medio dia tocaba en la punta Noroeste del gran lago Salado. De aquí podia abrazarse en un vasto perímetro el aspecto de ese mar interior que lleva tambien el nombre de Mar Muerto, y en el cual desagua un Jordan de América. Lago admirable, rodeado de bellas peñas agrestes, con anchas capas incrustadas de sal blanca, soberbia sábana de agua, que antiguamente cubria un espacio mas considerable; pero con el tiempo, sus orillas, elevándose poco á poco, han reducido su superficie aumentando su profundidad.

El lago Salado, con unas setenta millas de longitud y treinta y cinco de altura, está situado á tres mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. Muy diferente del lago Asfaltites, cuya depresion acusa mil doscientos pies menos, su salobrez es considerable, y sus aguas tienen en disolucion la cuarta parte de materia sólida. Su peso específico es de 1,170, siendo 1,000 la del agua destilada. Por eso allí no pueden existir peces. Los que vienen del Jordan, del Weber y de otros rios, perecen en seguida; pero no es verdad que la densidad de las aguas sea tal, que un hombre no pueda sumergirse.

Alrededor del lago, la campiña estaba admirablemente cultivada, porque los mormones entienden bien los trabajos de la tierra; ranchos y corrales para los animales domésticos; campos de trigo, maíz, sorgho; praderas de exuberante vegetacion; en todas partes setos de rosales silvestres, matorrales de acacias y de euforbios; tal hubiera sido el aspecto de esa comarca seis meses mas tarde; pero entonces el suelo estaba cubierto por una delgada capa de nieve que lo emblanquecia ligeramente.

A las dos, los viajeros se apeaban en la estacion de Ogden. El tren no debia marchar hasta las seis. Mister Fogg, mistress Aouda y sus dos compañeros tenian, por consiguiente, el tiempo de ir á la Ciudad de los Santos, por el pequeño ramal que se destaca de la estacion de Ogden. Dos horas bastaban apenas para visitar esa ciudad absolutamente americana, y como tal, construida por el estilo de todas las ciudades de la Union, vastos tableros de largas líneas monótonas, con la tristeza lúgubre de los ángulos rectos, segun la espresion de Víctor Hugo. El fundador de la Ciudad de los Santos, no podia librarse de esa necesidad de simetría que distingue á los anglosajones. En este singular país, donde los hombres no están ciertamente á la altura de las instituciones, todo se hace cuadrándose; las ciudades, las casas y las tolderías.

A las tres, los viajeros se paseaban, pues, por las calles de la ciudad, construida entre la orilla del Jordan y las primeras ondulaciones de los montes Washsatch. Advirtieron pocas iglesias ó ninguna, y como monumentos la casa del Profeta, la cort house y el arsenal; despues unas casas de ladrillos azulados con cancelas y galerías, rodeados de jardines adornadas con acacias, palmeras y algarrobos. Un muro de arcilla y piedras, hecho en 1853, ceñia la ciudad; en la calle principal, donde estaba el mercado, se elevaban algunos palacios adornados de banderas, y entre otros Lake Salt-house.

Mister Fogg y sus compañeros no encontraron la ciudad muy poblada. Las calles estaban casi desiertas, salvo la parte del templo, á donde no llegaron sino despues de atravesar algunos barrios cercados de empalizadas. Las mujeres eran bastante numerosas, lo cual se esplica por la composicion singular de las familias mormonas. No debe creerse, sin embargo, que todos los mormones son polígamos. Cada cual es libre de hacer sobre este particular lo que guste, pero conviene observar que son las ciudadanas del Utah las que tienen especial empeño en ser casadas, porque, segun la religion del país, el cielo mormon no admite á la participacion de sus delicias á las solteras. Estas pobres criaturas no parecen tener existencia holgada ni feliz. Algunas, las mas ricas sin duda, llevaban un jubon de seda negro, abierto en la cintura, bajo una capucha ó chal muy modesto. Las otras no iban vestidas mas que de indiana

Picaporte, en su cualidad de soltero por conviccion, no miraba sin cierto espanto á esas mormonas encargadas de hacer entre muchas la felicidad de un solo mormon. En su buen sentido, de quien se compadecia mas era del marido. Le parecia terrible tener que guiar tantas damas á la vez por entre las vicisitudes de la vida, conduciéndolas así en tropel hasta el Paraiso mormónico, con la perspectiva de encontrarlas allí para la eternidad en compañía del glorioso Smith, que debia ser ornamento de aquel lugar de delicias. Decididamente no tenia vocacion para eso, y le parecia, tal vez equivocándose, que las ciudadanas del Great Lake-city dirigian á su persona miradas algo inquietantes.

Por fortuna, su residencia en la Ciudad de los Santos no debia prolongarse. A las cuatro menos algunos minutos los viajeros se hallaban en la estacion y volvian á ocupar su asiento en los wagones.

Dióse el silbido, pero cuando las ruedas de la locomotora, patinando sobre los rails, comenzaban á imprimir al tren alguna velocidad, resonaron estos gritos: ¡Alto! ¡Alto!

No se para un tren en marcha, y el que proferia esos gritos era sin duda algun mormon rezagado. Corria desalentado, y afortunadamente para él no habia en la estacion puertas ni barreras. Se lanzó á la via, saltó al estribo del último coche y cayó sin aliento sobre una de las banquetas del wagon.

Picaporte, que habia seguido con emocion los incidentes de esta gimnástica, vino á contemplar al rezagado, á quien cobró vivo interés al saber que se escapaba á consecuencia de una reyerta de familia.

Cuando el mormon recobró aliento, Picaporte se aventuró á preguntarle cortesmente cuántas mujeres tenia para él solo, y del modo con que venia escapado le suponia una veintena al menos.

—¡Una, señor!—respondió el mormon elevando los brazos al cielo; —¡una, y era bastante!

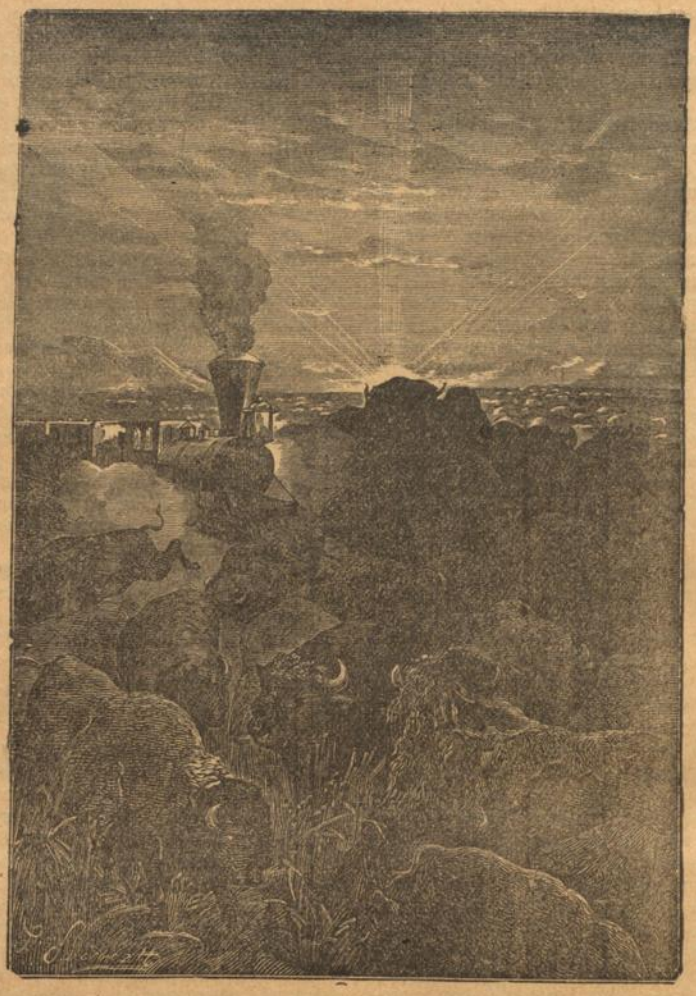
IX.

DONDE PICAPORTE NO PUDO LLEGAR Á HACER ENTENDER EL LENGUAJE DE LA RAZON.

El tren, al salir de Great-Salt-lake y de la estacion de Ogden, se elevó durante una hora hácia el Norte hasta Veber-river, despues de recorrer unas novecientas millas desde San Francisco. En esta parte de territorio, comprendida entre esos montes y las montañas Rocosas propiamente dichas, los ingenieros americanos han tenido que vencer las mas serias dificultades. Así, pues, en ese trayecto la subvencion del gobierno de la Union ha ascendido á cuarenta y ocho mil pesos por milla, al paso que no era mas que diez y seis mil en la llanura; pero los ingenieros, como hemos dicho, no han violentado á la naturaleza, sino que han usado con ella con astucia, sesgando las dificultades, no habiendo tenido necesidad de perforar mas que un túnel de catorce mil pies para llegar á la gran cuenca.

En el lago Salado era donde el trazado llegaba á

Biblioteca Nacional de España



El desfile de los bisontes duró tres horas largas.

su mas alto punto de altitud. Desde aquí su perfil describia una curva muy prolongada que bajaba hácia el valle de de Bitter-creek, para remontarse hasta la línea divisoria de las aguas entre el Océano y el Pacífico. Los rios eran numerosos en esta region montuosa. Hubo que pasar sobre puentes el Muddy, el Gree y otros. Picaporte se habia tornado mas impaciente á medida que se acercaba el término del viaje, y Fix á su vez hubiera querido haber salido ya de aquella region estraña. Temia las tardanzas, recelaba los accidentes, y aun tenia mas prisa que el mismo Phileas Fogg en poner el pie sobre la tierra inglesa.

A las diez de la noche el tren se detenia en la estacion de Fort-Bridger, de la cual se separó al punto, y veinte millas mas allá entraba en el Estado de Wyoming, el antiguo Dakota, siguiendo todo el valle de Bitter-creek, de donde surgen parte de las aguas que forman el sistema hidrográfico del Colorado.

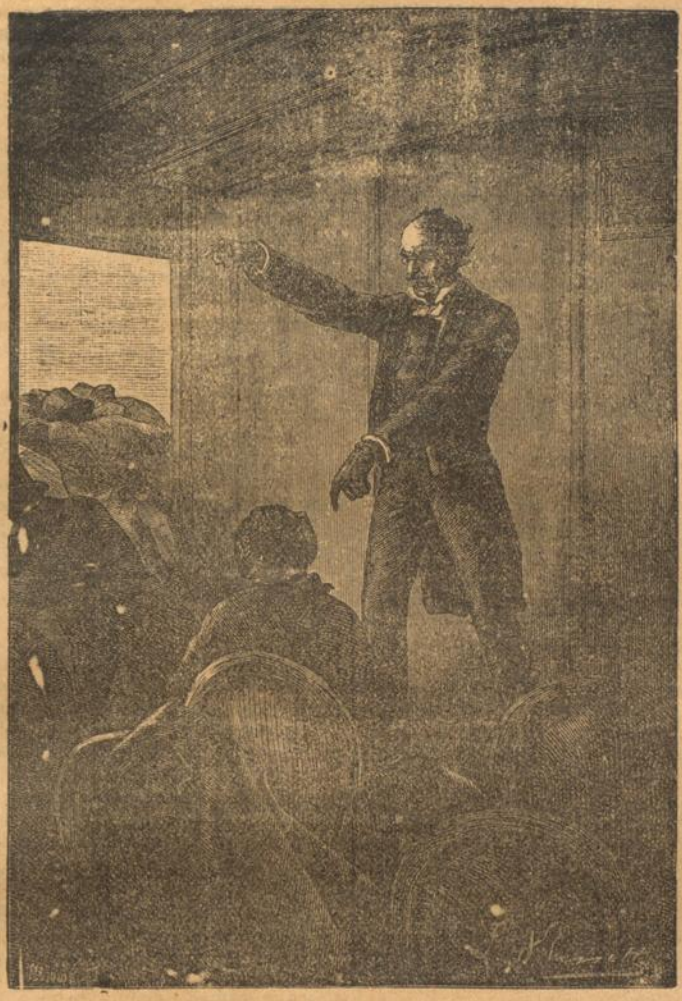
Al dia siguiente, 7 de diciembre, hubo un cuarto de hora de parada en la estacion de Green-river. La nieve habia caido durante la noche con bastante abundancia; pero mezclada con lluvia, medio derretida, no podia estorbar la marcha del tren. Sin embargo, este mal tiempo no dejó de inquietar á Picaporte, porque la acumulacion de las nieves, entorpeciendo las ruedas de los wagones, hubiera comprometido seguramente el viaje.

—¿Pero qué idea, —decia para sí, —habrá tenido mi amo con viajar durante el invierno? ¿No podia aguardar la buena estacion para tener mayores probabilidades?

Pero en aquel momento en que el honrado mozo no se preocupaba mas que del estado del cielo y del descenso de la temperatura, mistress Aouda esperimentaba recelos mas vivos, que procedian de otra muy diferente causa.

En efecto, algunos viajeros se habian apeado y se paseaban por el muelle de la estacion de Green-river aguardando la salida del tren. Ahora bien; á través del cristal reconoció entre ellos al coronel Stamp Proctor, aquel americano que tan groseramente se habia conducido con Phileas Fogg durante el mee

Biblioteca Nacional de España



¡Y vos, añadió William Hitch, plantareis vuestra bandera al lado de la nuestra

tig de San Francisco. Mistress Aouda, no queriendo ser vista se echó para atrás.

Esta circunstancia impresionó vivamente á la jóven. Esta habia cobrado efecto al hombre que, por frio que fuera, le daba diariamente muestras de la mas absoluta adhesion. No comprendia sin duda toda la profundidad del sentimiento que le inspiraba su salvador, y aunque no daba á este sentimiento otro nombre que el de agradecimiento, habia mas que esto sin sospecharlo ella misma. Por eso su corazon se oprimió cuando reconoció al grosero personaje á quien tarde ó temprano queria mister Fogg pedir cuenta de su conducta. Evidentemente era la casualidad sola la que habia traido al coronel Proctor; pero en fin, estaba allí, y era necesario impedir á toda costa que Phileas Fogg apercibiese á su adversario.

Misterss Aouda, cuando el tren echó de nuevo á andar, aprovechó un momento en que mister Fogg dormitaba para poner á Fix y Picaporte al corriente de lo que ocurria.

—¡Ese Proctor está en el tren!—esclamó Fix.—Pues bien, tranquilizaos, señora; antes de entenderse con el llamado..... con míster Fogg, ajustaré cuentas conmigo. Me parece que en todo caso yo soy quien ha recibido los insultos mas graves.

—Y además,—añadió Picaporte,—yo me encargo de él por mas coronel que sea.

—Señor Fix,—repuso mistress Aouda,—mister Fogg no dejará á nadie el cuidado de vengarse. Es hombre, lo ha dicho, capaz de volver á América para buscar á ese insultador. Si ve, por consiguiente, al coronel Proctor, no podremos impedir un encuentro que pudiera traer resultados deplorables. Es menester, pues, que no lo vea.

—Teneis razon, señora,—respondió Fix;—un encuentro podria perderlo todo. Vencedor ó vencido, mister Fogg se veria atrasado, y...

—Y,—añadió Picaporte,—eso haria ganar á los gentleman del Reform-Club. ¡Dentro de cuatro dias estaremos en Nueva-York! Pues bien, si durante cuatro dias mi amo no sale de su vagon, puede esperarse que la casualidad no lo pondrá enfrente de ese maldito americano que Dios confunda. Y ya sabremos impedirlo.

Biblioteca Nacional de España

La conversacion se suspendió. Mister Fogg se habia despertado y miraba el campo por entre el vidrio manchado de nieve. Pero mas tarde, y sin ser oido de su amo ni de mistress Aouda, Picaporte dijo al inspector de policia.

—¿De veras os batiriais por él?

—Todos los medios emplearé para que llegue vivo á Europa,—respondió simplemente Fix con tono que denotaba una implacable voluntad.

Picaporte sintió cierto estremecimiento; pero sus convicciones respecto de la no culpabilidad de su amo siguieron inalterables.

¿Y podia hallarse algun medio de detener á mister Fogg en el comportamiento para evitar todo encuentro con el coronel? No podia ser esto difícil contando con el genio calmoso del gentleman. En todo caso, el inspector de policía creyó haber dado con el medio, porque á los pocos instantes decia á Phileas Fogg:

—Largas y lentas son estas horas que se pasan así en ferro-carril.

—En efecto,—dijo el gentleman,—pero van pasando.

—A bordo de los buques,—repuso el inspector,—teníais costumbre de jugar vuestra partida de whist.

—Sí, pero aquí sería difícil. No hay naipes ni jugadores.

—¡Oh! en cuanto á los naipes, ya los hallaremos, porque se venden en todos los wagones americanos. En cuanto á compañeros de juego, si por casualidad la señora.....

—Ciertamente, caballero,—respondió con viveza Aouda,—sé jugar al whist. Eso forma parte de la educacion inglesa.

—Y yo,—repuso Fix,—tengo alguna pretension de jugarlo bien. Por consiguiente, haremos la partida á tres.

—Como gusteis,—repuso Fogg gozoso de dedicarse á su juego favorito aun en ferro-carril.

—Picaporte fué en busca del stewart y volvió luego con dos barajas, fichas, tantos y una tablilla forrada de paño. No faltaba nada. El juego comenzó. Mistress Aouda sabia bastante bien el whist, y aun recibió algunos cumplidos del severo Phileas Fogg. En cuanto al inspector, era de primera fuerza y capaz de luchar con el gentleman.

—Ahora,—dijo entre sí Picaporte,—ya es nuestro y no se moverá.

A las once de la mañana, el tren llegó á la línea divisoria de las aguas de ambos Océanos. Aquel paraje, llamado Passe-Bridger, se hallaba á siete mil quinientos veinticuatro pies ingleses sobre el nivel del mar, y era uno de los puntos mas altos del trazado férreo al través de las montañas Rocosas. Despues de haber recorrido unas doscientas millas, los viajeros se hallaron por fin en una de esas estensas llanuras que llegan hasta el Atlántico y que tan propicias son para el establecimiento de caminos de hierro.

Sobre la vertiente de la cuenca atlántica se desarrollaban ya los primeros rios, afluentes á subafluentes del North Platte-river. Todo el horizonte del Norte y del Este estaba cubierto por una inmensa cortina semi-circular que forma la porcion septentrional de las montañas Rocosas dominada por el pico de Laramia. Entre esa curvatura y la línea férrea se estendian vastas llanuras abundantemente regadas. A la derecha de la via aparecian las primeras rampas de la masa montuosa que se redondea al Sur hasta el nacimiento del Arkansas, uno de los grandes tributarios del Missuri.

A las doce y media los viajeros divisaron el fuente Halleck, que domina aquella comarca. Con algunas horas mas el trayecto de las montañas Rocosas quedaria hecho, y por consiguiente podia esperarse que ningun incidente perturbaria el paso del tren por tan áspera region. Ya no nevaba y el frio era seco. A lo lejos huian unas aves grandes espantadas por la locomotiva. Ninguna fiera, ni oso, ni lobo aparecian en la llanura. Era el desierto con su inmensa desnudez.

Despues de un almuerzo bastante confortable servido en el mismo wagon, mister Fogg y sus compañeros acababan de tomar los naipes de nuevo, cuando se oyeron violentos silbidos. El trea se paró.

Picaporte se asomo á la portezuela y no vió nada ni habia estacion alguna.

Mistress Aouda y Fix pudieron temer por un momento que mister Fogg bajase á la vía, pero el gentleman se contentó con decir á su criado:

—Id á ver lo que es eso.

Picaporte salió, y unos cuarenta viajeros habian dejado ya sus puestos, entre ellos el coronel Stamp Proctor.

El tren se habia parado ante una señal roja, y el maquinista, así como el conductor, altercaban vivamente con un guarda-vía que habia sido enviado al encuentro del convoy por el jefe de Medicine-Bow, la estacion inmediata. Tomaban parte en la discusion algunos viajeros que se habian acercado, y entre otros el referido coronel Proctor con altaneras palabras é imperiosos ademanes.

Picaporte oyó decir al guarda-vía:

—¡No! ¡No hay medio de pasar! El puente de Medicine-Bow está resentido y no aguantaria el peso del tren.

El puente de que se trataba era colgante y cruzaba sobre un raudal á una milla del sitio donde se habia parado el tren. Segun el guarda-vía muchos alambres estaban rotos y el puente amenazaba ruina, siendo imposible arriesgarse y pasarlo. El guarda-vía no exageraba al afirmarlo, y es preciso tener en cuenta que con los hábitos de los americanos, cuando son ellos prudentes seria locura no serlo.

Picaporte, que no se atrevia á contárselo á su amo, estaba oyendo lo que decian, quieto como una estatua y apretando los dientes.

—¡Me parece,—esclamó el coronel Proctor,—que no vamos á estar aquí criando raices en la nieve!

—Coronel,—respondió el conductor,—hemos telegrafiado á la estacion de Omaha para pedir un tren pero es probable que no llegue á Medicine-Bow antes de seis horas.

—¡Seis horas!—dijo Picaporte.

—Sin duda. Ademas, bien necesitaremos ese tiempo para llegar á pié á la estacion.

—Pero si no está mas que á una milla,—dijo un viajero

—En efecto: pero al otro lado del rio.

—¿Y ese rio no puede pasarse con barca?

—Imposible. El torrente viene crecido por las lluvias. Es un raudal y tendremos que dar un rodeo de diez millas al Norte para hallar un vado.

El coronel echó una bordada de ternos, pegándola con la Compañía y con el conductor, mientras que Picaporte furioso no estaba muy lejos de hacer coro con él. Habia un obstáculo material contra el cual habian de estrellarse esta vez todos los billetes de Banco de su amo.

Ademas, el descontento era general entre los viajeros, quienes, sin contar con el atraso, se veian obligados á andar unas quince millas por la llanura nevada. Hubo, pues, alboroto, vociferaciones, griteria, y esto hubiera debido llamar la atencion de Phileas Fogg á no estar absorto en el juego.

Sin embargo, Picaporte tenia que darle parte de lo que pasaba, y se dirigia al wagon con la cabeza baja, cuando el maquinista, verdadero yankee llamado Forster, dijo levantando la voz:

—Señores, tal vez hay medio de pasar.

—¿Por el puente?—dijo un viajero.

Biblioteca Nacional de España

—rer el puente.

—¿Con nuestro tren?—preguntó el coronel.

—Con nuestro tren.

Picaporte se detuvo y devoraba las palabras del maquinista.

—¡Pero el puente amenaza ruina!—dijo el conductor.

—No importa,—Respondió Forster,—Creo que lanzando el tren con su máximum de velocidad, hay probabilidad de pasar.

—¡Diantre!—esclamó Picaporte.

Pero cierto número de viajeros fueron inmediatamente seducidos por la proposicion, que gustaba en especial al coronel Proctor. Este cerebro descompuesto consideraba la cosa como muy practicable. Se acordó de que unos ingenieros habian concebido la idea de pasar los rios sin puentes con trenes rígidos lanzados á toda velocidad. Y en fin de cuentas, todos los interesados en la cuestion se pusieron de parte del maquinista.

—Tenemos cincuenta probabilidades de pasar,—decia uno.

—Sesenta,—decia otro.

—Ochenta... ¡Noventa por ciento!

Picaporte estaba asustado, si bien se hallaba dispuesto á intentarlo todo para pasar el Medicine-creek, pero la tentativa le parecia demasiado americana.

—Por otra parte,—pensó,—hay otra cosa mas sencilla que ni siquiera ocurre á esa gente. Caballero,—Dijo á uno de los viajeros,—el medio propuesto por el maquinista me parece algo aventurado, pero...

—¡Ochenta probabilidades!—respondió el viajero, que le volvió la espalda.

—Bien lo sé,—respondió Picaporte dirigiéndose á otro,—pero una simple reflexion.

—No hay reflexion, es inútil,—respondió el americano encogiéndose de hombros,—puesto que el maquinista asegura que pasaremos.

—Sin duda pasaremos, pero seria quizá mas prudente...

—¡Cómo prudente!—esclamó el coronel Proctor, á quien hizo dar un salto esa palabra oida por casualidad.—¡Os dicen que á toda velocidad! ¿Comprendeis? ¡A toda velocidad!

—Ya sé, ya comprendo....—repetia Picaporte, á quien nadie dejaba acabar;—pero seria, si no mas prudente, puesto que la palabra os choca, al menos mas natural...

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué tiene que decir ese con su natural?...—gritaron todos.

Ya no sabia el pobre mozo de quién hacerse oir.

—¿Teneis acaso miedo?—le preguntó el coronel Proctor.

—¡Yo miedo!—esclamó Picaporte.—Pues bien, sea. ¡Yo les enseñaré que un francés puede ser tan americano como ellos!

—¡Al tren, al tren!—gritaba el conductor.

—¡Sí, al tren!—repetia Picaporte,—¡al tren! ¡y al instante! ¡Pero nadie me impedirá pensar que hubiera sido mas natural pasar primero el puente á pie, y luego el tren!...

Nadie oyó tan cuerda reflexion, ni nadie hubiera querido reconocer su conveniencia.

Los viajeros volvieron á los coches, Picaporte ocupó su asiento sin decir nada de lo ocurrido. Los jugadores estaban absortos en su whist.

La locomotiva silbó vigorosamente. El maquinista, invirtiendo el vapor, trajo el tren para atrás durante cerca de una milla, retrocediendo como un saltador que va á coger vuelo.

Despues de otro silbido comenzó la marcha hácia adelante; se fue acelerando, y muy luego la velocidad fue espantosa. No se oia ya la repercusion de los relinchos de la locomotiva, sino una aspiracion seguida, los pistones daban veinte golpes por segundo; los ejes humeaban entre las cajas de grasa. Se sentia, por decirlo así, que el tren entero, marchando con una rapidez de cien millas por hora, no gravitaba ya sobre los rails. La velocidad destruia la pesantez.

Y pasaron como un relámpago. Nadie vió el puente. El tren saltó, por decirlo así, de orilla á otra, y el maquinista no pudo detener su máquina desbocada sino á cinco millas mas allá de la estacion.

Pero apenas habia pasado el tren, cuando el puente, definitivamente arruinado, se desplomaba con estrépito sobre el raudal de Medicine-Bow.

X.

DONDE SE REFIEREN VARIOS INCIDENTES QUE SOLO ACONTECEN EN LOS FERRO-CARRILES DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Aquella misma tarde, el tren proseguia su marcha sin obstáculos, pasaba el fuerte Sanders, tasponia el paso de Cheyena y llegaba al paso de Evans. En este sitio alcanzaba el ferro-carril el punto mas alto del trayecto, ó sean ocho mil noventa y un pies sobre el nivel del Océano. Los viajeros ya no tenian mas que bajar hasta el Atlántico por aquellas llanuras sin límites niveladas por la naturaleza.

Allí empalmaba el ramal de Denver city, ciudad principal del Colorado. Este territorio es rico en minas de oro y de plata, y mas de cincuenta mil habitantes han fijado allí su domicilio.

Se habian recorrido mil trescientas ochenta y dos millas desde San Francisco en tres dias y tres noches. Cuatro noches y cuatro dias debian bastar, segun toda prevision, para llegar á Nueva-York. Phileas Fogg se mantenia, por consiguiente, dentro del plazo reglamentario.

Durante la noche se dejó á la izquierda el campamento de Walbah. El *Lodge pole creek* discurria paralelamente á la via, siguiendo sus aguas la frontera rectilínea comun á los Estados de Wyoming y del Colorado. A las once se entraba en el Nebrasca, se pasaba cerca del Sedgwick, y se tocaba en Julesburgh, situado en el brazo meridional de Platte-river.

Allí fue donde se inauguró el *Union Pacific-road* el 23 de octubre de 1867, cuyo ingeniero jefe fue el general J. M. Dodge, y donde se detuvieron las dos poderosas locomotivas que remolcaban los nueve wagones de convidados, entre los cuales figuraba el vicepresidente M. Tomás, C. Durant. Allí fue donde los sieux y los pawnies dieron el simulacro de un combate indio; allí brillaron los fuegos artificiales en medio de ruidosas aclamaciones; allí, por último, se publicó por medio de una imprenta portátil el primer número del periódico *Railway Pioneer*. Así fue celebrada la inauracion de ese gran ferro carril, instrumento de progreso y de civilizacion, trazado á través del desierto y destinado á enlazar entre sí ciudades que no existian aun. El silbato de la locomotiva, mas poderoso que la lira de Anfion, iba á hacerlas surgir muy en breve del suelo americano.

A las ocho de la mañana, el fuerte Mac Pherson quedaba atrás. Este punto dista trescientas cincuenta y siete millas de Omaha. La vía férrea seguia por la izquierda las caprichosas sinuosidades del brazo meridional del Platte-river. A las nueve se llegaba á la importante ciudad de North Platte, construida entre los dos brazos de ese gran rio, que se vuelven á reunir alrededor de ella para no formar en adelante ya mas que una sola arteria, afluyente considerable cuyas aguas se confunden con las del Missuri, un poco mas allá de Omaha.

Mister Fogg, y sus compañeros proseguian su juego, sin que ninguno de ellos se quejase de la longitud del camino. Fix habia empezado por ganar al-

Biblioteca Nacional de España

Algunos viajeros habian abandonado ya sus puestos.

gunas guineas que estaba perdiendo, no siendo menos apasionado que mister Fogg. Durante aquella mañana, la suerte favoreció singularmente á éste. Los triunfos llovian, por decirlo así, en sus manos. En cierto momento, despues de haber combinado un golpe atrevido, se preparaba á jugar espadas cuando de detrás de la banqueta salió una voz diciendo:

—Yo jugaria oros...

Mister Fogg, mistress Aouda, Fix, levantaron la cabeza. El coronel Proctor estaba junto á ellos.

Stamp Proctor y Phileas Fogg se reconocieron en seguida.

—¡Ah! sois vos, señor inglés,—esclamó el coronel,—¡sois vos quien quiere jugar espadas!

—Y que las juega,—respondió con frialdad Phileas Fogg, echando un diez de ese palo.

—Pues bien, me acomoda que sean oros,—replicó el coronel Proctor con irritada voz, haciendo un ademan para coger la carta jugada, y añadiendo:

—No sabeis ese juego

—Tal vez seré mas diestro en otro,—dijo Phileas Fogg levantándose.

—¡Solo de vos depende ensayarlo, hijo de John bull!—replicó el grosero personaje.

Mistress Aouda habia palidecido, afluyendo toda su sangre al corazon. Se habia asido del brazo de Phileas Fogg, que la repelió suavemente. Picaporte iba á echarse sobre el americano, que miraba á su adversario con el aire mas insultante; pero Fix se habia levantado, y yendo hácia el coronel Proctor le dijo:

—Olvidais que es conmigo con quien debeis entenderos, porque no solo me habeis injuriado, sino golpeado.

—Señor Fix,—dijo Fogg,—perdonad, pero esto me concierne á mí solo. Al pretender que yo hacia mal en jugar espadas, el coronel me ha injuriado de nuevo y me dará una satisfaccion.

—Cuando querais y donde querais,—respondió el americano,—y con el arma que querais.

Mistress Aouda intentó en vano detener á mister Fogg. El inspector hizo inútiles esfuerzos para hacer suya la cuestion. Picaporte queria echar al coronel por la portezuela, pero una señal de su amo le con-

Biblioteca Nacional de España

El puente se desplomó con estrépito.

Phileas Fogg salió del wagon, y el americano acompañó á la galería.

—Caballero,—dijo mister Fogg á su adversario,—tengo mucha prisa en llegar á Europa, y una tardanza cualquiera pejudicaria mucho mis intereses.

—¿Y qué me importa?—respondió el coronel Proctor.

—Caballero—dijo cortesmente mister Fogg,—despues de nuestro encuentro en San Francisco habia formado el proyecto de volver á buscaros á América tan luego como hubiese terminado los negocios que me llaman al antiguo continente.

—¡De veras!

—¿Quereis señalarme sitio para dentro de seis meses?

—¡Por qué no seis años?

—Digo seis meses y seré exacto.

—Esas no son mas que pamplinas. O al instante ó nunca.

—Corriente. ¿Vais á Nueva York?

—No.

—¿A Chicago?

—No.

—¿A Omaha

—Os importa poco. ¿Conoceis Plum-Creek?

—No.

—Es la estacion inmediata, y allí llegará el tren dentro de una hora; se detendrá diez minutos, durante los cuales se pueden disparar algunos tiros.

—Corriente; bajaré en la estacion de Plum-Creek.

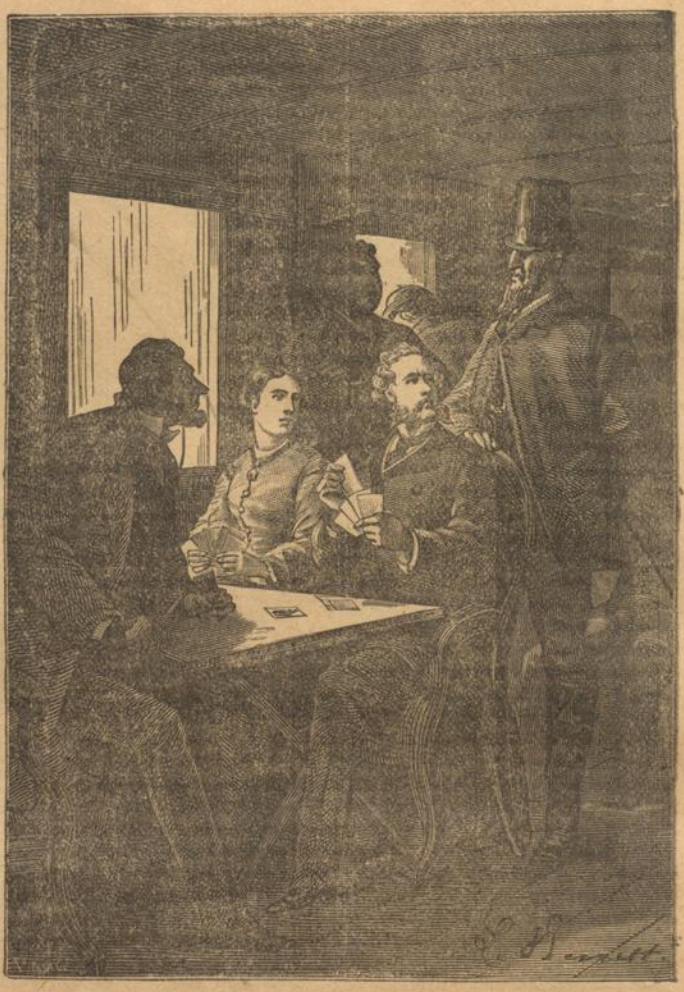
—Y creo que allí os quedareis,—añadió el americano con sin igual insolencia.

—¿Quién sabe, caballero?—respondió mister Fogg, y entró en su wagon tan calmoso como de costumbre.

Allí el gentleman comenzó por tranquilizar á mistress Aouda, diciéndole que los fanfarrones no eran nunca de temer. Despues rogó á Fix que le sirviera de testigo en el encuentro que se iba á verificar. Fix no podia rehusarlo, y Phileas Fogg prosiguió tranquilo su interrumpido juego echando espadas con perfecta calma.

A las once, el silbato de la locomotiva anunció la aproximacion de la estacion de Plum-Creek. Mister

Biblioteca Nacional de España



—¿Y quién las jugará respondió con frialdad Phileas Fogg.

Fogg se levantó, y seguido de Fix salió á la galería. Picaporte le acompañaba llevando un par de revolvers. Mistress Aouda se habia quedado en el wagon pálida como una muerta.

En aquel momento se abrió la puerta del otro wagon, y el coronel Proctor apareció tambien en la galería, seguido de su testigo, un yankee de su temple. Pero en el momento en que los dos adversarios iban á bajar á la via, el conductor acudió gritando:

—No se baja, señores.

—¿Y por qué?—preguntó el coronel.

—Llevamos veinte minutos de retraso y el tren no se para.

—Pero tengo que batirme con el señor.

—Lo siento,—respondió el empleado,—pero marchamos al punto. ¡Ya suena la campana!

La campana sonaba en efecto, y el tren prosiguió su camino.

—Lo siento muchísimo, señores,—dijo entonces el conductor.—En cualquier otra circunstancia hubiera podido serviros. Pero en definitiva, puesto que no habeis podido batiros en esta estacion, ¿quién os impide que lo hagais aquí?

—Eso no convendrá tal vez al señor,—dijo el coronel Proctor con aire burlon.

—Eso me conviene perfectamente,—respondió Phileas Fogg.

—Entonces, decididamente estamos en América, —pensó para sí Picaporte,—y el conductor del tren es un caballero de buen mundo.

Y pensando esto siguió á su amo.

Los dos adversarios y sus testigos precedidos del conductor, se fueron al último wagon del tren, ocupado tan solo por unos diez viajeros. El conductor les preguntó si querian dejar un momento libre el sitio á dos caballeros que tenian que arreglar un negocio de honor.

¡Cómo no! Muy gozosos se mostraron los viajeros en complacer á los contendientes, y se retiraron á la galería.

El wagon, que tenia unos cincuenta pies de largo, se prestaba muy bien para el caso. Los adversarios podian marchar uno contra otro entre las banquetas

Biblioteca Nacional de España

y fusilarse á su gusto. Nunca hubo duelo mas fácil de arreglar. Mister Fogg y el coronel Proctor, provistos cada uno de dos rewolvers, entraron en el wagon. Sus testigos los encerraron. Al primer silbido de la locomotiva debian comenzar el fuego. Y luego, despues de un trascurso de dos minutos, se sacaria del coche lo que quedase de los dos caballeros.

Nada mas sencillo á la verdad, y tan sencillo por cierto, que Fix y Picaporte sentian su corazon latir hasta romperse.

Se esperaba el silbido convenido, cuando resonaron de repente unos gritos salvajes, acompañados de tiros que no procedian del wagon ocupado por los duelistas. Los disparos se escuchaban al contrario por la parte delantera y sobre toda la línea del tren: en el interior de éste se oian gritos de furor.

El coronel Proctor y mister Fogg, con rewolver en mano, salieron al instante del wagon y se corrieron adelante, donde eran mas ruidosos los gritos y los disparos.

Habian comprendido que el tren era atacado por una banda de sioux.

No era la vez primera que esos atrevidos indios habian detenido los trenes. Segun su costumbre, sin aguardar la parada del convoy se habian arrojado sobre el estribo un centenar de ellos, escalando los wagones como lo hace un clown al saltar sobre un caballo á galope.

Estos sioux estaban armados de fusiles. De aquí las detonaciones á que correspondian los viajeros, casi todos armados. Los indios habian comenzado por arrojarse sobre la máquina. El maquinista y el fogonero habian sido ya casi magullados. Un jefe sioux, queriendo detener el tren, pero no sabiendo manejar el regulador, habia abierto la introduccion del vapor en vez de cerrarla, y la locomotiva, arrastrada, corria con una velocidad espantosa.

Al mismo tiempo los sioux habian invadido los wagones. Corrian como monos enfurecidos sobre las cubiertas, echaban abajo las portezuelas y luchaban cuerpo á cuerpo con los viajeros. El furgon de equipajes habia sido saqueado arrojando los bultos á la vía. La gritería y los tiros no cesaban.

Sin embargo, los viajeros se defendian con valor. Ciertos wagones sostenian por medio de barricadas un sitio, como verdaderos fuertes ambulantes llevados con una velocidad de cien millas por hora.

Desde el principio del ataque, mistress Aouda se habia conducido valerosamente. Con rewolver en mano se defendia heróicamente tirando por entre los cristales rotos cuando asomaba algun salvaje. Unos veinte sioux heridos de muerte habian caido á la vía, y las ruedas de los wagones aplastaban á los que se caian sobre los rails desde los puentecillos.

Varios viajeros, gravemente heridos de bala ó de rompe-cabezas, yacian sobre las banquetas.

Era necesario acabar. La lucha llevaba diez minutos de duracion y tenia que terminar en ventaja de los sioux si el tren no se paraba. En efecto; la estacion de Fuerte Kearney no estaba á dos millas de distancia, y una vez pasado el fuerte y la estacion siguiente, los sioux serian dueños del tren.

El conductor se batia al lado de mister Fogg, cuando una bala le alcanzó. Al caer esclamó:

—¡Somos perdidos si el tren tarda cinco minutos en pararse!

—¡Se parará!—dijo Phileas Fogg, que quiso echarse fuera del wagon.

—Estad quieto, señor,—le gritó Picaporte.—Yo me encargo de ello.

Phileas Fogg no tuvo tiempo de detener al animoso muchacho, que habriendo una portezuela consiguió deslizarse debajo del wagon. Y entonces, mientras la lucha continuaba y las balas se cruzaban por encima de su cabeza, recobrando su agilidad y flexibilidad de clown, arrastrándose colgado por debajo de los coches, y agarrándose ora á las cadenas, ora á las palancas de freno, rastreándose de uno á otro wagon con maravillosa destreza, llegó á la parte delantera del tren sin haber podido ser visto.

Allí, colgado por una mano entre el furgon y el tender, desenganchó con la otra las cadenas de seguridad; pero á consecuencia de la traccion, no hubiera conseguido desenroscar la barra de enganche si un sacudimiento que la máquina esperimentó no la hubiera hecho saltar, de modo que el tren, desprendido, se fue quedando atras, mientras que la locomotiva huia con mayor volocidad.

Llevado por la fuerza adquirida, el tren corrió aun durante algunos minutos; pero los frenos se manejaron bien y el convoy se detuvo al fin á menos de cien pasos de la estacion de Kearney.

Allí, los soldados del fuerte, atraidos por los disparos, acudieron apresuradamente. Los sioux no los habian esperado, y antes de pararse completamente el tren, toda la banda habia desaparecido.

Pero cuando los viajeros se contaron en el anden de la estacion reconocieron que faltaban algunos, y entre otros el valiente francés cuyo denuedo acababa de salvarlos.

XI.

EN EL CUAL PHILEAS FOGG CUMPLE SIMPLEMENTE CON SU DEBER.

Tres viajeros, incluso Picaporte, habian desaparecido. ¿Los habian muerto en la lucha? ¿Estarian prisioneros de los sioux? No podia saberse todavía.

Los heridos eran bastante numerosos, pero se reconoció que ninguno lo estaba mortalmente. Uno de los mas graves era el coronel Proctor, que se habia batido valerosamente recibiendo un balazo en la ingle. Fue trasladado á la estacion con otros viajeros cuyo estado reclamaba cuidados inmediatos.

Mistress Aouda estaba en salvo. Phileas Fogg, que no habia sido de los menos ardientes en la lucha, salió sin un rasguño. Fix estaba herido en el brazo, pero levemente. Pero Picaporte faltaba, y los ojos de la jóven Aouda vertian lágrimas.

Entre tanto, todos los viajeros habian abandonado el tren. Las ruedas de los wagones estaban manchadas de sangre. De los cubos y de los ejes colgaban informes despojos de carne. Se veian por la llanura largos rastros encarnados hasta pérdida de vista. Los últimos indios desaparecian entonces por el Sur hácia Republican-river.

Mister Fogg permanecia quieto y cruzado de brazos. Tenia que adoptar una grave resolucion. Mistress Aouda le miraba sin pronunciar una palabra... Comprendió él esta mirada. Si su criado estaba prisionero, ¿no debia intentarlo todo para librarlo de los indios?

—Lo encontraré muerto ó vivo,—dijo sencillamente á mistress Aouda.

—¡Ah! ¡mister.....mister Fogg!—esclamó la jóven asiendo las manos de su compañero y bañándolas de lágrimas.

—¡Vivo,—añadió mister Fogg,—si no perdemos un minuto!

Con esta resolucion, Phileas Fogg se sacrificaba por entero. Acababa de pronunciar su ruina. Un dia tan solo de atraso le hacia faltar á la salida del vapor en Nueva-York y perdia la apuesta irrevocablemente, pero no vaciló ante la idea de cumplir con su deber.

El capitan que mandaba el fuerte Kearney estaba allí. Sus soldados, un centenar de hombres, se habian puesto á la defensiva para el caso en que los sioux hubieran dirigido un ataque directo contra la estacion.

Biblioteca Nacional de España

...n embargo, los viajeros se defendían con vigor.

—Señor,—dijo mister Fogg al capitan,—tres viajeros han desaparecido.

—¿Muertos?—preguntó el capitan.

—Muertos ó prisioneros,—respondió Phileas Fogg.—Esta es una incertidumbre que debemos aclarar.—¿Teneis intencion de perseguir á los sioux?

—Eso es grave,—dijo el capitan.—¡Esos indios pueden huir hasta mas allá de Arkansas? No puedo abandonar el fuerte que me está confiado.

—Señor, repuso Phileas Fogg,—se trata de la vida de tres hombres.

—Sin duda..... ¿pero puedo arriesgar la de cincuenta para salvar tres?

—Yo no sé si podeis, pero debeis hacerlo.

Biblioteca Nacional de España

Picaporte desenganchó con la otra mano las cadenas de seguridad.

—Caballero,—respondió el capitan, nadie tiene que enseñarme cuál es mi deber.

—Sea,—dijo con frialdad Phileas Fogg.—¡Iré solo!

—¡Vos, señor!—esclamó Fix;—¿Ireis solo en persecucion de los sioux?

—¿Quereis entonces que deje perecer á ese infeliz á quien todos los que estan aquí deben la vida? Iré.

—Pues bien; ¡no ireis solo!—esclamó el capitan conmovido á pesar suyo.—¡No! Sois un corazon valiente. ¡Treinta hombres de buena voluntad!—añadió volviéndose hácia los soldados.

Toda la compañía avanzó en masa. El capitan tuvo que elegir treinta soldados, poniéndolos á las órdenes de un viejo sargento.

—¡Gracias, capitan?—dijo mister Fogg.

—¿Me permitireis acompañaros?—preguntó Fix al gentleman.

—Como gusteis, caballero.—le respondió Phileas Fogg;—pero si quereis prestarme un servicio, os quedareis junto á mistress Aouda; y en el caso de que me suceda algo.....

Una palidez súbita invadió el rostro del inspector de policía. ¡Separarse del hombre á quien habia seguido paso á paso y con tanta persistencia! ¡Dejarle, aventurarle así en el desierto! Fix miró con atencion al gentleman, y á pesar de sus prevenciones bajó la vista ante aquella mirada franca y serena.

—Me quedaré,—dijo.

Algunos instantes despues, mister Fogg, despues de estrechar la mano de la jóven y de entregarle su precioso saco de viaje, partia con el sargento y su reducida tropa, diciendo á los soldados:

—¡Amigos mios, hay mil libras para vosotros si salvais á los prisioneros.

Eran las doce y algunos minutos.

Mistress Aouda se habia retirado á un cuarto de la estacion, y allí sola aguardó, pensando en Phileas Fogg, en su sencilla y graciosa generosidad y en su sereno valor. Mister Fogg habia sacrificado su fortuna y ahora jugaba su vida, todo sin vacilacion, por deber y sin alarde. Phileas Fogg era un héroe ante ella.

El inspector Fix no pensaba del mismo modo, y

Biblioteca Nacional de España

no podía contener su agitacion. Se paseaba calenturiento por el anden de la estacion. Estaba arrepentido de haberse dejado subyugar en el primer momento por mister Fogg, y comprendia la necedad en que había incurrido dejándole marchar. ¡Cómo! ¿Habia podido consentir en separarse de aquel hombre á quien acababa de seguir alrededor del mundo? Se reconvenia á sí mismo, se acusaba, se trataba como si hubiera sido el director de la policía metropolitana amonestando á un agente cogido en fragante delito de candidez.

—¡He sido inepto—decía para sí.—¡El otro le habrá dicho quién era, yo! ¡Ha partido y no volverá! ¡Dónde cogerle ahora! ¡Pero cómo he podido dejarme fascinar así, yo, Fix, yo, que llevo en el bolsillo la órden de prision! ¡Decididamente soy un animal!

Así razonaba el inspector de policía, mientras que las horas trascurrian lentamente. No sabia qué hacer. Algunas veces tenia idea de decírselo todo á mistress Aouda, pero comprendia de qué modo serian acogidas sus palabras por la jóven. ¿Qué partido tomar? Estaba tentado por irse al tráves de las llanuras en seguimiento de Fogg. No le parecia imposible volver á dar con él. ¡Las huellas del destacamento estaban impresas todavía en el nevado suelo! Pero muy luego todo vestigio quedaba borrado bajo una nueva capa de nieve.

Entonces el desaliento se apoderó de Fix. Esperimentó un insuperable deseo de abandonar la partida, y precisamente se le ofreció ocasion de seguir el viaje partiendo de la estacion de Kearney.

En efecto, á las dos de la tarde, mientras que la nieve caia á grandes copos, se oyeron unos silbidos procedentes del Este. Una sombra enorme, precedida de un resplandor rojizo, avanzaba con lentitud, considerablemente aumentada por las brumas que le daban fantástico aspecto.

Sin embargo, ningun tren de la parte del Este era esperado todavía. El auxilio pedido por telégrafo no podia llegar tan pronto, y el tren de Omaha á San Francisco no debia pasar hasta el dia siguiente.

No tardó en saberse lo que era. La locomotiva que andaba á corto vapor y dando grandes silbidos, era la que despues de haberse separado del tren habia continuado su marcha con tan espantosa velocidad llevando al maquinista y fogonero inanimados. Habia corrido muchas millas, y despues, apagándose el fuego por falta de combustible, la velocidad se fue amortiguando, hasta que la máquina se detuvo veinte millas mas allá de la estacion de Kearnay.

Ni el maquinista ni el fogonero habian sucumbido, y despues de un desmayo bastante prolongado habian recobrado los sentidos.

La máquina estaba entonces parada y cuando el maquinista se vió en el desierto con la locomotora sola, comprendió lo ocurrido y sin que pudiera atinar de qué modo se habia efectuado la separacion, no dudaba que el tren estaba atras esperando auxilio.

No vaciló el maquinista sobre la resolucion que debia adoptar. Proseguir el camino en direccion de Omaha era prudente; volver hácia el tren en cuyo saqueo estarian quizá ocupados todavía los indios, era peligroso.....¡No importa! Se rellenó la hornilla de cumbustible, el fuego se reanimó, la presion volvió á subir, y á cosa de las dos de la tarde la máquina regresaba á la estacion de Kearny, siendo ella la que silvaba entre la bruma.

Fue para los viajeros gran satisfaccion el ver que la locomotiva se ponia á la cabeza del tren. Iban á poder continuar su viaje tan desgraciadamente interrumpido.

Al llegar la máquina, mistress Aouda preguntó al conductor:

—¿Vais á marchar?

—Al momento, señora.

—Pero esos prisioneros..... nuestros desventurados compañeros.....

—No puedo interrumpir el servicio,—respondió el conductor.—Ya llevamos tres horas de atraso.

—¿Y cuándo pasará el otro tren procedente de San Francisco?

—Mañana por la tarde, señora.

—¡Mañana por la tarde! Pero ya no será tiempo. Es preciso aguardar.

—Imposible. Si quereis partir, al coche.

—No marcharé,—respondió la jóven.

Fix habia oido la conversacion. Algunos momentos antes, cuando todo medio de locomocion le faltaba, estaba decidido á marchar; y ahora que el tren estaba allí y no tenia mas que ocupar su asiento, la retenia un irresistible impulso. El anden de la estacion le quemaba los pies y no podia desprenderse de allí. Volvia al embate de sus encontradas ideas, y la cólera del mal exito le ahogaba. Queria luchar hasta el fin.

Entre tanto, los viajeros y algunos heridos, entre ellos el coronel Proctor, cuyo estado era grave, habian tomado asiento en los wagones. Se oia el zumbido de la caldera y el vapor se desprendia por las válvulas. El maquinista silbó, el tren se puso en marcha y desapareció luego, mezclando su blanco humo con el torbellino de las nieves.

El inspector Fix se quedó.

Algunas horas trascurrieron. El tiempo era muy malo y el frio escesivo. Fix, sentado en un banco en la estacion, permanecia inmóvil hasta el punto de parecer dormido. Mistress Aouda, á pesar de la nevada, salia á cada momento del cuarto que estaba á su disposicion. Llegaba hasta lo último del anden tratando de penetrar la bruma con su vista y procurando escuchar si se percibia algun ruido. Pero nada. Arrecida por el frio volvia á su aposento para volver á salir algunos momentos mas tarde, y siempre inútilmente.

Llegó la noche, y el destacamento no habia regresado. ¿Dónde estaria? ¿Habia alcanzado á los indios? ¿Habria habido lucha, ó acaso los soldados perdidos en medio de la nieve andarian errantes á la aventura? El capitan del fuerte Kearney estaba muy inquieto, si bien procuraba disimularlo.

Por la noche, la nieve no cayó en tanta abundancia, pero creció la intensidad del frio. La mirada mas intrépida no hubiera considerado sin espanto esa oscura inmensidad. Reinaba un absoluto silencio en la llanura, cuya infinita calma no era turbada ni por el vuelo de las aves ni por el paso de las fieras.

Durante toda aquella noche, mistress Aouda, con el ánimo entregado á siniestros presentimientos, con el corazon lleno de angustias, anduvo errando por la linde de la pradera. Su imaginacion le llevaba á lo lejos mostrándole mil peligros: no es posible espresar lo que sufrió durante tan largas horas.

Fix permanecia quieto en el mismo sitio, pero tampoco dormia. En cierto momento se le acercó un hombre y le habló, pero el agente lo despidió despues de haber respondido negativamente.

Así trascurrió la noche. Al alba, el disco medio apagado del sol se levantó sobre un horizonte nublado, pudiendo, sin embargo, la vista estenderse hasta dos millas de distancia. Phileas Fogg y el destacamento se habian dirigido hácia el Sur, y por este lado no se divisaba mas que el desierto. Eran entonces las siete de la mañana.

El capitan, muy caviloso, no sabia qué partido tomar. ¿Debia enviar otro destacamento en auxilio del primero? ¿Debia sacrificar mas hombres con tan poca probabilidad de salvar á los que se habian sacrificado primero? Pero su vacilacion no duró, y llamó con una seña á uno de sus tenientes, dándole

Biblioteca Nacional de España

órden de hacer un reconocimiento por el Sur cuando sonaron unos tiros. ¿Era esto una señal? Los soldados salieron afuera del fuerte, y á media milla vieron una pequeña partida que venía en buen órden.

Mister Fogg iba á la cabeza, y junto á él estaba Picaporte y los otros dos viajeros librados de entre las manos de los sioux.

Habia habido combate á diez millas al Sur del Kearney. Pocos momentos antes de la llegada del destacamento, Picaporte y los dos compañeros estaban ya luchando con sus guardianes, y el francés habia ya derribado tres á puñetazos cuando su amo y los soldados se precipitaron en su auxilio.

Todos, salvadores y salvados, fueron acogidos con gritos de alegría, y Phileas Fogg distribuyó á los soldados la prima que les habia prometido, mientras que Picaporte repetia, no sin alguna razon:

—¡Decididamente, es preciso convenir en que cuesto muy caro á mi amo!

Fix, sin pronunciar una palabra, miraba á mister Fogg, y hubiera sido difícil analizar las impresiones que luchaban en su interior. En cuanto á mistress Aouda, habia tomado la mano del gentleman y la estrechaba con las suyas sin poder pronunciar una palabra.

Entre tanto, Picaporte, tan luego como llegó, habia buscado el tren en la estacion creyendo encontrarle allí dispuesto á correr hácia Omaha, y esperando que se podria ganar aun el tiempo perdido.

—¡El tren, el tren!—gritaba.

—Se marchó,—respondió Fix.

—¿Y el tren siguiente cuándo pasa? preguntó mister Fogg.

—Esta noche.

—¡Ah!—dijo simplemente el impasible gentleman.

XII.

EN EL CUAL EL INSPECTOR FIX FAVORECE MUY SENCILLAMENTE LOS INTERESES DE PHILEAS FOGG.

Phileas Fogg estaba veinticuatro horas atrasado, y Picaporte, causa involuntaria de esta tardanza, estaba desesperado. Habia arruinado indudablemente á su amo.

En aquel momento, el inspector se acercó á mister Fogg, y mirándole bien enfrente, le preguntó:

—Con formalidad, señor Fogg, ¿teneis prisa?

—Con mucha formalidad, —respondió Phileas Fogg.

—Insisto,—repuso Fix.—¿Teneis verdadero interés en estar en Nueva-York el 11 antes de las nueve de la noche, hora de salida del vapor de Liverpool?

—El mayor interés.

—¿Y si el viaje no hubiera sido interrumpido por el ataque de los indios, hubiérais llegado á Nueva-York el 11 por la mañana?

—Sí, con doce horas de adelanto sobre el vapor.

—Bien. Teneis ahora veinte horas de atraso. Entre veinte y doce, la diferencia es de ocho. Luego con ganar estas ocho horas teneis bastante. ¿Quereis intentarlo?

—¿A pie?

—No, en trineo de vela. Un hombre me ha propuesto este sistema de trasporte.

Era el hombre que habia hablado al inspector de policía durante la noche, y cuya oferta habia sido desechada.

Phileas Fogg no respondió á Fix; pero éste le enseñó el hombre de que se trataba, y el gentleman fue á su encuentro. Un instante despues, Phileas Fogg y el americano, llamado Mudge, entraban en una covacha construida en lo bajo del fuerte Kearney.

Allí, mister Fogg examinó un vehículo bastante singular, especie de tablero establecido sobre dos largueros, algo levantados por delante como las planchas de un trineo, y en el cual cabian cinco ó seis personas. Al tercio, por delante, se elevaba un mástil muy alto donde se envergaba una inmensa cangreja. Este mástil, sólidamente sostenido por obenques metálicos, tendia un estay de hierro que servia para guindar un foque de gran dimension. Detrás habia un timon espaldilla que permitia dirigir el aparato.

Como se ve era un trineo aparejado en balandra. Durante el invierno, en la llanura helada, cuando los trenes se ven detenidos por las nieves, esos vehículos hacen travesías muy rápidas de una á otra estacion. Están, por lo demás, muy bien aparejados, quizás mejor que un balandro que está espuesto á volcar, y con viento en popa corren por las praderas con rapidez igual, si no superior, á la de un espreso.

En pocos instantes se concluyó el trato entre mister Fogg y el patron de esa embarcacion terrestre. El viento era bueno. Soplaba del Oeste muy frescachon. La nieve estaba endurecida, y Mudge tenia grandes esperanzas de llegar en pocas horas á la estacion de Omaha, donde los trenes son frecuentes y las vías numerosas en direccion á Chicago y Nueva-York. No era difícil que pudiera ganarse el atraso, por consiguiente no debia vacilarse en intentar la aventura.

No queriendo mister Fogg esponer á mistress Aouda á los tormentos de una travesía al aire libre con el frio que la velocidad habia de hacer más insoportable, le propuso quedarse con Picaporte en la estacion de Kearney, desde donde el buen muchacho la traeria á Europa por mejor camino y en mejores condiciones.

Mistress Aouda se negó á separarse de mister Fogg y Picaporte se alegró mucho de esta determinacion. En efecto, por nada en el mundo hubiera querido separarse de su amo, puesto que Fix le acompañaba.

En cuanto á lo que entonces pensaba el inspector de policía, seria difícil decirlo. ¿Su conviccion estaba quebrantada por el regreso de Phileas Fogg, ó bien lo consideraba como un bribon de gran talento, por creer que despues de cumplida la vuelta al mundo estaria absolutamente seguro en Inglaterra? Tal vez la opinion de Fix respecto de Phileas Fogg estaba modificada, pero no por eso estaba menos decidido á cumplir con su deber, y más impaciente que todos á ayudar con todas sus fuerzas el regreso á Inglaterra.

A las ocho, el trineo estaba dispuesto á marchar. Los viajeros, casi puede decirse, los pasajeros, tomaron asiento muy envueltos en sus mantas de viaje. Las dos inmensas velas estaban izadas, y al impulso del viento el vehículo corria sobre la endurecida nieve á razon de cuarenta millas por hora.

La distancia que separa el fuerte Kearney de Omaha es la línea recta, á vuelo de abeja, como dicen los americanos, de doscientas millas lo más. Manteniéndose el viento, esta distancia podía recorrerse en cinco horas, y no ocurriendo ningun incidente, el trineo debia estar en Omaha á la una de la tarde.

¡Qué travesía! Los viajeros apiñados no podian hablarse. El frio, acrecentado por la velocidad, les hubiera cortado la palabra. El trineo corria tan ligeramente sobre la superficie de la llanura como un barco sobre las aguas, pero sin marejada. Cuando la brisa llegaba rasando la tierra, parecia que el trineo iba á ser levantado del suelo por sus estensas velas cual alas de inmensa envergadura. Mudge se mantenia por medio del timon en la línea recta, y con un golpe de espadilla rectificaba los borneos que el aparejo tendia á producir. Todo el velámen daba presa al viento. El foque desviado no estaba cubierto por la cangreja. Se levantó una cofa, y dando al viento un cuchillo se aumentó la fuerza de impulso de las demás velas. No podia calcularse la velocidad matemáticamente, pero era seguro que no bajaba de las cuarenta millas por hora.

Biblioteca Nacional de España

Una sombra enorme, precedida de un resplandor rojizo, avanzaba con lentitud.

—Si nada se rompe,—dijo Mudge,—llegaremos.

Y Mudge tenia interés en llegar dentro del plazo convenido, porque mister Fogg, fiel á su sistema, lo habia engolosinado con una crecida oferta.

La pradera por donde corria el trineo era tan llana que parecia un inmenso estanque helado. El ferro-carril que cruzaba por esa region subia del Suroeste al Noroeste por Grand-Islan, Columbus, ciudad importante del Nebraska, Schuyler, Frémont y luego Omaha. Seguia en todo su trayecto por la orilla derecha del Platte-river. El trineo, atajando, recorria la cuerda del arco descrito por la vía férrea. Mudge no podia verse detenido por el Platte-river en el recodo que forma antes de llegar á Fremont porque sus aguas estaban heladas. El camino se hallaba, pues, completamente desembarazado de obstáculos, y á Phileas Fogg solo podian darle cuidado dos circunstancias: la avería en el aparato y un cambio de viento.

La brisa, sin embargo, no amainaba, y antes al contrario soplaba hasta el punto de poder tumbar el mástil, si bien le sostenian con firmeza los obenques de hierro. Esos alambres metálicos, semejantes á las cuerdas de un instrumento, resonaban como si un arco hubiese provocado sus vibraciones. El trineo volaba acompañado de una armonía plañidera de muy particular intensidad.

—Esas cuerdas dan la quinta y la octava,—dijo mister Fogg.

Fueron estas las únicas palabras que pronunció durante la travesía. Mistress Aouda, cuidadosamente empaquetada en los abrigos y mantas de viaje, estaba preservada en lo posible del alcance del frio.

En cuanto á Picaporte, roja la cara como el disco solar cuando se pone entre las brumas, aspiraba aquel aire penetrante, dando rienda á sus esperanzas con el fondo de imperturbable confianza que les distinguia. En vez de llegar por la mañana á Nueva-York se llegaria por la tarde, pero todavía existian probabilidades de que esto ocurriese antes de salir el vapor de Liverpool.

Picaporte esperimentó hasta deseos de dar un apretón de manos á su aliado Fix no olvidando que era el mismo conductor quien habia proporcionado el trineo

Biblioteca Nacional de España

Picaporte habia ya derribado tres a puñetazos cuando llegó su amo.

de velas, y por consiguiente el único medio de llegar á Omaha á tiempo, pero obedeciendo á un indefinible presentimiento se mantuvo en su acostumbrada reserva.

En todo caso, habia una cosa que Picaporte no olvidaria jamás, esto es, el sacrificio de mister Fogg para librarle de los sioux arriesgando su fortuna y su vida. No; ¡jamás lo olvidaria su criado!

Mientras que cada uno de los viajeros se entregaba á reflexiones diversas, el trineo volaba sobre la inmensa alfombra de nieve, y si atravesaba algunos rios, afluyentes ó subafluyentes del Lette-Blue-river, no se apercibia nadie de ello. Los campos y los cursos de agua se igualaban bajo una blancura uniforme. El llano estaba completamente desierto. Comprendido entre el *Union-Pacific-Road* y el ramal que ha de enlazar á Kearney con San José, formaba como una gran isla inhabitada. Ni una aldea, ni una estacion, ni siquiera un fuerte. De vez en cuando se veia pasar, cual relámpago, algun árbol raquítico, cuyo blanco esqueleto se retorcia bajo la brisa. A veces se levantaban del suelo bandadas de aves silvestres. A veces tambien, algunos lobos en tropeles numerosos, flacos, hambrientos y movidos por una necesidad feroz luchaban en velocidad con el trineo. Entonces Picaporte, rewólver en mano, estaba preparado para hacer fuego sobre los mas inmediatos Si algun incidente hubiese detenido entonces el trineo, los viajeros, atacados por esas encarnizadas fieras, hubieran corrido los mas graves peligros; pero el trineo seguia firme, y cogiendo buena delantera no tardó en quedarse atrás aquella aulladora tropa.

A las doce, Mudge reconoció por algunos indicios que estaba pasando el helado curso del Platte-river. No dijo nada, pero estaba ya seguro de que veinte millas mas allá se hallaba la estacion de Omaha.

Y en efecto, no era la una de la tarde cuando abandonando la barra, el patron recogia velas, mientras que el trineo, arrastrado por su irresistible vuelo, recorria aun media milla sin velámen; por último se paró, y Mugde, enseñando una aglomeracion de tejados blancos, decia:

—Hemos llegado.

Ya se hallaban, pues, en aquella estacion, desde

Biblioteca Nacional de España

Los viajeros apiñados no podian hablarse.

numerosos trenes comunican con la parte oriental de los Estados Unidos.

Picaporte y Fix habian saltado á tierra y estiraban sus entumecidos miembros. Ayudaron á mister Fogg y á la jóven á bajar del trineo. Phileas Fogg pagó generosamente á Madge, á quien Picaporte estrechó amistosamente la mano, corriendo todos despues á la estación de Omaha.

En esta importante ciudad del Nobraska es adonde va á parar el ferro-carril, con el nombre de *Chicago Rock-island-road*, corre directamente al Este sirviendo cincuenta estaciones.

Estaba dispuesto á marchar un tren directo de tal modo que Phileas Fogg y sus compañeros sólo tuvieron tiempo de trasportarse á un wagon. No habian visto nada de Omaha; pero Picaporte reconocia que no era cosa de sentir, puesto que no es ver ciudades lo que importaba.

Con extraordinaria rapidez, el tren pasó en el Estado de Iowa por Council-Blu fs, Moines, Iowa-city. Durante la noche cruzaba el Mississipí en Davenport y entraba por Rock-Islan en el Illinois. Al día siguiente, 10, á las cuatro de la tarde, llegaba á Chicago, renacida ya de sus ruinas, y más que nunca fieramente asentada á orillas de su hermoso lago Michigan.

Chicago está á 900 millas de Nueva-York, y allí no faltaban trenes, por lo cual pudo mister Fogg pasar inmediatamente de uno á otro. La elegante locomotiva del Pittsburg Fort-Wayne-Chicago-rail-road, partió á toda velocidad, como si hubiese comprendido que el honorable gentleman no tenia tiempo que perder. Atravesó como un relámpago los Estados de Indiana, Ohio, Pensylvania y New-Jersey, pasando por ciudades de nombres históricos, algunas de las cuales tenian calles y tramvías, pero no casas todavía. Por fin apareció el Hudson, y el 11 de diciembre, á las once y cuarto de la noche, el tren se detenia en la estacion, á la margen derecha del rio, ante el mismo muelle de los vapores de la línea Cunard, llamada por otro nombre *Brittsh and north American royal mail steam packet Co*

El *China*, con destino á Liverpool, habia salido cuarenta y cinco minutos antes.

Biblioteca Nacional de España

XIII.

DONDE PHILEAS FOGG EMPEÑA UNA LUCHA DIRECTA CONTRA LA MALA SUERTE

Al partir el *China* se llevaba, al parecer, la última esperanza de Phileas Fogg.

En efecto, ninguno de los otros vapores que hacen el servicio directo entre América y Europa, ni los trasatlánticos franceses, ni los buques del *White-Star-line*, ni los de la Compañía Imman, ni los de la línea Hamburguesa, ni otros podian responder á los proyectos del gentleman.

El *Pereire*, de la Compañía trasatlántica francesa, cuyos admirables buques igualan en velocidad y sobrepujan en comodidades á los de las demás líneas sin escepcion, no partia hasta tres dias después, el 14 de diciembre, y además no iba directamente á Liverpool ó Lóndres, sino al Havre y lo mismo sucedia con los de la Compañía Hamburguesa; asi es que la travesia suplementaria del Havre á Southampton hubiera anulado los últimos esfuerzos de Phileas Fogg.

En cuanto á los vapores Imman, uno de los cuales, el *City-of-Paris*, se daba á la mar al dia siguiente, no debia pensarse en ellos, porque estando dedicados al trasporte de emigrantes, son de máquinas débiles, navegan lo mismo á vela que á vapor y su velocidad es mediana. Empleaban en la travesía de Nueva-York á Inglaterra mas tiempo del que necesitaba mister Fogg para ganar su apuesta.

De todo esto se informó el gentleman consultando su *Bradshaw*, que le reseñaba, dia por dia, los movimientos de la navegacion transoceánica.

Picaporte estaba anonadado. Despues de haber perdido la salida por cuarenta y cinco minutos, esto le mataba, porque tenia la culpa él, pues en vez de ayudar á su amo no habia cesado de crearle obstáculos por el camino. Y cuando repasaba en su mente todos los incidentes del viaje; cuando calculaba las sumas gastadas en pura pérdida y solo en interés suyo; cuando pensaba que esa enorme apuesta, con los gastos considerables de tan inútil viaje, arruinaba á mister Fogg, se llenaba á sí mismo de injurias.

Sin embargo, mister Fogg no le dirigió reconvencion alguna, y al abandonar el muelle de los vapores trasatlánticos no dijo mas que estas palabras:

—Mañana veremos lo que se hace. Venid.

Mister Fogg, mistress Aouda, Fix y Picaporte atravesaron el Hudson en el *Jersey-city-ferry-boad*, y subieron á un coche, que los condujo á la fonda de San Nicolás, en Broadway. Tomaron unos cuartos, y la noche trascurrió corta para Phileas Fogg, que durmió con profundo sueño, pero muy larga para mistress Aouda y sus compañeros, á quienes la agitacion no permitió descansar.

La fecha del dia siguiente era el 12 de diciembre. Desde el 12 á las siete de la mañana, hasta el 21 á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, quedaban nueve dias, trece horas y cuarenta y cinco minutos. Si Phileas Fogg hubiera salido la víspera con el *China*, uno de los mejores andadores de la línea Cunard, habria llegado á Liverpool y luego á Lóndres en tiempo estipulado.

Mister Fogg abandonó el hotel solo, despues de haber recomendado á su criado que le aguardase y de haber prevenido á mistress Aouda que estuviese dispuesta.

Despues se dirigió al Hudson, y entre los buques amarrados al muelle ó anclados en el rio, buscó cuidadosamente los que estaban listos para salir. Muchos tenian la señal de partida y se disponian á tomar la mar aprovechando la marea de la mañana, porque en ese inmenso y admirable puesto de Nueva-York no hay dia en que cien embarcaciones no salgan con rumbo á todos los puntos del orbe, pero casi todas eran de vela y no podian convenir á Phileas Fogg.

Este gentleman se estrellaba al parecer en su última tentativa, cuando vió á la distancia de un cable lo mas un buque mercante de hélice, de formas delgadas, cuya chimenea, dejando escapar grandes bocanadas de humo, indicaba que se preparaba para aparejar.

Phileas Fogg tomó un bote, se embarcó y á poco se encontraba en la escala de la *Enriqueta*, vapor de hierro con los altos de madera.

El capitan de la *Enriqueta* estaba á bordo. Phileas Fogg subió á cubierta y preguntó por él. El capitan se presentó en seguida.

Era hombre de cuarenta años, especie de lobo de mar, con trazas de regañon y poco tratable. Tenia ojos grandes, tez de cobre oxidado, pelo rojo, ancho de cuerpo y nada del aspecto de hombre de mundo.

—¿El capitan?—preguntó mister Fogg.

—Soy yo.

—Soy Phileas Fogg, de Lóndres.

—Y yo, Andrés Speedy, de Cardiff.

—¿Vais á salir?

—Dentro de una hora.

—¿Y para dónde?

—Para Burdeos.

—¿Y vuestro cargamento?

—Piedras en la cala. No hay flete y me voy en lastre.

—¿Teneis pasajeros?

—No hay pasajeros. Nunca pasajeros. Es una mercancía voluminosa y razonadora.

—¿Vuestro buque marcha bien?

—Entre once y doce nudos. La *Enriqueta* es muy conocida.

—¿Quereis llevarme á Liverpool, á mí y á tres personas mas?

—¡A Liverpool! ¿Por qué no á China?

—Digo Liverpool.

—No.

—¿No?

—No. Estoy en marcha para Burdeos, y voy á Burdeos.

—¿No importa á qué precio?

—No importa el precio.

El capitan habia hablado en un tono que no admitia réplica.

—Pero los armadores de la *Enriqueta*...—repuso Phileas Fogg.

—No hay mas armadores que yo,—respondió el capitan.—El buque me pertenece.

—Lo fleto.

—No.

—Lo compro.

—No.

Phileas Fogg no pestañeó. Sin embargo, la situacion era grave. No sucedia en Nueva-York lo que en Hong-Kong, ni con el capitan de la *Enriqueta* lo que con el patron de la *Tankadera*. Hasta entonces el dinero del gentleman habia vencido todos los obstáculos. Esta vez el dinero no daba resultado.

Era necesario, sin embargo, hallar el medio de atravesar el Atlántico en barco, á no cruzarlo en globo, lo cual hubiera sido muy aventurado y nada realizable.

A pesar de todo, parece que á Phileas Fogg le ocurrió una idea, puesto que dijo al capitan:

—Pues bien, ¿quereis llevarme á Burdeos?

—No, aun cuando me diérais doscientos pesos.

—Os ofresco mas.

—¿Por persona?

—¿Y sois cuatro?

Biblioteca Nacional de España

Una turba de lobos hambrientos luchaba en velocidad con el trineo.

—Cuatro.

El capitan Speedy comenzó á rascarse la frente como si hubiese querido arrancarse la epidermis. Ocho mil pesos que ganar sin modificar el viaje, valian bien la pena de dejar á un lado sus antipatías hácia todo pasajero. Pasajeros á dos mil dollars, por otra parte, no son ya pasajeros, sino mercancía preciosa.

—Parto á las nueve,—dijo nada mas el capitan Speedy;—¿y si vos y los vuestros no estais aquí?

—¡A las nueve estaremos á bordo!—respondió con no menos laconismo mister Fogg.

Eran las ocho y media. Desembarcar en la *Enriqueta*, subir á un coche, dirigirse al hotel de San Nicolás, traer á Aouda, Picaporte y el inseparable Fix, á quien ofreció pasaje *gratis*, todo lo hizo el gentleman con la calma que no le abandonaba nunca.

En el momento en que la *Enriqueta* aparejaba, los cuatro estaban á bordo.

Cuando Picaporte supo lo que costaria esta última travesía, prorumpió en un prolongado ¡oh! de esos que recorren todas las notas de la escuela cromática descendente.

En cuanto al inspector Fix, pensó que el Banco de Inglaterra no saldria indemnizado de este negocio. En efecto, al llegar, y admitiendo que mister Fogg no echase todavia algunos puñados de billetes al mar, faltarian mas de siete mil libras en el saco.

XIV.

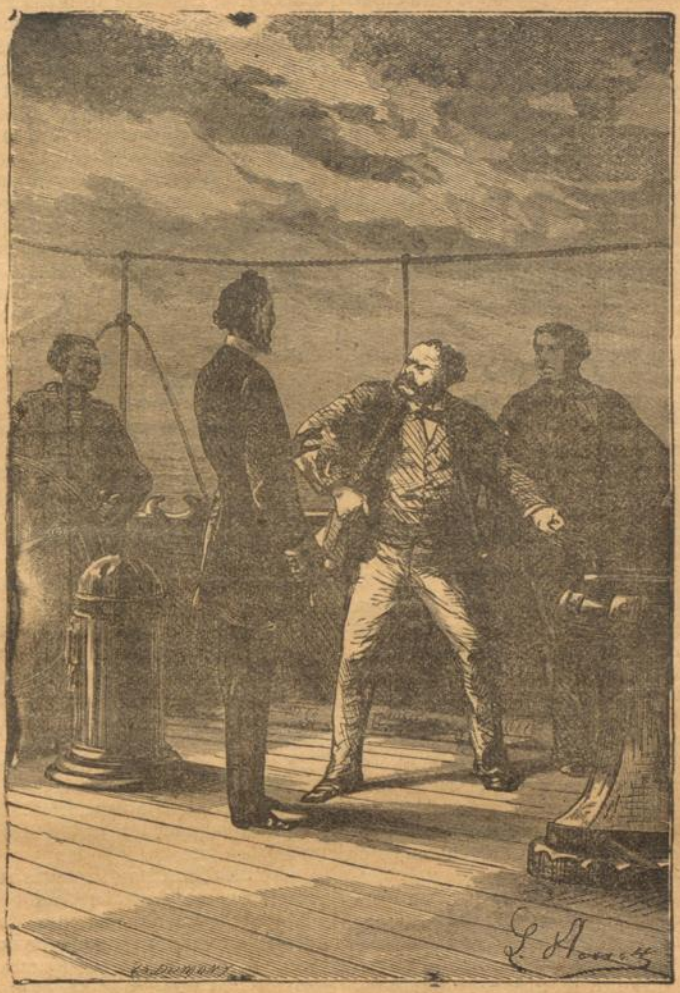
EN EL CUAL PHILEAS FOGG SE MUESTRA Á LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS.

Una hora despues, el vapor *Enriqueta* trasponia el Light-boat (1), que marca la entrada del Hudson, doblaba la punta de Sandy-Hook y salia mar afuera. Durante el dia costeó Long-Island, pasó por delante del faro de Fire-Island y corrió rápidamente hácia el Este.

Al dia siguiente, 13 de diciembre, á medio dia, subió un hombre al puentecillo para tomar el punto. ¡Pudiera creerse que era el capitan Speedy! nada de eso. Era Phileas Fogg, esq.

(1) Barco que sirve de faná.

Biblioteca Nacional de España



¡Pirata! exclamó Andrés Speedy.

BIBLIOTECA NACIONAL

En cuanto al capitan Speedy, estaba buenamente encerrado con llave en su cámara, y prorrumpia en alaridos que denotaban una cólera bien perdonable, llevada hasta el paroxismo.

Lo que habia pasado era muy sencillo. Phileas Fogg queria ir á Liverpool y el capitan no accedia á llevarle. Entonces habia aceptado el pasaje para Burdeos, y á las treinta horas de estar á bordo habia maniobrado tan bien á golpes de billetes de Banco, que la tripulacion, marineros y fogoneros, tripulacion algo pirata, que estaba bastante disgustada con el capitan, le pertenecia. Por eso Phileas Fogg mandaba en lugar del capitan Speedy, que estaba encerrado en su cámara, mientras que la *Enriqueta* se dirigia á Liverpool. Solamente que al ver maniobrar á Phileas Fogg bien se descubria que habia sido marino.

Ahora, más tarde, se sabrá de qué modo habia de terminarse la aventura. Entre tanto mistress Aouda no dejaba de estar inquieta, y Fix quedó de pronto aturdido. En cuanto á Picaporte, le parecia aquello simplemente adorable.

Entre once y doce nudos, habia dicho el capitan Speedy, y en efecto, la *Enriqueta* se mantenia en este promedio de velocidad.

Por consiguiente, no alterándose el mar, ni saltando el viento al Este, ni sobreviniendo ninguna avería al buque ni ningun accidente á la máquina, la *Enriqueta*, en los nueve dias, contados desde el 12 de diciembre al 21, podia salvar las tres mil millas que separaban á Nueva-York de Liverpool. Es verdad que una vez llegados allí, lo ocurrido en la *Enriqueta*, combinado con el negocio del Banco, podia llevar al gentleman un poco mas lejos de lo que quisiera.

Durante los primeros dias la navegacion se hizo en escelentes condiciones. El mar no estaba muy duro y el viento parecia fijado al Nordeste; las velas se establecieron y la *Enriqueta* marchaba como un verdadero trasatlántico.

Picaporte estaba encantado. La última hazaña de su amo, cuyas consecuencias no queria entrever, le entusiasmaban. Nunca habia visto la tripulacion á un muchacho mas alegre y mas ágil. Hacia muchos

Biblioteca Nacional de España

obsequios á los marineros y los asombraba con sus juegos gimnásticos. Les prodigaba las mejores calificaciones y las bebidas mas atractivas. Para él, maniobraban como caballeros, y los fogoneros se conducian como héroes. Su buen humor, muy comunicativo, se impregnaba en todos. Habia olvidado el pasado, los disgustos, los peligros, y no pensaba mas que en el término del viaje, tan próximo ya, hirviendo de impaciencia como si le hubieran caldeado las hornillas de la *Enriqueta*. A veces tambien, el digno muchacho daba vueltas alrededor de Fix y le miraba con ojos que decian mucho; pero no le hablaba, pues no existia ya intimidad alguna entre los dos antiguos amigos.

Por otro lado, Fix, preciso es decirlo, no comprendia nada. La conquista de la *Enriqueta*, la compra de su tripulacion, ese Fogg maniobrando como un marino consumado, todo ese conjunto de cosas, lo aturdia. ¡Ya no sabia que pensar! Pero despues de todo, un gentleman que empezaba por robar cincuenta y cinco mil libras, bien podia concluir robando un buque. Y Fix acabó por creer naturalmente que la *Enriqueta*, dirigida por Fogg, no iba á Liverpool, sino á algun punto del mundo donde el ladron, convertido en pirata, se pondria tranquilamente en seguridad. Preciso es confesar que esta hipótesis era muy plausible, por cuya razon comenzaba el agente de policía á estar muy sériamente pesaroso de haberse metido en este negocio.

En cuanto al capitan Speedy, seguia bramando en su cámara; y Picaporte, encargado de proveer á su sustento, no lo hacia sin tomar las mayores precauciones. Respecto de mister Fogg, ni aun tenia trazas de acordarse que hubiese un capitan á bordo.

El 13 doblaron la punta del banco de Terranova, paraje muy malo en invierno, sobre todo cuando las brumas son frecuentes y los chubascos temibles. Desde la víspera, el barómetro, que bajó bruscamente, daba indicios de un próximo cambio en la atmósfera. Durante la noche la temperatura se modificó y el frio fue mas intenso, saltando al propio tiempo el viento al Sureste.

Era un contratiempo. Mister Fogg, para no apartarse de su rumbo, recogió velas y forzó vapor; pero á pesar de todo, la marcha se amortiguó á consecuencia de la marejada, que comunicaba al buque movimientos muy violentos de cabeceo en detrimento de la velocidad. La brisa se iba convirtiendo en huracan, y ya se preveia el caso en que la *Enriqueta* no pudiera aguantar. Ahora bien; si era necesario huir, ya no quedaba otro arbitrio que lo desconocido con toda su mala suerte.

El semblante de Picaporte se anubló al mismo tiempo que el cielo, y durante dos dias sufrió el honrado muchacho mortales angustias; pero Phileas Fogg era audaz marino, y como sabia hacer frente al mar, no perdió rumbo ni aun disminuyó la fuerza del vapor. La *Enriqueta*, cuando no podia elevarse sobre la ola la atravesaba, y su puente quedaba barrido, pero pasaba. Algunas veces tambien la hélice salia fuera de las aguas, batiendo el aire con sus enloquecidas alas cuando alguna montaña de agua levantaba la popa, pero el buque iba siempre avanzando.

El viento, sin embargo, no arreció todo lo que hubiera podido temerse. No fue uno de esos huracanes que pasan con velocidad de noventa millas por hora. No pasó de una fuerza regular; mas por desgracia sopló con obstinacion por el Sureste, no permitiendo utilizar el velámen, y eso que, como vamos á verlo, hubiera sido muy conveniente acudir en ayuda del vapor.

El 16 de diciembre no habia todavía atraso de cuidado, porque era el dia septuagésimo quinto desde la salida de Lóndres. La mitad de la travesía estaba hecha y ya habian quedado atrás los peores parajes. En verano se hubiera podido responder del éxito, pero en invierno se estaba á merced de los temporales. Picaporte abrigaba alguna esperanza, y si el viento faltaba, al menos contaba con el vapor.

Precisamente aquel dia el maquinista tuvo sobre cubierta alguna conversacion viva con mister Fogg.

Sin saber por qué y por presentimiento, Picaporte esperimentó vaga inquietud. Hubiera dado una de sus orejas para oir con la otra lo que decian. Pudo al fin coger algunas palabras, y entre otras las siguientes, pronunciadas por su amo:

—¿Estais cierto de lo que asegurais?

—Seguro, señor. No olvideis que desde nuestra salida estamos caldeando con todas las hornillas encendidas, y si tenemos bastante carbon para ir á poco vapor de Nueva York á Burdeos, no lo hay para ir á todo vapor de Nueva-York á Liverpool.

Resolverá —respondió Fogg.

Picaporte habia comprendido, y se apoderó de él una inquietud mortal.

Iba á faltar carbon.

—¡Ah!—decia para sí,—será hombre famoso mi amo si vence esta dificultad.

Y habiendo encontrado á Fix, no pudo menos de ponerlo al corriente de la situacion, pero el inspector le respondió con los dientes apretados:

—¿Entonces creeis que vamos á Liverpool?

—¡Pardiez!

—Imbécil,—respondió el agente encogiéndose de hombros.

Picaporte estuvo á punto de responder cual se merecia á tal calificativo, cuya verdadera significacion no podia comprender; pero al considerar que Fix debia estar muy mohino y humillado en su amor propio por haber seguido una pista equivocada alrededor del mundo, no hizo caso.

¿Y ahora, qué partido iba á tomar Phileas Fogg? Era difícil imaginarlo. Parece, sin embargo, que el flemático gentleman habia adoptado una resolucion, porque aquella misma tarde hizo venir al maquinista y le dijo:

—Activad los fuegos haciendo rumbo hasta agotar completamente el combustible.

Algunos momentos despues, la chimenea de la *Enriqueta* vomitaba torrentes de humo.

Siguió, pues, el buque marchando á todo vapor; pero dos dias despues, el 18, el maquinista dió parte, segun lo habia anunciado, que faltaria aquel dia el carbon.

—Que no se amortigüen los fuegos,—respondia Fogg.—Al contrario. Cárguense las válvulas.

Aquel dia, á cosa de las doce, despues de haber tomado altura y calculado la posicion del buque, Phileas Fogg llamó á Picaporte y le dió órden de ir á buscar al capitan Speedy. Era esto como mandarle soltar á un tigre, y bajó por la escotilla diciendo:

—Estará indudablemente hidrófobo.

En efecto, algunos minutos mas tarde llegaba á la toldilla una bomba con gritos é imprecaciones. Esa bomba era el capitan Speedy, y era claro que iba á estallar.

—¿Dónde estamos?

Tales fueron las primeras palabras que pronunció entre la sofocacion de la cólera, y ciertamente que no lo habria contado, por poco propenso á la apoplegía que hubiera sido.

—¿Dónde estamos?—repitió con el rostro congestionado.

—A setecientas setenta millas de Liverpool,—respondió mister Fogg con imperturbable calma.

—¡Pirata!—esclamó Andrés Speedy.

—Os he hecho venir para...

—¡Filibustero!

—Para rogaros que me vendais vuestro buque

—¡No, por mil pares de demonios, no!

Biblioteca Nacional de España

La tripulación empleaba un celo increíble en hacer leña.

—¡Es que voy á tener que quemarlo!

—¡Quemar mi buque!

—Sí, todo lo alto, porque estamos sin combustible.

—¡Quemar mi buque! ¡Un buque que vale cincuenta mil pesos!

—Aquí teneis sesenta mil —respondió Phileas Fogg ofreciendo al capitan un paquete de billetes.

Esto hizo un efecto prodigioso sobre Andrés Speedy. No se puede ser americano sin que la vista de sesenta mil pesos cause alguna sensacion. El capitan olvidó por un momento su cólera, su encierro, todas las quejas contra el pasajero ¡Su buque tenia veinte años, y este negocio podia hacerle de oro! La bomba ya no podia estallar porque mister Fogg le habia quitado la mecha.

—¿Y me quedará el casco de hierro?—dijo el capitan con tono singularmente suavizado.

—El casco de hierro y la maquina. ¿Es cosa concluida?

—Concluida.

Y Andrés Speedy, tomando el paquete de billetes los contó haciéndolos desaparecer en el bolsillo.

Durante esta escena, Picaporte estaba descolorido. En cuanto á Fix, por poco le da un ataque de sangre. ¡Cerca de veinte mil libras gastadas, y aun dejaba Fogg al vendedor el casco y la máquina, es decir, casi el valor total del buque! Es verdad que la suma robada al Banco ascendia á cincuenta y cinco mil libras.

Despues de haberse metido el capitan el dinero en el bolsillo, le dijo mister Fogg:

—No os asombreis de todo esto, porque habeis de saber que pierdo veinte mil libras si no estoy en Lóndres el 21 á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. No llegué á tiempo al vapor de Nueva-York, y como os negábais á llevarme á Liverpool....

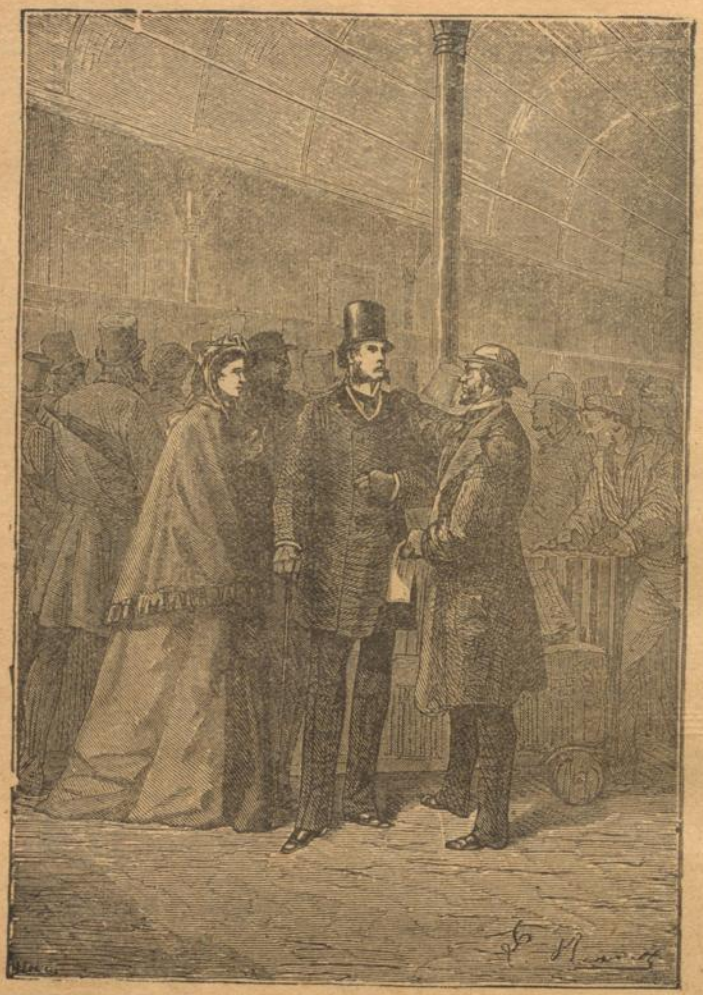
Y bien hecho, por los cincuenta mil diablos del infierno,—exclamó Andrés Speedy,—porque salga ganando lo menos cuarenta mil pesos. Y luego añadió con mas formalidad:—¿Sabeis una cosa, capitan?

—Fogg.

—Capitan Fogg, y es que hay en vos.

Y despues de haber tributa

Biblioteca Nacional de España



En nombre de la reina, os prendo, dijo Fix poniéndole la mano sobre el hom-

él creia una lisonja, se marchaba, cuando Phileas Fogg le dijo:

—¿Ahora este buque me pertenece?

—Seguramente, desde la quilla á la punta de los palos; pero todo lo que es madera, se entiende.

—Bien, que arranquen todos los aprestos interiores y que se vayan echando á la hornilla.

Júzguese la mucha leña que debió gastarse para conservar el vapor con suficiente presion. Aquel dia, la toldilla, la carroza, los camarotes, el entrepuente, todo fue á la hornilla.

Al dia siguiente, 19, se quemaron los palos, las piezas de respeto, las berlingas. La tripulacion empleaba un celo increible en hacer leña. Picaporte, rajando, cortando y serrando hacia el trabajo de diez hombres Era un furor de demolicion.

Al dia siguiente, 20, los parapetos, los empavesados, las obras muertas, la mayor parte del puente fueron devorados. La *Enriqueta* ya no era mas que un barco raso como el del ponton.

Pero aquel dia se divisó la costa irlandesa y el faro de Falsenet.

Sin embargo, á las diez de la noche, el buque no se encontraba aun mas que en frente de Queenstown. ¡Faltaban veinticuatro horas para el plazo, y era precisamente el tiempo que se necesitaba ara llegar á Liverpool, aun marchando á todo vapor, cual iba á faltar tambien!

—Señor,—le dijo entonces el capitan Speedy, que habia acabado por interesarse en sus proyectos,—siento mucho lo que os sucede. Todo conspira contra vos. Todavía no estamos mas que á la altura de Queenstown.

—¡Ah!—dijo mister Fogg;—¿es Queenstown esa poblacion que divisamos?

—Si.

—¿Podemos entrar en el puerto?

—Antes de tres horas no. Solo en pleamar.

—¡Aguardemos!—respondió tranquilamente Phileas Fogg, sin dejar ver en su semblante que por una suprema inspiracion iba á procurar vencer la última probabilidad contraria.

En efecto, Queenstown es un puerto de la costa irlandesa, en el cual los trasatlánticos de los Esta-

Biblioteca Nacional de España

Habia encontrado en el bur a una cuenta de la Compañía de gas.

dos-Unidos dejan al pasar la valija del correo. Las cartas se llevan á Dublin por un espress siempre dispuesto, y de Dublin llegan á Liverpool por vapores de gran velocidad, adelantando doce horas á los rápidos buques de las compañías marítimas.

Phileas Fogg pretendia ganar tambien las doce horas que sacaba de ventaja al correo de América. En lugar de llegar el dia siguiente por la tarde con la *Enriqueta* á Liverpool, llegaria á medio dia y le quedaria tiempo para estar en Lóndres á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

A la una de la mañana, la *Enriqueta* entraba con la pleamar en el puerto de Queenstown, y Phileas Fogg, despues de haber recibido un apreton de manos del capitan Speedy, le dejaban en el casco raso de su buque, que todavía valia la mitad de lo recibido.

Los pasajeros desembarcaron al punto. Fix tuvo entonces intencion decidida de prender á mister Fogg, y sin embargo no lo hizo. ¿Por qué? ¿Existian algunas dudas en su ánimo? ¿Habia reformado su opinion? ¿Reconocia al fin que se habia engañado?

Sin embargo, Fix no abandonó á mister Fogg. Con él, con mistress Aouda, con Picaporte, que no tenia tiempo de respirar, subia al tren de Queenstown á la una y media de la mañana, llegaba á Dublin al amanecer, y se embarcaba en uno de esos vapores fusiformes de acero, todo máquina, que desdeñándose de subir con las olas pasan invariablemente al través de ellas.

A las doce menos veinte, el 21 de diciembre, Phileas Fogg desembarcaba por fin en el muelle de Liverpool. Ya no estaba mas que á seis horas de Lóndres.

Pero en aquel momento, Fix se acercó, le puso la mano en el hombro, y exhibiendo su mandamiento le dijo:

—¿Sois mister Fogg?

—Sí señor.

—¡En nombre de la reina, os prendo!

Biblioteca Nacional de España

XV.

QUE PROPORCIONA Á PICAPORTE LA OCASIÓN DE PRORRUMPIR EN UN JUEGO DE PALABRAS ATROZ, PERO QUIZÁ INÉDITO (1).

Phileas Fogg estaba preso. Le habian encerrado en Custom-house, aduana de Liverpool, donde debia pasar la noche aguardando su traslacion á Londres.

En el momento de la prision, Picaporte habia querido arrojarse sobre el inspector, pero fué detenido por unos agentes de policía. Misstress Aouda, espantada por la brutalidad del suceso, no comprendia nada de lo que pasaba, pero Picaporte se lo esplicó. Mister Fogg, ese honrado y valeroso gentleman á quien debia la vida, estaba preso como ladron. La joven protestó contra esta acusacion, su corazon se indignó, las lágrimas corrieron por sus mejillas cuando vió que nada podia hacer ni intentar para librar á su salvador.

En cuanto á Fix, habia detenido al gentleman porque su deber se lo mandaba, fuese ó no culpable. La justicia lo decidiria.

Y entonces ocurrió á Picaporte una idea terrible, ¡la de que él tenia la culpa de toda esta desgracia! ¿Por qué habia ocultado á mister Fogg lo que sabia? Cuando Fix habia revelado su condicion de inspector de policía y la mision de que estaba encargado, ¿por que no se lo habia avisado á su amo? Advertido éste, quizá hubiera dado á Fix pruebas de su inocencia demostrándole su error, y en todo caso no hubiera conducido á sus espensas y en su seguimiento á ese malaventurado agente, cuyo primer cuidado habia sido el de prenderle al poner el pie en el suelo del Reino-Unido. Al pensar en sus culpas é imprudencias, el pobre mozo sentia irresistibles remordimientos. Daba lástima verle llorar y querer hasta romperse la cabeza.

Mistress Aouda y él se habian quedado, á pesar del frio, bajo el peristilo de la aduana. No querian ni uno ni otro abandonar aquel sitio sin ver de nuevo á mister Fogg.

En cuanto á éste, estaba bien y perfectamente arruinado, y esto en el momento en que iba á alcanzar su objeto. Esa prision lo perdia sin remedio. Habiendo llegado á las doce menos veinte á Liverpool el 21 de diciembre, tenia de tiempo hasta las ocho y cuarenta y cinco minutos para presentarse en el Reform-Club, sean nueve horas y quince minutos, y le bastaban seis para llegar á Lóndres.

Quien hubiera entonces penetrado en el calabozo de la aduana, habria visto á mister Fogg, inmóvil y sentado en un banco de madera, imperturbable y sin cólera. No era fácil asegurar si estaba resignado; pero este último golpe no le habia tampoco conmovido, al menos en apariencia. ¿Habríase formado en él una de esas iras secretas, terribles porque están contenidas, y que solo estallan en el último momento con irresistible fuerza? No se sabe; pero Phileas Fogg estaba allí calmoso y esperando..... ¿qué? ¿Tendria alguna esperanza? ¿Creia aun en el triunfo cuando la puerta del calabozo se cerró sobre él?

Como quiera que sea, mister Fogg habia colocado cuidadosamente su reloj sobre la mesa y miraba cómo marchaban las agujas. Ni una palabra salia de sus labios, pero su mirada tenia una fijeza singular.

En todo caso, la situacion era terrible, y para quien no podia leer en esa conciencia, se resumia asi:

En el caso de ser hombre de bien Phileas Fogg estaba arruinado.

En el caso de ser ladron, estaba cogido.

¿Tuvo acaso la idea de escaparse? ¿Trató de averiguar si el calabozo tenia alguna salida practicable? ¿Pensaba en huir? Casi pudiera creerse esto último, porque en cierto momento se paseó alrededor del cuarto. Pero la puerta estaba sólidamente cerrada y la ventana tenia una fuerte reja. Volvió á sentarse y sacó de la cartera el itinerario del viaje. En la línea que contenía estas palabras,

21 de Diciembre, sábado, en Liverpool,

añadió:

Dia 80 á las 11 y 45 minutos de la mañana,

y aguardó.

Dió la una en el reloj de Custom-house. Mister Fogg reconoció que su reloj adelantaba dos minutos.

¡Dieron las dos! Suponiendo que tomase entonces un espress, aun podia llegar á Reform-Club antes de las ocho y cuarenta y cinco minutos. Su frente se arrugó ligeramente.

A las dos y treinta y tres minutos se escuchó ruido fuera y un estrépito de puertas que se abrian. Se oia la voz de Picaporte y tambien la de Fix.

La mirada de Phileas Fogg brilló un instante.

La puerta se abrió, y vió que mistress Aouda, Picaporte y Fix corrian á su encuentro.

Fix estaba desalentado, con el pelo en desórden y sin poder hablar.

—¡Señor...—dijo tartamudeando.—señor... perdon... una semejanza deplorable... Ladron cogido hace tres dias... vos... libre!

¡Phileas Fogg estaba libre! Se fué hácia el *detective*, le miró de hito en hito, y ejecutando el único movimiento rápido que en toda su vida habia hecho, echó sus brazos atrás, y luego, con la precision de un autómata, golpeó con sus dos puños al desgraciado inspector.

—¡Bien aporreado!—esclamó Picaporte, quien permitiéndose un juego de palabras muy digno de un francés, añadió:—¡Pardiez! ¡Bien puede llamarse eso una bella aplicacion de puños de Inglaterra! (1).

Fix, derribado por el suelo, no pronunció una sola palabra, pues no le habian dado mas que su merecido; y entre tanto, mister Fogg, mistress Aouda y Picaporte salieron de la aduana, se metieron en un coche y llegaron á la estacion.

Phileas Fogg preguntó si habia algun espress dispuesto á salir para Lóndres...

Eran las dos y cuarenta minutos... El espress habia salido treinta y cinco minutos antes.

Phileas Fogg pidió entonces un tren especial.

Habia en presion varias locomotoras de gran velocidad; pero atendidas las exigencias del servicio, el tren especial no pudo salir antes de las tres.

Phileas Fogg, despues de haber hablado al maquinista de una prima por ganar, corria en direccion de Lóndres en compañia de la jóven y de su fiel servidor.

La distancia que hay entre Liverpool y Lóndres debia correrse en cinco horas y media, cosa muy fácil estando la via libre; pero hubo atrasos forzosos, y cuando el gentleman llegó á la estacion todos los relojes de Lóndres señalaban las nueve menos diez.

(1) El epígrafe de este artículo no puede quedar bien justificado en castellano, porque se funda en un retruécano de voces francesas cuya significacion indicamos en su lugar. (N. del T.)

(1) En francés, la voz *poing* significa puño, y la voz *point* significa punto. Ambas se pronuncian lo mismo aunque escritas con diferentes letras, y como la imitacion de encaje hecha en Inglaterra se denomina aplicacion al punto inglés, de aquí el retruécano que sirve de fundamento al epígrafe del capítulo. (N. del T.)

Biblioteca Nacional de España

¡Phileas Fogg, despues de haber dado la vuelta al mundo, llegaba con un atraso de cinco minutos!... Habia perdido.

XVI.

EN EL CUAL PICAPORTE NO SE HACE REPETIR DOS VECES LA ÓRDEN QUE LE DA SU AMO.

Al siguiente dia, los habitantes de Saville-row se hubieran sorprendido mucho si les hubieran asegurado que mister Fogg habia vuelto á su domicilio. Puertas y ventanas estaban cerradas, y ningun cambio se habia notado en el esterior.

En efecto, despues de haber salido de la estacion, Phileas Fogg habia dado á Picaporte la órden de comprar algunas provisiones y habia entrado en su casa.

Ese gentleman habia recibido con su habitual imposibilidad el golpe que le heria. ¡Arruinado! ¡Y por culpa de ese torpe inspector de policía! ¡Despues de haber seguido con planta certera todo el viaje; despues de haber destruido mil obstáculos y arrostrado mil peligros; despues de haber tenido hasta ocasion de hacer algunos beneficios, venir á fracasar en el puerto mismo ante un hecho brutal, era cosa terrible! De la considerable suma que se habia llevado no le quedaba mas que un resto insignificante. Su fortuna estaba reducida á las veinte mil libras depositadas en casa de Baring hermanos, y las debia á sus colegas del Reform-Club. Despues de tanto gasto, aun en el caso de ganar la apuesta, no se hubiera enriquecido ni es probable que hubiese tratado de hacerlo, siendo hombre de esos que apuestan por pundonor, pero perdiéndola se arruinaba completamente. Ademas, el gentleman habia tomado ya su resolucion y sabia lo que le restaba hacer.

Se habia destinado un cuarto para mistress Aouda en la casa de Saville-row. La jóven estaba desesperada; y por ciertas palabras que mister Fogg habia pronunciado, habia comprendido que éste meditaba algun proyecto funesto.

Sabido es, en efecto, á qué deplorables desesperaciones se entregan los ingleses monomaniáticos cuando les domina una idea fija. Por eso Picaporte vigilaba á su amo con disimulo.

Pero antes que todo, el buen muchacho subió á su cuarto y apagó el gas que habia estado ardiendo durante ochenta dias. Habia encontrado en el buzon una cuenta de la Gompañía del gas, y creyó que ya era tiempo de suprimir esos gastos de que era responsable.

Trascurrió la noche. Mister Fogg se habia acostado, pero es dudoso que durmiera. En cuanto á mistress Aouda, no pudo descansar ni un solo instante. Picaporte habia velado como un perro á la puerta de su amo.

Al dia siguiente, mister Fogg lo llamó y le recomendó en breves y concisas palabras que se ocupase del almuerzo de Aouda, pues él tendria bastante con una taza de té y una tostada, y que la jóven le dispensara por no poderla acompañar tampoco á la comida, pues tenia que consagrar todo su tiempo á ordenar sus asuntos. Solo por la noche tendria un rato de conversacion con mistress Aouda.

Enterado Picaporte del programa de aquel dia, no tenia otra cosa que hacer sino conformarse. Contemplaba á su amo siempre impasible, y no podia decidirse á marcharse de allí. Su corazon estaba apesadumbrado y su conciencia llena de remordimientos, porque se acusaba mas que nunca de ese irreparable desastre. Si hubiera avisado á mister Fogg, si le hubiera descubierto los proyectos del agente Fix, aquel no hubiera probablemente llevado á éste á Liverpool, y entonces...

Picaporte no [illegible] y esclamó:

—¡Amo mio! ¡Mister Fogg! Maldecidme. Yo tengo la culpa de...

—A nadie culpo,—respondió Phileas Fogg con el tono más calmoso. Andad.

Picaporte salió del cuarto y se reunió con Aouda, á quien dió á conocer las intenciones de su amo.

—¡Señora,—añadió.—Yo nada puedo! No tengo influencia alguna sobre mi amo. Vos, quizá...

—¿Y qué influencia puedo yo tener?—respondió Aouda.—¡Mister Fogg no se somete á ninguna! ¿Ha comprendido nunca que mi reconocimiento ha estado á punto de desbordarse? ¿Ha leido alguna vez en mi corazon? Amigo mio, es preciso no dejarle solo ni un momento. ¡Decís que ha manifestado intenciones de hablarme esta noche!

Si señora. Se trata sin duda de regularizar vuestra situacion en Inglaterra.

—Aguardemos,—respondió la jóven quedándose pensativa.

Así es que durante aquel dia, que era domingo, la casa de Saville-row parecia deshabitada, y por la vez primera desde que vivia allí, Phileas Fogg no fué al club, cuando daban las once y media en la torre del Parlamento.

¿Y por qué se habia de presentar en el Reform-Club? Sus colegas no le esperaban, puesto que la víspera, sabado, fecha fatal del 21 de diciembre, á las ocho y cuarenta y cinco minutos. Phileas Fogg no se habia presentado en el salon del Reform-Club y tenia la apuesta perdida. Ni era siquiera necesario ir á casa de su banquero para entregarla, puesto que sus adversarios tenian un talon firmado por él, bastando un simple asiento en casa de Baring hermanos para trasferir el crédito.

No tenia, pues, mister Fogg necesidad de salir, y no salió. Estuvo en su cuarto ordenando sus asuntos. Picaporte no cesó de subir y bajar la escalera de la casa de Saville-row, yendo á escuchar á la puerta del cuarto de su amo, en lo cual no creia ser indiscreto. Miraba por el ojo de la cerradura, imaginándose que tenia este derecho, porque temia á cada momento una catástrofe. Algunas veces se acordaba de Fix, pero sin encono, porque al fin, equivocado el agente como todo el mundo respecto de Phileas Fogg, no habia hecho otra cosa que cumplir con su deber siguiéndole hasta prenderle, mientras que él... Esta idea le abrumaba y se consideraba como el último de los miserables.

Cuando estas reflexiones le hacian insoportable la soledad, llamaba á la puerta del cuarto de Aouda, entraba y se sentaba en un rincon sin decir nada, mirando á la jóven, que seguia estando pensativa.

A cosa de las siete y media de la tarde, mister Fogg hizo preguntar á mistress Aouda si le podia recibir, y algunos instantes despues, la jóven y él estaban solos en el cuarto de ésta.

Phileas Fogg tomó una silla y se sentó junto á la chimenea en frente de Aouda, sin descubrir por su semblante emocion alguna. El Fogg de regreso era exactamente el Fogg de partida. Igual calma é idéntica impasibilidad.

Estuvo sin hablar cinco minutos, y luego, elevando su vista hácia Aouda, le dijo:

—¿Señora, me perdonareis el haberos traido á Inglaterra?

—¡Yo, mister Fogg!—respondió Aouda comprimiendo los latidos de su corazon.

—Permitidme acabar. Cuando tuve la idea de llevaros lejos de aquella region tan peligrosa para vos, yo era rico, y esperaba poner una parte de mi fortuna á vuestra disposicion. Vuestra existencia hubiera sido feliz y libre. Ahora estoy arruinado.

—Lo sé, mister Fogg, y á mi vez os pregunto si me perdonais el haberos seguido, y—¿quién sabe?—

Biblioteca Nacional de España

Picaporte corria y derribaba á los transeuntes como si fuera una tromba

...ber contribuido quizá á vuestra ruina atrasando ...estro viaje.

—Señora, no podíais permanecer en la India, y vuestra salvacion no quedaba asegurada sino alejándoos bastante para que aquellos fanáticos no pudiesen apresaros de nuevo.

—¿Así, pues, mister Fogg, no satisfecho con librarme de una muerte horrible, os creías obligado además á asegurarme una posicion en el estranjero?

—Sí señora, pero los sucesos me han sido contrarios. Sin embargo, os pido que me permitais disponer en vuestro favor de lo poco que me queda.

—¿Y vos, qué vais á hacer?

—Yo, señora, no necesito nada,—dijo con frialdad el gentleman.

—¿Pero de qué modo considerais la suerte que os aguarda?

—Como conviene hacerlo.

—En todo caso, la miseria no puede cebarse en un hombre como vos. Vuestros amigos...

—No tengo amigos, señora.

—Vuestros parientes...

—Yo no tengo parientes.

—Entonces os compadezco, mister Fogg, porque el aislamiento es cosa bien triste. ¡Cómo! No hay un solo corazon con quien desahogar vuestras pesadumbres; sin embargo, se dice que la miseria entre dos es soportable.

—Así lo dicen, señora.

—Mister Fogg,—dijo entonces Aouda levantándose y dando su mano al gentleman,—¿quereis tener á un tiempo pariente y amiga? ¿Me quereis para mujer?

Mister Fogg, al oir esto, se levantó. Habia en sus ojos un reflejo insólito y una especie de temblor en sus labios. Aouda le estaba mirando. La sinceridad, la rectitud, la firmeza y suavidad de esta mirada de una noble mujer que se atreve á todo para salvar á quien se lo ha dado todo, le admiraron primero y despues le cautivaron. Cerró un momento los ojos como queriendo evitar que aquella mirada no le penetrase todavía mas, y cuando los abrió dijo sencillamente:

—Os amo: en verdad, por todo lo que hay de

Biblioteca Nacional de España

—Aquí estoy, señores, dijo Phileas Fogg.

sagrado en el mundo, os amo y soy todo vuestro.

—¡Ah!—exclamó mistress Aouda llevando la mano al corazon.

Llamaron á Picaporte, y cuando se presentó, mister Fogg tenia aun entre sus manos la de mistress Aouda. Picaporte comprendió, y su ancho rostro se tornó radiante como el sol en el zenit de las regiones tropicales.

Mister Fogg le preguntó si no sería tarde para avisar al reverendo Samuel Wilson, de la parroquia de Mary-le-Bone.

Picaporte, con la mejor sonrisa del mundo, dijo:

—Nunca es tarde.

Eran las ocho y cinco minutos.

—¿Será para mañana lunes?—preguntó Picaporte.

—¿Para mañana lunes?—dijo Fogg mirando á la jóven Aouda.

—Para mañana lunes,—respondió la joven.

Y Picaporte echó á correr.

XVII.

DONDE EL PHILEAS FOGG VUELVE Á TENER VALOR EN EL MERCADO.

Ya es tiempo de decir el cambio de opinion que se habia verificado en el Reino-Unido cuando se supo la prision del verdadero ladron del Banco,—un tal James Strand,—que habia sido cogido el 17 de diciembre en Edimburgo.

Tres dias antes, Phileas Fogg era un criminal que la policía perseguia sin descanso, y ahora era el caballero mas honrado, que estaba cumpliendo matemáticamente su escéntrico viaje alrededor del mundo.

¡Qué efecto, que ruido en los periódicos! Todos los que habian apostado en pro y en contra y tenian este asunto olvidado, resucitaron como por magia. Todas las transacciones volvian á ser valederas. Todos los compromisos revivian, y debemos añadir que las apuestas adquirieron nueva energía. El nombre de Phileas Fogg volvió á ganar prima en el mercado.

Biblioteca Nacional de España

Los cinco colegas del gentleman en el Reform-Club pasaron estos tres dias con cierta inquietud puesto que volvia á aparecer ese Phileas Fogg que ya estaba olvidado. ¿Dónde estaria entonces? El 17 de diciembre, dia en que fue preso James Strand hacia setenta y seis dias que Phileas Fogg habia partido y no se tenian noticias suyas ¿Habria perecido? ¿Habria acaso renunciado á la lucha ó proseguia su marcha segun el itinerario convenido? ¿Y el sábado 21 de diciembre, apareceria á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, como el dios de la exactitud, sobre el umbral de Reform-Club?

Debemos renunciar á pintar la ansiedad en que vivió durante tres dias todo ese mundo de la sociedad inglesa. ¿Se despidieron despachos á América, á Asia, para adquirir noticias de Phileas Fogg? Se envió á observar por mañana y tarde la casa de Savillerow.... Nada. La misma policía no sabia lo que habia sido del detective Fix, que se habia con tan mala fortuna lanzado tras de equivocada pista, lo cual no impidió que las apuestas se empeñasen de nuevo en vasta escala. Phileas Fogg llegaba, cual si fuera caballo de carrera, á la última vuelta. Ya no se cotizaba á uno por ciento, sino por veinte, por diez, por cinco, y el viejo paralítico lord Albermale lo tomaba á la par.

Por eso el sábado por la noche habia gran concurrencia en Pall-Mall y calles inmediatas. Parecia un inmenso agrupamiento de corredores establecidos en permanencia en las cercanías del Reform-Club. La circulacion estaba impedida. Se discutia, se disputaba, se voceaba la cotizacion de Phileas Fogg como la de los fondos ingleses. Los polizontes podian apenas contener al pueblo, y á medida que avanzaba la hora en que debia llegar Phileas Fogg, la emocion adquiria proporciones inverosímiles.

Aquella noche, los cinco colegas del gentleman estaban reunidos nueve horas hacia en el gran salon del Reform-Club. Los dos banqueros Jonh Sullivan y Samuel Fallentin, el ingeniero Andrés Stuart, Gualterio Ralph, administador del Banco de Inglaterra, el cervecero Tomás Flanagan, todos aguardaban con ansiedad.

En el momento en que el reloj del gran salon señaló las ocho y veinticinco, Andrés Stuart, levantándose, dijo:

—Señores, dentro de veinte minutos, el plazo convenido con mister Fogg habrá espirado.

—¿A qué hora llegó el último tren de Liverpool?—preguntó Tomás Flanagan.

—A las siete y veintitres,—respondió Gualterio Ralph,—y el tren siguiente no llega hasta las doce y diez.

—Pues bien, señores,—repuso Andrés Stuart,—si Phileas Fogg hubiese llegado en el tren de las siete y veintitres, ya estaria aquí. Podemos, pues, considerar la apuesta como ganada.

—Aguardemos y no decidamos,—respondió Samuel Fallentin.—Ya sabeis que nuestro colega es un escéntrico de primer órden. Su exactitud en todo es bien conocida. Nunca llega tarde ni temprano, y no me sorprenderia verle aparecer aquí en el último minuto.

—Pero yo,—dijo Andrés Stuart tan nervioso como siempre,—lo veria y no lo creeria.

—En efecto,—repuso Tomás Flanagan,—el proyecto de Phileas Fogg era insensato. Cualquiera que fuese su exactitud no podia impedir atrasos inevitables, y una pérdida de dos ó tres dias bastaba para comprometer su viaje.

—Observareis además—añadió John Sullivan—que no hemos recibido noticia ninguna de nuestro colega y sin embargo no faltan alambres telegráficos por su camino.

—¡Ha perdido, señores—repuso Andrés Stuart—ha perdido sin remedio! Ya sabeis que el *China*, único vapor de Nueva-York que ha podido tomar para llegar á Liverpool á tiempo, ha llegado ayer. Ahora bien; aquí está la lista de los pasajeros publicada por la *Spping-Gazette*, y no figura entre ellos Phileas Fogg, Admitiendo las probabilidades más favorables, nuestro colega está apenas en América. Calculo en veinte dias por lo menos el atraso que traerá sobre el plazo convenido, y el viejo lord Albermale perderá tambien sus cinco mil libras.

—Es evidente,—respondió Gualterio Ralph,—mañana no tendremos mas que presentar en casa de Baring hermanos el talón de mister Fogg.

En aquel momento, el reloj del salón señalaba las ocho y cuarenta.

—Aun faltan cinco minutos,—dijo Andrés Stuart.

Los cinco colegas se miraban. Hubiera podido creerse que los latidos de sus corazones experimentaban cierta aceleración, porque al fin la partida era fuerte. Pero lo quisieron disimular, porque á propuesta de Samuel Fallentin, tomaron asiento en una mesa de juego.

—¡No daria mi parte de cuatro mil libras en la apuesta,—dijo Andrés Stuart sentandose,—aun cuando me ofrecieran tres mil novecientas noventa y nueve!

La manecilla señalaba entonces las ocho y cuarenta y dos minutos.

Los jugadores habian tomado las cartas, pero á cada momento su mirada se fijaba en el reloj. ¡Se puede asegurar que cualquiera que fuese su seguridad, nunca les habian parecido tan largos los minutos.

—Las ocho y cuarenta y tres,—dijo Tomás Flanagan cortando la baraja que le presentaba Gualterio Ralph.

Hubo un momento de silencio. El vasto salon del club estaba tranquilo; pero afuera se oia la algazara de la muchedumbre, dominada algunas veces por agudos gritos. El péndulo batia los segundos con regularidad matemática. Cada jugador podia contar con las divisiones sexagesimales que herian su oido.

—¡Las ocho y cuarenta y cuatro!—dijo Jonh Sullivan con una voz que descubria una emoción involuntaria.

Un minuto nada más, y la apuesta estaba ganada. Andrés Stuart y sus compañeros ya no jugaban. ¡Habian abandonado las cartas y contaban los segundos!

A los cuarenta segundos, nada. ¡A los cincuenta, nada tampoco!

A los cincuenta y cinco se oyó fuera un estrépito atronador, aplausos, vitores y hasta imprecaciones que se prolongaron en redoble continuo.

Los jugadores se levantaron.

A los cincuenta y siete segundos, la puerta del salon se abrió, y no habia batido el péndulo los sesenta segundos cuando Phileas Fogg aparecia, seguido de una multitud delirante que habia forzado la entrada del club, y con voz calmosa, dijo:

—Aquí estoy, señores.

XVIII.

DONDE SE PRUEBA QUE PHILEAS FOGG NO HA GANADO NADA EN DAR LA VUELTA AL MUNDO, SINO EL HONOR.

¡Sí! Phileas Fogg en persona.

Recuérdese que á las ocho y cinco minutos de la tarde unas veinticuatro horas despues de la llegada de los viajeros á Londres, Picaporte habia sido encargado de prevenir al reverendo Samuel Wilson para cierto casamiento que debia verificarse al dia siguiente.

Picaporte se habia marchado muy alegre, yendo con paso rápido al domicilio del reverendo Samuel

Biblioteca Nacional de España

Wilson, que no habia vuelto aun á casa. Naturalmente, Picaporte tuvo que estar esperando unos veinte minutos.

En suma, eran las ocho y treinta y cinco cuando salió de casa del reverendo. ¡Pero en que estado! El pelo desordenado, sin sombrero, corriendo, corriendo como nunca ha corrido hombre alguno, derribando á los transeuntes y precipitándose como una tromba en las aceras.

En tres minutos llegó á la casa de Saville-row, y casi sin aliento en el cuarto de mister Fogg.

No podia hablar.

—Señor.... tartamudeó Picaporte.... casamiento.... imposible.

—¡Imposible?

—Imposible.....para mañana.

—¿Por qué?

—¡Por que mañana.....es domingo!

—Lunes,—respondió mister Fogg.

—No.....hoy.....sábado.

—¿Sábado?....¡imposible!

—Sí, sí, sí!—esclamó Picaporte.—¿Os habeis equivocado en un dia! ¡Hemos llegado con veinticuatro horas de adelanto.... pero ya no quedan mas que diez minutos!....

Picaporte habia cogido á su amo por el cuello y lo impelia con fuerza irresistible.

Phileas Fogg, asi llevado sin tener tiempo de reflexionar, salió de su casa, saltó en un cab, prometió cien libras al cochero, y despues de haber aplastado dos perros y atropellando cinco coches, llegó al Reform-Club.

El reloj señalaba las ocho y cuarenta y cinco minutos cuando apareció en un gran salon.

¡Phileas Fogg habian cumplido la vuelta al mundo en ochenta dias!

¡Phileas Fogg habia ganado la apuesta de veinte mil libras!

Y cómo siendo tan exacto y minucioso habia podido cometer un error de un dia? ¿Cómo se creia en sábado 21 de diciembre, cuando habia llegado á Lóndres en viernes 20 de diciembre, setenta y nueve dias despues de su salida?

Hé aquí el motivo de este error. Es muy sencillo.

Phileas Fogg, sin sospecharlo, habia ganado un dia en su itinerario; y esto porque habia dado la vuelta al mundo yendo hácia Oriente, pues lo hubiera perdido yendo en sentido inverso, es decir hácia Occidente.

En efecto, marchando hácia Oriente Phileas Fogg iba al encuentro del sol, y por consiguiente, los dias disminuian para él tantas veces cuatro minutos como grados recorria. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el dia inconscientemente ganado. En otros términos: mientras que Phileas Fogg, marchando hácia Oriente, vió el sol pasar ochenta veces por el meridiano, sus colegas de Lóndres no lo habian visto mas que setenta y nueve. Por eso aquel mismo dia, que era sábado y no domingo como lo creia mister Fogg, le esperaban los de la apuesta en el salon del Reform-Club. Y esto es lo que el famoso reloj de Picaporte, que siempre habia conservado la hora de Lóndres, hubiera acusado si al mismo tiempo que las horas y minutos hubiese marcado los dias.

Phileas Fogg habia ganado, pues, las veinte mil libras; pero como habia gastado en camino unas diez y nueve mil, el resultado pecuniario no era gran cosa. Sin embargo, como se ha dicho, el escéntrico gentleman no habia buscado en esta apuesta mas que la lucha y no la fortuna. Y aun distribuyó las mil libras que le sobraban entre Picaporte y el desgraciado Fix, contra quien era incapaz de conservar rencor. Solo que para formalidad descontó á su criado el precio de las mil novecientas veinte horas de gas gastado por su culpa.

Aquella misma noche, mister Fogg, tan impasible y tan flemático como siempre, dijo á mistress Aouda:

—¿Os conviene aun el casamiento, señora?

—Mister Fogg.—respondió mistres Aouda,—á mí es á quien toca haceros la pregunta. Estábais arruinado y ya sois rico.....

—Dispensad, señora, esa fortuna os pertenece. Sin la idea de ese matrimonio, mi criado no habria ido á casa del reverendo Samuel Wilson, no se hubiera descubierto el error, y.....

—Mi querido Fogg.....—dijo la jóven.

—Mi querida Aouda.....—respondió Phileas Fogg.

Bien se comprende que el casamiento se hizo cuarenta y ocho horas mas tarde; y Picaporte, engreido, resplandeciente, deslumbrador, figuró en él como testigo de la novia. ¿No la habia él salvado y no le debia esa honra?

Al dia siguiente al amanecer, Picaporte llamó con estrépito á la puerta de su amo.

La puerta se abrió, y apareció el impasible gentleman.

—¿Qué hay, Picaporte?

—Lo que hay, señor, es que acabo de saber ahora mismo.....

—¿Qué?

—Que podiamos haber dado la vuelta al mundo en setenta y nueve dias tan solo.

—Sin duda,—respondió mister Fogg,—no atravesando el Indostan; pero entonces no hubiera salvado á mistres Aouda, no seria mi mujer, y.....

Y mister Fogg cerró tranquilamente la puerta.

Así, pues, la apuesta estaba ganada, haciendo Phileas Fogg su viaje alrededor del mundo en ochenta dias. Habia empleado para ello todos los medios de transporte, vapores, railways, coches, yachts, buques mercantes, trineos, elefantes. El escéntrico gentleman habia desplegado en este negocio sus maravillosas cualidades de serenidad y exactitud. ¿Pero qué habia ganado con esa escursion? ¿Qué habia traido de su viaje?

Nada, se dirá. Nada, enhorabuena, á no ser una linda mujer, que por inverosimil que parezca, le hizo el mas feliz de los hombres.

Y en verdad, ¿no se daria por menos que eso la vuelta al mundo?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

			Página.
Capítulo I.	—	Donde Fix entra directamente en relacion con Phileas Fogg.	5
II.	—	Donde el patron de la *Tankadera* corre grave peligro de perder una prima de doscientas libras.	7
III.	—	Donde Picaporte ve muy bien que aun en los antípodas es prudente llevar algun dinero en el bolsillo.	11
IV.	—	Donde la nariz de Picaporte se prolonga desmedidamente.	14
V.	—	Durante el cual se efectúa la travesía del Océano Pacífico.	18
VI.	—	Donde se da una breve reseña de San Francisco en dia de meeting. . . .	19
VII.	—	Donde se toma el tren expres del ferro-carril del Pacífico.	23
VIII.	—	Donde Picaporte sigue con velocidad de veinte millas por hora, un curso de historia mormónica.	26
IX.	—	Donde Picaporte no pudo llegar á hacer entender el lenguaje de la razon.	27
X.	—	Donde se refieren varios incidentes que solo acontecen en los ferro-carriles de los Estados-Unidos.	31
XI.	—	En el cual Phileas Fogg cumple simplemente con su deber.	35
XII.	—	En el cual el inspector Fix favorece muy sériamente los intereses de Phileas Fogg.	39
XIII.	—	Donde Phileas Fogg empeña una lucha directa contra la mala suerte. . .	43
XIV.	—	En el cual Phileas Fogg se muestra á la altura de las circunstancias. . .	44
XV.	—	Que proporciona á Picaporte la ocasion de prorrumpir en un juego de palabras atroz, pero quizá inédito.	50
XVI.	—	En el cual Picaporte no se hace repetir dos veces la órden que le da su amo.	51
XVII.	—	Donde Phileas Fogg vuelve á tener valor en el mercado.	53
XVIII.	—	Donde se prueba que Phileas Fogg no ha ganado nada en dar la vuelta al mundo, sino el honor.	54

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS

	Pesetas.
Los Ingleses en el Polo Norte, un vol. .	0,75
El Desierto de Hielo, un vol.	1
Cinco Semanas en Globo, dos vol.	2
Viaje al Centro de la Tierra, un vol.	1
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur, un vol.	0,75
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia, un vol.	1
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico, un vol	1
De la Tierra a la Luna, un vol.	0,75
Alrededor de la Luna (2.ª parte de la Tierra a la Luna), un vol	1,25
Un Descubrimiento Prodigioso, un vol.	0,50
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (1.ª parte: Del Atlántico al Pacífico), un vol.	1
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (2.ª parte: Del Pacífico al Atlántico), un vol.	1,25
Una Ciudad Flotante, un vol.	0,75
De Glasgow a Charleston, un vol.	0,50
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el Africa Austral, un vol.	1
Un Capricho del Doctor Ox, un vol.	0,75
La Vuelta al Mundo en ochenta días, dos volúmenes	2
Una Invernada entre los Hielos (El Capitán Corbutte), un vol.	0,50
Maese Zacarías.—Un drama en los Aires.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta, un vol.	0,50
La Isla Misteriosa (1.ª parte: Los Náufragos del Aire), un vol.	1,25
La Isla Misteriosa (2.ª parte: El Abandonado), un vol.	1,25
La Isla Misteriosa (3.ª parte: El Secreto de la Isla), un vol.	1,25
El Chancellor, un vol.	1
Martin Paz, un vol	0,50
El País de las Pieles, dos vol	2,50
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros, un vol.	1
Miguel Strogoff, dos vol.	2,50
Las Indias Negras, un vol.	1,25
Héctor Servadac, dos vol	2,50
Un capitán de quince años, dos vol	2,50
Los Descubrimientos del Globo, cuatro volúmenes	5
Los Quinientos Millones de la Princesa, un volumen	1,25
Los Amotinados de la Bounty.— Un drama en México.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta, un vol.	0,50
Las Tribulaciones de un Chino en China, un vol.	1,25

	Pesetas
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII, cuatro vol.	5
La Casa de Vapor, cuatro vol.	4
Los Grandes Exploradores del siglo XIX, cuatro vol.	4
La Jangada, cuatro vol.	3,75
Diez Horas de Caza, un vol.	0,75
El Rayo Verde, dos vol	2
Escuela de los Robinsones, dos vol.	2
Kerabán el Testarudo, cuatro vol.	4
El Archipiélago de Fuego, dos vol.	2
La Estrella del Sur, dos vol.	2
Matías Sandorf, cinco vol.	5
Robur el Conquistador, dos vol.	2
Un Billete de Lotería, dos vol.	2
Norte contra Sur, cuatro vol	4
El Náufrago de Cynthia, dos vol.	2
El Camino de Francia, dos vol.	2
Dos años de vacaciones, cuatro vol.	4
Familia sin nombre, cuatro vol.	4
El Secreto de Maston, dos vol.	2
César Cascabel, cuatro vol.	4
Mistress Branican, cuatro vol	4
El Castillo de los Cárpatos, dos vol.	2
Claudio Bombarnac, dos vol.	2
Aventuras de un niño irlandés, tres vols.	3
Maravillosas aventuras de Antifer, tres volúmenes	3
La Isla de Hélice, tres vol.	3
Ante la Bandera, un vol	1,25
Clovis Dardentor, un vol.	1,25
El Esfinge de los Hielos, tres vol	3
El Soberbio Orinoco, tres vol.	3
El Testamento de un excéntrico, tres vols.	3
Segunda Patria, tres vol.	3
El Pueblo Aéreo, un vol	1,25
Las Historias de Juan María Cabidoulin, un vol.	1,25
Los Hermanos Kip, tres vol	3
Los Piratas del *Halifax*, tres vol	3
Un Drama en Livonia, dos vol	2
Dueño del Mundo, dos vol	2
La Invasión del Mar, dos vol.	2
El Faro del fin del mundo, dos vol.	2
El Volcán de Oro, tres vol.	3
La Agencia Thompson y Compañía, tres volúmenes	3
La Caza del Meteoro, dos vol.	2
El Piloto del Danubio, dos vol.	2
Los Náufragos del *Jonhatan*, tres vol.	3
El Secreto de Wilhelm Storitz, un vol	1,25
Ayer y Mañana, un vol.	1,25
Emocionantes aventuras de la Misión Barsac, cuatro vol.	4

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de dar a luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

AUMENTO PROVISIONAL

→ PTAS. 0,25 CUADERNO ←

Para la encuadernación de las obras de Verne hemos hecho unas preciosas tapas, que se venden sueltas al precio de TRES PESETAS cada una.

Biblioteca Nacional de España

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

Campomanes, 10.--MADRID

D. MURILLO, S. J.

EL PROGRESO

EN LA

REVELACIÓN CRISTIANA

Contribución a la historia de los dogmas, sobre todo en el período Anteniceno.

Roma, 1913.—Un volumen, pesetas 3.

EL GÉNESIS

Precedido de una introducción al Pentateuco.

Roma, 1914.—Un volumen, pesetas 9,50.

GILLET (P.)

VALOR EDUCATIVO DE LA MORAL CATOLICA

Versión castellana del P. R. Alcalde.

Un tomo en 4.°, pesetas 3,50.

CEJADOR (J.)

¿DE LA TIERRA?

(Colección de artículos.)

Un volumen, pesetas 3.

PASAVOLANTES

(Colección de artículos.)

Un volumen, pesetas 3.

Historia de la Lengua y Literatura Castellana

(Época de Carlos V.)

Madrid, 1915.—Un volumen, pesetas 10.

EGUÍA (C.), S. J.

Literatura y Literatos

Un volumen, pesetas 3.

CAMAÑO (ÁNGEL), El Barquero

DE LA TORERIA

Cosas y casos, historias y cuentos, dichos y hechos tauromáquicos.

PRÓLOGO DE MARIANO DE CAVIA :: INTERMEDIO DE PEPE ESTRAÑI :: EPÍLOGO DE ANTONIO CASERO

Un volumen, pesetas 2,50.

OYUELOS (R.)

ACCIDENTES DEL TRABAJO

Un volumen, pesetas 7.

CUERPO DEL DERECHO ESPAÑOL

POR

RICARDO OYUELOS

ABOGADO

CÓDIGOS PUBLICADOS

I.—Código civil	Ptas.	3,50
II.—Código de Comercio	»	3,50
III.—Código penal	»	3,50
IV.—Código Hipotecario	»	7,00
V.—Código Notarial	»	3,50
VI.—Código Procesal civil	»	6,00
VII.—Código Procesal criminal	»	3,50
VIII.—Código Contencioso-administrativo	»	3,50
IX.—Código reformas sociales	»	3,50

ODRIÓZOLA

Diccionario de Jurisprudencia

Un volumen, pesetas 10.

Apéndices 1 al 7, a 2 pesetas cada uno.

GONZÁLEZ (Alfonso)

La materia contencioso-administrativa

Un volumen, pesetas 7

ANDLER

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un volumen, pesetas 2.

ARNAIZ (P. M.), Agustino.

LOS FENÓMENOS PSICOLÓGICOS

CUESTIONES DE PSICOLOGIA CONTEMPORÁNEA

Un volumen, pesetas 5.

ELEMENTOS DE LA PSICOLOGÍA

FUNDADA EN LA EXPERIENCIA

I.-LA VIDA SENSIBLE

Madrid, 1904.—Un volumen, pesetas 4.

PSICOLOGIA FUNDADA EN LA EXPERIENCIA

II.-LA INTELIGENCIA

Madrid, 1914.—Un volumen, pesetas 6.

Percepción visual de la extensión

Un volumen, pesetas 1,50.

LAS METÁFORAS

EN LAS

CIENCIAS DEL ESPÍRITU

Madrid, 1908.—Un volumen, pesetas 2.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España